La Bella Easo

Xabier Terrones Arellano

La Bella Easo

Xabier Terrones Arellano

A Jon, una vez más.

1

Bagera! Gu ere bai!

Martintxo está muy feliz, con los ojos abiertos de par en par. Una amplia sonrisa se perfila en su rostro, mientras observa, obnubilado, cómo los tamborreros marchan frente a él al son de la *Marcha de San Sebastián*, la cual retumba en sus jóvenes oídos.

A sus ocho años, no son muchas las opciones que tiene de poder quedarse en la calle hasta tan tarde. Mas se trata de la madrugada del 20 de enero, su día favorito del año. El niño se encuentra en ese momento apostado en la Calle 31 de Agosto, de la mano de su abuela y su abuelo, que le secundan a ambos lados. Será algo más de la una de la madrugada.

La razón de que el chico esté ahí es que sus padres y su hermano mayor están a punto de pasar por delante de ellos de un momento a otro, pues la compañía que ya desfila por ese punto, tal y como le ha asegurado su abuela, es la misma en la que participa su familia.

Martintxo no deja de menearse con alegría, quizá de forma algo arrítmica, al son de la música, y provocando con el vuelo de sus brazos que los de sus abuelos se bamboleen como parte de su peculiar baile. Está nervioso, con ganas de ver a los suyos.

Al fin los observa acercarse, a lo lejos, tocando sus barriles. Delante van sus padres, y en la inmediata fila de atrás, su hermano, charlando y riendo con algún otro tamborrero adolescente. Puesto que el niño y sus abuelos se apostan tras un bajo pretil, en una zona algo elevada de la calle, Martintxo es capaz de contemplar a sus familiares, pero ellos aún no le han visto. El niño libera sus manos y se pone a hacer rápidos aspavientos con los brazos, dando pequeños brincos y gritando a viva voz, para hacerse oír por sobre el ensordecedor estruendo de la música, de los tambores y barriles, y de los gritos de cientos de personas que abarrotan la calle.

Su madre es la primera en percatarse de la presencia de Martintxo. Tras sonreírle y agitar su mano en señal de saludo, le pega un codazo a su marido quien, tras un par de segundos, distingue a su hijo entre la multitud y hace lo propio.

Martintxo se siente exultante, muy feliz. Tras pasar por delante de su posición, la compañía hace un alto, como todos los años, a esa altura de la calle, y tocan varias marchas sin moverse del lugar. Cada vez que terminan de tocar una de las piezas musicales, la banda de música descansa un par de minutos; tiempo que los tamborreros aprovechan para ir a saludar a sus familiares y amigos, o sencillamente para beber un trago en algún bar cercano.

A pesar de su gusto por la fiesta, a los pocos minutos el niño empieza a aburrirse por estar ahí parado, y el atronador ruido empieza a abrumarle. Comienza a mirar alrededor, con sus ojos de niño, pero desde su posición, solo puede observar dos cosas: tamborreros ocupando la parte central de la empedrada calle y, a los lados, una aglomeración de gente apostada allí observando a los que tocan; saludando, aplaudiendo o hablando. Por tanto, se da la vuelta y, aprovechando que en ese momento de parón sus padres charlan animadamente con sus abuelos, Martintxo se aleja un poco de sus familiares y se abre paso entre el gentío formado por los espectadores allí presentes.

Sus pasos le llevan a un estrecho y escasamente iluminado callejón que da a la Calle 31 de Agosto y se apoya contra la pared. De repente, cree advertir un destello que surge desde el interior del callejón, a escasos metros de su posición. Nadie más le acompaña en ese lugar, y como todos los que se encuentran en la Calle 31 de Agosto tienen sus miradas puestas en la compañía que está tocando, nadie advierte que el niño se adentra en el callejón con paso saltarín.

El niño está seguro de que el destello provenía de un punto bajo, casi a la altura del empedrado del suelo. Tras caminar varios pasos, se acerca a una de las paredes y comprueba que ese edifici

o tiene unas ventanas rectangulares casi a ras de calle. Están a tan baja altura que Martintxo, que no es particularmente alto, ni siquiera para su edad, necesita ponerse en cuclillas para poder pegar la nariz al cristal del ventanuco. Le entran dudas al instante sobre si la luz que ha visto procedía de esa ventana o quizá de alguna otra aledaña.

Está a punto de incorporarse y husmear en las demás ventanas cuando divisa otro destello. Martintxo vuelve a pegar la nariz contra el polvoriento cristal y esta vez observa la escena al completo.

Se percata de que el destello de luz emana de la antorcha que porta una persona. Pero apenas es capaz de vislumbrar si se trata de un hombre o de una

mujer, pues el portador de la antorcha pasa corriendo y la luz que esta ofrece es demasiado tenue. Tras esa persona, el niño distingue a otras que también avanzan con prisa. Lo de ahí abajo parece tratarse de un sótano largo, quizá un pasillo, piensa el niño. En cualquier caso, está a varios metros por debajo de la ventana desde la que observa, por lo que no puede ver muy bien lo que allí se encuentra. Además, hay algo que se le antoja más extraño aún. Tras un instante de reflexión, se percata de qué es lo que no le cuadra: esas personas están vestidas de forma extraña. Portan lo que su pueril mente asocia con una suerte de bata larga que ondea tras ellos al correr.

La curiosidad le asalta y Martintxo se pone de perfil, acercando su ojo izquierdo al cristal todo lo posible. Pasan al unísono un par de personas con antorchas y algo más de luz inunda el lugar. Es una especie de corredor. Un pasillo largo, piensa el niño. Y oscuro.

Uno de los dos portadores de la antorcha se detiene cerca de la posición de Martintxo. Pero no se ha parado por él. El hombre de la antorcha (pues gracias a que se ha quedado quieto, comprueba que se trata de un hombre) está mirando hacia la zona de donde ha venido, y ejecuta varios vehementes gestos con el brazo libre, como si estuviera apremiando a los que van por detrás para que avancen más rápido. Efectivamente, a los pocos segundos, pasan corriendo ante él varias personas más, algunas de las cuales visten una capucha sobre la cabeza. El hombre de la antorcha, cuyo rostro, gracias a esa luz, el niño es capaz de adivinar, mueve los labios. Parece gritar algo, pero a Martintxo la voz le llega tan apagada que no es capaz de entender lo que dice.

El niño no sabe cómo interpretar la escena. Piensa que, si pega su oreja al cristal, quizás capte algo más. Así lo hace. Acerca su oreja izquierda al vidrio y contiene la respiración, esperando que alguien vuelva a hablar.

De repente, una mano firme se cierra sobre su hombro. Martintxo grita de pavor y cae al suelo, como si sus fuerzas le hubieran abandonado de golpe.

—¡Martintxo! ¿Qué haces?

Tras unos segundos jadeando, con el corazón palpitándole en las sienes, el niño eleva la mirada y se topa de frente con la de su abuela, que le observa con una expresión mezcla de enfado y preocupación. Pese a ello, logra respirar con más tranquilidad.

—Amona, yo... —intenta justificarse el niño.

—¿¡Cómo se te ocurre alejarte sin pedirnos permiso!? Ven aquí ahora mismo, y no se te ocurra irte de nuevo. ¿Queda claro?

La abuela aferra el brazo de su nieto y se lo lleva de regreso a la posición anterior a su fugaz escapada, acompañada de su marido, que le lanza una severa mirada al niño, agarrándole con fuerza del otro brazo. De nuevo en la zona elevada, Martintxo comprueba que todo continúa igual. En ese momento, sus padres y su hermano golpean con brío sus barriles siguiendo las notas de una marcha bastante animada.

Su madre alza la vista y mira a su hijo pequeño. Sonríe.

«Uff», piensa el niño, «creo que no se ha dado cuenta».

—Amona —pide con voz suplicante, tirándole con suavidad de la mano —, no le digas a los aitas que antes me he ido.

—Bueno, ya veremos —responde, tajante, la mujer.

2

Miren no para de cambiar de canal, tirada como está en el sofá de su casa. Han pasado casi dos días desde que su médico le diera el alta, pero las heridas le siguen doliendo tanto que no es capaz de encontrar una postura lo suficientemente cómoda, lo cual la enerva más de lo que hubiera imaginado. No es que haya sido nunca una gran amante de tirarse a la bartola en el sofá, y aún menos de ver la televisión, pero durante su estancia en el hospital, se dio cuenta de lo mucho que echaba de menos hacer tales cosas triviales. Al menos, eso es lo que le dio por reflexionar cierta tarde, tumbada sobre la dura cama de su habitación, que compartía con otra paciente, reclinada gracias a ese sistema eléctrico que eleva el colchón, pero igualmente incómoda, pidiéndole a su madre que echara monedas a la televisión cada vez que el crédito se agotaba.

Por lo menos, en ese último aspecto su vida había dado un positivo golpe de timón. En cuanto sus padres se enteraron de la situación de su hija, volaron al hospital y ya no se separaron de ella durante los días que pasó allí ingresada. No hizo falta decir nada, ni pedirse perdón, ni hablar de los meses y años de distanciamiento. Fue como si, de forma tácita, los dos progenitores y su hija se hubieran pedido todos los perdones del mundo, y ya solo importara el bienestar de la más joven. Hubo un tema, eso sí, en el que no se pusieron de acuerdo. Cierta mañana, en el hospital, en la que Miren ya se encontraba un poco mejor, su madre entró en la habitación con un café y le dijo:

—Miren, hija, la doctora dice que te van a dar el alta antes de que acabe la semana. Si las pruebas que te tienen que hacer todavía son correctas.

—Ya sé, sí.

—¿Has pensado dónde irás después?

—¿Al salir? Pues a mi casa. Supongo.

—Ah, bueno... Tu padre y yo hemos estado hablando. Pensamos que lo mejor es que vengas a casa. Aunque sea unos días.

Miren soltó un bufido no exento de ironía. En realidad, ya había pensado que tarde o temprano le dirían tal cosa. Y lo cierto es que por una parte le

alegraba ese gesto de sus padres pero, por otro lado, quería seguir disfrutando de un grado mayor de libertad, y eso no incluía sentir a sus progenitores controlando sus movimientos, a todas horas, vigilando sus pasos. En realidad, su testarudez y orgullo pesaban no poco en esa decisión.

—Ama, yo os lo agradezco, pero prefiero ir a casa. A la mía —apostilla.

—Sí, si no nos parece mal. Pero los primeros días tendrás molestias, y tienes que controlar la medicación y esas cosas...

—Ama, no soy una niña. Me acordaré.

—Bueno, ya, pero...

Su madre no terminó la frase. Se mordió el labio inferior ligeramente y desvió la mirada. Un clásico deje en ella que su hija conocía bien. Lo hacía cada vez que sentía que poseía la razón, pero optaba por guardar un deferente silencio y no seguir insistiendo. Miren se lo agradeció en su fuero interno. No tenía ganas, ni fuerzas, para ponerse a discutir.

Unos días después pudo al fin llegar a su casa. Fueron sus padres quienes la llevaron allí y la ayudaron a instalarse. Sus compañeras de piso, Enara y Sara, no estaban allí. Miren sabía que, entre el trabajo, estudios, pareja y demás contingencias, estas apenas pisarían la casa hasta la noche. Por lo cual, la joven tendría toda la casa para ella sola, para todo el día.

Cuando se dio a conocer el ingreso de Miren en el hospital, sus dos compañeras de piso le llamaron por teléfono para visitarla, así como muchas otras personas que se interesaron por su estado y le escribieron. Lo hizo incluso gente con la que Miren o bien no tenía apenas relación, o incluso no se llevaba especialmente bien; por lo que en el caso de estos últimos, la joven sospechaba que le habían escrito más por curiosidad y sed de cotilleo que por cariño. Eso no sorprendió a la chica tanto como el hecho de que los mensajes le llegaran tan rápido. A la mañana siguiente de aquellos luctuosos hechos, es decir, el día 20 de enero, su teléfono móvil se llenó de llamadas perdidas y mensajes por varias y variopintas redes sociales.

Pero Miren no pudo comprobar todo aquello hasta el día 22, cuando al fin le dejaron recuperar su dispositivo móvil. En realidad, con la cantidad de pruebas médicas que estuvieron haciéndole, sin contar las visitas de los psicólogos, peritos forenses y agentes de Policía..., sumándole el tiempo que

pasaba dormida (también de forma inducida), tampoco es que hubiera tenido tiempo de ponerse a responder mensajes. Ni tiempo ni ganas.

El día 22 de enero por la tarde, no obstante, entró en su habitación un agente de la Ertzaintza. Se acercó a la cama de Miren y esta se recostó, preparada para recibir otra ristra de preguntas a las que ya se había acostumbrado. Sin embargo, el agente, sin apenas saludarla, sacó algo de un bolsillo de su uniforme y se lo entregó a la sorprendida joven. Esta vio al instante que se trataba de su teléfono móvil, metido en una bolsa hermética de plástico translúcido.

—¡Vaya! Mi móvil —se le escapó a Miren—. Ya ni me acordaba de él.

—Lo encontramos en el lugar subterráneo en el que te tuvieron retenida. Bueno, en uno de los túneles. No se lo hemos entregado antes porque había que analizarlo. En busca de huellas dactilares o de cualquier otro indicio. Espero que lo entienda.

—Sí, sí... —respondió Miren, distraída, mientras sacaba su teléfono de la bolsa. Le dio varias vueltas en sus manos y observó que, salvo por un par de golpes que no recordaba, uno en un lateral, en la carcasa, y otro en la esquina superior derecha de la pantalla, que la había agrietado ligerament

e, el dispositivo parecía en buen estado. «Otra cosa es que se encienda», pensó la joven.

Miren encendió el móvil y esperó unos segundos. Parecía funcionar a la perfección. Introdujo el número PIN y esperó a que acabara de cargarse. Mientras tanto, pensó en el origen de esos golpes. «Supongo que el cabrón ese de Pablo Abarrategi lo tiró por ahí cuando llegaron Fran y los polis», dijo para sí. Pero se alegró de haberlo recuperado.

Después, una vez el agente abandonó la habitación, Miren comprobó, con extrañeza, que los primeros mensajes que le habían llegado interesándose por su estado eran de la misma mañana del 20 de enero. Por tanto, infirió al instante que la noticia de lo ocurrido había corrido como la pólvora. Muchos de esos mensajes y llamadas, además, terminaban con una amable petición para ir a visitarla.

La joven esperó varias horas antes de comenzar a responder a esas peticiones. Hasta ese momento, solo sus padres habían podido pasar a verla, y

lo cierto es que no quería que nadie más la viera allí, salvo quizá Fran, aunque fuera para interesarse por su estado. Por ello, pidió que nadie la visitara, y ella misma pasó un par de horas respondiendo a los mensajes de apoyo. Les agradeció el interés, pero les pidió que no fueran al hospital. Cuando le dieran el alta ya les «avisaría» ella. El resto de los mensajes los respondió días después, sin darse ninguna prisa. Eso sí, al siguiente agente de la Ertzaintza que entró en la habitación, solo unas horas después, le pidió que buscara a Fran Casanueva, pues necesitaba saber de él.

Pero Fran tardó un par de días en aparecer. Y después de esa breve visita, ya no entró en su habitación nadie excepto sus padres, quienes se mantuvieron a su vera noche y día.

3

De nuevo en el sofá de su casa, Miren no es capaz de encontrar una postura cómoda. Para más inri, la televisión se le antoja muy decepcionante, por lo menos a esas horas vespertinas, así que la apaga sin darle mayor importancia.

Pese a que han pasado dos días desde que le dieran el alta, aún no ha avisado a nadie de que ya se encuentra en casa. Es consciente de que todavía no tiene ganas de hablar con nadie. Se siente mal, no obstante, por no avisarles, sobre todo a Leire, a Mertxe y al resto de sus amistades más cercanas, las cuales podría contar con los dedos de una mano. Y por supuesto está Fran, del que no sabe nada desde aquella extraña visita. Esa en la que está segura de que recordó algo importante de lo acaecido aquella aciaga noche.

Antes de que le asalten los recuerdos, una vez más, Miren vuelve a moverse en el sofá, incómoda, soltando un gemido de disgusto. Desde que salió del hospital, le han bajado la medicación, y el efecto de los calmantes cada vez le dura menos, por lo que las heridas y los golpes le recuerdan, cada cierto tiempo, que siguen ahí y que duelen. Pero lo que más miedo le da es pensar. Y recordar. El psiquiatra también le ha aconsejado ir dejando paulatinamente la medicación que le ayuda a estar relajada y a dormir bien, casi sin sueños. El profesional le aseguró que debería ir recuperando poco a poco su vida anterior sin la ayuda de los fármacos.

Y ya que para dejarlos sabe que necesita entretenerse como sea para no pensar, decide que ha llegado la hora de informar a la gente de que sigue viva, a salvo en casa. Coge el móvil y llama a su amiga Leire.

—¡Miren! ¿Qué tal? —la voz de su amiga, pese a la distorsión del altavoz, suena alegre y emocionada.

—Bien, bien. Ya estoy mejor.

—¿Te han dado el alta?

—Sí, eh..., hace poco. Pero ya estoy en casa.

—¡Jo, qué guay! ¿Te puedo ir a visitar?

—Claro.

—Te importa si voy para las... ¿seis y media? Es que estoy un poco liada ahora.

—Sí, sí, sin problema. Yo no me voy a mover de aquí —intenta hacerse la chistosa. Se arrepiente al instante.

—Pues voy para tu casa a esa hora.

—Oye, me lo he pensado mejor. ¿Y si damos una vuelta por alguna zona tranquila? Todavía no he salido de casa y tengo ganas de andar un poco.

—¡Ah, pues fenomenal! Estoy en Tabakalera ahora. ¿Quedamos en el parque de Cristina Enea?

—Vale, perfecto. Estaré por allí a esa hora.

4

Miren sale de la ducha algo renqueante, sin poder reprimir algún que otro gesto de dolor. Su pierna izquierda sigue doliéndole bastante, pese a tenerla, en teoría, casi curada.

Ya en su habitación, sin ninguna prisa, se viste un holgado pantalón de chándal azul marino y una sudadera aún más ancha de sus tiempos del instituto, grisácea. Una vez preparada, llega al vestíbulo y coge la cartera y las llaves. Antes de salir, acerca el ojo a la mirilla. En el rellano no parece haber nadie. Después, posa la oreja en la madera de la puerta. Tras varios segundos, se convence de que no puede haber nadie ahí. Pese a ello, abre la puerta muy lentamente y, cuando ha abierto un espacio suficiente, saca la cabeza y mira a ambos lados. Ahora sí, al fin, logra tranquilizarse, así que saca el resto del cuerpo y cierra la puerta a su espalda. Es consciente de que cualquiera que la viera llevar esa rutina tan extraña pensaría que está paranoica, o que se trata, sencillamente, de una pirada. Le da igual. En cualquier caso, piensa, es probable que, en varios días, o semanas, sus miedos se vayan evaporando y pueda superar ese pavor a salir. Al fin y al cabo, reflexiona, no sin cierta desazón, es solo la tercera vez que sale de casa desde que abandonara el hospital. Además, la primera vez que quiso salir de casa, el día anterior, un ataque de pánico la atacó de sopetón y tuvo que volver al sofá. Necesitó media hora para armarse de valor, hacer frente a la ansiedad y salir al rellano. Y eso que solo pretendía bajar a comprar un par de cosas en la tienda más cercana. Por tanto, se anima a sí misma convenciéndose de que está mucho mejor.

Coge un autobús y se baja, varios minutos antes de la hora convenida, en el Paseo Duque de Mandas. Nada más poner un pie en la acera, llama a su amiga, que le pide que suba a la azotea del edificio Tabakalera, una antigua fábrica de cigarrillos reconvertida en centro de cultura contemporánea. El edificio se levanta justo al lado de la entrada al parque urbano Cristina Enea.

Miren entra al edificio y sube hasta el último piso en uno de los espaciosos y silenciosos ascensores. Sale después a la enorme terraza, desde la que puede contemplarse una amplia vista de la ciudad, especialmente del río y del centro de la capital, así como, en menor medida, de los populares barrios de Gros y Amara.

En cuanto abre las puertas de cristal que dan a la terraza, razonablemente

atestada, le llega una suave ráfaga de viento fresco que le llena de una agradable sensación. Pese a estar en febrero, la temperatura en el ambiente no es especialmente baja. Tras llenar los pulmones con ese aire, mira alrededor hasta dar con su amiga, que se encuentra en la parte derecha de la terraza, sola, apoyada en la barandilla, mirando al horizonte.

—¡Miren! —grita su amiga en cuanto siente su llegada, pocos pasos antes de que la joven llegue a su altura.

Ambas se funden en un largo abrazo. Miren juraría que ha sentido hasta un sollozo de su amiga, cuestión que confirma cuando, segundos después, se separan y la joven observa los ojos enrojecidos de su amiga.

—Hola, Leire. Me alegro de verte.

—¡Dios mío, Miren! No sabes lo preocupada que he estado. Bueno; todas... Todavía sigo sin creerme nada.

—Ya, bueno...

—¿Estás ya recuperada del todo? —le pregunta echándole un vistazo de arriba abajo—. Me dijiste por WhatsApp que estabas bien. Como ves te he respetado, ¿eh? No te he atosigado nada estos días, porque sé, bueno, me imaginaba, que necesitarías tu tiempo —y suelta una risita nerviosa. Miren siente una punzada de culpabilidad, pero sigue pensando que hizo lo correcto al pedirles espacio a su amiga y a los demás.

—Sí, sí. Estoy perfectamente.

—Bueno, perfectamente no, que te he visto cojear un poco. Y la cara... Déjame que te vea.

Pese a las súplicas de Miren, su amiga comienza a observarle el rostro con detenimiento. Miren es consciente de que no es muy buena maquilladora, por lo que su amiga notará todas las marcas que tan infructuosamente ha intentado ocultar con maquillaje antes de salir de casa.

Tras unos segundos escrutándole la cara y preguntándole: «¿Aquí te duele?», en varias ocasiones, señalando zonas de su cara con su dedo índice, parece que se da por satisfecha y suelta un suspiro.

—¡Joder! Sí que te dieron bien esos cabrones...

—Pues sí.

—¿Y cuántos eran?

—Ni idea. Muchos.

—Joder... No se ha hablado de otra cosa estos días. Todavía no me puedo creer que en una ciudad tan tranquila como esta hubiera una manada de locos violadores de esos...

—Ya... —Miren se lo piensa—. ¿Una manada, dices?

—Sí. Bueno, o lo que fueran esos. ¿Y dónde te llevaron para... eso? Dicen que tenían un escondrijo en Urgull. ¿Dónde? ¿Por la casa del guarda?

—¿Cómo? —no da crédito—. ¿Dónde has leído eso?

—Pues en los medios. Y es lo que dice la gente. Yo no sé más. Como no te he querido preguntar nada... Que me parece bien, ¿eh? —añade rápido, para no incomodar a su amiga—. Es que es muy *heavy* todo...

—¿La casa del guarda? ¡Qué gilipollez! ¿Es que nadie ha hablado de los túneles?

—¿Qué túneles?

La cara de Leire es un poema. Efectivamente, no se trata de ninguna broma, capta Miren al instante. La chica no sabe nada.

—Bah... No me sorprende —resopla Miren.

Y tras decir eso, se apoya en la barandilla. El cielo está gris, cada vez más oscuro. Son más de las seis y media, pero al menos no llueve. Pese a la escasa luz, a Miren le gusta la estampa que contempla. El paseo que bordea el río Urumea por ambos lados está salpicado por las innumerables lucecitas de las farolas. Más allá, las ventanas iluminadas en Gros y en el Centro le causan, no sabe por qué, cierta sensación de tranquilidad.

—¿Qué es lo que no te sorprende, Miren? —pregunta su amiga, extrañada.

—Puff, nada. Es una larga historia. Ya te la contaré.

—¡Ah, no, no! De eso nada. Me lo cuentas ahora.

—¿Todo?

—Todo. Con pelos y señales.

—Está bien. Pero no aquí.

—Vale. ¿Nos sentamos en un banco del parque?

—Mejor damos una vuelta.

—¿Puedes? —pregunta Leire, con preocupación, echándole una mirada de soslayo a la pierna izquierda de su amiga.

—Sí, sí. Si vamos despacito, sí. Me vendrá bien.

Así pues, bajan de nuevo por los ascensores y salen por la puerta principal, que es la más cercana a la entrada del parque Cristina Enea. Allí, entre los árboles, por esos senderos por los que apenas camina nadie, Miren se siente más tranquila y decide contarle todo a su amiga; de principio a fin. Tarda más de lo que piensa, y pese a la lentitud del paso debido a la cojera de la joven, dan una vuelta completa al parque. Al llegar al antiguo palacio de los duques de Mandas, que domina la colina y los terrenos circundantes, repletos de vegetación, ambas chicas se sientan un rato a descansar en un banco cercano. No lejos de allí, posado sobre un muro bajo, un majestuoso pavo real emite un sonoro cloqueo.

—¡No jodas! ¿En serio? —exclama Leire cuando su amiga termina su relato.

—Ya ves, no es como te lo han contado.

—Joder, que no... No creo que mucha gente sepa eso. Desde luego Iker no tenía ni idea.

—¿Iker? —Miren pone cara de extrañeza.

—Oh, sí. Estaba con él tomando algo en Tabakalera.

—¿Iker el de la *uni*?

—Sí, eso es. —Leire se revuelve un poco en el asiento, aunque no parece incómoda en absoluto. De hecho, se le escapa una sonrisa.

—¿Estás saliendo con él?

—Bueno, saliendo... No diría yo tanto. Sin más, nos estamos conociendo. Hemos quedado un par de veces. O bueno, alguna más. Pero nada serio.

—¿Pero desde cuándo estás con Iker? No sabía nada.

—¡Ay...! —parece costarle decirlo—. Nos enrollamos la noche de la Tamborrada.

—¿En serio?

—Sí. Ya ves. Yo liándome con este y tú al mismo tiempo ahí abajo... ¡Jo, ya lo siento! —se le humedecen los ojos al decirlo.

Miren se ríe.

—¡Qué tontería! ¡Tú hiciste lo que tenías que hacer!

—No sé yo... En fin, lo que te decía. Que justo hace un rato estaba en Tabakalera tomando algo con este. Y me estaba diciendo que un colega suyo, o no sé qué, que trabaja en la Ertzaintza y que escuchó que hablaban sobre tu caso.

—¿Y qué decían?

—Nada... No tiene importancia porque, visto lo visto, estaban equivocados.

—Ya... Por cierto, Leire. Me alegro por lo tuyo con Iker. Pero por favor, no le digas nada de lo que te he contado.

—¡Por favor, Miren! —parece indignada—. ¿Tú te crees que le iba a decir yo nada? Además, que ni somos novios ni nada. Me parece mono, y me pone y tal, pero nada más.

—Vale, vale.

Ambas se quedan en silencio un momento.

—Por cierto —dice Leire—, hablando de poner. ¿Sabes algo de Fran?

La pregunta pilla a Miren por sorpresa.

—Pues no. Bueno, desde lo de su visita al hospital que ya te he contado. —Lo cierto es que le había omitido la parte en la que creyó tener una especie de recuerdo, visión o algo similar que, con el paso de los días, no es capaz de recordar bien.

—¿Y no le has llamado?

—Pues no. Ni él a mí. Tampoco le he escrito ni nada.

—Pues deberías hacerlo.

—¿Por?

—Ya sabes que Iker iba un curso por debajo.

—Sí, ya me acuerdo.

—Pues resulta que Fran Casanueva es uno de sus profes.

—¿Y?

—Me ha dicho que lleva días sin ir a clase.

—¿Quién? ¿Fran? ¿En serio?

—Sí, sí. Y no saben por qué. Pensaba que igual tú sabías algo.

—Pues no...

—Puede que el hombre necesite unas semanas para él. Si estuvo allí ayudándote y eso. Puede que esté jodido.

—Ya... Debería llamarle.

—Claro. Y ahora mismo.

Miren saca el móvil del bolsillo y llama a Fran. Nada más hacerlo, suena una voz robótica en el auricular: «El móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura».

—¿Y bien? —pregunta Leire.

—Lo tiene apagado.

—Ah, pues vaya. Necesitará tiempo.

—No sé yo...

A Miren le asaltan los recuerdos. No tenía intención de hacerlo, pero acaba contándole a su amiga lo que recordó durante la visita de Fran al hospital.

—¡Venga ya! ¿No pensarás que...?

—¿Por qué no?

—¡Miren! ¿Te estás oyendo? Fran quería salvarte. ¿Si no para qué entró allí? ¡Arriesgó su vida!

—Pero ¿y si es uno de ellos?

—Ya, pero... A ver, no le estoy justificando. Pero según parece, el tipo ese que te mandaba postales...

—Pablo.

—Ese. Me dijiste que actuó por libre. Que lo que quería era reconciliarse con esa gente. Que le admitieran.

—¿Y?

—Pues eso. A ver, está claro que Fran está enamorado de ti...

—¡Otra vez! —exclama Miren, harta.

—Bueno, perdona, chica. Es lo que pienso. Y creo que por eso Fran, aunque sea de la orden esa o lo que sea, te intentó salvar.

—Ya, o sea, que me quiso salvar a mí, pero no le importaba que cogieran a otra chica, mientras no fuera yo... ¿Es eso?

—Pues hombre... Por eso te digo que no le justifico. Es supercruel.

—¿Y por qué Pablo también le secuestró a él aquella noche? —Miren se queda pensativa, y cree comprender—. Salvo que fuera parte del juego. Joder, ¿podría ser Fran tan macabro? —pregunta, más para sí que para su compañera.

—Bueno, yo qué sé. Pero yo creo más que, directamente, el tal Pablo no tenía ni idea de que nuestro profe también fuera un compañero.

—Bueno, eso tiene sentido. Según ponía en el diario del escultor... El del monumento del Centenario —aclara.

—¿El abuelo de Pablo?

—El mismo. Decía que los miembros de la Sociedad no se conocían entre ellos. Lo cual es lógico. Por seguridad, vamos...

—¿Ves? ¿Tiene sentido o no tiene sentido?

Se lo piensa un momento.

—Pues creo que no.

—¿No?

—Es demasiado rebuscado. Yo creo más bien que todo eso ha podido ser un juego macabro. Me ayudó y me dio la información justa, todo este tiempo, para meterme en la boca del lobo.

—Estás obsesionada con eso... Miren. No te hace bien.

—Tienes razón. Me duele la cabeza de pensar en eso. Pero es que no me esperaba lo de Fran. Llevo todo este tiempo intentando no pensar en esa noche y en eso que recordé. Por eso no le he escrito a Fran. Y ahora que quiero hablar con él no está.

—Bueno, espera un tiempo.

—Sí, será lo mejor. Vamos a pasear un poco más; necesito pensar.

5

Esa noche, ya en casa, encerrada en su habitación, Miren se siente más sola que nunca. Además, darle al fin forma a la sospecha que llevaba días rondando su mente ha sido excesivo para sus nervios. «Realmente confiaba en él», piensa, «casi a ciegas». Por muchas vueltas que le dé, no es capaz de entender nada.

Alguien toca la puerta y entra.

—Miren, ¿quieres cenar algo?

Es Enara, una de sus compañeras de piso.

—No, gracias. —Miren apenas tiene apetito desde aquella noche que tanto maldice, y menos aún tras el ocaso.

—Vale. Me voy a pasar la noche con Irune. Si necesitas algo, me llamas. ¿Vale?

—Sí, sí, tranquila. Pásalo bien.

Enara sonríe una vez más y cierra la puerta.

Las tres chicas que conviven en ese piso nunca han gozado de una relación muy fluida, posiblemente porque, pese a vivir bajo el mismo techo, apenas hacían vida en común. No obstante, desde que Miren volviera del hospital, Enara ha estado mucho más atenta con ella. «Es una buena chica», piensa, pero lo cierto es que pasa cada vez menos tiempo en casa. A menudo, ni siquiera duerme allí, sino que pernocta en casa de su novia, Irune, con la que llevará saliendo medio año, estima Miren, y a la que apenas conoce, salvo por haber coincidido con ella o en el portal en casa alguna vez.

En cuanto a su otra compañera, Sara, es más introvertida que la primera. Su rutina es sencilla: llega a casa, ya de noche, se encierra en su habitación y apenas sale de allí salvo para ir al baño o a la cocina. Miren no se sintió ofendida cuando, recién llegada del hospital, la chica ni siquiera se dignara a salir de su habitación para darle la bienvenida, cosa que sí hizo Enara, y con mucho tacto, además. Miren está segura de que, en su lugar, ella sí se habría dignado a salir a saludar. Por cordialidad, aunque sea.

«Claro que», reflexiona, «lo cierto es que en ningún momento les he contado la verdad». Por lo que a ella respecta, solo les contó que sufrió un intento de violación. No entró en más detalles por muchas razones; la principal, quizá, es que no tenía ganas de tener que explicarse, de aportar detalles escabrosos, de tener que revivirlo todo de nuevo ante dos chicas que, por mucho que les profese cierto cariño, en especial a Enara, no son amigas íntimas.

A los pocos minutos de marcharse Enara, a Miren le asalta un vacío en el interior de su ser. Le ocurre cada noche desde que salió del hospital. Se ve obligada a reconocer que se había acostumbrado a tener a sus padres a su lado, en la habitación. Y ahora, de nuevo en soledad, en su piso, siente una extraña nostalgia, y también cierto miedo. O más que miedo, desasosiego. Sí, eso debe de ser, piensa.

Para evadirse un poco de esa sensación de vacío, rememora la conversación con su amiga Leire de esa misma tarde, en especial la parte en la que salió el tema de Fran. Sin ser del todo consciente de lo que hace, se recuesta con cierto esfuerzo y alcanza su teléfono móvil, que está sobre la mesilla. Acto seguido, llama a su antiguo profesor. Una vez más, a los pocos segundos, una voz metálica y femenina le recuerda que ese número no está disponible en ese momento. Por lo tanto, decide escribirle un mensaje de WhatsApp. Tras un rato pensando en qué decirle, finalmente le escribe: «Fran, llámame cuando puedas. Ya estoy en casa. Y bien. ¿Qué tal tú?». Le envía el mensaje y se queda unos segundos esperando a que el mensaje le llegue. Pero solo aparece un *tick*, tal y como se esperaba, lo que significa que no ha recibido el mensaje.

Vuelve a pensar en su charla con Leire. Además del tema de Fran, hubo otra cosa que le llamó la atención, y es el tratamiento que los medios de comunicación ofrecieran sobre lo acaecido. Días atrás, en el hospital, cuando ya estaba un poco mejor, quiso coger su móvil y ponerse a buscar en los medios. Incluso le pidió a su madre que le subiera el periódico a la habitación, pero ella se negó en redondo. Por si fuera poco, también los psicólogos le desaconsejaron que buscase nada en los medios. Por tanto, y contra su voluntad, no pudo descubrir cómo los diarios se hicieron eco del asunto. Pero ahora, en la soledad de su habitación, le acosa la curiosidad.

Por tanto, deja su móvil en la mesilla y se levanta de la cama. Avanza un par de pasos hasta el pequeño escritorio y se sienta en la silla. Enciende su ordenador portátil y espera a que se cargue, casi con nerviosismo, aunque no

es capaz de dilucidar si los nervios los causa la curiosidad o el miedo a lo que pueda encontrarse. Quizá su madre y los psicólogos tuvieran mucha razón al aconsejarle eso, pero no lo puede evitar.

Empieza por buscar la página web de *El Diario Guipuzcoano*, la principal cabecera del territorio. Como han pasado ya más de dos semanas, no aparece ninguna noticia relacionada con el caso, algo que Miren sospechaba. Por lo tanto, decide buscar las noticias que le interesan por palabras clave, en el buscador que la página web ofrece.

El primer titular que lee ya le llama bastante la atención:

EL HIJO DE OLABE INSISTE EN SU INOCENCIA

—¿Olabe? —se pregunta Miren, en voz alta. El nombre se le hace familiar.

La joven clica en el titular y en su pantalla se carga el artículo completo. En cuanto lee las primeras líneas entiende por qué le sonaba el nombre. Martín Olabe es un histórico político y empresario guipuzcoano que llegó a ser diputado en el Congreso y delegado del Gobierno en Euskadi, tal y como lee más adelante. Pero la noticia se centra en la figura de su hijo, un tal Josu que, a diferencia del padre, no se metió en política, por lo que su nombre no es tan conocido para la opinión pública. Según detalla el periodista encargado de redactar la información, Josu Olabe «ha sido puesto en libertad con cargos». Se habla de que, presuntamente, el hijo del famoso político pudo estar implicado en una «frustrada violación grupal», hecho que su abogado «ha negado con rotundidad». Miren observa la fecha: el artículo fue publicado el 29 de enero. Han pasado ya unos cuantos días.

Lo cierto es que ese nombre, como tal, no le dice nada, pero es muy probable que fuera uno de esos fanáticos encapuchados, reflexiona Miren. «Será uno de esos que tuvo la mala suerte de ser detenido antes de escapar», piensa, «uno de los pocos, mejor dicho», apostilla.

La joven sigue mirando algunos artículos, pero al rato se cansa de leer siempre lo mismo, dicho con otras palabras, y acaba por fijarse solo en los titulares.

Tras unos minutos, decide cerrar la tapa del ordenador portátil. Ya ha visto suficiente. La idea que se ha formado es clara: los medios hablan de una

violación grupal en algún recoveco de Urgull. No hablan de la víctima (lo cual alegra a Miren), pero sí resaltan el curioso hecho de que ese grupo de «presuntos agresores» contara con alguna personalidad «destacada». Y poco más. En realidad, Miren no puede asegurar que no se esperara un tratamiento similar por los medios, pero en su fuero interno tenía la esperanza de que hubiera sido distinto.

Sale de su cuarto, pues necesita ir al baño. Pasa por al lado de la puerta de la habitación de su compañera Sara, que está cerrada. Acerca la oreja a la puerta, con sigilo, y escucha el confuso sonido de alguna película o serie que su compañera a buen seguro estará viendo. Después pasa por la puerta del cuarto de Enara. Ni se acerca a escuchar porque sabe que no está en casa.

Tras salir del baño, entra en la cocina y, sin encender la luz, se sirve un vaso de agua. Y es en ese momento, en la penumbra de la estancia, cuando se da cuenta de que tiene que volver a casa de sus padres. Tiene que aceptar, pese a su orgullo, que necesita sentirse acompañada. Además, piensa acto seguido, con su precaria economía, era cuestión de tiempo que tomara esa decisión. Ese pensamiento la tranquiliza un poco.

Esa noche, se va pronto a dormir y lo hace con la conciencia tranquila.

I

Esta mañana ni siquiera había amanecido cuando ama ha venido a despertarme. No recuerdo la última vez que vino a mi lecho a despertarme, así que he tenido un buen despertar. Eso sí, ha venido con cuidado, en silencio, para no despertar a la pequeña Mari Coro, que dormía a mi lado, como siempre. Ama me ha zarandeado con suavidad y me ha susurrado al oído que era la hora. Al principio me ha costado un poco, pero al final me he levantado con lentitud y sigilo, y he seguido a ama hasta el comedor. Hasta que me he sentado y me he puesto a comer no he sido consciente del porqué de esa comezón que me inquietaba, y cuyo origen no era capaz de asimilar. Hasta que, en esa oscuridad, pues ama solo había encendido algunas velas y la lámpara pequeña de aceite, finalmente me he percatado. Mi desazón la provocaban los nervios, porque ese era mi último día en la casa de mis aitas. Me han entrado ganas de llorar en ese momento, pero he recordado que ama me advirtió ayer que ya había derramado suficientes lágrimas y que aita no podía verme así de disgustada o se enojaría. Y que yo ya conocía el carácter de aita, y que era mejor no provocarlo. También sor Margarita me había reconvenido estas últimas semanas sobre eso. Que si no debía llorar más, que solo era un pequeño sacrificio por mi querida familia, que el Señor iría conmigo y me reconfortaría, y bueno, esas cosas. Y luego estaba el padre Juan Cruz, claro, que en la iglesia nos recordaba que no debíamos sufrir por las cosas más mundanas, que Cristo sufrió por cosas realmente importantes, y que ese era el ejemplo que debíamos seguir.

Pero yo no podía evitar llorar. Incluso en ese momento, sentada en la mesa. Pero por supuesto que no he llorado. Me he mantenido firme y con el rostro frío, para que mi ama se sintiera orgullosa. De todos modos, en cierto momento aita ha salido para ir al aseo y ama me ha dicho en voz baja que no me preocupara. Ama me conoce tan bien que sabe todo lo que pienso, siento y padezco, aun sin decirlo. Es tan buena y cariñosa. Pues me ha dicho que todo iba a ir bien, y que tenía que rezar mucho y también intentar mantener altos los ánimos. Y luego ya ha entrado aita, ama se ha callado y ha seguido con sus tareas.

He intentado tardar mucho más tiempo del habitual en comer. No quería levantarme de la silla. Pero aita se ha dado cuenta y me ha gritado que tenía que comer más rápido, y que ya estaba a punto de amanecer y que se iba a hacer tarde. Así que me he dado prisa y luego aita me ha dado permiso para ir a despedirme de mis hermanos pequeños. Todos estaban profundamente

dormidos, y les he dado un beso en la mejilla y uno en la frente a cada uno. Y me han entrado muchas ganas de llorar, y ahora estoy otra vez pensando en ellos y quiero llorar porque no sé si les volveré a ver. Espero que esta sea la última vez que me rompo por dentro. Imagino que no, pero ama me decía que el dolor remitiría poco a poco, y le haré caso. Mi madre es maestra, pero no solo sabe de letras. Ella también entiende las cosas del corazón. No como sor Margarita. Si esa monja metiche supiera todo lo que he llorado por mi situación seguro que me abroncaría por débil y por poco creyente y esas cosas feas que dice.

Bueno, voy a dejar de pensar en eso y voy a seguir contando mi día de hoy. Después de despedirme de mis hermanos, he cogido mis bártulos y he ido con ama a la puerta. Aita ya estaba fuera de la cancela, preparando el carro y a la yegua, Felisa. Ama me ha abrazado entonces muy fuerte, muy fuerte, y sé que ha llorado un poco en mi hombro, porque lo he oído, aunque cuando se ha apartado su cara parecía serena. Pero sé que ha fingido entereza para que no me preocupara. Entonces aita me ha gritado que me acercara. He ido corriendo y he echado los bártulos sobre el carro. Después he ayudado a aita a ajustar a Felisa y con ayuda de aita he subido a la parte de atrás del carro. Cuando él ha subido al carro y ha azuzado a Felisa con las riendas, he echado una última mirada a ama, que me ha saludado con la mano. Y yo le he dicho adiós, y también a la casa, y a mis hermanos que dormían en sus pequeñas camitas.

Y me he puesto a pensar en mi familia, y de repente he mirado atrás y ya no veía la casa, solo se veía el campanario de la iglesia, que resplandecía con la brillante luz del alba.

Cuando hemos llegado a la estación de ferrocarril, ya era plena mañana, serían quizá las 9 o más, no sé, estaba demasiado nerviosa y triste para importarme esas cosas. Me he sentido como un autómata de esos de las historias que nos cuenta ama. Como si no tuviera voluntad y simplemente hiciera lo que los demás me ordenan sin pensar.

Aita ha parado el carro justo delante de la puerta de la estación y ha bajado para ayudarme a coger los bártulos. Me he despedido de Felisa con unas caricias en su cuello y yo creo que la pobre sabía que algo pasaba, porque me ha acercado el morro para darme unos lametones. Por desgracia, las riendas no le han permitido acercarse más y se ha puesto a bufar y a moverse y a dar golpes en la tierra, y cuando me iba a acercar yo, aita se ha adelantado y le ha pegado un golpe a Felisa para que parase. Y entonces aita

me ha cogido de la mano y me ha dado un beso en la frente y me ha deseado buena suerte, se ha subido al carro y me ha hecho un saludo con la mano y luego ha seguido adelante con Felisa y el carro.

Entonces creo que por primera vez en mi vida, ahí, en medio de esa carretera de tierra, con gente yendo y viniendo, me he sentido sola. Sola de verdad.

Pero no tenía otra opción que seguir adelante. Así que he entrado por la puerta de la estación y he buscado, entre las personas que allí dentro había, a uno de esos revisores de los que me habló ama, que llevan una indumentaria especial. Me he encontrado con uno, un muchacho de la edad del primo Joaquín, más o menos, pero más alto, y le he pedido ayuda. Entonces me ha pedido que le enseñara el billete, así que he rebuscado en los bolsillos y le he sacado ese papel doblado que me dio aita hace unos días. Me ha dicho que el tren que iba a San Sebastián llegaría en algo más de media hora. Parecía un muchacho amable y servicial, tal y como ama me dijo, porque ella ya sabía lo que es subirse a uno de esos trenes. Entonces me he sentado en un banco y he esperado a que llegara el tren, viendo cómo la gente compraba otros billetes o se sentaba también a esperar, supongo que el mismo tren que yo...

6

Los tímidos rayos de sol que se cuelan por las rendijas de la persiana son suficientes para despertar a Miren, que tiene el sueño muy ligero. Por primera vez en mucho tiempo, se levanta con una sensación bastante agradable, en ausencia de malos sueños, y no las noches repletas de pesadillas de las últimas ocasiones. Se dirige al armario y coge una bolsa de deporte; lo más parecido a una maleta que tiene a su alcance. La posa sobre la colcha de la cama y se pone a rebuscar en los cajones hasta llenar la bolsa con lo que le parece más necesario. Antes de hacer nada, de todas formas, prefiere llamar a su madre. Tal y como imaginaba, la mujer se muestra muy contenta y le pide que espere ahí, pues quiere avisar a su marido para que vaya a buscarla. Pese a las quejas de su hija, la mujer insiste y cuelga.

Media hora después, su padre la llama por teléfono. Se ha ausentado un rato del trabajo para ir con el coche a buscar a Miren, para que no vaya «cargada con las maletas» por la calle y en el autobús. Una vez en el portal, con el coche de su padre en doble fila, Miren avanza hasta el maletero y echa allí sus escasas pertenencias. Después, antes de meterse en el coche, echa un último vistazo al edificio. Con sinceridad, no sabe cuándo va a volver a esa casa sita en el barrio de Intxaurrondo Sur.

Llegan al barrio de Amara en unos minutos y su padre introduce el coche directamente en el garaje. Después, él porta la mayor parte de los enseres de su hija para que esta no vaya excesivamente cargada y suben en el ascensor hasta la casa familiar.

Nada más entrar en casa, su madre se acerca al vestíbulo y abraza a su hija. Unos minutos después, tras las preguntas de rigor, ambas mujeres están sentadas en el sofá viendo la tele, mientras el padre ha regresado al trabajo. Miren le echa miradas de soslayo a su madre. Pese a tener la vista fija en la televisión, sabe que en realidad no le está haciendo apenas caso, sino que está sumida en sus pensamientos que, a tenor de su rostro relajado, parecen bastante felices.

También Miren se siente bastante feliz, pero sobre todo relajada y segura. Echa la vista atrás y se percata de que no recuerda la última vez que se repitió una estampa familiar como esa. Seguramente tendría que retrotraerse varios años atrás.

Pasan así unos cuarenta minutos. El móvil de la joven empieza a vibrar. Lo coge con rapidez y comprueba que la llamada es nada menos que de Mertxe, su antigua compañera y amiga de la Ertzaintza, cuando Miren, siendo aún una estudiante, hizo las prácticas en ese cuerpo policial. Aunque a Miren le parece que han pasado varios años desde que trabajara en aquella comisaría de El Antiguo, lo cierto es que ha pasado poco más de un año.

Antes de coger el teléfono, pide disculpas a su madre, se levanta del sofá y avanza renqueante hasta el balcón, que es la estancia que le queda más cerca de su posición. Abre la puerta, sale y descuelga el teléfono con un movimiento del pulgar.

—¿Mertxe?

—¡Ay, hola, *maitia*! —le responde la voz de su amiga, al otro lado de la línea—. ¿Qué tal estás?

—Bueno, ya mejor. Oye, Mertxe, siento no haberte escrito estos días. Es que...

—¡Ay, qué tontería! No tienes que explicar nada. ¡Solo faltaría...! Oye, Mirentxu, no tengo mucho tiempo, que estoy currando. Tengo algo importante que decirte, pero prefiero que no sea por teléfono. ¿Cuándo puedes quedar?

—¿Yo? Pues... Esta misma tarde, si te viene bien.

—Sí. Me viene genial. Tengo que hacer un par de recados antes de que me cierren y estoy libre. ¿A las seis te viene bien?

—Eh... Sí.

—¿Dónde estarás tú?

—En casa. En Amara.

—¿Amara?

—Luego te cuento.

—Perfecto. ¿Te parece que quedemos cerca de Morlans y damos una vuelta por el Parque de Aiete?

—Genial.

—Un beso, Miren. ¡Qué ganas de verte!

—Sí. Igualmente.

Al colgar la llamada, le asaltan las dudas. «¿Qué será eso tan importante que tiene que decirme?», se pregunta. «Podría habérmelo dicho por teléfono; algo aunque sea. Ahora me he quedado con las ganas».

Vuelve al sofá, pero su madre ya no está. Por el ruido que hace, está pasando la aspiradora por las habitaciones. Miren se pregunta si lo que Mertxe tiene que decirle puede tener que ver con alguna detención sobre su caso. «Sí, tiene que ser eso. ¿Qué, si no?».

Pasa el resto de la mañana con la intención de sentirse productiva, pero el tiempo pasa y no hace nada sino devanarse los sesos. Al menos deshace la bolsa de deporte y mete la ropa traída del piso de alquiler en su viejo armario, en el que seguía habiendo ropa suya; eso sí, prendas que ya no usaba, por diferentes razones, en la época en la que se fue de casa.

II

Estaba yo medio adormilada de tanto esperar, en el banco de la estación, cuando he oído un sonido muy estridente, como una trompeta, pero mucho más fuerte. He pegado un brinco del susto, y una mujer que estaba cerca me ha visto y se ha reído. No me ha dado tiempo a sentir vergüenza porque de repente he visto acercarse a lo lejos una enorme mole de metal, como un carro, pero mucho más grande y largo. Era sin duda el tren, tal y como mi madre me había explicado que era.

He cogido mis bártulos y me he acercado donde se apiñaba la gente. Después, algunos viajeros se han apeado del tren y nos ha tocado el turno a los que esperábamos en el andén. El muchacho con el que había hablado me ha ayudado a subir los bártulos y a encontrar mi asiento. Unos minutos después, con un ruido metálico y un golpe que me ha hecho removerme en el asiento, el tren se ha puesto en marcha.

El viaje hasta San Sebastián ha sido más breve de lo que pensaba. Siempre me había imaginado que la capital estaría mucho más lejos. Pero no. A media mañana, después de ver desde la ventana bosques y más bosques, y de vez en cuando algún pequeño pueblo, he visto un montón de casas, y he sabido que estaba llegando a la ciudad.

He cogido mis bártulos y me he bajado al andén de la estación. Al mirar arriba y a los lados, he comprobado que era mucho más alta y espaciosa que aquella en la que cogí el tren. Y, además, había muchas más personas, y algunas eran muy elegantes, como en esos dibujos que alguna vez vimos en la escuela.

He salido por la puerta principal y he caminado hacia adelante. A los pocos metros, me he topado de frente con un río. Al otro lado, había unos edificios enormes. Y entonces me he percatado de que no sabía adónde tenía que ir. He girado sobre mis pasos y he vuelto a la estación, a buscar a uno de esos hombres con indumentaria de revisor. He encontrado a un hombre casi anciano ya y, con peores formas que el muchacho de la primera vez, me ha indicado el camino.

He tenido que caminar un poco hacia la derecha hasta encontrar el puente y así he cruzado el río. Al pasarlo, he llegado a una ancha calle, por la que transitaban un montón de carretas y de gente. Nunca había visto tantas

personas juntas. Al final de esa larga y recta calle, había un pequeño jardín y antes de terminar de cruzarlo, ha llegado hasta mi nariz un olor extraño, como a sal, pero mucho más sutil. He seguido caminando y me he topado de frente con el mar. Era la primera vez que veía el mar. ¡Y me ha encantado! Es precioso. Y en la orilla del mar, bajo mis pies, estaba la playa curvada a la que llaman La Concha, porque la bahía tiene esa forma. Me ha encantado el paisaje. Me he pasado un buen rato mirando los montes que rodean la bahía y también la islita de en medio. De todas formas, creo que prefiero los valles, bosques y montes de mi pueblo. Aunque supongo que eso es porque mis seres queridos están allí.

Después, he seguido caminando por el paseo que bordea la playa, y me ha encantado ver que había gente jugando en la arena, o tumbados sobre ella. Ah, y había gente también en el agua, nadando. Yo nunca he nadado en el mar, solo en el río de mi pueblo, y muy poco. ¡Ojalá algún día pueda meterme en el mar! Ojalá. Al poco rato, me he encontrado con un camino de subida y, tal y como me había indicado aquel señor, he subido por allí. He tenido que preguntar a varias personas porque tenía dudas de si iba por buen camino. Y al final, cuando estaba ya cansada, lo he visto, de lejos. Ahí estaba ese enorme palacio. Blanco y precioso, rodeado de árboles. Había llegado a mi destino.

* * *

Una cosa más. Con tantos nervios, se me ha olvidado poner la fecha de hoy, y ama dice que es muy importante. Hoy es 19 de junio de 1888.

7

Por la tarde, a eso de las seis menos veinte minutos, Miren sale de casa de sus padres. Calcula que tiene tiempo de sobra para llegar a su destino, pero como no sabe cuánto tardará caminando tan despacio, prefiere no arriesgarse. A esa hora, ninguno de sus progenitores está en el hogar: su madre ha ido a pasear con unas amigas y su padre está haciendo algunos recados. En menos de quince minutos ya se encuentra en las inmediaciones de la entrada al barrio de Morlans, tal y como había acordado con Mertxe. Por si las moscas, le escribe un mensaje a su antigua compañera, informándole de que ya se encuentra por allí. En unos cinco minutos, aparece esta última.

—¡Pero bueno! ¡Miren de Pedro, qué alegría verte!

Llega hasta ella y le da un fuerte abrazo, que la joven devuelve. Tras los saludos de rigor, se ponen a pasear, hacia el interior del barrio de Morlans, en donde, Miren no sabe muy bien en qué punto exacto, hay una entrada que da al Parque de Aiete.

Nada más dar unos pocos pasos, y pese a los intentos de Miren por disimular sus problemas para caminar, Mertxe se percata de ello y así se lo hace ver, preocupada.

—¡Pero si estás medio coja!

—Ah, sí, bueno. Cada vez menos, en realidad. Ya estoy mucho mejor.

—¿Es consecuencia de...?

—Sí. Pero bueno, que ya casi ni me duele. Y los médicos dicen que será cosa de unos días. Semanas, como mucho.

—Pues habérmelo dicho, recoña, y te hubiera dicho de quedar a tomar algo en un bar.

—Qué va, prefiero andar, de verdad. Me vendrá bien.

—Bueno, como quieras.

En ese momento, Miren le pide a Mertxe que le ponga al día sobre su vida; sobre su familia y cosas así. Poco después, llegan a un cruce y la mujer

mayor pide que dejen la calle principal.

—La entrada está por aquí.

Y así es. A unos pocos metros, llegan a un lugar que Miren no conocía y que, de no ser por su amiga, duda de que lo hubiera encontrado por sí misma. No al menos a la primera.

La pequeña entrada está en un murete bajo. Después, entran a un pequeño prado y, desde allí, toman un sendero y suben tranquilamente, entre los árboles. Mientras lo hacen, Mertxe deja de hablar y le toca el turno a la joven para contar su parte. Prefiere empezar con las novedades más recientes. Su amiga se alegra especialmente con la noticia de que ha vuelto a casa de sus padres.

—¡Has hecho muy bien! ¿Quién te va a cuidar mejor?

Poco después, paseando ya sobre un camino algo más ancho, Miren no puede más y le hace a Mertxe la pregunta que lleva tiempo rumiando.

—Por cierto, ¿qué era eso que no me podías contar por teléfono?

La experimentada agente pone cara triste y desvía la mirada.

—¡Ay, Miren! Está todo patas arriba. En la comisaría, digo. Esto ha sido un mazazo gordo. Lo que te ha pasado, vamos. Es una locura.

—¿Hasta qué punto?

—Buff, por dónde empiezo... A ver, para empezar, no quería contarte nada por teléfono por si acaso. Que, a ver, no te digo que sospeche que me puedan estar escuchando las llamadas, pero es que una nunca sabe... Es que no sabes el ambiente tan enrarecido que tenemos. Nadie se fía de nadie.

—Bueno, al menos tú ya sabes lo que pasó aquella noche, ¿no? ¿No te habrás creído lo de la violación esa en la casa del guarda y...?

—¡No, por Dios, no! Eso es... Bueno, creo que fue idea de mis jefes. De los de arriba, digo, de los jefazos, los jerifaltes, que son más políticos que otra cosa. Y bueno, seguro que algún político de verdad también ha tenido algo que ver en la mamarrachada esa que se han inventado —suelta un gemido de disgusto—. Pero bueno, a lo que iba, que me voy por las ramas. La mañana

después de aquello, nos reunieron a todos los que estábamos en la comisaría. Pero por grupos; cada departamento con su respectivo superior inmediato. ¡Y no veas! ¡Recoña! Nos metieron una trola... Pero claro, yo no podía decir nada. Aunque eso sí, según nos contaba el jefe lo que había pasado solo unas horas antes, me empecé a preocupar un montón. Me vino una corazonada. De que tú estabas por ahí metida. Pero ¿qué iba a hacer? No iba a dejar la reunión así sin más, sin dar ninguna excusa, ni nada. Y el jefe estaba con una cara...

—¿Cabreado?

—¡Vaya! Cabreado, frustrado y yo creo que tampoco entendía nada. El porqué de todo ese secretismo, quiero decir. Resumiendo, nos dijo lo que a su vez a él le habían ordenado en una reunión previa de los jefes. Nos contó por encima lo que había pasado esa noche. Que era muy grave y que no iba a entrar en detalles, pero que, por lo visto, había gente importante allí metida. Incluso gente de la propia Ertzaintza. Y que, por tanto, hasta nueva orden, la consigna a defender, ante los medios y ante cualquier persona, incluso de nuestra familia, era dar la versión oficial. O sea, la que esa misma mañana salió en los medios de comunicación.

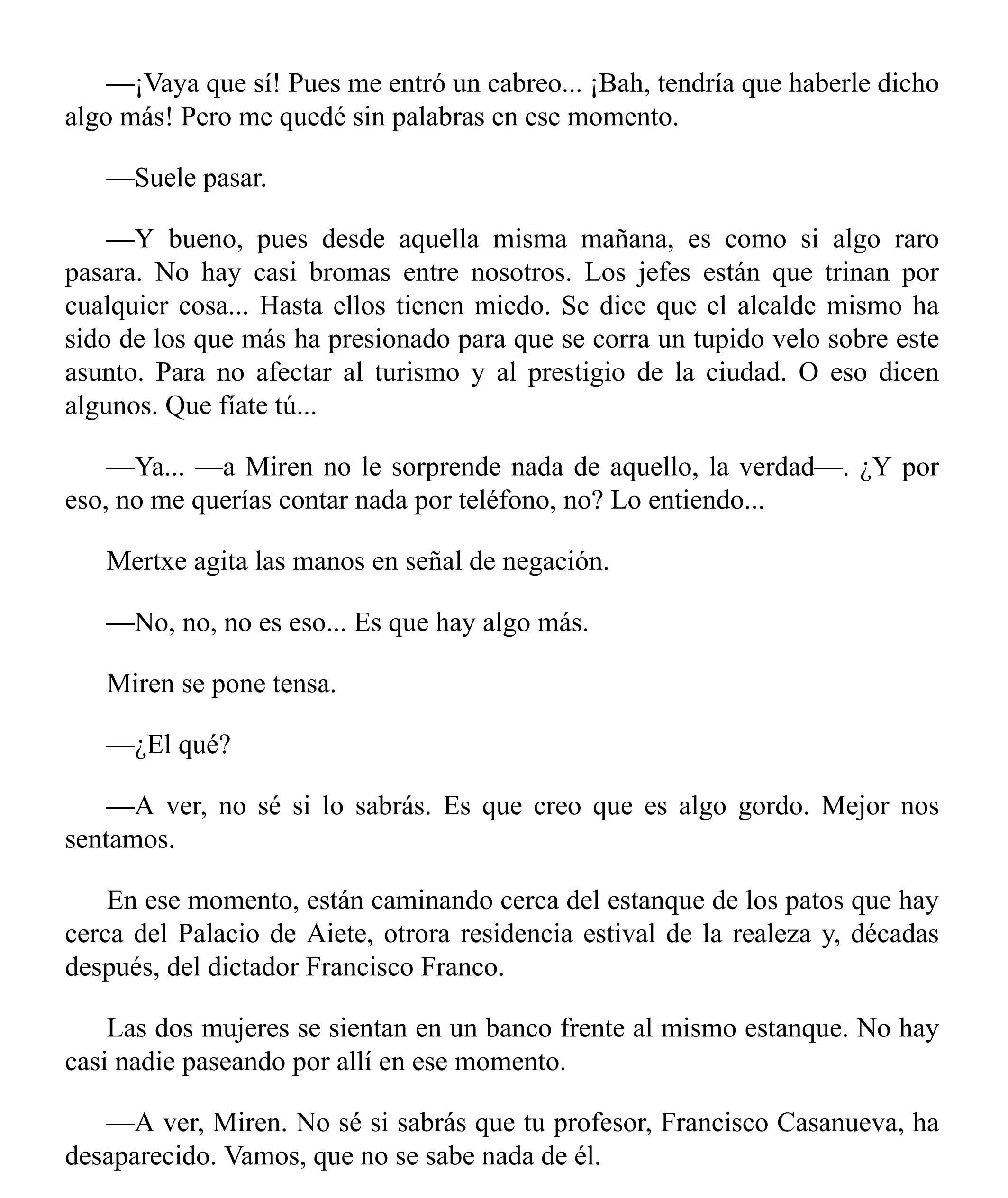
—Increíble...

—Pues imagínate. Después de esa reunión, que fue supertensa, por cierto, se creó como un clima muy desagradable. De desconfianza. Con los jefes, pero también con el funcionamiento de la institución misma y del sistema. Y hasta entre nosotros, claro. Tú ya me conoces, ya sabes que no me callo la boca. Pues empecé a comentar la jugada con la Marijo, no sé si te acuerdas de ella...

—Sí, sí. —En realidad no se acordaba de la tal Marijo, pero prefería que su amiga fuera al grano.

—Pues le comenté que todo eso me olía a cuerno quemado. Y justo pasó por allí Alfredo Irurtia, que trabaja en Comunicación. Un tipo más estirado que... ¡Recoña! Parece que le han metido un palo por el culo. ¿Pues no va el tipejo y nos empieza a echar la bronca? Que si es muy irresponsable que hablemos de esas cosas y tal. ¡Qué asqueroso! ¡Ni que fuera el director, vamos! Si está al mismo nivel que nosotras en el escalafón...

—Hay gente muy borrega.



—¡Vaya que sí! Pues me entró un cabreo... ¡Bah, tendría que haberle dicho algo más! Pero me quedé sin palabras en ese momento.

—Suele pasar.

—Y bueno, pues desde aquella misma mañana, es como si algo raro pasara. No hay casi bromas entre nosotros. Los jefes están que trinan por cualquier cosa... Hasta ellos tienen miedo. Se dice que el alcalde mismo ha sido de los que más ha presionado para que se corra un tupido velo sobre este asunto. Para no afectar al turismo y al prestigio de la ciudad. O eso dicen algunos. Que fíate tú...

—Ya... —a Miren no le sorprende nada de aquello, la verdad—. ¿Y por eso, no me querías contar nada por teléfono, no? Lo entiendo...

Mertxe agita las manos en señal de negación.

—No, no, no es eso... Es que hay algo más.

Miren se pone tensa.

—¿El qué?

—A ver, no sé si lo sabrás. Es que creo que es algo gordo. Mejor nos sentamos.

En ese momento, están caminando cerca del estanque de los patos que hay cerca del Palacio de Aiete, otrora residencia estival de la realeza y, décadas después, del dictador Francisco Franco.

Las dos mujeres se sientan en un banco frente al mismo estanque. No hay casi nadie paseando por allí en ese momento.

—A ver, Miren. No sé si sabrás que tu profesor, Francisco Casanueva, ha desaparecido. Vamos, que no se sabe nada de él.

—Ah, sí, ya lo sé.

—¿De verdad? Ah, bueno. Resulta que tenía que presentarse en comisaría hace unos días y no lo hizo. Se intentó contactar con él y nada. Se envió una patrulla en su busca y nada. Así que se ha abierto una investigación.

—¿Y qué se sabe?

—De momento, poco. O eso creo. He intentado informarme, pero la verdad es que, tal y como están las cosas, ya nadie quiere decir nada. Así que ya lo siento.

—Bueno, qué se le va a hacer.

—Pero hay algo más de lo que sí me he enterado. Cuando hubo que iniciar la investigación de lo que ocurrió la noche del 19 de enero, se les asignó el caso a unos agentes. Pues bueno, ha habido algo allí que no me han contado, pero puedo imaginarme.

—¿El qué?

—Pues que a los pocos días alguno de esos dejó el caso. Y puedo sospechar por qué.

—¿Porque saben demasiado?

—O porque son parte interesada. Ya sea por lazos familiares, o de amistad, u otros intereses. La cuestión es que alguien debió de decir algo sobre esas personas... Les dejó con el culo al aire, vamos. Y se han tenido que quedar al margen. Eso sí, todo se ha hecho con mucha discreción y con muchas mentiras, como de costumbre.

—¿Y quién lleva ahora el caso?

—Esa es la cuestión. Yo creo que después de retirar a esos agentes, se intentó asignar el caso a otros, pero se han negado. No se fían. Y hacen bien. Supongo que por posibles represalias... ¡Yo qué sé! Así que han traído, contratado o algo así, no sé, a un joven investigador, externo, que colaborará con la Ertzaintza. Es de aquí. De Euskadi, digo, no sé exactamente de dónde. Pero acaba de llegar de Madrid, donde trabajaba. Pues ya se ha instalado en la comisaría, en un despacho. Hace poco le vi. Es bastante joven; no llegará a los 35, o poco más quizá, pero según cuentan, debe de ser muy bueno en lo suyo, y tenía especial interés en este tema. Para medrar en su carrera, digo yo.

—Es una buena forma para adquirir conocimientos y prestigio.

—Sin duda.

—¿Qué imagen te dio?

—Pues es guapete. Bastante alto. Pero serio. Tiene cara de ambicioso. Pero en el buen aspecto, ¿eh? Se le ve centrado, y tiene la expresión muy viva, sagaz, como que no se le escapa nada.

Miren se queda durante un momento pensativa. Se le cruza un fugaz pensamiento. Casi una locura.

—Oye, Mertxe. ¿Y yo no podría conocer a ese hombre?

—Miren... ¿No estás recuperada y ya estás pensando en seguir con esto?

—¿Por qué no? ¿No podría colaborar con él de alguna manera? Como si es llevándole los cafés.

—Claro, y de paso rebuscando en sus documentos cuando el hombre no esté en su despacho, ¿no? Como si no te conociera...

Miren se ríe con ganas. Pero cuando mira a Mertxe, esta no sonríe.

—¿Qué ocurre?

—Hay algo más. Lo otro que no quería contarte por teléfono porque se supone que yo no debería saberlo. Resulta que, volviendo al tema de Casanueva, el nuevo inspector quiere interrogarte sobre ese tema.

Miren se detiene en seco.

—¿No pensará que tenga algo que ver?

—¡No! Bueno, no lo sé. Pero ya se sabe que él fue a verte al hospital.

—Así es.

—Pues como no se sabe a ciencia cierta mucho más desde aquella visita, puede que seas de las últimas personas que le ha visto o que ha hablado con él.

—Ya veo...

—Pero quería contártelo antes a ti. Tranquilamente. Para que te fueras haciendo a la idea. Porque, en fin, en tu estado, me imaginaba que sería una

impresión muy fuerte que te llamen para interrogarte por lo de Casanueva. Ya sabes que los policías no tenemos fama de ser especialmente empáticos y gente con tacto.

—Bueno, tú sí.

Mertxe sonríe.

—Oh, gracias. Pero en mi caso, yo creo que muchos no me consideran ni una agente ya. Lo cual me importa bien poco.

—Bueno, pues gracias a ti, Mertxe. Por contármelo. Si llegan a enterarse de que me has contado información confidencial, te puedes meter en un problema.

—Bah... Que me echen, ya ves tú. Prefería contártelo.

—Pues sobre ese tema, la verdad es que no voy a poder contarle mucho a ese inspector. No sé nada de Fran. Le he estado escribiendo y llamando, y nada. Tiene el móvil apagado. Iría a su casa, pero es evidente que no está. Tampoco va a la universidad a trabajar. Supongo que no estará en la ciudad.

—Ya, bueno. Te preguntará por esa noche de la víspera del 20, aunque ya has testificado ante otros agentes y ya hay atestados que él habrá leído y releído. Pero como tiene pinta de sagaz y de terco, querrá sonsacarte más. Creo que es de esos que piensa que los demás hacen mal su trabajo, y que solo se fía de su instinto.

—Pues volveré a contarle lo mismo que a los demás. No tengo nada que esconder. Y sobre la última vez que vi a Fran, pues... Tampoco tengo mucho que decir. Así que no me preocupa. Que me llamen para ir a declarar. Mejor. Así tengo una excusa para conocer a ese investigador y convencerlo para que me deje trabajar con él.

—Dudo que te deje. Eres una de las víctimas. Ya sé que tienes muchas ganas de que se haga justicia, pero sinceramente, no creo que te lo permita...

Miren piensa en ese momento en Fran, en que quiere encontrar su paradero. Pero sobre todo el de Pablo Abarrategi, su secuestrador y el asesino de su hermana. Está a punto de hablarle de eso a su amiga, pero prefiere callar.

—Pues colaboraré a escondidas. Ya se me ocurrirá algo.

Hace una pausa. Ambas se quedan mirando a un hermoso cisne blanco que en ese momento cruza el estanque de lado a lado, tan suavemente que parece que estuviera levitando.

—Oye, Miren. ¿Tú qué piensas de lo de tu profesor? ¿Por qué se habrá marchado? Le estoy dando vueltas y no se me ocurre nada.

—Créeme, llevo desde ayer haciéndome la misma pregunta. Me imagino que él tenía más importancia en este asunto de lo que quería aparentar.

—¡Coña y recoña! ¿Crees que él participaba en... eso?

—¿Por qué no? —En ese momento, le vuelven a la mente las imágenes de aquella visita en el hospital, las que ya no sabe si son ciertas o solo producto de su imaginación—. No me parece tan raro. Si se ha largado, supongo que ahora estará con quien tiene que estar. Que le aproveche.

—Ay, no sé. Me cuesta creer que te ayudara tanto para después... Bueno, fíate tú.

—Pues eso.

* * *

A la hora de cenar, Miren llega justo cuando su madre está poniendo la mesa. Entra en la cocina y le llega una vaharada con el inconfundible aroma de la crema de marisco. Se le abre el apetito al instante. Se adelanta unos pasos y, tras saludar a su madre, se sienta en su sitio de siempre. La cocina es bastante estrecha, por lo que la mesa es tan pequeña que solo había sitio para los cuatro miembros de la familia. Ambos progenitores ocupaban las dos cabeceras, sobre sendas sillas con respaldo: el padre, la parte más cercana a la puerta de la cocina; y la madre, la parte que daba a la puerta del pequeño balcón que usaban como tenderete. Por su parte, las dos hermanas se sentaban entre ambos, en dos taburetes, una junto a la otra: Miren más cerca de su madre y Ane al lado del padre. Al frente de ellas quedaba la pared, con un reloj más antiguo que ellas colgado en la misma, obsequio de la caja de ahorros.

La joven se queda sentada sobre el taburete de madera, mirando su móvil, distraída, mientras su madre termina de cocinar. A los pocos minutos entra el padre, que saluda a su hija con un beso en la mejilla.

—¿Qué tal el día, hija?

—Bien. He estado con una amiga, dando una vuelta por el Parque de Aiete.

—Siempre me ha gustado mucho ese lugar —dice el padre, distraído.

—Está muy bien que salgas y te dé el aire —apunta la madre, acercándose a la mesa con un puchero, que coloca sobre un soporte de metal para proteger el mantel.

A continuación, con un cazo, empieza a servir la cena en los platos hondos de su hija y su marido.

Miren toma la crema de marisco con fruición. No en vano, es uno de sus platos favoritos y su madre tiene una mano buenísima para la cocina, al menos, en opinión de su hija. La joven no recuerda la última vez que comió ese plato que para ella es un manjar. Desde luego, en su piso de alquiler nunca pasó de las elaboraciones más sencillas y socorridas.

Repite plato y su madre le recuerda que de segundo hay solomillo con

patatas fritas y pimientos rojos. A Miren se le hace la boca agua solo de imaginarlo, especialmente cuando recuerda esas patatas fritas gorditas que hace su madre y que tanto le han gustado desde niña: crujientes por fuera, pero tiernas por dentro, algo que ella no ha sido nunca capaz de replicar.

III

19 de junio de 1888 (continuación)

En la entrada de los jardines del Palacio de Ayete había varios guardias. Me he acercado a uno de ellos, muy nerviosa, y me ha pedido que me identificara. He sacado un papel del bolsillo, temblando. El hombre ha leído el papel y me ha dicho que pasara, y que buscara a una tal señora Steiner, o algo así, que es el ama de llaves. He avanzado por un camino de tierra y no podía dejar de maravillarme por el jardín que me rodeaba. ¡Cuántas flores y de cuántos colores! ¡Y qué bonitas! Daba gusto caminar por ahí. Era como estar en un sueño. Al final he llegado al edificio principal, el hermoso palacio que vi al acercarme, y que de cerca me ha impresionado incluso más. Hasta el último detalle parecía estar cuidado. Mientras miraba, embelesada, las ventanas del palacio, se ha acercado a mí un muchacho sin yo darme cuenta, y al hablarme me ha dado un susto. El chico se ha reído por el susto que me he llevado. Resulta que se llama Joxe Mari y tiene solo un año más que yo. Me ha parecido un chico agradable, un poco guasón, lo único, pero con buen corazón. Y además tiene una sonrisa encantadora y no le falta belleza. Hemos estado charlando un poquito y me ha contado que no trabaja ahí, sino que solo va una vez a la semana a llevar los mejores productos de su huerta a las cocinas de palacio. Le he preguntado de dónde era. Me ha dicho que su baserri está yendo hacia Hernani. Yo le he contado de dónde soy y nos hemos reído. Creo que era porque los dos nos sentíamos ahí como unos extraños, como dos extranjeros lejos de su hogar, pese a estar tan cerca, en realidad. Le he preguntado por la señora Steiner y me ha indicado la puerta de las cocinas; que entrase ahí y preguntase. Luego me ha dicho que no se podía quedar más y nos hemos despedido. Espero verle de nuevo.

He entrado por esa puerta y me he encontrado a un montón de gente trabajando. Al principio, nadie ha reparado en mí hasta que una muchacha me ha visto y se ha acercado. Se llama Aránzazu. Le he contado quién era y me ha pedido que la siguiera. Me ha llevado a una sala cerca de las cocinas. Allí estaba una mujer, seguramente mayor que mi madre, con el rostro serio y que iba vestida de negro y con el pelo recogido en un moño. Era la señora Steiner. «Tú debes de ser Pilar Sarasola», me ha dicho, con un acento muy fuerte, arrastrando las erres. Creo que no es de por aquí, aunque me ha dado vergüenza preguntarle de dónde era. Me ha cogido el papel, lo ha leído para cerciorarse, me lo ha devuelto y me ha dicho que me estaban esperando. Por lo poco que he hablado con ella, me ha parecido una mujer estricta, pero no

creo que sea mala persona. Después, me ha presentado al servicio, por lo menos a los que estaban por allí: a cocineras, ayudantes de cocina, doncellas, lacayos... Ah, y al mayordomo jefe, que justo ha aparecido un momento por las cocinas para decirle no sé qué a la señora Steiner.

La señora me ha explicado que Su Majestad la reina María Cristina llegaría al día siguiente por la mañana, con los niños y el resto del séquito. Pero ellos, es decir, la mayor parte del servicio, ya se habían adelantado para preparar el palacio y ponerlo todo al gusto de la Reina. La señora Steiner me ha dicho que por la tarde me iba a contar mis quehaceres a partir de mañana, ya que iba a convertirme en su doncella personal. Eso último me lo ha dicho con cierto retintín, como si se tratara de un honor que yo no merezco, pero no he dejado que notase mi confusión. Ama tenía razón: al principio, nadie entendería por qué alguien como yo, sin experiencia, podría llegar a ser la doncella de la Reina.

Pero antes de que la señora Steiner me diese las lecciones sobre mis tareas, ha ordenado a la ayudante de cocina Aránzazu, a la que ya conocía, para que me enseñase la casa y el jardín.

El palacio es incluso más impresionante por dentro que por fuera. ¡Cuánto lujo! Todo es hermoso, hasta el escabel más insignificante, o hasta la figura más pequeña sobre una repisa. El salón principal y la biblioteca me han gustado lo que más, aunque las habitaciones principales de arriba también son muy acogedoras. Ah, antes del paseo, también he dejado mis cosas en mi nueva habitación, mucho más pequeña y sobria, claro, y que voy a compartir con Aránzazu. Después, las dos nos hemos ido a pasear por el jardín. ¡Es enorme! Tiene de todo: árboles grandes y frondosos, muchas más flores además de las que ya había visto, plantas de muchas especies, caminos de tierra que suben y bajan, un riachuelo, una cascada y hasta una pequeña cueva. Es todo muy hermoso. Pero lo que más me ha gustado es ver animales. Hay un estanque con patos de colores y dos hermosos cisnes blancos, los primeros que veía en toda mi vida. ¡Y hasta hay un pavo real! Creía que ni existían, pero sí, porque yo lo he visto. Aránzazu y yo íbamos por un camino y lo hemos visto caminando de forma elegante por la hierba. ¡Tiene tantos colores! Aránzazu ha intentado que desplegara la cola, porque me ha dicho que es espectacular, pero el animal no ha querido. Estoy deseando poder ver eso algún día.

Más tarde, ha llegado la lección de la señora Steiner. ¡Cuántas cosas necesita una reina! Es increíble. Espero poder con todo ello y que nada se me

olvide. Mañana lo veré.

8

A la mañana siguiente, Miren se levanta temprano y pasea hasta la parada del metro (o topo, como Miren prefiere seguir llamándole) de Anoeta, frente al campo de fútbol de la Real Sociedad. Se baja del mismo en la estación del barrio de Intxaurrondo y camina hasta su todavía piso de alquiler. Por los horarios que conoce de su compañera Enara, concluye que debería estar en casa a esa hora.

Tras entrar al portal, sube hasta su casa y comprueba que, efectivamente, Enara está en el interior, ya que nadie ha girado la llave en la cerradura de la puerta. Se encuentra a su compañera sentada en el sofá, con la televisión encendida pero mirando, distraída, la pequeña pantalla de su móvil.

—Hombre, Miren, no te esperaba aquí. ¿No ibas a pasar unos días con tus aitas?

La aludida se sienta en un sillón.

—Sí, sí. Solo he venido a coger un par de cosas y me vuelvo a ir.

—Perfecto. ¿Necesitas ayuda?

—No, tranquila. Gracias. Oye, he venido pronto porque quería hablar contigo.

—Ah, bien. Me voy en un rato al curro, así que tengo tiempo.

—Te quería comentar... Mira, lo he estado pensando, y creo que no voy a estar solo unos días en casa de mis padres. Creo que voy a necesitar estar más tiempo...

Enara se toma su tiempo para responder.

—Ya, lo entiendo. Me imagino que... después de lo que te pasó, necesitas estar con tu familia.

—Y no es solo eso, que también. Es que esta casa... No sé. Me encuentro como... No sé cómo explicarlo. Es una sensación. Al fin y al cabo, todo empezó aquí, y...

—¿Por qué empezó aquí?

Miren se da cuenta de su error. Enara no sabe que su horripilante periplo empezó justo delante de la puerta de esa casa. Se pregunta si debería contárselo a su compañera, e incluso a Sara, la tercera inquilina. Concluye al instante que es mejor no preocuparlas; al fin y al cabo, hay muy pocas posibilidades de que nadie con aviesas intenciones regrese a esa vivienda. Y menos aún si ella ya no vive allí.

—No, nada, nada —se limita a responder Miren.

Por suerte, parece que Enara tiene otro pensamiento rondándole la cabeza así que no insiste en el enigmático comentario previo.

—Pues joe —comienza Enara—, ya que has dicho eso... No sé qué intención tienes para el futuro, ¿eh?

—No sé bien aún. ¿Por?

—Es que... A ver, lo mío con Irune va para adelante.

—Me alegro.

—La cuestión es que ella vive en un piso que es una pesadilla. Sus compañeros son un desastre y está hasta los ovarios. No limpian, usan lo que no es suyo, son unos guarros... Pero claro, tampoco quería meter a Irune aquí porque cuatro igual ya seríamos demasiado y...

—¡Ah, es por eso! —Miren se alegra de veras—. Sí, sí, por mí estupendo, así no tengo que buscar a nadie.

—Si no, pensaba irme yo con Irune a otro piso y buscar a alguien para cubrirme. Pero tal y como están los alquileres... Está complicado encontrar nada medianamente asequible.

—Por eso. Ni te preocupes. Dile a Irune que genial. Ya haremos el papeleo estos días.

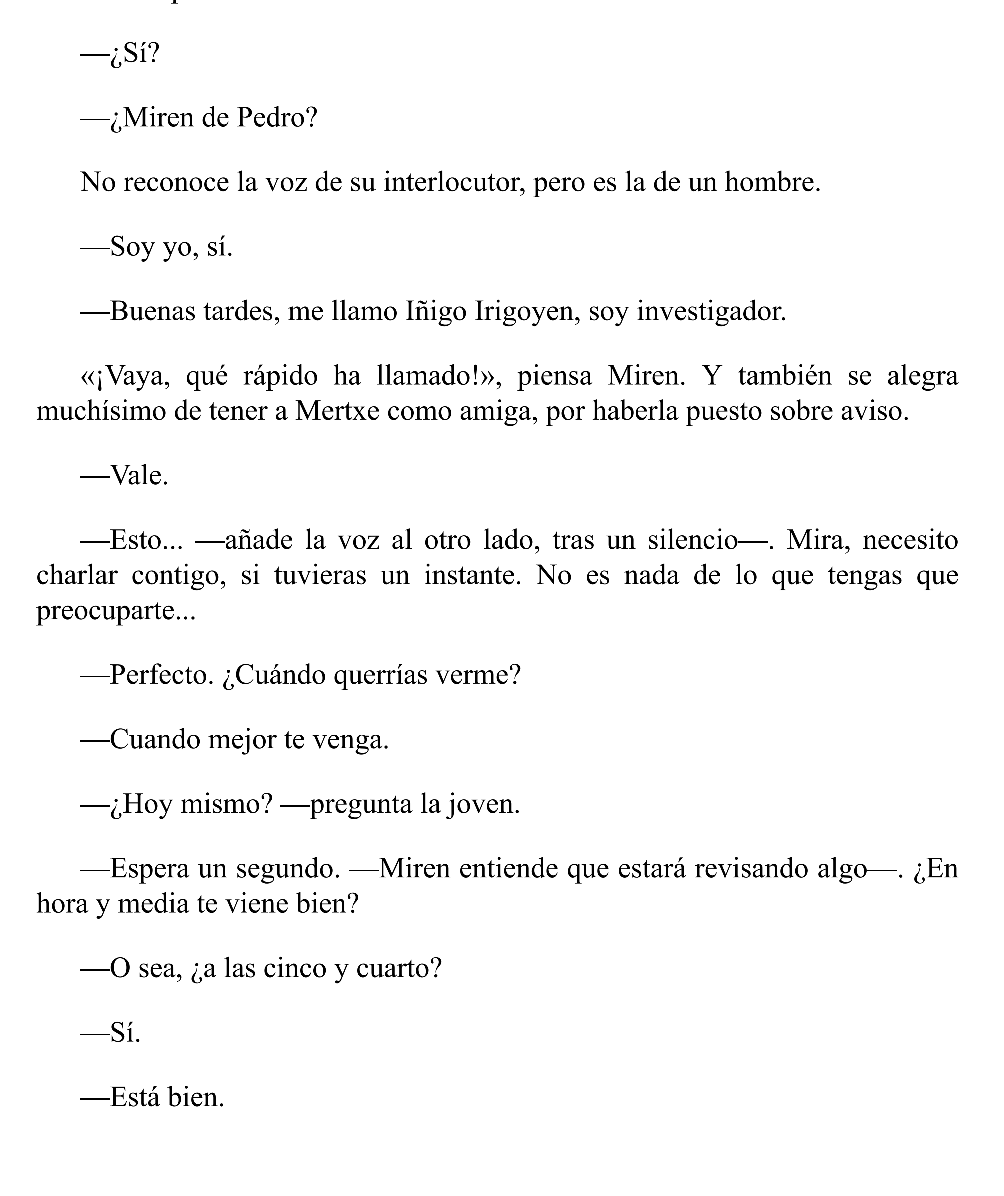
—¡Ay, qué alegría! —Y le da un abrazo.

Miren siente que, aunque no hayan tenido nunca una gran relación, echará de menos tener una compañera de piso tan buena y agradable como Enara.

Antes de coger el transporte de vuelta a su casa, se da un paseo por su ya antiguo barrio. Imagina que no será el último, pues tampoco está tan lejos de casa de sus padres, pero la sensación que tiene es esa. Por lo demás, siente que está contenta, aunque tras reflexionar un poco, se da cuenta de que, más que alegría, es tranquilidad lo que siente. La decisión de dejar el piso definitivamente estaba convirtiéndose en una losa sobre su espalda.

Ya en casa, tras estar un rato con sus padres, se va a su habitación a tumbarse un rato. Aún no llega a estar dormida, solo adormecida cuando, de repente, su móvil empieza a sonar.

A regañadientes, coge el teléfono y, antes de responder, mira en la pantalla quién la está llamando. El número es realmente largo, así que Miren entiende al instante que debe tratarse de un número institucional.



—¿Sí?

—¿Miren de Pedro?

No reconoce la voz de su interlocutor, pero es la de un hombre.

—Soy yo, sí.

—Buenas tardes, me llamo Iñigo Irigoyen, soy investigador.

«¡Vaya, qué rápido ha llamado!», piensa Miren. Y también se alegra muchísimo de tener a Mertxe como amiga, por haberla puesto sobre aviso.

—Vale.

—Esto... —añade la voz al otro lado, tras un silencio—. Mira, necesito charlar contigo, si tuvieras un instante. No es nada de lo que tengas que preocuparte...

—Perfecto. ¿Cuándo querrías verme?

—Cuando mejor te venga.

—¿Hoy mismo? —pregunta la joven.

—Espera un segundo. —Miren entiende que estará revisando algo—. ¿En hora y media te viene bien?

—O sea, ¿a las cinco y cuarto?

—Sí.

—Está bien.

—¿Necesitas que envíe un transporte a recogerte?

—No. Iré yo misma.

—Perfecto. Tengo entendido que trabajaste aquí, así que ya conoces el procedimiento.

—Perfectamente. Nos vemos en un rato.

Tras colgar, Miren piensa un momento en la voz de esa persona. Sin duda, el tono era serio y aséptico, casi como el de un robot. Imagina que será el tono estándar, para no manifestar ningún tipo de emoción. Lo cual puede indicar, a su entender, que, tal y como Mertxe le dijo, se trata de un profesional muy competente pese a su presumible poca experiencia, por su corta edad.

En la hora y media que queda para el interrogatorio, el primer rato Miren lo pasa pensando en qué tipo de preguntas puede formularle. Está convencida de que será incisivo, probablemente mucho más que los policías con los que ha hablado hasta la fecha. Reflexiona en qué tipo de tono debe llevar, si debe comportarse de forma sumisa, o inteligente, o indiferente, o retadora.

No tiene mucho más tiempo para pensar en ello pues necesita prepararse y salir para coger el autobús. Sale del portal y en un par de minutos está en la parada de la Avenida Madrid, esperando al 27, que la llevará hasta el barrio de El Antiguo.

Llega a las inmediaciones de la comisaría cinco minutos antes de la hora convenida. De repente, siente un nerviosismo que no había sentido en todo el trayecto, en el que ha ido sumida en sus pensamientos. Pero ahora, allí de pie ante ese edificio, siente un malestar que le hace pensárselo dos veces antes de entrar. No obstante, toma aire y entra.

En la recepción se encuentra, tras el mostrador, a una vieja conocida de su época entre esas paredes, aunque, que ella sepa, apenas cruzara un par de frases con esa mujer. Antes de que la agente levante la cabeza, Miren se pregunta si la recordará. Es así.

—¡Miren, cuánto tiempo! ¿Qué tal estás? —Y sale del mostrador a todo correr para darle dos besos—. La joven le devuelve el saludo, aunque algo extrañada por tanta efusividad.

—Pues bueno. Ahí voy; tirando —responde, sorprendida, sin saber ni qué

decir.

—Ya me han dicho por qué estás aquí. Ven, que te acompaño —añade, con una sonrisa cómplice.

—Bien.

Antes de irse, la mujer se gira y le dice a un compañero, que rondará la cincuentena, y que en ese momento está cerca del mostrador mirando unos papeles de forma inexpresiva:

—Borja, ahora vengo. Quédate un minuto aquí, por favor.

—Vale —le responde el hombre sin mostrar ninguna expresión en su rostro.

A continuación, la mujer, de nombre Karmele, o eso cree Miren recordar, empieza a caminar y avanza hacia unas escaleras.

—¿No te importa que subamos por aquí, verdad? —pregunta, con una risita—. Es que tengo que andar todos los pasos que pueda para cumplir con mi objetivo diario.

—Ya... —le importa más bien poco.

Se cruzan con un hombre que baja por las escaleras y, nada más alejarse, la mujer se acerca a Miren en el siguiente rellano y le dice, casi en un susurro:

—Oye, de verdad que lo que te pasó fue tan horrible... No se habló de otra cosa aquí en mucho tiempo.

—Vaya...

—En cuanto nos enteramos de que eras tú la víctima quisimos hacer más, pero no nos dejaron. Tuvimos una reunión muy rara al día siguiente. Nos prohibieron casi hasta hablar de esto. ¿Te lo puedes creer?

—Ya —responde sin muchas ganas, justo cuando abandonan las escaleras para entrar en un pasillo.

—Hay quien dice que es porque alguno de aquí, ya me entiendes, estaba implicado. ¿Reconociste a alguno?

La pregunta pilla a Miren por sorpresa.

—¿Qué? Pues... No. No creo.

La mujer mayor hace un ademán para añadir algo más, pero enmudece antes de que su boca articule ningún sonido. Miren, que estaba mirándola en aquel momento, se extraña por esa reacción tan fulgurante, hasta que se da cuenta de la razón que la ha hecho callar.

Ante ellos, frente a una puerta, hay un hombre observándolas. Con un rápido vistazo, Miren deduce que se trata de una persona joven, que rondará los 35, tal y como aseguró Mertxe. Está vestido con un pantalón vaquero y una ceñida camiseta negra, que deja entrever que el chico está en muy buena forma. Tiene el pelo castaño oscuro, corto, con un par de mechones de flequillo que le caen hasta la mitad de la frente. Su rostro es atractivo, pero tiene la mirada dura; en ese momento, fija en Karmele.

—¡Oh, Iñigo, qué casualidad! —exclama la mujer, con un tono de sorpresa mal disimulado—. Justo estaba acompañando a Miren a tu despacho.

—Ya lo veo. No hacía falta —responde con seriedad, pero sin perder la amabilidad—. Me ha llamado Borja para avisarme de que veníais.

De soslayo, Miren observa que la mujer no se esperaba ese comentario.

—Oh, pues vale —dibuja una sonrisa forzada y pasa a mirar a su joven acompañante—. Pues nada, os dejo solos. Cuídate, Miren.

—Sí, gracias —responde, con una breve inclinación de cabeza.

Al mover la cabeza para mirar a su nuevo interlocutor, la joven se pone algo nerviosa. Casi hasta hubiera preferido seguir charlando con esa mujer tan chismosa, cuya necesidad de información estaba empezando a resultarle bastante molesta.

El tal Iñigo, ajeno a todo, se da la vuelta y abre la puerta.

—Adelante, por favor —le indica con un gesto.

IV

20 de junio de 1888

Hoy al fin he conocido a la Reina. Me he levantado muy temprano y he ayudado a preparar el desayuno de Su Majestad. Y mejor no enumero de lo que estaba compuesto porque seguro que me olvidaría de algo. Después, ha sonado una campanita en la sala común del servicio y entonces, en compañía de la señora Steiner, he subido la bandeja con el desayuno y con mucho cuidado he intentado no derramar nada pese a los nervios que tenía. ¡Qué mal lo he pasado! Hemos llegado a una puerta blanca y la señora Steiner me ha deseado suerte con frialdad, ha pegado tres toques a la madera y después ha accionado el pomo dorado. Ha entrado ella primero y ha descorrido las cortinas. Al instante, ha entrado un buen chorro de luz en la habitación. Después, se ha acercado a la cama y ha dicho unas palabras en un idioma que yo no conocía, pero me ha parecido entender mi nombre. La Reina, que estaba medio incorporada en la enorme cama, me ha echado un vistazo de arriba abajo y ha asentido levemente. Entonces, la señora Steiner se ha dado la vuelta y se ha ido, cerrando la puerta. Yo me he acercado a la Reina para ponerle el desayuno en la cama, tal y como me había enseñado el ama de llaves, pero ella, con un movimiento de su mano, me ha señalado una mesita cerca de la ventana. He dejado ahí la bandeja y he cogido la bata larga de satén, blanca y muy sedosa, de su percha y me he acercado a la cama. La Reina ha tardado un rato en levantarse. Llevaba un camisón blanco y elegante. Le he colocado la bata y ha avanzado hasta la mesita, se ha sentado en la silla y se ha puesto a desayunar, muy calmada y con donaire en sus movimientos. Yo me he quedado de pie a su lado, por si se le ofrecía algo.

«Espero que la señora Steiner no haya sido muy dura contigo», me ha dicho, tras un rato en silencio. La Reina habla con un acento similar al del ama de llaves, pero mucho más suave. Por ejemplo, apenas arrastra las erres y su voz es más aflautada, mientras que cuando la señora Steiner habla, parece que está ladrando un perro.

«No, mi... Su Majestad», le he respondido. Me he sentido muy avergonzada. Apenas me ha salido un hilo de voz de lo nerviosa que estaba. «La señora Steiner ha sido muy amable conmigo», he añadido, con un poquito más de seguridad.

«Me alegro. Entiendo que estés nerviosa, pero no quiero que lo estés. Y

llámame mi señora», me ha dicho, mirándome a los ojos, y con una sonrisa.

«Así lo haré, mi señora».

«¿Sabes por qué estás aquí?».

«Supongo que por mi tía. Que Dios la tenga en su gloria».

La Reina ha seguido comiendo un poco más, y después me ha dicho:

«Tu tía Alicia ha sido, sin duda, la más fiel y eficiente doncella que he tenido en mi vida. Sentí mucho su pérdida. Esa terrible enfermedad se la ha llevado demasiado rápido. Antes de fallecer, le pregunté dónde iba a encontrar yo una confidente tan discreta y comprensiva como ella. Y entonces me habló de ti. Me dijo que tenía una sobrina con una edad similar a cuando ella vino a Madrid, aunque es cierto que ella entró como ayudante de cocina. Pasaron años hasta que acabó convirtiéndose en mi doncella personal, por una feliz casualidad. Nunca me arrepentiré de haberla escogido. Y por eso hice enviar un mensaje a tu familia pidiendo tus servicios. Espero que seas tan diligente como tu tía».

Le he prometido que lo intentaría y ella parecía complacida. Por la mañana he acompañado a la Reina por los jardines, y he conocido a sus hijos. La mayor es la infanta María de las Mercedes, y tiene siete años. Después va la infanta María Teresa, que tiene cinco años. Y finalmente el pequeño Alfonso, que tiene dos añitos recién cumplidos y al que llaman rey Alfonso XIII. Al principio no entendía por qué siendo tan pequeño no es el príncipe en vez del rey, ya que su madre María Cristina es la Reina Regente. Por tanto, entiendo que, hasta que pueda reinar, sería el príncipe. Pero Aránzazu me ha contado que con él hicieron, por motivos políticos, una excepción: es rey desde su mismo nacimiento, sin ser primero príncipe. Me parece una lástima. Para mí es un principito, me da igual lo que digan esos políticos detestables.

9

Miren asiente y entra en la estancia, echando un rápido vistazo alrededor. El despacho es más angosto de lo que se imaginaba y el mobiliario, muy escaso. La mesa ocupa buena parte de la habitación, y sobre la misma hay varias bandejas metálicas superpuestas llenas de papeles. El resto de la mesa está bastante despejada y limpia, excepto por algunos cuadernos y papeles (que Miren imagina que serán informes), aquí y allá, sin orden ni concierto. Además de la mesa, hay un par de sillas en la parte que da a la puerta y una más, con aspecto de ser más cómoda, hacia la ventana del fondo. Un fichero metálico a la derecha de la ventana es lo último en lo que Miren se fija antes de llegar a las sillas.

El hombre se sienta primero, y la joven espera a un gesto de este último para tomar asiento en una de las sillas frente a él.

—Bueno, Miren —comienza el investigador, con su tono de voz serio y un timbre bastante grave—. Lo primero, gracias por venir. Como te he dicho por teléfono, me llamo Iñigo Irigoyen. Me han encomendado el caso que ya conoces.

Miren no puede evitar fijarse en que el hombre pronuncia y vocaliza con suma exquisitez, como si remarcara cada sílaba. Imagina que es por un tema de formación; un aprendizaje a base de repetición.

—Eh... sí —responde ella, todavía algo impactada. Para su pesar, debe reconocer que la situación, y hasta ese hombre, le imponen más de lo que le gustaría.

—Bien. No quiero que pienses que esto es un interrogatorio. No hay ninguna prueba contra ti, por supuesto. Si así fuera, no estarías hablando conmigo, sino con algún agente. Yo, para que me entiendas, soy más un colaborador —esta palabra la pronuncia con bastante parsimonia.

—Sí, ya me imagino.

—Claro. Estoy al corriente de tu historial académico. Tengo entendido que en un futuro te gustaría formar parte de una brigada de homicidios.

Miren está tentada de preguntar: «¿Ah, sí? ¿Quién te ha dicho eso?». Pero se lo piensa un instante.

—Bueno, es... una posibilidad. De momento, no sé muy bien lo que quiero.

—Lo entiendo, sobre todo después de lo que te ocurrió —pese a que, por sus palabras, parece intentar mostrar empatía, como si buscara ganarse su confianza; su mirada sigue imperturbable, y transmite nula asertividad.

—Sí, ya. Estoy mucho mejor.

—¿De verdad? Me alegro, entonces —y esboza una leve sonrisa, tan leve y fugaz que Miren apenas es capaz de distinguirla.

—Sí, sí.

Se hace una pausa, que Iñigo aprovecha para observar a la joven.

—Te preguntarás por qué te he llamado.

Una vez más, está tentada de decirle la verdad, pero prefiere jugar el papel de la ingenua, y asiente brevemente con la cabeza.

—Como sabrás, tu profesor y... amigo, Francisco Casanueva, está desaparecido.

«¿Cómo sabré?», se pregunta Miren, un poco ofuscada.

—Sí, bueno, algo he oído —responde.

—¿Cuándo hablaste con él por última vez? —pregunta sin mirarla, pues desvía la mirada a la mesa para coger un bolígrafo y un cuaderno.

—Pues... Cuando vino a verme al hospital.

Tras echarle una mirada fija e interrogativa, el investigador vuelve a desviarla y rebusca entre los papeles de una de las bandejas de metal. Tras unos segundos, saca un fajo de papeles unidos por una grapa.

—Sí, eso ya lo sabía. Aparece aquí, en uno de los informes.

—¿Qué es lo que pone? —pregunta ella. Por primera vez, la curiosidad gana a su incomodidad.

Antes de responder, Iñigo le echa otra mirada inquisitiva.

—Sencillamente, aparece la hora a la que entró y salió de tu habitación, según el informe del agente que hacía guardia en el hospital.

—Ah, ya...

—No pone nada de lo que hablasteis, claro... —y añade, en un tono más confidencial—: ...si es eso lo que te preocupa.

Miren adivina la intención del chico y responde sin pensar, quitándole hierro:

—No, no. Para nada.

—En el informe se asegura que estuvo poco tiempo en el interior.

—Sí, es cierto.

—¿Discutisteis?

—¿Qué? No, no, para nada.

—Entonces, ¿por qué se marchó tan rápido?

—Porque yo tenía que descansar. Todavía estaba débil. Él solo vino a ver cómo estaba.

—Ya... —Iñigo apunta algo en su cuaderno—. ¿Puedo preguntar de qué hablasteis?

—Pues de lo que te digo. Solo hablamos de cómo estábamos. Y poco más.

—¿Como qué?

—Pues no sé. —Miren se revuelve un poco en el asiento, y se arrepiente al instante por hacerlo, por si el investigador se toma ese movimiento como un efecto de su nerviosismo—. Bueno, sí, ya recuerdo. Le pregunté si se sabía algo de la investigación. De los detenidos y así.

—¿Y te dijo algo?

—Poca cosa. Me dijo que no sabía mucho él tampoco.

—¿Te comentó si tenía intención de marcharse de la ciudad?

—No, no. Para nada.

Por el rostro del hombre, parece convencido de que Miren no miente. O eso le parece a ella.

—Y tú, ¿qué opinas?

—¿Yo?

—Como amiga suya, quiero decir. Le conocerías bien.

—En realidad nunca llegamos a ser amigos...

El detective eleva una ceja, solo un instante y de forma casi imperceptible, pero la joven es capaz de percatarse del gesto a tiempo. Al negar esa amistad, Miren es consciente de haber titubeado un poco, y por la expresión de su interlocutor, cree que ha notado esas dudas en ella. Por si acaso, mantiene el silencio.

El investigador se recuesta en su silla y suspira.

—Pero pasasteis mucho tiempo juntos.

—Bueno, sí. Pero sobre todo como alumna. O sea, relación de profesor a alumna. Nada más.

—¿No se os vio juntos por la ciudad?

«¿Cómo sabe eso? », se pregunta, ya nerviosa.

—Bueno, sí. Investigábamos juntos.

—¿El qué?

—Pues... Todo esto.

—¿Llegasteis a tener sospechas sólidas de que algo extraño, digámoslo así, ocurría en la ciudad en relación con vuestra investigación?

—Pues sí, claro.

—Pero no fuisteis a la Policía.

—Ya, es cierto. Pero Fran... O sea, el profesor, tenía algún amigo aquí, en la Ertzaintza. Y sí que con esa persona comentaba ciertas cosas. —Miren se pregunta si ha hecho bien al contarle eso, porque no quiere poner a nadie en un brete, pero también piensa que tiene que ganarse como sea la confianza del chico que está sentado frente a ella.

—Sí, eso ya lo sabemos. Se ha abierto una investigación interna por ello. Pero no es competencia mía, así que apenas sé nada de eso.

—Ah, ya...

—Por lo que he podido deducir, alguien se saltó los protocolos vigentes. Aunque bueno, no es algo que me importe demasiado... —Y a Miren le da la impresión de haber notado un matiz de satisfacción o hasta de divertimento al decirlo. Pero el tal Iñigo es tan hermético que Miren no es capaz de descifrar casi nada de ese hombre, lo cual le pone aún más nerviosa.

—Bueno, yo no quiero meter en problemas a nadie.

—Tranquila. No tiene nada que ver contigo. Volviendo al tema. Me aseguras que no eras tan amiga suya como para conocer sus intenciones.

—Hum... Eso es. Llegué a tenerle gran... estima. Pero no. De su vida no sé mucho, la verdad.

—Y ahora te quiero preguntar, como posible futura inspectora. —Hace una pausa—. ¿Qué opinas de la desaparición de Casanueva?

Miren se queda sin palabras. Muchos pensamientos cruzan su mente de forma simultánea. Le gustaría decir algo inteligente al respecto, para ganarse la confianza y quizá un atisbo de admiración por parte del hombre del que espera contar con su apoyo. Pero, por otro lado, ella sí considera a Fran su amigo, o eso creía. Pero ¿por qué y adónde se fue? Y sin decir nada, además...

Su reflexión se alarga unos segundos más de lo socialmente apropiado, así que Irigoyen insiste:

—¿Y bien?

—Yo... No lo sé. Tendría que pensarlo.

—Está bien. —Hace un gesto que denota que da la entrevista por

terminada—. Pues te agradezco que hayas venido, Miren. Si te necesitara por algún...

—¡Espera! —exclama Miren, un poco más alto de lo que pretendía.

Esa salida de tono al menos sirve para algo. Por la expresión del hombre, que alza las cejas un instante y pone cara de sorpresa, Miren se alegra de ver una cara distinta de la de Iñigo. Este se queda callado, esperando, así que la joven continúa.

—Mira, yo... No sé. Llevo días pensando en eso. Y cuanto más tiempo pasa, más perdida me siento. Me gustaría poder darte más datos. Yo también quiero que aparezca. Yo también tengo preguntas que hacerle. —Iñigo frunce ligeramente el ceño—. Por ello, te querría pedir una cosa. Bueno, es algo que he pensado también estos días, y...

—¿El qué?

—Me gustaría colaborar en esta investigación. Contigo, quiero decir.

—Ya lo estás haciendo. Y con cualquier cosa que se te ocurra, no dudes en escribirme o llamarme. Mira, te voy a escribir mi correo electrónico en un papel...

Coge una libreta y arranca una hoja en blanco. Pero antes de que escriba nada, Miren piensa: «Ahora o nunca», y prefiere sacarlo de su mente antes de que su Pepito Grillo interior pueda censurarla.

—Me refería a colaborar estrechamente. Estar al día. En fin. Ya sabes que he estudiado esto. Y además, este tema me toca de lleno. Ya sé que no tengo apenas experiencia, pero... —«Dios, no puedo expresarme peor», se dice Miren, desesperada y cabreada consigo misma.

El hombre parece meditarlo un instante.

—Me temo que no es posible. No solo por la falta de experiencia. Es que precisamente el hecho de que te afecte personalmente suele ser un factor determinante para rechazar...

—Pero yo sé cosas.

—¿Qué cosas?

—Pues que yo estuve allí. Allí dentro, quiero decir. Y creo que aún hay cosas que puedo recordar, pero que el trauma que tengo me ha hecho olvidarlas. Sí. Creo que puedo serte de utilidad.

—Ya... Y no lo dudo. Todo lo que se pueda aportar a esta investigación, que, de momento, no te voy a engañar, está siendo muy complicada, me vendría bien. Pero colaborar más allá... No creo que pueda.

—Yo no estoy pidiendo un sueldo ni nada. Solo pido poder venir aquí y estar enterada de las novedades.

—No puedes venir aquí. Sería demasiado evidente. Me quitarían el caso.

En ese momento, Miren se percata de que, pese a lo que ha dicho, es más importante el cómo lo ha dicho. La joven siente que su interlocutor acaba de entreabrir una puerta; que no está del todo en contra.

—¿Y no habría otro modo? —pregunta la joven, casi con inocencia.

—Humm, podría haberlo, sí. Pero es arriesgado.

Vuelve a bajar la mirada al papel, y escribe. Tras unos segundos, le pasa el papel a Miren, quien lo lee con rapidez. Es un número de teléfono.

—No le enseñes ese papel a nadie, ¿vale?

—Claro.

—Te llamaré mañana. Puede que no sea tan mala idea lo que me has comentado.

Miren asiente, intentando que no se note lo complacida que está.

—¿Me puedo ir ya?

—Desde luego. Gracias por venir.

Miren se levanta sin añadir nada más, y con prisa, como si tuviera miedo de que el otro fuera a cambiar de opinión en un segundo, sale por la puerta, sin girarse para saludar a Iñigo.

Ya en el pasillo, que está vacío, regresa a las escaleras, y mientras baja,

cruza los dedos para no tener que encontrarse de nuevo con la tal Karmele. Por suerte, cuando llega al vestíbulo, la mujer está atareada hablando con una mujer vestida de calle, así que, sin girarse para mirar al mostrador, enfila la puerta principal y sale.

Todavía con el pulso acelerado, e intentando digerir toda esa información, avanza caminando sin rumbo fijo. De forma inconsciente, toma un camino que solía trazar a menudo cuando salía de las prácticas en la comisaría. Así, enfila la Avenida Zumalakarregi hasta llegar a los jardines de Ondarreta, frente a la playa homónima, pocos minutos después.

Allí, sentada en un banco, intenta poner cierto orden en sus ideas, pero es incapaz de hacerlo. Al menos, interiormente se siente algo aliviada, y hasta orgullosa de sí misma, por haberse atrevido a pedirle a Iñigo Irigoyen una colaboración más estrecha, algo que no tuvo nada claro durante la mayor parte de la conversación. La joven se queda un rato más hasta que empieza a soplar una brisa bastante fría desde el mar. Son más de las siete de la tarde, no hay apenas luz natural y las farolas llevan rato encendidas.

Mientras pasea hasta la parada de autobús más cercana, se pregunta a qué vendría la improvisada charla con esa mujer que parecía tan interesada en saber todo sobre su caso. «Mertxe tenía razón, la comisaría está patas arriba», concluye la joven, con indiferencia, poco después de sentarse en el autobús.

Al llegar a casa, sus padres le preguntan por su día, pero ella pasa por alto la entrevista de la tarde y prefiere charlar de temas más triviales.

Esa misma noche, después de cenar, escribe un mensaje de WhatsApp a su amiga Leire. A los pocos minutos esta le responde, y le propone quedar al día siguiente para charlar.

Miren se va a la cama pensando en su conversación con el investigador. Lo cierto es que, en frío, no le parece que haya sido tan positiva como pensaba nada más salir, cuando se sintió hasta un poco orgullosa de sí misma. Probablemente, ha actuado de forma demasiado torpe y precipitada, pero al menos, eso sí, parece haberle despertado cierto interés en ella.

En cuanto a su impresión personal sobre Iñigo, le ha parecido un chico con sus claros y oscuros. Le ha sido fácil percatarse de su inteligencia, claro, por su mirada despierta y sagaz, pero hay algo en él, no sabe lo que es, que no le permite fiarse del todo.

V

23 de junio de 1888

Hoy me he despertado muy emocionada, porque es la víspera de San Juan. En mi pueblo se celebra con mucha alegría, pero me temo que en palacio no. Por suerte, el día ha salido muy soleado y me ha vuelto la emoción cuando la señora Steiner nos ha señalado que la Familia Real deseaba ir a la Playa de la Concha. Y claro, como doncella personal, yo también debía ir. Me ha gustado mucho volver a verla. Estábamos bordeando el paseo y, en un momento en que las niñas estaban correteando con sus cuidadoras, y el principito con la nodriza, la Reina me ha pedido que me acercara. «¿Ves ahí? », me ha señalado. He mirado adonde decía y he visto una loma cercana que llegaba hasta el mar, y que, si no me equivoco, es la zona que separa la Playa de la Concha de la de Ondarreta. «Pues he decidido que sea el lugar para construir nuestra futura residencia de verano. Creo que es el lugar ideal. No deseo estar tan lejos del mar como hasta ahora. Quiero verlo desde que me levanto, y quiero poder verlo hasta en las noches de insomnio». Le he comentado que me parecía el mejor lugar de todos, y le he preguntado qué clase de palacio sería. Me ha dicho que lo tenía todo pensado, y que será un lugar precioso, «la envidia de la nobleza europea», pero que antes tenía que hablar con algunos arquitectos para ver hasta qué punto podía llevarse a cabo su visión sobre ese nuevo palacio. Un rato después, hemos bajado a la playa en la enorme caseta de baños de la Familia Real. No sé si es lo común, pero la Reina me ha visto tan emocionada al ver el mar que me ha permitido ponerme un traje de baño y bañarme. Ha sido una de las mejores experiencias de mi vida.

10

La temperatura vespertina es bastante agradable para la época del año, y Miren y Leire caminan juntas, cogidas del brazo, por las calles de la Parte Vieja.

—Espera, ¿te dijo que sí? —pregunta Leire, sorprendida.

—Ya ves, yo tampoco me lo esperaba, pero será que le pillé con buen pie.

Miren acaba de contarle a su amiga que Iñigo, el nuevo investigador, parece que desea mantener un contacto más estrecho con la joven.

—Oye, no me has dicho cómo es, ya sabes, físicamente —le recuerda Leire.

—Bah, porque tenía cosas más importantes que contarte, la verdad. Pero mira, te lo voy a decir. La verdad es que no está nada mal. Es joven, unos 35, de complexión atlética, o tirando a musculosa, no sabría decirte. Pelo castaño, ojos...

—A ver, a ver, Miren. Por favor, ¿eh? —le interrumpe Leire, y suelta una risotada—. No te estoy pidiendo una descripción forense. A ver, ¿cómo era?

—Pues eso. Que sí, que es guapo y tal. Pero vaya, que tampoco me pareció muy simpático.

—¿Y eso?

—No, pues sin más, no sabría decirte. —Es cierto que no sabe qué decir exactamente—. Vamos a ver. Para empezar, reconozco que estaba un poco impresionada.

—¿Por lo bueno que estaba?

—¡No! No, mujer, no. Digo por la situación, y por su aspecto, así como de tío desconfiado. Y usó un tono duro conmigo. O al menos, nada empático.

—Entonces, es hetero, seguro. Ya lo tienes un poco más fácil.

El comentario de su amiga le provoca una sonrisa, pero no quiere

desviarse ni un ápice de su hilo argumental.

—Hetero o lo que sea, no le pregunté, y me da lo mismo. La cuestión es que no me pareció mal investigador, así de primeras. Y Mertxe ya me había comentado que debía de ser un tipo bastante admirado en la profesión, pese a ser tan joven. Pero vamos, que no me cayó del todo bien.

—Pero tampoco del todo mal.

—No. Tampoco. En parte, por eso me atreví a pedirle lo de la colaboración.

—¿Y por qué crees que aceptó?

—Ni idea. Supongo que habrá visto algo en mí.

—Claro, claro... —Le da un codazo—. ¿Qué ropa llevabas?

—¿El qué?

—¿Ibas marcando largas? —Leire pone las manos ante sus pechos y crea una figura obscena.

—¡Leire!

—Chica, eso explicaría muchas cosas.

—Pues no.

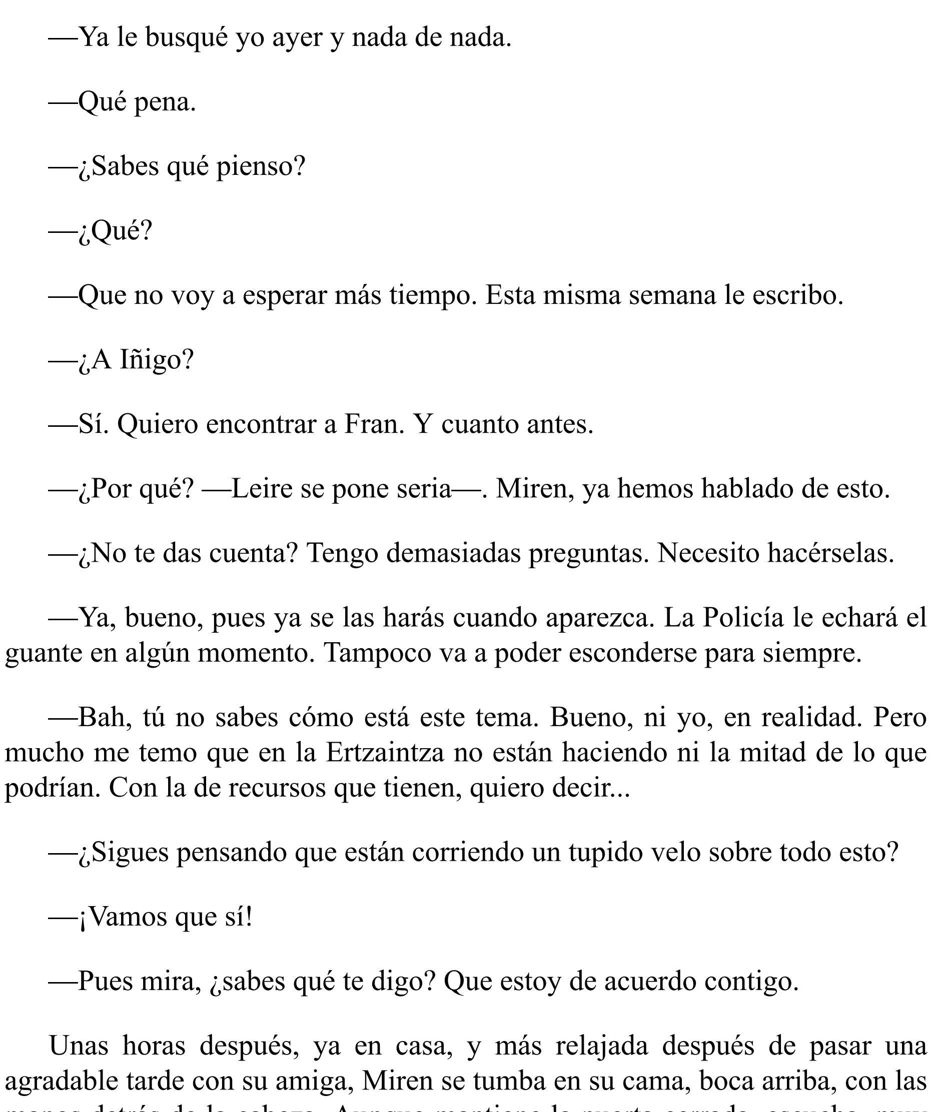
—Pues yo lo habría hecho. A ver, tú me dijiste una vez que, para conseguir un objetivo, hay que ir sumando puntos. Y si eso suma, pues genial.

—Ya... —Miren se queda pensativa un instante—. Aunque, volviendo a tu pregunta, he pensado mucho sobre ello. Tanto ayer a la noche como hoy. Sobre por qué al final dijo que sí. Y no acabo de entenderlo. Puede meterse en un problema si alguien se entera de esto.

—Ya, claro.

—Ah, y, por cierto, no se te ocurra contarle esta conversación a nadie.

—¡Tú tranqui, Miren! Ya ves tú. Pero me quedo con las ganas de conocer al tal Iñigo. ¿Seguro que no tiene redes sociales?



—Ya le busqué yo ayer y nada de nada.

—Qué pena.

—¿Sabes qué pienso?

—¿Qué?

—Que no voy a esperar más tiempo. Esta misma semana le escribo.

—¿A Iñigo?

—Sí. Quiero encontrar a Fran. Y cuanto antes.

—¿Por qué? —Leire se pone seria—. Miren, ya hemos hablado de esto.

—¿No te das cuenta? Tengo demasiadas preguntas. Necesito hacérselas.

—Ya, bueno, pues ya se las harás cuando aparezca. La Policía le echará el guante en algún momento. Tampoco va a poder esconderse para siempre.

—Bah, tú no sabes cómo está este tema. Bueno, ni yo, en realidad. Pero mucho me temo que en la Ertzaintza no están haciendo ni la mitad de lo que podrían. Con la de recursos que tienen, quiero decir...

—¿Sigues pensando que están corriendo un tupido velo sobre todo esto?

—¡Vamos que sí!

—Pues mira, ¿sabes qué te digo? Que estoy de acuerdo contigo.

Unas horas después, ya en casa, y más relajada después de pasar una agradable tarde con su amiga, Miren se tumba en su cama, boca arriba, con las manos detrás de la cabeza. Aunque mantiene la puerta cerrada, escucha, muy bajito, el sonido de la televisión. Sin duda, sus padres estarán sentados en el sofá, viendo algún programa o serie. A esas horas, es muy posible que ambos ya estén dormitando.

Se gira en la cama y mira a la mesilla de noche. Sobre ella está el teléfono móvil, y algo más cerca de la pequeña lámpara, justo debajo de un libro, el papel con el número de teléfono de Iñigo Irigoyen. Extiende el brazo izquierdo y coge ambas cosas. Pero, cuando está a punto de llamarle, se

detiene en seco. Tras una breve discusión consigo misma, deja el papel donde estaba, y se promete a sí misma llamar al investigador en un par de días, «como mucho». Tras ello, se entretiene un rato con su móvil viendo memes y cosas similares, con la idea de desconectar hasta que el sueño le venza.

Y es en ese momento, inmersa en un estado de duermevela, cuando la realidad se empieza a mezclar con el onírico mundo de los sueños, cuando a Miren le vuelven por vez primera desde que saliera del hospital los recuerdos de aquella noche del 19 de enero. Quizá no de una forma tan nítida como cuando se despidió por última vez de Fran, pero, en todo caso, la oscuridad de esa noche, solo rota por la escasa luz anaranjada de unas antorchas, empieza a adueñarse de su mente.

Al principio, esta intenta desasirse de ese pensamiento y lucha por bloquearlo, así que, de forma no del todo consciente, empieza a pensar en otras cosas más banales, como en su conversación con Leire, pero el recuerdo acaba adueñándose de su mente soñolienta.

Esa imagen va cobrando una importancia mayor hasta que, en efecto, Miren siente que está de nuevo allí abajo. Sin embargo, esta vez, por acciones propias de los sueños, que tan difíciles son de interpretar, ella no se encuentra atada sobre el altar, sino sentada, con los brazos rodeando las rodillas. Alza la vista y se fija en las personas que la rodean. Todos se mantienen quietos, envueltos en sus túnicas. Para su sorpresa, algunas de esas figuras empiezan a echarse la capucha atrás. Miren entrecierra los ojos para poder distinguir algún rostro, pero están demasiado lejos y la luz es casi inexistente. Por tanto, con lentitud, empieza a bajar del altar, puesto que ninguna atadura la sujeta al altar de piedra. Cuando vuelve a mirar, no obstante, aquellas figuras que se habían retirado la capucha vuelven a portarla sobre sus cabezas. En un acto impulsivo pero que en todo momento entiende que es absolutamente inconsciente, Miren avanza unos pasos y se acerca al círculo de figuras erguidas que, eso sí, continúan inmóviles. La joven alarga una mano y la acerca a la cabeza de la más cercana de las figuras. Comienza, titubeante, a retirarle la capucha hacia la nuca, esperando algún tipo de reacción por parte de ese hombre, puesto que es evidente que se trata de un varón. Como él sigue inmóvil, Miren se atreve a seguir tirando de la capucha hasta destapar del todo la cara. Y en ese momento descubre que el hombre que ahí se escondía era alguien muy conocido para ella: su antiguo profesor, con la mirada perdida y sin hacer ni un solo gesto, pese a tener a su antigua alumna delante. Antes de que esta última pueda reaccionar a ese descubrimiento, o incluso preguntarle

algo, el rostro de Fran, en un instante, adquiere una expresión de inmensa e intensa cólera, y en lo que dura un pestañeo levanta una mano hasta agarrar la muñeca de la joven. Antes de que esta pueda gritar, se despierta de un brinco.

Miren observa a su alrededor. Suelta un suspiro de tranquilidad al sentirse a salvo, medio incorporada en la cama, en su habitación de toda la vida, en casa de sus padres. Se lleva una mano a la frente; tiene sudores fríos. Al mirar a su derecha, comprueba que, entre las sábanas, está su teléfono móvil, con la pantalla encendida. Todavía medio temblorosa del susto, coge su móvil y mira la pantalla. Tiene un nuevo mensaje. Se pregunta si la vibración del dispositivo es lo que le ha despertado o ha sido el susto de esa pesadilla. Antes de tomar una decisión sobre esa trivial cuestión, algo la evapora al instante: el mensaje es, ni más ni menos, de Iñigo Irigoyen, el inspector.

Lo lee con avidez, tal es la curiosidad que la embarga. El mensaje es muy escueto y conciso, aunque Miren no se esperaba otra cosa de ese hombre. Le pregunta si podrían verse al día siguiente, en una cafetería de Riberas de Loiola, a las seis de la tarde. La joven le responde, también de modo lacónico, que allí estará. Después, se queda pensando en qué querrá hasta que se duerme, alegrándose de veras de que un nuevo asunto haya borrado de su mente la pesadilla anterior.

VI

26 de junio de 1888

Llevaba días sin escribir, pero es que he estado muy atareada. La Reina se queda hasta altas horas de la noche despierta, en su habitación, y cuando llego a la mía ya no tengo ganas de escribir en el diario, sino solo de dormir. Además, sería injusto molestar a la pobre Aránzazu, que ya suele estar dormida en la otra cama cuando yo llego. Pero aun así estoy muy contenta porque parece que la Reina confía en mí y eso me hace muy feliz. Su Majestad me cuenta sus pensamientos y deseos. Es una mujer instruida y culta, algo que me esperaba en alguien de su posición, y me está enseñando muchas cosas. Creo que me está cogiendo aprecio, aunque imagino que será porque ve cosas de mi querida tía en mi persona. Creo que llegaron a estar muy unidas, por lo que me cuenta, y pese a su enorme diferencia en cuanto a la clase social, la echa de menos. También me cuenta que con ella se sentía mucho más libre para hablar, y mucho mejor escuchada y aconsejada, que con sus «amigas oficiales», es decir, las duquesas, condesas y mujeres nobles de la corte y de la alta sociedad. De hecho, critica bastantes actitudes de esas aristocráticas señoras.

Hoy he tenido tiempo para escribir porque la Reina se sentía cansada. Por cierto, hoy he vuelto a ver a Joxe Mari. Hemos estado en las cocinas, riendo y charlando, hasta que ha aparecido la señora Steiner y el muchacho se ha tenido que ir. Es una pena que solo pueda verle una vez a la semana.

11

Al día siguiente, a eso de las cinco y media, tras bajar del autobús, Miren camina por el pequeño y sencillo parque que queda en la parte trasera de la Iglesia de Moneo, en el barrio de Riberas. Caminando bajo los escasos árboles, hace un esfuerzo por sacudirse los nervios de encima.

La joven lleva todo el día muy distraída y apenas ha probado bocado. Su madre no ha sido ajena a eso, y aunque no ha llegado a decirle nada, Miren es consciente, por las expresiones de desazón que le ha llegado a cazar, de que está algo preocupada. Sabe que tanto ella como su padre están muy pendientes de ella, siempre alerta, ante cualquier cambio repentino que pueda sufrir, tal y como los psicólogos les recomendaron y, por ejemplo, dejar de comer puede ser indicativo de que algo no marcha como es debido. A Miren le hubiera gustado poder compartir la razón de sus planes de ese día con sus padres, para que no se preocuparan por su salud mental, mas, pensándolo bien, saber que su hija sigue metida de lleno en esa búsqueda imposible no les haría ninguna gracia, concluye.

Reflexionando sobre ese y otros temas, mira el reloj y comprueba que son las seis menos cuarto, por lo que decide abandonar el parque y caminar por las anchas avenidas del moderno barrio residencial. La joven mira a los lados y siente hastío al ver tanta rectitud, tanto en las fachadas de los edificios como en las ventanas de las casas. Pero, también en las calles abundan los ángulos rectos y las líneas rectas. Todo recto. Además, todos los edificios se le antojan muy similares, por lo que se le hace un barrio sin carisma, por lo menos a ese respecto. Y, sumida en esas consideraciones, escucha un breve silbido.

Miren sale de su ensimismamiento y mira atrás. Apoyado en una columna en sombras está el inspector Iñigo Irigoyen, observando a la joven con su mirada seria, pero algo más relajada y desenfadada de lo que recuerda. «Parece que está menos en guardia que ayer en la comisaría», piensa. Y así espera que sea. No se siente preparada para un segundo interrogatorio ni para mantenerse a la defensiva una vez más.

Antes de dirigirse hacia la columna, Miren toma aire y lo expulsa con suavidad, mientras recuerda, o, mejor dicho, se recita a sí misma: «Que no te note nerviosa; una amplia sonrisa y simpatía, Miren, que tú puedes». Tras un segundo, dibuja una sonrisa que pretende ser alegre y camina con presteza a la altura del inspector, que la observa acercarse sin cambiar su expresión.

Cuando se acerca a menos de un metro, es Iñigo el primero en hablar:

—Llegas pronto, ¿no?

—Ah, bueno, hum... sí. —Hace una pausa, pues no sabe qué más decir. Y al instante se da cuenta de que, con ese titubeo, ya ha podido dejar ver más de lo que quería. Aun así, espera parecer más segura de sí misma desde ese momento, así que añade, con voz más firme—: La verdad es que me gusta llegar con tiempo a los sitios. Mi padre me enseñó a ser puntual. Él siempre decía que llegar a la hora es llegar tarde.

Iñigo Irigoyen tarda un par de segundos en responder:

—No le falta razón. Ya ves que yo también he llegado antes.

—Sí... —Miren está deseosa de hacerle la pregunta, pero prefiere no adelantarse y parecer ansiosa. Sabe que él la responderá de todas formas. Al fin y al cabo, es él quien la ha citado ahí.

—Te preguntarás para qué te he pedido que vengas —dice al fin.

—Pues sí.

—La verdad es que me quedé pensativo después de nuestra entrevista.

«¿Entrevista? ¿En serio?», piensa Miren, pero sin perder la sonrisa. «Yo creía que eso era un interrogatorio».

El chico continúa hablando:

—Me pareció que, por esta vez, las cosas pueden cambiar un poco.

—¿En qué sentido?

—No te negaré que el clima en la comisaría es un poco... extraño, por no decir otra cosa. Al principio creía que era una sensación mía por ser el nuevo, pero han pasado ya unos días, y he podido comprobar que las expresiones de desconfianza no solo están dirigidas hacia mí, sino que también se las lanzan entre ellos.

—Vaya... —intenta hacerse la sorprendida aunque, evidentemente, Mertxe ya la había informado sobre ese punto.

—Hacen como que se llevan bien, o al menos son cordiales entre ellos, pero de lejos observo que, cuando se dan la vuelta, adquieren una expresión de fiarse más bien poco.

—Ajá. ¿Y...?

—...y ahí es donde entras tú. Me temo que no encontraré mucha colaboración allí dentro. También es verdad que así me lo habían advertido ya. En fin. Que estuve pensando ayer por la noche en lo que me dijiste, y creo que no me vendría mal alguien como tú.

—¿De veras?

—Bueno. Extraoficialmente, claro.

—Sí, sí, claro. —La joven no esperaba otra cosa.

—Me dio la impresión de que eres una chica de fiar. Y tienes un interés especial en que todo este asunto salga a la luz.

—Evidentemente.

—Así pues, quiero que me acompañes hoy, si te parece bien.

—Desde luego. Pero..., pero ¿qué es lo que tenemos que hacer?

—Te he citado aquí porque quiero que me acompañes a una entrevista. Admito que yo, de primeras, puedo imponer un poco. No soy la alegría de la huerta —y al decir eso, dibuja una medio sonrisa, dejando ver por un instante sus dientes, blancos y bien colocados—. Pero tú atemperarás un poco la primera impresión.

—¿La primera impresión de quién?

—¿Te apetece que tomemos algo antes de ir?

Miren se lo piensa un poco. Prefiere ser sincera.

—Preferiría ir directamente.

Iñigo suelta un bufido que a Miren le parece casi una carcajada.

—Me esperaba que dijeras eso. Hay veces en las que hay que saber

esperar. Por suerte, nuestra visita de hoy no tiene prisa. Ni grandes quehaceres. —Iñigo se pone a andar por la Avenida Barcelona y Miren avanza un par de pasos hasta ponerse a su altura. Pasan, sin girarse para mirar, por delante de la puerta de la cafetería en la que se habían citado y, en la siguiente bocacalle, giran a la derecha, hacia el barrio de Loiola.

Tras unos cinco minutos caminando, ambos en silencio, llegan a un semáforo e Iñigo le indica con un leve gesto que deben cruzar la calle. La joven mira adonde su compañero señala y ve que se dirigen a una zona del barrio conocida como la Ciudad Jardín de Loiola, pegada al barrio del mismo nombre, pero al otro lado de las vías del topo. Se trata de una zona de pequeñas casas o villas ya antiguas y, algunas de ellas, de aspecto avejentado. Miren recuerda haber paseado por última vez por ese lugar siendo aún una niña, acompañada de su familia.

La joven está tentada de preguntar qué razón los lleva allí, pero prefiere armarse de paciencia y esperar, una vez más, a que sea el joven inspector el que tome la palabra.

Tras cruzar la carretera, se sumergen entre las casas, cada una de ellas con su pequeño jardín rodeado por una cancela, rodeadas a su vez por caminos de gravilla, en vez del asfalto predominante en el núcleo urbano de Loiola, lo cual le da un aura todavía más antiguo que, junto al aspecto de las casas, siente como si hubiesen retrocedido varias décadas de golpe. O así le parece a Miren, que tiene la tentación de comentar esa impresión con Iñigo. No obstante, al girar el cuello para mirarle, observa que el chico está mirando alrededor con el ceño fruncido, sin duda buscando la casa correcta. Tras un par de minutos, parece que encuentra su objetivo.

—Creo que es ahí, sí. Vamos.

VII

1 de julio de 1888

Hoy tenía el día libre así que he cogido el tren muy temprano para ir a visitar a mi familia. La Reina ha sido muy amable, porque a las doncellas solo nos corresponde una tarde de asueto cada dos semanas. Pero ella me ha permitido disfrutar de todo el día. Las horas que he estado con mi familia me han sabido a poco, pero soy tan feliz por haberlos visto. Mis hermanos están tan creciditos, y mi amatxo ha sido tan dulce conmigo... Pero he tenido que volver, y para ello he cogido el último tren a San Sebastián. Estoy escribiendo estas líneas desde el tren. ¡He sentido tanto haber tenido que marcharme de su lado! Deseaba estar mucho más tiempo. Abrazar y besar a mis hermanos. Se me parte el alma. Espero volver pronto. Pensaré siempre en ellos y en ama y aita.

* * *

12 de julio de 1888

Ya es oficial. La Reina me ha pedido que vaya con ellos a Madrid. Dice que el período de prueba ha pasado y que está más que satisfecha conmigo. Desea que sea su doncella personal para siempre. Por un lado, me emociona escuchar eso. Pero, por otro lado, Madrid... Eso me alejaría de mi familia. Ya no podría aprovechar mi día de asueto para poder visitarles. Y tendría que esperar hasta el verano que viene para volver a San Sebastián, para visitarlos.

En palacio las cosas siguen igual. Paseamos por los jardines, vamos a la playa, paseamos por la ciudad. A veces la Reina tiene visitas de gente muy importante, como ministros, embajadores, aristócratas, poderosos hombres de negocios... Suelo estar cerca para servirles en todo, de pie contra la pared, intentando pasar desapercibida. A veces la Reina, cuando los demás no se dan cuenta, me mira y hace un gesto con la cara como diciéndome: «Me aburro mucho», y yo contengo la risa. Tiene sentido del humor para ser una reina.

Por otro lado, cada semana tengo una ocasión para charlar con Joxe Mari. Para que la señora Steiner no nos pueda recriminar nada, hemos decidido que, después de que él haga la entrega de la mercancía, vaya a las caballerizas. Yo voy unos minutos después con alguna excusa y así podemos charlar un rato. Aún no le he dicho que me iré a Madrid y no podré verlo en muchos meses.

No creo que le guste oírlo.

12

Para llegar hasta ese edificio, pasan por delante de un jardín, desde el que unos graves y estentóreos ladridos de un perro guardián les dan la bienvenida. Miren no puede evitar dar un pequeño brinco. Mira a su izquierda y vislumbra la cabeza y las patas delanteras de un *rottweiler* de fiero aspecto. Este no deja de ladrarles hasta que se alejan. La joven solo espera que la vivienda a la que se dirigen no tenga uno de esos.

Solo unos pasos más y llegan a la altura de la cancela de piedra que rodea la casa que busca. Miren alza la vista y observa la edificación mientras caminan. Se trata de una villa algo más pequeña y, sobre todo, más estrecha que otras de alrededor, pese a lo cual, tiene dos pisos y, en el segundo, un ventanal central parece abrirse a una terraza con una balaustrada de piedra gris, con algunos remates decorativos de aspecto antiguo. Lo que más le llama la atención es el propio aspecto general de la casa, que parece mantenerse en pie a duras penas. Además, en sus tiempos la fachada debió de lucir vivos colores, con abundancia de tonos rojizos, o al menos eso intuye la joven al ver algunas zonas decoloradas en las esquinas junto a las ventanas y bajo la cornisa superior. El resto de la fachada, sin embargo, aparece grisácea, con la mayor parte de las zonas desconchadas. Miren siente cierta tristeza al contemplar esa decadencia, pues siente que, en sus tiempos de gloria, debió de ser una villa bien coqueta. Pero, sobre todo, siente pena por la persona o personas que vivan dentro, los que, tiene toda la pinta, no gozan de una fortuna suficientemente desahogada como para poder adecentar la parte exterior de su hogar.

Ambos llegan a la entrada de la cancela y se encuentran con una puerta de metal, de esas enrejadas por las que puede verse el otro lado. Miren echa un vistazo y, *a priori*, no parece que haya ningún perro guardián. Respira tranquila. Después, observa a su izquierda un telefonillo eléctrico con aspecto, también, de llevar ahí mucho tiempo. La joven alarga el dedo y pulsa el único botón que hay. No escucha ningún timbre.

—Tal vez solo suene dentro —aventura Iñigo, que ha estado observando a Miren.

—A mí me da la impresión de que no funciona.

—Está bien. Esperaremos un poco y si no...

Pero mientras el inspector habla, Miren ya ha accionado la manilla y empujado la puerta. A la primera intentona no consigue abrirla, de tan oxidada que está, pero a la segunda, ayudada por su hombro, la joven consigue moverla y, con un sonido chirriante, se abre hacia adentro.

Antes de dar un paso hacia la parcela interior, Miren, con el rabillo del ojo, observa la fugaz mirada atónita del inspector. «Ya veo que no es un robot», se dice a sí misma, y sonríe por dentro.

—En fin —comenta Iñigo, tras un par de segundos callado—. Creo que nos saltamos varias normas con esto, e incluso leyes. Pero viendo que el timbre no funciona, supongo que puede ser...

—Pues venga, vamos —concluye Miren, y es la primera en pisar el camino de piedras lisas que conduce a la puerta principal de la casa, de doble hoja de madera maciza, encuadrada bajo un sobrio pórtico de piedra.

Son solo unos pocos metros los que los separan de la puerta. Llegan allí y la joven golpea con los nudillos, con fuerza. Después, acerca la oreja a la madera.

—No escucho movimiento —dice—. ¿Seguro que es aquí?

—Sí, sí; o al menos la persona con la que hablé me dio el número de esta casa —le responde.

Varios segundos después, Miren cree escuchar un ruido dentro: unas pisadas, pero apagadas y lentas.

—Creo que viene alguien —le comunica a su compañero, que se había alejado un par de metros y miraba hacia las ventanas del segundo piso.

Unos segundos después, la puerta de aspecto pesado se abre y en el hueco aparece una anciana. La mujer, con expresión desconfiada, entrecierra los ojos y escudriña a los recién llegados.

—Hola... —saluda Miren, vacilante.

—Doña Carmen, ¿verdad? —pregunta Iñigo adelantándose un par de pasos, con cortesía, pero con un tono más delicado de lo habitual en él, al menos por lo que su compañera ha visto hasta el momento.

—Ah, señor inspector, es usted —la anciana pierde su expresión desconfiada y sonríe levemente—. Sí, sí. Le esperaba. Me ha sorprendido lo joven que es. Por teléfono, pensé que por la voz sería usted bastante mayor.

—Ya ve —responde el aludido con una ligera inclinación de cabeza.

—Y, además, pensaba que vendría usted solo —añade la mujer, mirando a la joven a su lado.

—Sí, esa era mi idea, pero a última hora he cambiado de opinión. Ella es Miren de Pedro, es una compañera. Si no le importa que esté también presente...

—¡Oh, no! Desde luego que no —exclama la anciana, y le lanza una mirada bondadosa a la joven—. No recibo muchas visitas, así que todas son bienvenidas. Pero no se queden ahí, pasen, pasen —les invita la señora con un gesto de la mano.

—Gracias, doña Carmen —dice Miren, inclinando también la cabeza, con respeto.

—Llámame Carmen, hija. Y usted también, inspector.

—Como guste —responde Iñigo, siguiéndola al interior de la villa.

Mientras caminan tras la anciana, que se mueve despacio, arrastrando las zapatillas de casa por el suelo de parqué, Miren echa un vistazo a la casa. La penumbra inunda buena parte, pero imagina que es consecuencia del día tan gris que hace, propio de Donostia, ya que, estima, los ventanales son razonablemente grandes en relación con la pared. No obstante, una observación más precisa le muestra que las ventanas están muy sucias, lo cual, pese a que las pesadas cortinas no están corridas, oscurece bastante el lugar.

La estancia en la que se encuentran es pequeña y tiene tres salidas, además de la propia puerta de entrada. Frente a esta última hay una escalinata de madera, no muy ancha, que lleva al segundo piso. Por otra parte, a ambos lados de la estancia hay sendas puertas abiertas. La anciana ha tomado la de la derecha, así que Miren toma ese camino.

Cruzan el umbral y llegan a una sala de estar acogedora y más reducida de lo que Miren esperaba. Su mobiliario, algo recargado, incluye dos sofás de terciopelo, uno pegado a la pared y otro bajo el ventanal. El que está pegado a

la pared se encuentra frente al armario de madera oscura, grande y lleno de objetos, donde se encuentra, en el centro, un viejo televisor. Ya que la anciana se sienta en el sofá pegado a la pared, los dos visitantes eligen acercarse al que está bajo la ventana, pero antes de sentarse esperan a que la anciana les invite a hacerlo.

—Sentaos, hijos, sentaos —dice, mientras ella misma hace lo propio, con parsimonia. Ellos toman asiento y se forma un breve e incómodo silencio hasta que Iñigo toma la palabra.

—Le agradezco de antemano que nos haya recibido, Carmen.

—No es nada, no es nada, de verdad. ¿Queréis tomar algo?

—No, no, gracias —responde Iñigo, con presteza.

—Bueno, pues ustedes dirán qué desean. Me perdonarán, pero ya casi ni me acuerdo de lo que querían hablarme.

Iñigo carraspea antes de tomar la palabra:

—De su nieto.

A la anciana le brillan los ojos de emoción.

—De mi Francisco, ya me acuerdo.

Miren pega un pequeño brinco en el sitio. «¿No será...?», empieza a preguntarse, temiéndose lo peor.

—Pero... —continúa la mujer—. Me dijo usted que no era nada malo, ¿verdad?

—Eso es, no se preocupe. Simplemente...

La ansiedad de Miren va en aumento, y mira hacia su izquierda, buscando una mirada cómplice de su compañero, quizá un gesto que certifique sus sospechas. Pero el inspector continúa con sus ojos fijos en la anciana, y con una medio sonrisa ladeada de suficiencia policial que saca de quicio a la joven, así que interrumpe a su compañero y pregunta, con impaciencia:

—Perdone, Carmen. ¿Cómo se apellida su nieto?

La anciana pone una expresión de extrañeza, pero responde con cordialidad:

—Casanueva Odriozola. El segundo apellido es el de mi difunto esposo —comenta, y señala una ajada fotografía en blanco y negro de una de las estanterías del armario frente a ella, en la que aparece un elegante hombre joven con traje y corbata.

Pero Iñigo Irigoyen no observa la fotografía, sino que aprovecha el inciso para lanzar una fugaz mirada reprobatoria a su compañera. Pero esta se la devuelve con enfado. «¿Cómo es que no me ha dicho a lo que veníamos? Luego me tiene que dar una explicación».

No obstante, su intercambio de miradas dura tan poco que, cuando la anciana vuelve a girarse hacia sus visitantes, las bondadosas sonrisas de siempre han retornado a sus labios.

—Es una foto antigua —comenta Miren, para cambiar de tema.

—Vaya que sí, es del año en que nos casamos. El pobre murió hace más de 35 años, no te digo más.

—Oh, vaya... —Miren intenta recordar si Fran le comentó algo sobre su abuelo pero, pese a hacer memoria, no recuerda que le haya hablado jamás de nadie de su familia.

—Háblenos de su nieto, por favor —dice entonces el inspector.

Miren no puede evitar percibir que la petición ha sido demasiado cortante. Pese a haberla formulado con cordialidad carece de tacto, de delicadeza, y la expresión de la anciana cambia. Miren es consciente de que la señora, por muy mayor que sea, no menos de 90 o 95 años, calcula la joven, sospecha algo.

—No, no se preocupe, Carmen, no es nada malo —se adelanta Miren, sonriendo ampliamente, y suelta una carcajada—. Es que somos amigos de su nieto, y... Bueno, queremos hacerle un homenaje; una fiesta sorpresa, podríamos decir. A él y a otros compañeros. Y como nunca nos habla de su familia, hemos pensado en conocerla, si no le molesta, para conseguir material. Para el homenaje, usted me entiende.

Esta vez, por la mirada fugaz que cruza con su compañero, le parece que

está complacido.

—Oh, bueno, ya me había asustado. Y con eso de la llamada, y que usted, inspector, no me quiso decir el motivo de la visita por teléfono... —Pasa a mirar a la joven—. Bueno, bueno, es que mi nieto siempre ha sido reservado con las cosas de su vida. Y bueno, supongo que habrán venido a verme porque soy la única familia que le queda en la ciudad.

—¡Sí! Justo por eso —exclama Miren, con alegría—. Ya sentimos molestarla.

—Nada, nada. Yo encantada de hablar de mi querido nieto. Os contaré lo que queráis.

—Es que, claro, sus padres... —empieza Miren, haciendo aspavientos con la mano, incitando a la mujer a explayarse a gusto.

—Siguen en Salamanca.

—Sí, eso es. No recordaba qué ciudad era.

—Es que mi yerno es de allí, y cuando se jubiló quiso volver a su pueblo, que está cerquita de Salamanca capital. Y bueno, pues allí siguen. Y mi nieta, la Rebeca, la hermana de Francisco, que vive en... ¿Cómo se llama ese país que siempre se me olvida? —Miren ignoraba que su antiguo profesor tuviera una hermana—. Ah, sí. Dinamarca.

—¿En Dinamarca? ¡Qué lejos! —exclama Miren.

—Sí, sí. Me dio una pena cuando se fue... Pero de eso hace lo menos quince años. Acabó la universidad y se fue allí de prácticas o no sé qué. Y pues nada, allí que se quedó. Y luego se enamoró de un muchacho de allí y... Vaya, que no viene casi nunca por San Sebastián. Hará que no veo a mi nieta tres o cuatro años...

—Ajá... —Iñigo retoma la palabra, adelantándose a Miren, que estaba abriendo la boca justo en ese instante—. Y volviendo a Francisco. Él no se fue.

—No, no. Mi nieto se quedó aquí, y menos mal. A ver quién me iba a venir de visita si no.

—¿Viene a menudo? —pregunta el inspector al instante.

—Depende del trabajo que tenga. Es que es profesor de universidad, ¿saben? ¡Uy, qué tonterías digo! Si ustedes son amigos suyos. —Y la mujer, por primera vez, suelta una carcajada.

Esta vez, es Miren quien habla.

—Claro, claro. Desde hace años, además.

—¡Qué bien! Pues suele venir cada dos semanas, creo yo, a veces más, a veces menos. Y bueno, él le paga el sueldo a la Nati, claro, que es la chica que viene por las mañanas unas horas a ayudarme con las tareas de casa y a hacerme compañía. Al principio, mi hija y mi yerno pagaban también: la mitad del sueldo de Nati. Pero se enfadaron conmigo y con mi nieto, porque mi yerno está obsesionado con que tienen que ingresarme en una residencia de ancianos. Pero yo no quiero eso ni en pintura. Y mi nieto me apoya. Es que es un cielo. Yo, mientras pueda valerme por mí misma, aquí me voy a quedar, en mi casa.

—¡Diga que sí, Carmen! —le apoya Miren.

—Y entonces, ¿cuándo le visitó su nieto por última vez? —pregunta Iñigo.

—Uy... Mi memoria no es lo que era.

—¿Una semana?

—Más, diría yo.

—¿Quizá dos? —pregunta sin casi esperar a la respuesta de la mujer.

—Puede ser. Recuerdo que me dijo que esta vez tardaría un tiempo más en venir a verme. Que tenía unos asuntos importantes que atender y que tendría que irse fuera un tiempo.

Miren observa cómo al inspector se le iluminan los ojos con un matiz de victoria. Él es el primero en hablar:

—¿Y le dijo dónde iba?

—No, no, la verdad.

—Ya... ¿Y le notó nervioso?

La anciana vuelve a sospechar, o al menos, su cara denota estar perdiéndose algo importante:

—¿Ustedes... saben dónde está?

—Oh, sí —responde Miren—. Bueno, más o menos. En realidad, tenía que viajar a varias ciudades, y sinceramente, no me sé bien su itinerario —y vuelve a reír. La anciana hace lo mismo—. Así que puede que estuviera nervioso por eso.

—Bueno, ahora que lo dicen, quizá sí, puede ser. Pero es tan despistado que... a veces, estando aquí, su mente parece estar en cualquier otra parte, así que no me preocupé.

—Desde luego...

—Oigan, ¿y qué es lo que quieren saber exactamente de mi Francisco?

Para esta pregunta Iñigo sí que venía preparado, aunque pensaba llegar a ella por otros derroteros.

—Bueno, necesitamos conocer su pasado. Su..., cómo era de pequeño, sus amistades, si aún tiene algunas de aquella época. En fin. Lo que sea que pueda decirnos. En total confianza —añade, por si sirviera de algo, aunque la mujer no parece fiarse del todo—. No tenemos ninguna prisa.

—Quizá... —aventura Miren—. Podríamos invitar a algunos de esos amigos. Tal vez. Y claro, todas las anécdotas sobre su infancia que recuerde usted nos vendrán muy bien, para luego recordárselas a él.

La anciana le sonríe. Es obvio que Miren le agrada mucho más que el adusto inspector. Además, casi siempre que la anciana habla lo hace mirándola a ella, y le mantiene la mirada mucho más tiempo que al joven. Hasta el inspector lo ha notado, por lo que, infiere Miren, a partir de ese momento le permitirá indagar con mayor libertad.

—Oh, bueno —accede Carmen—. Siendo así... Quizá les gustaría que cogiera un viejo álbum de fotos...

El inspector deja escapar un leve chasquido de disgusto ante la idea. Miren, sin embargo, asiente enérgicamente.

—Querida, hazme el favor de coger ese álbum verde que está en esa estantería.

Miren se levanta y, guiada por la mujer, va buscando el álbum por las estanterías. En pocos segundos, acierta con el que la mujer quería y se lo lleva. La anciana lo posa en su regazo y Miren se sienta a su lado. A regañadientes, aunque sigue sentado en el otro sofá, Iñigo se adelanta al borde de este, gira el cuerpo y estira el cuello todo lo que es capaz para poder ver las fotos, aunque sea de lejos.

La anciana abre el álbum con cierta dificultad. Las primeras páginas están llenas de fotos en blanco y negro o sepia, y muchas están casi irreconocibles. Pero según va pasando las hojas, Miren observa que las fotos, bajo su protección de papel pinocho, están bastante bien conservadas.

—Mira, querida, esta es la primera que tengo de mi nieto —dice, mientras señala con su dedo, tembloroso, una foto.

En ella, la joven distingue un bebé de solo unas semanas tomando un baño en una pequeña bañera móvil. En las siguientes, se puede ver cómo Fran va cumpliendo años. A todas las explicaciones que da la anciana Miren responde con aspavientos y expresiones de interés o sorpresa, además de simpatía, pero, de momento, no ha descubierto nada que le llame la atención. No obstante, si algo aprendió con Fran, el año anterior, fue a tener paciencia. Al pensar en él siente una punzada de culpabilidad, por no haber sospechado antes de sus verdaderas intenciones.

La anciana señala una foto de un Fran adolescente. En ella, el chico posa con gesto adusto y los labios fruncidos (gesto que Miren conoce bien, por lo que comprende que viene de lejos) frente al porche de la misma casa en la que está ella en ese momento. Pero en esa foto aparece una persona más: un chico de su misma edad, más o menos, y que le pasa el brazo por encima del hombro. La expresión facial de ese segundo adolescente es mucho más alegre, hasta sonríe con amplitud, lo cual contrasta con la seriedad de su compañero.

Antes de que pase de hoja, Miren le pregunta a la mujer por ese muchacho.

—Ah, sí —responde la anciana—. Este que posa con mi nieto es su mejor amigo por aquel entonces.

Miren acerca su nariz al álbum todo lo que el decoro le permite, pues hay algo especial en ello. Cree haber visto esa cara en alguna parte. Pero no puede recordar dónde ha conocido antes esa sonrisa.

—Carmen, dígame. ¿Cómo se llama ese chico?

—¡Uy! Creo que era... Carlos. Sí, eso es. Carlos.

—Ajá...

Iñigo toma la palabra, dejando de observar el álbum para mirar fijamente a la mujer:

—¿Carlos qué más? —La anciana se lleva una mano a la oreja y pone cara de no haber entendido la pregunta, por lo que Iñigo eleva el tono—. Que si sabe su apellido.

—Oh, no, no. —La señora intenta hacer memoria, pero tras unos segundos, y por el gesto de disgusto que pone, es obvio que no lo recuerda—. Me temo que no. ¡Hace tanto tiempo de aquello! Creo recordar, eso sí, que el amigo de mi nieto era de familia bien. Y no es que abundaran por aquí. Fue por casualidad. Los dos chiquillos se conocieron en un grupo de ajedrez. Y se hicieron inseparables. Muchas tardes mi Francisco se quedaba conmigo en esta casa, y muchas veces, el muchacho aquel, Carlos, venía con él. Era lo contrario a mi nieto: mucho más alegre, bromista, despreocupado... A mi nieto le vino muy bien su compañía. Pero a Carlos también la de mi nieto, pues era *demasiado* despreocupado, ya me entienden... Así que, según parece, sus padres se quedaron encantados con la influencia positiva de mi Francisco. Digamos que ambos se hacían bien el uno al otro.

—Entiendo... —dice Miren, que intenta atar cabos, pero de momento no lo consigue—. ¿Y no conocerá usted la forma de contactar con ese Carlos?

—Oh, pues no, la verdad...

Iñigo retoma la palabra:

—¿Y sabe si su nieto mantuvo esa amistad con Carlos?

Mientras la anciana hace memoria, con Iñigo observándole con atención, Miren da la vuelta a la hoja del álbum, despreocupada. La siguiente instantánea es similar a la anterior, con ambos jóvenes posando ante una casa. No obstante, en la imagen que Miren observa, los dos chicos aparecen de pie frente a otro porche, pero este mucho más grande y lujoso que el anterior. La fachada que tienen a su espalda, de piedra arenisca y tono amarronado suave, no puede verse en su totalidad. Se le asemeja un edificio enorme, al menos en comparación al tamaño de la entrada. Lo que sí puede vislumbrar Miren es que, a la izquierda de la fotografía, la hiedra cubre parte de la fachada. La joven siente al instante que ya ha visto ese edificio antes, pero no es capaz de recordar cuándo ni dónde.

—Pues ahora que lo dice —continúa Carmen—, yo diría que sí, al menos hasta hace unos años.

—¡Ah!, ¿sí? —pregunta Iñigo, con un tono de interés que despierta a Miren de su ensimismamiento—. Ella da la vuelta a la hoja al mismo tiempo que mira a su compañero, que parece estar echándole una mirada reprobatoria; quizá, piensa ella, por haber «desconectado» de la conversación.

—Sí, sí —continúa la mujer—. Hace muchos años que dejaron de coincidir aquí, claro. Pues cuando dejaron de ser unos chavales. Pero solía preguntar a mi nieto qué tal le iba a su amigo. Y creo que bien.

—O sea, que seguían siendo amigos —aventura el detective.

—Hace mucho que no le pregunto por él, pero supongo que sí. Mi Francisco siempre ha sido un chico tan responsable, y tan bueno, que seguro que sí.

—Muy bien, muy bien —dice Iñigo, con una sonrisa impostada—. Pues eso es todo. Muchas gracias por el tiempo que nos ha concedido, Carmen. —Y se levanta del sofá.

—Oh, ¿ya se van? —pregunta la mujer, extrañada.

—Sí, me temo que tenemos algo de prisa —comenta Miren, todavía sentada, con una sonrisa mucho más real que la de su compañero—. Pero si necesitamos cualquier cosa para prepararle la fiesta a Fran... cisco —le cuesta decir su nombre completo—, ya sabemos dónde encontrarla.

—Oh, sí, claro. Vengan ustedes cuando quieran.

Ya en el porche de la casa, tras una despedida cordial, deseándose buena salud, Iñigo mira a su compañera con una expresión de complicidad y baja los tres escalones hasta pisar el camino de piedras que conecta con la puerta de la cancela. Miren va detrás y, cuando cierra la puerta a su espalda, el inspector comienza a hablar, en voz baja:

—¿Qué opinas de lo que has oído, Miren?

—Oh, bueno... Yo, sinceramente, no creo que esta mujer sepa mucho más.

—No, yo tampoco. Decía la verdad. No sé yo si podemos sacar algo de todo esto.

Se hace un pequeño silencio, mientras siguen paseando. En ese momento, a Miren le viene a la mente la enigmática imagen del joven Fran y su amigo, cuya cara sigue sin recordar, delante de la pétrea fachada. Está a punto de comentárselo a Iñigo, que justo en ese momento vuelve a hablar:

—Tiene pinta de que su nieto no le ha contado la verdad, precisamente.

—Oh, ¿a qué te refieres? —pregunta ella, que no se esperaba ese comentario.

—Esta mujer se cree que su nieto es una especie de *santito*. No tiene ni idea de en dónde está metido.

—Intentaría protegerla, nada más.

—No, no, claro está... Y en protegerse a él mismo también, ya de paso —dice, soltando un resoplido sarcástico.

—Bueno... —responde la joven—. Tampoco sabemos nada, de momento.

—No, claro. Pero en este mundillo, lo más obvio a menudo suele ser lo correcto. Hay que encontrar a Casanueva, aunque obviamente, no es el único que está huido.

—Ya... —responde Miren, que se queda pensando en el hombre al que más le gustaría ver encarcelado: Pablo Abarrategi, el asesino de su hermana. Claro que, en segundo lugar, piensa, también le encantaría saber de su antiguo

profesor.

VIII

3 de agosto de 1888

He tenido un día extraño, y por eso quiero dejarlo por escrito. La Reina estaba algo extraña desde que se ha levantado. No ha querido desayunar y me ha pedido a mí comérmelo todo. No sé por qué querría eso, pero la he obedecido, claro. ¡Estaba todo riquísimo! El día ha ido como tantos otros, salvo porque la Reina se ha pasado todo el tiempo nerviosa, despistada y pensativa. Hemos paseado por los jardines y después de comer hemos bajado un rato a la ciudad. No hacía un tiempo tan espléndido como para ir a la playa, por lo que hemos paseado por la ciudad y la Reina ha querido que visitáramos el Gran Casino. Es un edificio que impresiona verlo, de lo bello que es. Creo que, junto al Palacio de Ayete, es mi edificio preferido de toda la ciudad. Pero este es mucho más grande, con dos torres en su parte central, y un montón de detalles y acabados que no podría contarlos todos en una tarde. Bueno, y el interior es muy rico, lleno de colores, y todo está decorado con un gusto exquisito, para despertar los sentidos. Me imagino que es una estrategia para que la gente juegue más y se deje más dinero. A mí me da igual, pues apenas tengo dinero.

Estábamos todos allí dentro cuando, de repente, Su Majestad me ha pedido que me acercara a ella y me ha ordenado que la acompañara, pero solo yo. El resto del servicio ni se ha dado cuenta de su ausencia. Ha entrado en una sala y me ha pedido que me quedara en la puerta y que no dejara entrar a nadie. A los pocos minutos ha salido, y la he notado más tranquila que antes de entrar, como si volviera a ser la reina María Cristina de siempre. Me ha susurrado que no le contara a nadie ese «suceso». Le he dicho que no se preocupara, claro. No se lo pienso contar a nadie.

* * *

15 de agosto de 1888

Hoy se celebraba la festividad de la Asunción de la Virgen, que es uno de los días más grandes de la ciudad. Ayer, que era la víspera, acompañé a Su Majestad a cantar la Salve en la Basílica de Santa María del Coro, que es esa iglesia tan grande y bonita que hay en la Parte Vieja. Fue un acto muy emocionante, y hasta se me saltaron las lágrimas.

Pero el de hoy ha sido un día más interesante. Hemos estado viendo los toros en la plaza de Atocha. Era la primera vez que veía una corrida, y la verdad es que no me ha gustado nada. Y estoy segura de que a la Reina tampoco, por las caras que ponía. Sin embargo, al acabar el espectáculo taurino, mucha gente ha ido a hablar con ella y la Reina se ha mostrado entusiasmada con la corrida, especialmente cuando ha llegado José Arana, el empresario taurino, que es quien ha organizado todo eso. Imagino que eso de mentir es una de las obligaciones de reyes y reinas.

Lo más bonito de todo ha sido lo que ha venido después de la tarde de toros. Ha habido un espectáculo de fuegos artificiales sobre la bahía. No tengo palabras para describir la emoción que he sentido, porque era una mezcla de temor, arrobamiento, admiración, alegría... No sé, no encuentro la palabra exacta que mejor la describa. A la Reina también le ha encantado; creo que ha disfrutado como una niña pequeña, y es como si, durante ese rato, se le hubieran olvidado todos los problemas que tiene. Ojalá hubiera más espectáculos así.

13

Esa noche, ya en casa de sus padres, Miren cena con diligencia y se recluye en su habitación, con el pretexto de que tiene dolor de cabeza. Se despide de sus padres y se tumba en su cama, boca arriba. Intenta recordar toda la conversación de la tarde con esa agradable anciana. Al momento se le viene una imagen a la mente: la fotografía en la que solo ella pareció reparar. La cuestión es que esa foto, en la que se veía una fachada de piedra con hiedra cubriendo una parte, se le hacía muy conocida, aunque está casi segura de no haber estado allí antes. Por otro lado, lo que tampoco se explica es por qué, cuando ha estado muy tentada de contarle eso al inspector, no lo ha hecho. ¿Por qué guardarse una información así para ella? Miren está segura de que Iñigo Irigoyen seguirá tirando del hilo por su lado, y no duda de su olfato de detective, pero también es consciente de que ese tipo de detalles, como el que ella ha omitido, podrían adelantarle, y mucho, el hallazgo del hilo correcto del que comenzar a tirar.

Por tanto, decide que lo más sencillo es dejar ese tema apartado y centrarse en el primero; es decir, en la búsqueda de esa casa frente a la que posa Fran con su amigo de la infancia: Carlos. Por el lujo aparente de esa fachada, se le ocurren dos opciones: una, que estuvieran posando en algún palacete que funcionara en aquella época como restaurante, o también, que por cualquier otro motivo, decidieran posar ahí. La segunda opción, sin embargo, es la que Miren esperaba que fuera la opción correcta: que esa casa, en efecto, perteneciera a la familia del propio Carlos.

En cualquier caso, necesita encontrar ese edificio. Por tanto, se incorpora en la cama, con la espalda contra la pared y los pies colgando por el lateral, coge su ordenador portátil, que está sobre la mesilla, y lo abre. Segundos después, entra en Google Earth, quizá el programa informático preferido de Miren y, según piensa, de las cosas más funcionales que la tecnología informática ha creado para el ocio. Lo primero que hace, teniendo en cuenta el tipo de material que recuerda de la foto, es posar el símbolo con forma de persona de Google Earth en una calle de Miraconcha, el barrio que queda justo frente a la bahía de La Concha. Pero, tras varios minutos buscando, que se alargan hasta constituir más de media hora callejeando de forma virtual, se da por vencida.

Decide cambiar de estrategia. Acerca la imagen sacada desde un satélite todo lo posible a la ciudad y va minuciosamente analizando todos los edificios que puedan tener hiedra en sus fachadas. Tras otro rato largo, se da cuenta de que esa búsqueda es igual de infructuosa.

Frustrada, deja el portátil a un lado, sobre la cama, y se levanta. Se pone a caminar y dar vueltas sobre el reducido espacio que queda libre en la habitación, sobre la alfombra, como cuando está nerviosa y necesita reflexionar. Al final, se le ocurre que una opción es posar el símbolo de Google Earth sobre zonas elevadas de la ciudad, y aprovechar la panorámica de 360º para descubrir esa fachada. Por tanto, se tumba en la cama, con la tripa contra las mantas, y decide seguir esa estrategia. Lo primero que hace es poner el símbolo en lo alto de la isla de Santa Clara, para otear toda la bahía desde el mar. Por desgracia, la distancia es tan grande que no puede distinguir bien los edificios. Así pues, busca otras alternativas. La primera que se le ocurre es mirar desde los jardines del Palacio de Miramar.

Y desde ahí, al fin, encuentra el edificio que busca. Se trata del Palacio de Satrústegui, en la loma del monte Igeldo. Lo primero que hace es buscar fotos de ese edificio en las imágenes de Google. Efectivamente, se trata de ese lugar, no le cabe la menor duda. Pero ¿por qué estarían allí Fran y su amigo? Entonces, Miren busca información escrita sobre ese palacio. Según lee, se trata de una edificación construida en la década de 1880, por la misma época en la que se construyó el Palacio de Miramar. Tiene dos torretas a ambos lados y la hiedra cubre parcialmente su fachada principal. Su estampa es muy conocida por la gente de Donostia, pero Miren no había caído en la cuenta de que podría tratarse de ese lugar.

Miren recaba más información y así se da cuenta de que, por lo menos en la época en la que esa instantánea fue tomada, ese edificio se mantenía como ¡una residencia privada!

Al leer eso le embarga la emoción. Si Fran pudo entrar a ese lugar fue por invitación, y por invitación de alguien de allí, de esa casa... «¿Y si quizá...?», piensa Miren mientras prueba a escribir un nombre en Google. «Pero no puede ser tan fácil», piensa, mientras espera una respuesta del servidor.

Carlos Satrústegui es, según Internet, un miembro de la otrora poderosa familia Satrústegui. «¿Y qué será de él?», se pregunta ella. Pero no necesita hacer ninguna cábala, pues la segunda noticia que le aparece le da la pista que

necesitaba:

SIN NOTICIAS DE CARLOS SATRÚSTEGUI

Ese es el titular de una información de un diario regional. Miren clica con el ratón en esa frase y en la noticia que se carga se cuenta que, desde los extraños sucesos («aún sin explicar») de San Sebastián Eguna, no se sabe nada de ese hombre, aunque, según parece, la Justicia solo le busca en calidad de «testigo». El periodista que redacta la noticia se cuida de subrayar ese punto en todo momento. Pero eso de nada sirve a la joven.

«Así que por eso me sonaba», piensa. Intenta recordar su cara en aquel horrible contexto, pero su mente no es capaz de visualizar nada nítido. «Él estaba ahí. Seguro que sí... Y es el mejor amigo de Fran Casanueva. Ahora lo entiendo todo».

Esa noche, Miren apenas es capaz de dormir un par de horas, llenas, además, de pesadillas. Se imagina uno y mil escenarios en los cuales su antiguo profesor podría estar disfrutando de algún tipo de retiro dorado con su pudiente colega, quizá en alguna isla del Caribe.

IX

30 de agosto de 1888

Mi último día en San Sebastián. El verano se me ha pasado volando, como dicen por ahí. Pese a los días de playa y los momentos para disfrutar, en general no tengo tiempo para nada. Desde que me levanto me pongo a trabajar, y cuando no estoy con las labores de la Reina o limpiando su habitación o lo que sea, estoy charlando con ella, que sé que no me supone un gran esfuerzo, porque de verdad que aprecio las charlas con ella, pero las horas de sueño que pierdo las siento al día siguiente. Y la señora Steiner no me deja ni a sol ni a sombra. Tengo que mirar si está cerca hasta para poder bostezar a gusto. Por si fuera poco, estos últimos días las visitas de la Reina se han intensificado, lo cual nos ha exigido más esfuerzo a los sirvientes.

Lo peor es que estoy muy nerviosa y triste, aunque no dejo que se me note. Menos a Joxe Mari, claro. Hace dos días me despedí de él. Intentamos ser optimistas. Serán unos meses fuera, me dice él, y que me lo tome como un viaje. Me ha pedido que no lo olvide. A él. Ya sabe que eso no va a pasar. Y en cuanto a mi familia, creo que no escribiré tanto en este diario, y pasaré las noches en las que tenga algo de tiempo para mí escribiendo cartas para mi familia y para Joxe Mari.

* * *

15 de junio de 1889

¡Al fin voy a volver a San Sebastián!

La Familia Real ya está preparando el viaje. Las infantas están como embelesadas. El príncipe, o, mejor dicho, «el pequeño rey», como nos remarca siempre la señora Steiner, tiene tres añitos, así que de momento no dice nada. Pero juraría que la más feliz es la Reina, bueno, con mi permiso, claro. Porque la más feliz soy yo. Sin duda. Por fin vuelvo a mi tierra, a ver a mi familia y a Joxe Mari. Aunque, como digo, la Reina también está emocionada con la idea de veranear en esa ciudad que tanto le gusta. Creo que, si por ella fuese, viviría todo el año en San Sebastián. En Madrid siempre está atareada, y no la veo sonreír tanto como en el Norte.

Y no me extraña. Yo tampoco lo he pasado muy bien. El otoño fue duro

para mí. Me sentí muy sola, pese a la compañía de mi amiga Aránzazu y las demás doncellas. Me costó mucho aclimatarme a esa ciudad tan grande, fría y triste. Creo que nunca lo he llegado a lograr del todo. Lo único que me impresionó fueron las fiestas que se celebraran en ese gigantesco Palacio Real donde he vivido estos meses. ¡Cuánta gente importante asistía a esas celebraciones! No obstante, vista una fiesta, vistas todas. Y, además, cuanta más gente acudía, más me tocaba trabajar, así que todo aquel lujo acabó por aburrirme.

Por supuesto, el invierno fue aún peor. No quiero ni recordarlo, porque ya no queda nada para irnos de aquí.

La primavera sin duda ha sido bastante mejor, pero tal vez también haya influido el hecho de que veía cada vez más cerca mi regreso con los míos.

14

Al día siguiente, Miren se despierta con un fuerte dolor de cabeza, casi como si tuviera resaca, o al menos, ese símil es el primero que le viene a la cabeza. Tras levantarse, a eso de las nueve y media, se dirige, medio tambaleante, a la cocina. Ninguno de sus padres parece estar en casa.

Tras tomarse un vaso de agua, que le deja un regusto amargo en la boca, se deja caer pesadamente en una silla. Desde ese momento, con la mente ya más despejada, es consciente de que, si no hace nada por remediarlo, se pasará todo el santo día con ese molesto runrún resonándole en la cabeza, casi como un cosquilleo en la parte trasera del cráneo. Pero siente cierto vértigo, así que intenta hacer algo para mantener la mente ocupada. Regresa a su habitación y coge un fajo de folios de su mesa. Son una serie de informes que el inspector Irigoyen le va a ir confiando de forma periódica, para que los analice y le ahorre trabajo, como parte de la colaboración activa y estrecha que Miren le pidió.

Pero a los pocos minutos se da cuenta de que no va a conseguir hacer nada productivo. Por tanto, decide que tiene que hablar con alguien; con alguien de confianza. La primera persona en la que piensa es en su mejor amiga: Leire. De hecho, tiene un mensaje suyo de la noche anterior, proponiéndole quedar para tomar algo «un día de estos». La joven coge el móvil, que está sobre la mesa, y está a punto de escribirle para reunirse ese mismo día, si es que ella pudiera. Pero antes de escribirle nada, se queda pensando. «Quizá Leire no sea la mejor opción para una duda como esta...». Tiene que ser alguien que pueda aconsejarle desde su experiencia personal. En otras palabras, alguien que haya vivido mucho más que ella o que Leire. Y cómo no, un nombre brota en su mente: el de Mertxe, la veterana agente de la Ertzaintza. Ella es la más indicada para tratar un tema tan delicado como ese que no va a abandonar su mente hasta que decida algo al respecto.

Le escribe un escueto mensaje a su antigua compañera. Miren se imagina que esta estará trabajando, por lo que tardará por lo menos un par de horas en responderle, coincidiendo con la pausa de media mañana para el café que, si la joven no recuerda mal y su rutina no ha cambiado, suele tomarse para las once y media, salvo que un asunto de causa mayor requiera su presencia.

Después de escribirle, Miren decide que, para intentar mantenerse ocupada, debe limpiar la casa. Y así lo hace. De hecho, cuando su madre llega

unos veinte minutos después (de la peluquería, según le cuenta) se queda de piedra al ver a su hija tan atareada y concentrada en quitarle las manchas a la ventana de la cocina. Eso sí, haga lo que haga, Miren mantiene siempre el teléfono cerca de ella.

Finalmente, a la hora que se imaginaba, Mertxe responde al mensaje con su habitual buen humor y le responde que «encantada» quedará con ella para charlar pero que, si no le importa, prefiere hacerlo por la Avenida de la Libertad y alrededores, pues tiene un par de recados que hacer antes de que le cierren las tiendas.

Mucho más tranquila al leer esas líneas, Miren consigue relajarse un poco y dedicar la mañana a otros quehaceres. Después, come con sus padres y se prepara para ir al Centro. Ahora que vuelve a vivir en el barrio de Amara, la distancia al centro de la ciudad es sensiblemente más reducida, y en vez de coger el autobús de la línea 28, como otras veces, prefiere ir caminando. En poco más de quince minutos ya ha enfilado la Calle Urbieta, y en cinco más llega Mertxe, que se acaba de bajar del bus de la línea 5 en la parada más cercana.

A los pocos segundos, ambas ya se encuentran caminando y charlando por la Avenida de la Libertad, para que Mertxe pueda hacer sus recados.

—...Y eso es lo que me pasó —concluye su explicación Mertxe, tras varios minutos—. Pero vamos, que ya tengo la mano bien, ¿eh? No fue más que un susto.

—Ya, mejor así... —responde Miren, distraída.

Mertxe se toma unos segundos para volver a hablar:

—¡Uy, recoña! Me conozco yo esa mirada. A ti te pasa algo. ¿O no?

—Pues sí...

—Venga, suéltalo y no me dejes en ascuas —dice la mujer, con una risita.

Miren se toma un momento, pues no sabe por dónde empezar.

—Ayer estuve con Iñigo.

—¿Qué Iñigo? —pregunta Mertxe, con extrañeza.

—Irigoyen.

—Irigoy... ¡Espera! ¿El inspector ese jovencito?

—El mismo.

—¿Otra vez? —pregunta, indignada—. ¿Qué quería de ti, interrogarte de nuevo?

—No, es que...

—¿Quieres que hable con mi jefe? —Hace una pausa—. ¡Pero qué digo! Ese no movería un dedo. Pero ni por ti ni por nadie. Ya hablaré mejor yo con el Iñigo este. Le paro los pies, pero bien rápido, ¿eh?

—Que no, Mertxe, que no. No va por ahí. Me pidió que lo acompañara.

—¿Adónde?

—Mejor nos sentamos en un banco y te lo cuento.

Así lo hacen y, tras varios minutos, Miren le cuenta, lo mejor que puede, su vivencia del día anterior. Pero se deja para el final la parte más polémica.

—Iñigo no miraba cuando vi esa foto —aclara la joven—. Estoy segura de que no. Y era Fran. El de la foto. Y estaba con su amigo. Pero la casa tenía una fachada de hiedra.

—¿De hiedra?

Miren siente que se le traba la lengua.

—O sea, de piedra, quería decir. Pero tenía hiedra por encima.

—¡Ah!

—La cuestión es que, cuando nos fuimos a la calle, estuve a punto de contárselo a Iñigo. Pero me lo callé.

—¿Cómo? ¿Pero por qué no se lo contaste? No lo entiendo.

—No lo sé, estuve a punto, pero me lo callé. Crees que debo contárselo, ¿verdad?

—Pues, hombre, no seré yo la que diga que hay que contarlo todo. Pero en este caso puede ayudar.

—Pero ahora, ¿no quedaré mal si voy y se lo cuento? ¿Y qué le digo? Hola, ayer me callé algo importante porque no me fío de ti.

—¿No te fías de él?

—Pues no lo sé aún. Estoy sopesándolo.

—Ya, no te diré yo que sí o que no. Pero justo para que salgas de dudas creo que sería bueno que se lo contaras. Podría ayudarte a encontrar ese lugar, incluso.

—No, si ya sé cuál es.

—¿De veras?

—Por la noche estuve investigando. Es el castillo de los Satrústegui.

—¿El de la ladera de Igeldo?

—El mismo.

—Eres buena, Miren. ¿Ves como vales para esto?

—Bah, no sé. Fue un poco de suerte. La cuestión es que ya sé quién es ese tío de la foto, el amigo de Fran. Desde que vi la foto noté que me sonaba su cara, aunque en la imagen estaba mucho más joven, claro.

—¿Fue uno de los que...?

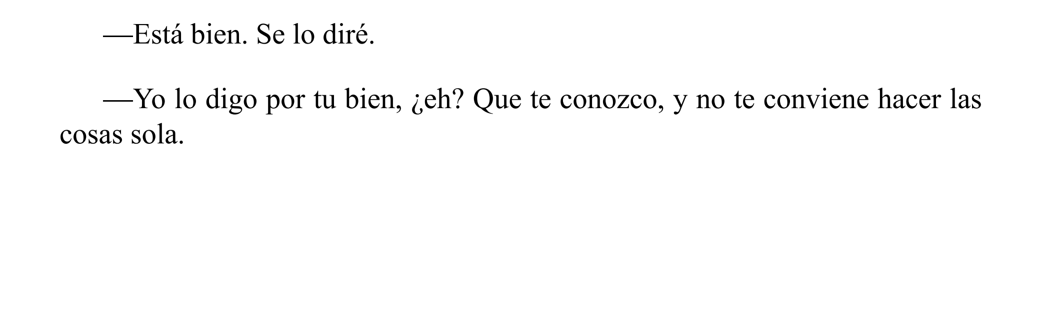
—Desde luego, estaba ahí. Me juego una mano a que estaba. Se trata de Carlos Satrústegui. Ese es el amigo de Fran.

—Carlos... No me suena el nombre.

—Es miembro de una poderosa familia.

Mertxe adquiere un semblante muy serio.

—Pues, Miren, creo que es el momento de que hables con Iñigo. No es tiempo para andar con remilgos, y tú no puedes encargarte de esto sola. Ese



chico, según dicen, es un tipo brillante, con mucho olfato.

—Está bien. Se lo diré.

—Yo lo digo por tu bien, ¿eh? Que te conozco, y no te conviene hacer las cosas sola.

X

17 de junio de 1889

¡Ya estoy aquí! La ciudad está tan bella como siempre y yo estoy tan, pero tan feliz de estar aquí de nuevo... Joxe Mari ha venido hoy con su primer cargamento del verano, y en cuanto le he visto he corrido afuera a saludarle. Como no queríamos miradas indeseadas, hemos ido a nuestro txoko de siempre, detrás de las caballerizas, en cuanto hemos podido. Pensaba ofrecerle mis manos, como he visto que hacen las damas de la alta sociedad en Madrid. Y lo he hecho, pero Joxe Mari, en vez de sostener mis manos con las suyas, me ha cogido de las muñecas, me ha empujado hacia él y me ha abrazado con fuerza. Y debo reconocer que me ha encantado, o incluso más que ello. Ha sido una sensación sublime, y la mejor bienvenida posible a mi tierra. Ahora sí, ya solo tengo ganas de sonreír, y ni los recurrentes malos modos de la señora Steiner son capaces de borrarme la sonrisa. Creo que envidia mi dicha y, sobre todo, le fastidia no saber cuál es el origen de la misma. ¡Que se fastidie!

Ya le he escrito a mi familia. Iré lo más pronto que pueda. ¡Lo estoy deseando!

15

Miren está sentada en un banco frente al Hotel Londres, desde el que puede uno deleitarse con el paisaje de la bahía. Pero la joven no observa el mar; ni siquiera a la gente que pasea, bastante numerosa a esa hora de la tarde, alrededor de las 19:00. Su único pensamiento es el de contárselo todo a Iñigo, a pesar de las consecuencias que ello pueda provocar. En el mejor de los casos, piensa la joven, el detective la perdonará y, aunque su confianza en ella no se incrementará, como ella esperaba, tal vez siga queriendo que se mantenga a su lado mientras dure la investigación. Además, sea como fuere, esa pista puede conducir a algo importante y, pese a las consecuencias, Miren cree que esa es suficiente razón para confesar. Pero cuando está convencida de llamar a Iñigo o incluso de presentarse en su despacho, su mente se pone en lo peor. Puesto que, en el peor de los casos, reflexiona, la dejará fuera de la investigación y tendrá que seguir con sus pesquisas por su cuenta; es decir, sola y sin apenas recursos disponibles.

Mira el reloj; son ya más de las siete y media. Harta ya de la situación, de repente, sin haberlo ni pensado, se levanta como un resorte y retrocede desde su posición a la parada de autobús más cercana, que está al otro lado del edificio que tenía a su espalda, es decir, el del citado hotel. Llega a la parada y, como sabe, en muy pocos minutos debe aparecer un bus que la lleve a la comisaría de la Ertzaintza de El Antiguo. Espera casi con ansiedad que, antes de que el miedo la invada y pueda cambiar de idea, esté ya montada en uno de esos autobuses. Por suerte para ella, o no, esa parada está tan transitada que en menos de dos minutos desde que Miren llegara allí, un autobús de la línea 25 aparece al fondo.

Todavía sin tenerlas todas consigo, Miren sube al bus y se sienta en la parte trasera, intentando no pensar. A los pocos minutos ya está en la recepción de la comisaría, esperando su turno para que la atiendan. Mira al mostrador y ve que está atendiendo un hombre cuya cara le suena ligeramente, de su época haciendo las prácticas allí. Sin embargo, se cruzó pocas veces con él y nunca llegó a conocer su nombre. En ese momento, justo antes de ser atendida, se arrepiente por no haber esperado al día después y poder ir por la mañana, en el horario en el que Mertxe trabaja, para poder pedirle ayuda. Pero ya es tarde para dar la vuelta.

—Buenas tardes, ¿qué se le ofrece? —le pregunta el agente que está tras el mostrador, cuando la última persona que quedaba delante de Miren se hace a

un lado.

—Yo... —Se siente bloqueada de repente, pero se rehace a los pocos segundos, antes de que el agente pueda empezar a inquietarse—. Me gustaría saber si el agente... O sea, el inspector Iñigo Irigoyen está en su despacho.

El agente la observa de arriba abajo, con desconfianza. Miren cree saber lo que se avecina. «Ahora me preguntará cuál es el motivo de la petición, me pedirá el DNI, posiblemente me hará rellenar una ficha de identificación y...».

—Un momento —le responde al fin, y agacha la cabeza para descolgar un teléfono.

Miren se queda pasmada allí de pie. «No tiene sentido que no me pregunte nada. ¿Será porque Iñigo no es un agente de verdad?», se pregunta rápidamente, «¿O será otra cosa? ¿Tal vez me estuviera esperando?». Sin mover los pies del sitio, inclina ligeramente el cuerpo hacia adelante, para intentar captar las palabras del agente que la está atendiendo. Por desgracia, el hombre habla en un tono tan bajo que no logra rescatar ni una palabra.

—Dice que espere usted aquí. Ahora baja —afirma el agente con seriedad, y le señala con un rechoncho dedo la pequeña sala de espera aledaña a la recepción.

Miren sabe perfectamente dónde se encuentra esa sala, pero igualmente le hace una inclinación de cabeza y le da las gracias con una fugaz sonrisa. Se dirige a ese lugar, donde están esperando sentadas cuatro o cinco personas, probablemente para interponer alguna denuncia, o eso imagina la joven, y se sienta en el asiento más cercano a la recepción.

No pasan ni dos minutos cuando aparece Iñigo Irigoyen. Se queda en la parte central de la recepción y mira alrededor. Miren se pone muy nerviosa al instante y le hace un gesto con la mano. Después, se levanta pesadamente. Pese a lo que esperaba, el detective no se le acerca, sino que se queda en el mismo lugar, por lo que es la joven la que se acerca a su altura.

—¡Hombre, Miren! —saluda Iñigo, con un matiz de falsa alegría en la voz, y empleando para hablar un tono más alto de lo habitual en él—. Te estaba esperando. —Y le hace un gesto extendiendo el brazo, como señalando el camino hacia su despacho.

Nada más arrancar a caminar, ya en un tono más bajo, pero aún audible a varios metros a la redonda, el inspector continúa:

—Me alegra que me llamaras. Es importante que todo lo que creas que pueda ayudar me lo cuentes. Adelante, adelante —le insta, justo cuando están abandonando la recepción para subir las escaleras.

Una vez solos, Iñigo Irigoyen no vuelve a articular palabra, pero su rostro ha perdido la cordialidad del saludo, o eso intuye su acompañante, que mira de reojo su expresión crispada.

Antes de llegar al despacho, se cruzan con un par de personas, a las que saludan con una leve inclinación de cabeza.

Una vez dentro, Miren se queda de pie, esperando a que Iñigo vaya a sentarse, pero, en vez de ello, se acerca a la joven y se encara a ella.

—Pero ¿te has vuelto loca? —le espeta con enfado, pero recuperando su tono de voz habitual—. ¿Cómo se te ocurre venir a verme al despacho?

—Es algo importante, si no no habría venido.

—¿Y por qué no me has llamado para ir yo? Sabes que lo prefiero. ¿Y si alguien empezara a hacer preguntas?

Miren se avergüenza un poco.

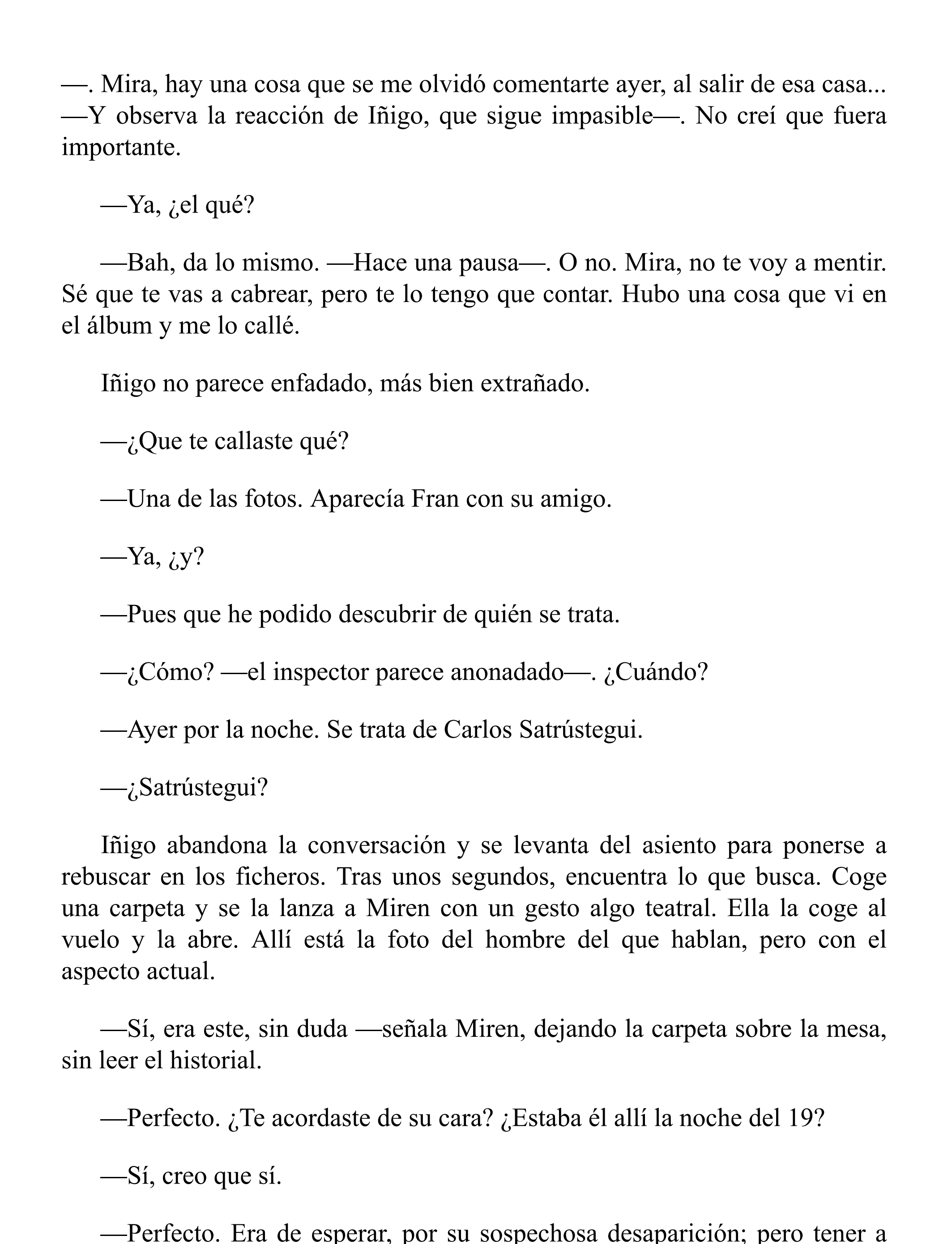
—Sí, eso es cierto.

—Espero que no vuelvas a hacerlo, no quiero tener que hacer ninguna pantomima más delante de esta gente. Para otra vez, quedamos en un sitio más discreto, haz el favor.

Se hace una pausa, que Miren aprovecha para darse la vuelta y sentarse, rezando para que el rubor se le baje de la cara en lo que el detective toma asiento en su silla.

—En fin, ya está hecho —continúa Iñigo, todavía con cara de enfado—. ¿Y qué es eso tan importante que me tienes que contar? Espero que al menos valga la pena.

—Bueno...Yo creo que sí —dice Miren, que no sabe por dónde empezar



—. Mira, hay una cosa que se me olvidó comentarte ayer, al salir de esa casa... —Y observa la reacción de Iñigo, que sigue impasible—. No creí que fuera importante.

—Ya, ¿el qué?

—Bah, da lo mismo. —Hace una pausa—. O no. Mira, no te voy a mentir. Sé que te vas a cabrear, pero te lo tengo que contar. Hubo una cosa que vi en el álbum y me lo callé.

Iñigo no parece enfadado, más bien extrañado.

—¿Que te callaste qué?

—Una de las fotos. Aparecía Fran con su amigo.

—Ya, ¿y?

—Pues que he podido descubrir de quién se trata.

—¿Cómo? —el inspector parece anonadado—. ¿Cuándo?

—Ayer por la noche. Se trata de Carlos Satrústegui.

—¿Satrústegui?

Iñigo abandona la conversación y se levanta del asiento para ponerse a rebuscar en los ficheros. Tras unos segundos, encuentra lo que busca. Coge una carpeta y se la lanza a Miren con un gesto algo teatral. Ella la coge al vuelo y la abre. Allí está la foto del hombre del que hablan, pero con el aspecto actual.

—Sí, era este, sin duda —señala Miren, dejando la carpeta sobre la mesa, sin leer el historial.

—Perfecto. ¿Te acordaste de su cara? ¿Estaba él allí la noche del 19?

—Sí, creo que sí.

—Perfecto. Era de esperar, por su sospechosa desaparición; pero tener a una testigo directa es un gran paso adelante. Y ¿cómo te acordaste? ¿Te vino sin más?

—No, no, y ahí está el problema. Lo que me hizo saber su nombre es la foto que vi. Aparecía de joven con Fran, delante del palacio al que llaman la Torre Satrústegui.

Iñigo abre la boca y está a punto de decir algo, pero la cierra sin articular sonido alguno. Miren continúa hablando:

—Y no te dije nada. Lo siento.

—Pero ¿por qué te lo callaste?

—No lo sé. Pero tú... —Miren recuerda algo de golpe y se lo espeta, casi a gritos—: ¡Tú tampoco me dijiste que esa señora era su abuela!

—No sabía cómo reaccionarías —Iñigo no eleva el tono—. No te ofendas, pero me habían dicho que estabas un poco desequilibrada...

—¿Quién?

—Pero ya te he conocido y veo que no. Está bien. Lo siento yo también. Cometí un error. Pero lo hice por eso. ¿Y tú?

—¿Yo? Ya te he dicho que no sé por qué no te lo conté, ¿no?

—Es evidente, ¿no? —dice, con una sonrisa sarcástica.

Se hace un silencio. Miren sabe que la ha calado. Está claro que la única razón es que no se atrevió a confiar en él lo suficiente.

—Bueno —continúa el chico—, lo importante es que has recapacitado. Y te agradezco la confianza. No te voy a juzgar severamente. Yo en tu caso, y después de lo que has pasado, haría lo mismo.

Las palabras pronunciadas consiguen tranquilizar un poco a Miren, pese a que la forma en la que las dice, con ese tono seco y la mirada seria, no son las que una esperaría, quizá.

—Entonces —comienza a preguntar, con timidez, la joven—, ¿seguimos adelante?

—Pues claro. ¿Estás segura de que ese lugar es el palacio del que hablas?

—Segurísimo. De hecho, es la residencia histórica de esa familia. De los Satrústegui.

—Entiendo. La cuestión es que me suena el nombre de ese lugar.

—Está en la falda del monte Igeldo.

—¡Ah, ahora caigo! —exclama Iñigo—. La Torre Satrústegui, sí. Un momento...

El detective teclea algo en su ordenador. Tras un par de minutos en silencio, buscando, comenta:

—Sinceramente, dudo que hoy en día nadie viva allí, Miren. Creo que se usa más como lugar para celebraciones de bodas y así.

—Bueno, también el Palacio de Arbaizenea, el que era de la duquesa de Alba, pero una cosa no quita la otra —comenta Miren...

—¿Estás insinuando que...?

—¿Por qué no? Puede que nadie viva allí de continuo, pero ese palacete no es público. Es decir, que seguramente siga siendo de la familia esa. De su propiedad.

—Y quieres que vayamos allí a investigar...

—Creo que podría ser importante.

Iñigo se cruza de brazos y se recuesta en la silla.

—Ahora entiendo por qué me has confesado lo de la foto... —señala, irónico, pero con una media sonrisa pícara, por lo que Miren entiende que está razonablemente complacido.

—¿Qué querías? No puedo ir yo sola. Pero tú tienes autoridad.

—¿Quieres que pida una orden de registro y vayamos allí?

—Sí.

—Qué raro. No parece tu estilo, por lo que sé de ti. Pensaba que ibas a pedirme que entrásemos de noche y a escondidas.

—Bueno, esa era mi idea. Pero suponía que tú no querrías...

—No es que me niegue en redondo. Es que no veo suficientes indicios. ¿Sabes? Podría pedir esa orden de registro, pero las bases en la que se sustentaría me parecen tan frágiles que ningún juez me la concedería.

—Entiendo.

—Y, además, eso entrañaría otro problema. Si esta petición cayera en manos de algún juez... ¿Cómo decirlo? Amigo de esa familia tan poderosa...

—Ya. Podrían chivarle a esa gente que andamos tras la pista. Y de haber algo ahí dentro tendrían tiempo para maniobrar. E incluso si más tarde te concedieran la orden de registro, ya sería tarde.

—No sé, Miren, la verdad, estoy de acuerdo con lo que dices, y con lo de echar un vistazo, pero colarnos así sin más... Es un riesgo un poco absurdo, ¿no crees? Si nos pillan allí a mí se me cae el pelo. Bueno, y a ti. Mi carrera se vería desbaratada, por supuesto, la investigación me la quitarían, y a ti tampoco te esperaría nada bueno. ¿Es que quieres que nos enfrentemos a penas de cárcel?

Miren tiene ganas de seguir en la pelea.

—Yo creo que hay algo ahí.

—¿Por qué? ¿Por una foto antigua? ¡Vamos, por favor! No podemos arriesgarnos tanto por una simple corazonada.

—No es una simple...

—Pero vamos a pensarlo fríamente. —Vuelve a mirar el ordenador—. Mira, entre los resultados que me salen me aparece que este mismo domingo se celebra allí una boda —suelta una risotada sardónica—. Seamos serios. ¿Crees que iban a dejar pistas, o algo importante que pueda comprometerles, en un sitio que se llena de gente cada pocas semanas?

—Bueno... —empieza a dudar de sí misma.

—Lo que te puedo prometer es que investigaré a esa familia. Yo también veo indicios. Pero lo haremos a mi manera. Tendrán muchas más propiedades, tierras, etcétera. Investigaré y te mantendré al corriente.

—¿Y ya está?

—Por el momento, sí. Y ahora, será mejor que te vayas, para que no parezca que pasas demasiado tiempo aquí.

Y se hace un silencio incómodo. Iñigo baja la mirada y se pone a rebuscar en unos papeles, aunque Miren sabe que no está buscando nada, y que solo lo hace como una invitación a marcharse de allí. La joven siente una repentina oleada de rabia y frustración, pero respira hondo, se levanta y sale sin despedirse.

Llega a casa y no tiene ganas de cenar, una vez más. Pero entonces, mientras pasea por el reducido espacio de su habitación, sin previo aviso y siendo más de las once, tiene una revelación. Se trata de Leire, su gran amiga. O bueno, más bien de la tía de Leire. «Sí, eso es, su tía trabaja en una empresa de *catering*, de las buenas, además», piensa Miren, «Es la que selecciona al personal, o algo así, creo, y por eso Leire trabaja a veces como camarera en esos actos. De hecho, me suena que alguna vez ha trabajado hasta en el Palacio de Miramar». Por tanto, piensa en que tal vez esa mujer tenga contactos y tenga información sobre la boda en concreto que busca.

Y sin escribirle para preguntarle si está disponible, llama a su amiga, que le coge al tercer tono.

—¡Miren! ¿Qué te cuentas, guapa? —le pregunta su amiga al otro lado de la línea.

—¿Te pillo bien?

—Sí, sí. ¿Todo bien?

—Bueno, más o menos. Oye, ¿cómo tienes mañana para quedar?

—Pues... —se lo piensa un par de segundos— a la mañana estoy libre, hasta las doce y media.

—¿Te apetece quedar a desayunar? O tomar algo, o lo que sea.

—¡Claro! Encantada. ¿A las diez en el reloj del *Bule?*

—Perfecto. Nos vemos allí.

«En el reloj junto al quiosco del Boulevard», recuerda Miren, con una sonrisa, pues se trata del lugar más habitual en el que llevan quedando desde que eran unas adolescentes.

Sobre el tema en cuestión, ha preferido esperar al día siguiente para contárselo. Bien sabe que hay cosas que es mejor preguntar en persona para ver *in situ* la reacción del receptor.

Al día siguiente, jueves, a las diez y diez minutos, ambas están sentadas en la terraza de una cafetería de las cercanías del citado quiosco. Leire ha llegado diez minutos tarde, lo cual no es «gran cosa» en ella, reflexiona mientras se sientan en una mesa. Miren, por el contrario, ya estaba bajo el reloj antes de escuchar el sonido de las campanas de la cercana Iglesia de Santa María.

—Me alegra mucho saber de ti, Miren. No te he escrito más estos días para quedar para no presionarte. ¿Estás ya mejor? —pregunta Leire.

—Bueno, en realidad, sí. Pero Leire, te, te va a parecer raro lo que te voy a preguntar, pero ¿tu tía es encargada o algo así de una empresa de *catering*?

Por el gesto de extrañeza casi cómica que pone Leire, es obvio que no se esperaba esa pregunta.

—Pues sí, eso es.

—Y ahí sigue, supongo.

—Claro. ¿Por? ¿Te interesa trabajar ahí?

—Eh... —No sabe si es el momento de confesar—. Bueno, podría ser.

—¡Qué guay! Así podríamos coincidir alguna vez, porque ya sabes que yo a veces también trabajo ahí, cuando hace falta. No se cobra mal. Lo único malo, si empiezas de nueva, es que hay que esperar a los últimos días para que te llamen. Pero bueno, siempre suele haber alguna baja de última hora. De hecho, mi tía me llamó ayer. No, antes de ayer. Así que este finde me toca currar.

—¿En serio? ¿Dónde?

—En Igeldo. En la Torre no sé qué, esa especie de castillo que tiene dos torreo...

—¡¿En serio?! —Miren no se lo puede creer.

Leire le responde con un alegre gesto de sorpresa.

—Pues sí, ¿por?

—Leire —su amiga habla despacio para que se le entienda todo—, necesito que me cueles en esa boda. ¿No habría un sitio para mí? Para lo que sea, como si es limpiando platos.

—¡Ay, pues no sé si habrá sitio! Es que me das tan poco margen... Le tendré que preguntar a mi tía.

—Pregúntale, por favor. Me hace mucha falta.

—¿Y eso? ¿Tanta falta de dinero tienes?

—No. Bueno, sí, eso siempre. Pero en este caso me da igual. Como si voy a trabajar sin cobrar.

—Pero... ¿Qué te interesa tanto de esa boda? ¡Espera! ¿Conoces a alguien que va a ir? ¿Es un chico?

—Bueno, pues puede ser, sí.

—¡Ja, ja, ja! —Leire pega golpes a la mesa mientras se ríe—. Ahora entiendo tanta ansiedad por ir. ¿Y quién es?

Miren entiende que la conversación no puede seguir por ahí. No sería justo para ninguna de las dos.

—De momento no lo sé. Pero necesito ir. Mira, eres una amiga muy leal y mereces que te lo cuente. Quiero ir a esa boda porque quiero investigar algo.

—¿El qué?

—Quiero buscar pistas sobre la familia dueña del palacete en el que se celebrará la boda.

Leire se toma su tiempo antes de responder.

—Ah... Pero ¿tiene algo que ver con lo tuyo?

—No estoy segura, pero es posible. Creo que por lo menos un miembro de ese clan estaba aquella noche. Ya me entiendes.

—¡No jodas! —su amiga adquiere un semblante serio—. Pues entonces, te ayudaré. Eso está hecho. No te preocupes, que yo me encargo de convencer a mi tía. Que te ponga la primera en la lista de espera.

—Gracias, Leire.

—¿Me necesitarás para algo más? Ya sabes, para que entretenga a alguien o así...

—No, bueno, no creo —contesta Miren, más para sí—. Además, no sé bien lo que me voy a encontrar.

—¡Ay, me parece tan emocionante! ¡Igual que en las pelis! —la alegría vuelve al rostro de la joven—. En la uni no nos enseñaban estas cosas. Yo pensaba que me iba a pasar toda la vida sentada en una silla de despacho.

Para Miren la reacción de su amiga no constituye ninguna sorpresa. De hecho, imaginaba que se lo tomaría de ese modo, como si vivieran inmersas en una película, así que decide no cortarle las alas en lo que resta de conversación, hasta que cambian de tema y pasan a charlar de asuntos más triviales.

Esa misma tarde, Leire le escribe para contarle que ya ha hablado con su tía y que, tras una baja de última hora, habrá sitio para ella el sábado de la boda, y que su labor consistirá en ayudar a preparar las mesas antes de que lleguen los invitados, y cuando estos lleguen, pasará a ir a las cocinas para ayudar a las personas que se encargan de calentar y emplatar la comida. Miren se alegra mucho de esa noticia. No obstante, sabe que queda poco tiempo para el sábado, por lo que intenta darse prisa para trazar el plan que seguirá una vez que esté allí metida. Piensa en que le vendría bien tener los planos de ese edificio decimonónico, y se pregunta dónde podría encontrarlos. Con cierta frustración, recuerda que Fran era muy hábil para esos menesteres, y piensa que, seguramente, Iñigo también lo tendría mucho más fácil que ella para encontrar algo así. Está tentada de pedirle a Iñigo que se los consiga, pero no está segura de si ello fuese lo correcto o por el contrario acarrearía demasiadas preguntas del detective.

Así pues, no le queda otra que abusar, una vez más, de la bondad de su

amiga Mertxe, su único contacto en la Ertzaintza del que está segura que no le pondrá pegas. Y así es. Esa misma noche le escribe para pedírselos, y su amiga le confirma que no tiene de qué preocuparse; que ella se las ingeniará para conseguirlos, «cuanto antes», preguntando en el catastro.

«En el catastro, claro...», piensa Miren, y se siente una ignorante al percatarse de la cantidad de cosas que desconoce.

Al día siguiente, a mediodía, ya está en su habitación, sentada en el sillón, con los planos de la Torre Satrústegui extendidos sobre el escritorio, ante ella. No es que su mejor talento sea el de interpretar planos arquitectónicos, pero le sirven para hacerse una idea de lo que se encontrará el sábado, y por dónde deberá moverse.

XI

2 de julio de 1889

Hoy he entrado a la habitación de la Reina a la hora de siempre. Es cierto que la campanilla no había sonado, pero la Reina siempre me dice que entre de todas formas, que ya sé que a veces se queda hasta muy tarde pensando, y tiene algún problema de insomnio. Ella seguía dormida. Como de costumbre, he dejado la bandeja del desayuno sobre la mesita y he descorrido las cortinas. Al entrar la luz me he fijado en un papel que había sobre la mesa. Estaba dirigido a una tal «Bella Easo». No es que sea asunto mío leer la correspondencia y los documentos de la Reina, así que he retirado la vista sin leer el contenido de ese papel. Además, justo en ese momento, la Reina se ha despertado. Al sentarse en la cama he ido con la bata, como siempre, pero antes de ponérsela, de repente, ella ha levantado rápido la vista, como si se hubiera acordado de algo de golpe, se ha levantado a toda prisa y ha pasado de largo, dejándome con la bata en las manos. Ha ido directamente a la mesita y ha cogido el papel. Lo ha arrugado hasta dejarlo hecho una pelota y se ha calmado.

Su Majestad a veces hace esas cosas extrañas, pero por lo demás, es tan agradable conmigo como siempre.

* * *

8 de julio de 1889

Hoy Joxe Mari me ha pedido que seamos novios. Le he dicho que yo pensaba que ya lo éramos, y nos hemos reído mucho. Luego le he dicho que sí, por supuesto. ¡Es tan apuesto! Ya sé que no tiene el porte, ni el atuendo, ni el peinado de esos elegantes y jóvenes nobles que vienen a veces al palacio, pero mi Joxe Mari es mucho más guapo y encantador. O al menos lo es para mí, que es lo que importa. Ah, y mi familia está preciosa. Por desgracia, uno de mis hermanitos está un poco enfermo. Le he preguntado a la Reina si no conocerá un médico en la ciudad que sea bueno, pero sin ser muy costoso. ¡Y ella ha enviado a uno de los mejores! No sé cómo agradecérselo. Le he dicho que le devolveré lo que cueste el médico, y me ha dicho que jamás aceptaría ese dinero. La Reina es muy gentil y generosa conmigo.

16

Con más nervios de lo que desearía, llega el sábado y, esa mañana, a las siete menos veinte, y con el cielo aún oscuro, Miren está caminando con parsimonia por los jardines que quedan frente a la playa de Ondarreta, para hacer tiempo, pues se ha citado en ese lugar con su amiga. La joven ha ido hasta allí en bicicleta desde la casa de sus padres, en Amara, y pese al frío de esa mañana, ha disfrutado de la fresca brisa que le golpeaba en la cara mientras pedaleaba.

Una vez allí, con la bici candada, Miren espera a su amiga pisando las piedras del camino y observando en la semipenumbra las plantas y árboles de alrededor. La primavera, por lo que puede intuir, está ya cerca, y, de hecho, ya hay varios tipos de plantas con tímidas flores, aún cerradas. En cierto momento, Miren pasa junto a la rotonda central del jardín. En la mitad de la misma, se erige una estatua de varios metros de altura ligeramente iluminada por el alumbrado público de los alrededores, y Miren levanta la vista para observarla mejor. La que desde su pedestal de piedra parece admirar la bahía es nada menos que la reina María Cristina, con sus fríos ojos de bronce clavados en la Isla Santa Clara. «Es como si fuera casi una vieja conocida», piensa Miren, con un escalofrío que es fruto, no sabe si del frescor matutino o de los recuerdos que intentan colarse en su mente.

Por suerte, escucha un silbido cercano. Al darse la vuelta, observa a su amiga Leire acercarse sonriendo y caminando alegremente.

—¿No te quejarás hoy, eh? —le espeta como saludo.

Miren mueve la manga de su abrigo para observar el reloj. Efectivamente, son las 6:47, solo dos minutos más tarde de lo acordado.

—Nada mal —admite Miren con una sonrisa.

—Cuando se trata de curro soy más formalita. ¿Vamos?

Y ambas amigas se ponen a caminar, sin correr, pero a buen ritmo, hacia la ladera del monte Igeldo.

—¿Has desayunado? —le pregunta Leire.

—No. La verdad es que tan temprano no me suele entrar el hambre.

—Ya, es que vaya madrugón. Menos mal que es solo de vez en cuando. Yo sí que he comido. Dos tostadas, pero a toda pastilla, que no tenía tiempo. Espero que no me sienten mal.

—Ya...

Siguen caminando un poco más en silencio, hasta que este es roto por Leire, una vez más.

—Por cierto, creo que no te dije. Según me ha contado mi tía, los novios que se casan hoy son un chico y una chica de unos treinta años, de clase media alta. Un tal Mikel Uribarria y Nerea San Esteban.

—No me suenan... —admite Miren.

Leire hace una pausa antes de volver a hablar.

—Oye, Miren, he estado dándole vueltas mientras venía.

—¿A qué?

—Me dijiste la verdad para venir aquí, ¿no? ¿No será el novio al que buscas? —le pregunta, y se echa a reír.

—¿Qué? —pregunta una Miren absorta.

—¡Espero que no sea eso! Porque como la líes en la boda y no se casen, a ver si no vamos a cobrar.

—¿Qué? ¡Bah, qué tontería!

—Ya, ya. Seguro que te fugas con el novio. Y oye, que, aunque me quede sin cobrar, yo por una amiga lo que sea, ¿eh? Además, menudo braguetazo pegarías, ¡vaya! O eso creo.

—Visto así, probablemente me iría mejor, sí. Pero por desgracia, te dije la verdad.

—Ya lo sé, tonta. Era para quitarle un poco de hierro.

Cinco minutos después, ambas amigas se encuentran en la parte baja de la ladera de Igeldo, justo en el comienzo del estrecho camino asfaltado que lleva

al antiguo palacio. Tras varias curvas, llegan casi jadeando a la puerta de entrada del terreno y a la verja que lo circunvala. Justo son las siete en punto. A esa hora, allí ya hay media docena de personas concentradas; «Otros trabajadores de la empresa de *catering*», infiere Miren.

Leire, que los conoce a todos, se los va presentando, uno por uno, a su amiga, así como a todos aquellos que van llegando al lugar, hasta que la joven acaba abrumada con tantos nombres que difícilmente recordará para mediodía.

A las siete y cinco llegan varias furgonetas. De la primera de ellas se baja un hombre y abre la puerta de la verja. Vuelve a subirse a la furgoneta y entran todas en fila. Detrás, entran los trabajadores.

Ya dentro, Miren echa un vistazo alrededor. El lugar es impresionante. Se trata de un amplio jardín con unas privilegiadas vistas a la bahía. Y eso sin tener en cuenta el propio edificio, que ya de por sí merece la pena ser observado por su singular arquitectura.

Leire llega entonces para sacar a la joven de su ensimismamiento.

—Miren, te presento a Josu. —Y le señala al hombre que la acompaña—. Es uno de los encargados. Tú hoy pégate a él y que te explique lo que tienes que hacer.

—Oh, vale. ¿Y tú? —pregunta, casi como una súplica.

—Yo tengo que ir a preparar unas cosas a las furgonetas. Luego te busco.

Y la pizpireta chica se aleja a paso vivo, con otras dos personas más. Miren se queda en silencio un momento con el hombre que la secunda, el tal Josu. Se trata de un hombre de unos cuarenta y muchos; poco pelo y con aspecto de tipo serio, estricto y probablemente aburrido. «Gracias, Leire, gracias por dejarme con este», piensa, intentando disimular el repentino odio que siente por su amiga. Está segura de que, al ver a tanta gente, se le ha olvidado su asunto, ese por el que le pidió ir a esa boda.

—Miren, ¿verdad? —pregunta Josu, sin cambiar la expresión del rostro.

Y a partir de ese momento, Miren se convierte en la sombra de ese hombre. Durante las siguientes horas (la joven pierde la cuenta), se dedican a colocar y preparar las mesas en el jardín y en el interior del palacio, según los

planos que el hombre lleva en uno de sus bolsillos, y que consulta cada dos por tres. Mientras tanto, las demás personas que hay allí se ponen con sus respectivos quehaceres, entre ellas Leire. De todas las labores que allí se realizan, Miren cree adivinar por lo menos unas cuantas: hay quien se dedica a la iluminación, otros a la decoración, otros a las flores, al sonido, a la comida o a la cubertería, entre otras.

Miren está sudando cuando el hombre decide hacer un alto. El sol ya se eleva bastante alto en el cielo, y cuando la joven consulta el teléfono móvil, ya son más de las once. Los primeros invitados, según parece, no tardarán mucho en llegar y la agitación en los movimientos de los trabajadores empieza a ser frenética. Los ánimos, más caldeados, también se intuyen por el tono de voz de la gente.

—Miren, deja eso ya —le ordena Josu a Miren, tras dejarla unos minutos sola intentando poner rectos unos adornos florales, sin mucho éxito—. Tienes que ir a la cocina a ayudar con los emplatados.

La joven hace lo que le mandan y, la última hora y media, Miren la pasa en la cocina haciendo lo que a su vez le ordenan otras personas. Ella puede ver, a bote pronto, dos mejoras: la primera es que al fin ha podido quitarse de encima a Josu, al que ya empezaba a aborrecer con su rectitud insufrible; y la segunda es que al fin ha conseguido introducirse en el palacio. Por desgracia, no ha podido ver nada sospechoso en el transcurso de su traslado a la cocina. Por si fuera poco, hay varias personas allí trabajando a ritmo rápido y no ve el momento de poder escabullirse.

De repente, siente un ligero golpe detrás, en el hombro. Miren se da la vuelta con la mirada tensa, segura de que será la encargada de cocina para darle la enésima orden. No obstante, la que está a su espalda es su amiga Leire. Antes de que Miren pueda decir nada, su amiga habla en alto, dirigiéndose a la jefa.

—Garbiñe, me llevo a Miren un momento, ¿sí? Que la necesitamos arriba.

La encargada, de rostro rubicundo, muestra un semblante ofendido.

—Pero ¿tiene que ser ahora? Estamos hasta arriba de...

Antes de que la atareada mujer pueda terminar la frase, Miren ya se ha dado la vuelta y sigue a su amiga hasta la puerta. Pero no se dirigen a la salida

que da al jardín, sino que Leire gira en una puerta y sigue un pasillo hasta una pequeña estancia casi vacía. Allí, ambas se detienen para poder charlar con tranquilidad.

—¡Joder, ya has tardado! —le abronca Miren—. Pensaba que no vendrías.

Leire se ríe.

—¿Y qué querías que hiciera? Tú siempre tan ansiosa. Teníamos que disimular.

—Está bien. ¿Y ahora?

—Los invitados ya están con los primeros cócteles y canapés. Este es el mejor momento para escabullirnos sin levantar sospechas y que nadie se acuerde de nosotras, créeme. Te lo digo por experiencia.

—¿Por experiencia?

—¿Te acuerdas de Pol?

—¿Qué Pol? ¿El chico ese que estaba de intercambio?

—¡Ese! Lo conocí en una boda. También estaba trabajando, de camarero. Pues aprovechamos este mismo momento para... Bueno, ya me entiendes. —Y le guiña un ojo.

—¡Madre mía! Bueno, pues vamos. Pero ¿por dónde empezamos?

—No sé, tú eres la experta.

—¿Qué tal si vamos abajo? —propone Miren sin mucha convicción.

—Bien, pero he visto que la entrada al sótano está en la cocina. Mal sitio para ir, con toda la gente que está preparando los entrantes calientes a estas horas —calcula Leire.

—En los planos, he visto que hay varias entradas.

—¿Qué planos?

—Ya te lo explicaré. Me los ha conseguido un... contacto.

—Bien, pues vamos.

Y ambas amigas se dirigen, con paso sigiloso, por el mismo pasillo que acababan de dejar. Tal y como Miren recuerda haber visto en los planos, abre una puerta y entra en una pequeña habitación. Efectivamente, desde allí hay una puerta, tal y como ella esperaba. Cierra la puerta de entrada, esperando que nadie las haya seguido y se dirige a esa puerta aledaña.

Sin pensárselo dos veces, Miren intenta abrirla, pero está cerrada con llave.

—¡Vaya por Dios! —exclama Leire—. ¿Qué hacemos ahora?

—No he venido hasta aquí para no hacer nada más.

Y Miren saca una ganzúa del bolsillo derecho. Intenta recordar las veces que ensayó lo mismo con Fran, meses atrás, precisamente por si en alguna ocasión podían encontrarse ante una situación similar. Al recordar a su antiguo profesor, Miren siente un pinchazo en el pecho, pero se rehace al instante y se emplea a fondo con la ardua tarea de abrir la puerta.

Como no es algo que esté habituada a hacer, y la cerradura es bastante compleja, Miren tarda por lo menos cinco minutos en lograr algún avance.

—¡Vamos, Miren! —la apremia Leire—. No sé cuánto más van a tardar en echarnos de menos.

—Ya casi está...

Pero pasan otros tres minutos hasta que la puerta cede y se abre. Al otro lado, unas escaleras descienden.

—Debe de ser el sótano —sentencia Miren.

—No se ve lo que hay abajo. ¿Encendemos la luz? —pregunta Leire, que extiende el brazo para activar el interruptor.

Pero antes de hacerlo, Miren detiene su mano con un rápido manotazo.

—Ni se te ocurra. Mejor encendemos las linternas del móvil.

La luz que aportan es escasa, pero la suficiente para no caerse por las

escaleras si apuntan el ligero foco al suelo. Tras bajar más escalones de lo que esperaban, ambas amigas se encuentran en una pequeña estancia, que parece una especie de sótano aledaño.

—¡Qué raro! Este lugar no aparecía en los planos que me pasó mi compi —comenta Miren—. Creo recordar que daba a un sótano mucho más amplio.

—Tal vez hayan levantado tabiques para hacer más salas aquí abajo.

—Puede ser... —piensa Miren, girando con su móvil, para mirar alrededor.

Allí, medio escondido detrás de una baja cómoda de caoba, encuentra una puerta más.

—Por ahí —señala Miren.

—¿Estás segura? Parece la puerta de un armario de las escobas.

—Prefiero asegurarme.

Cada una, por un lado, apartan en unos segundos el pequeño mueble, sin hacer apenas ruido. Miren acciona la manilla metálica y la puerta se abre, con un ligero chirrido.

Hay más escaleras, abajo. Pero lo extraño es que hay luz ahí, que llega hasta su posición, facilitándoles el descenso. Por tanto, deciden apagar los móviles sin mediar palabra y bajan las escaleras, una a una, en silencio.

Al poner el pie en el pasillo de abajo, de hormigón rudo, como de fábrica, Miren saca la cabeza, con sigilo, y mira a ambos lados. Salvo por los flexos luminiscentes del techo, no hay nada más. Miren sale al pasillo y Leire va detrás. Observan que hay más puertas, así como algunos huecos en las paredes que conducen a más escaleras, aunque desde su perspectiva no pueden comprobar hacia dónde conducen.

Lo que las jóvenes sí pueden ver es que, a su derecha, el pasillo da un giro a la izquierda de 90 grados, como una L. Deciden ir por ahí, pero, antes de girar la esquina, Miren se agacha y saca la cabeza lo suficiente para que uno de sus ojos eche un vistazo.

El pasillo que se encuentra es similar, en tamaño, a aquel en el que están, salvo por una diferencia: en uno de los lados hay un hombre de aspecto rudo,

según Miren puede comprobar, grande y alto, vestido con traje. Aunque no puede confirmar ese detalle desde su posición, está segura de que se encuentra apostado frente a alguna puerta. Al frente del hombre, eso sí puede verlo o intuirlo, parece haber un tramo de escaleras de subida, parecido a aquel por el que han bajado. Pese a los temores de la joven, el hombre mira al frente y no parece haber intuido la llegada de las chicas.

A Miren el corazón le late tan fuerte que siente que se le va a salir del pecho. Hace acopio de valor y recula, lentamente, rezando para que a ese hombre no le dé por girar la cabeza a su derecha. Fuera del alcance de la vista de ese guarda, la joven le echa una mirada a su amiga y se lleva el dedo índice a los labios. Tras trazar el gesto universal para guardar silencio, le señala con un movimiento de la mano el tramo de escaleras por el que han bajado.

Las chicas se dirigen allí pisando el suelo con mucha parsimonia y sigilo. Suben los escalones hasta la angosta estancia por la que habían bajado y Miren cierra la puerta con lentitud. Entre ambas amigas colocan la cómoda en su lugar original.

Ya más tranquilas, mientras se dirigen al último tramo de escaleras, Leire se atreve a hablar, tan asustada que lo hace con un tono de voz más bajo de lo necesario:

—¿Quién era ese tío?

—No lo sé, pero yo diría que aquí no solo se celebran banquetes, ¿no crees?

—Pues no lo sé. Mira que ya he estado en la Torre Satrústegui antes, pero nunca me imaginé que habría algo así.

—¿Adónde fuiste con Pol, aquella vez? —pregunta Miren cuando ya están de nuevo en la estancia que queda a la altura de la planta baja.

—Nada, a un baño del piso de arriba —responde Leire, en un tono un poco más elevado—. Ya ves tú. Si llegamos a buscar en los sótanos un sitio más discreto... ¡Puff, se me habría cortado todo el rollo!

Tras cerrar la puerta, Miren intenta cerrar de nuevo la puerta con la ganzúa, pero es inútil, y, además, intentarlo le ha demostrado una cosa, que está nerviosa. Su pulso es tan tembloroso que sabe que no será capaz de

conseguirlo, por lo menos en varios minutos.

—Es igual —se rinde, al fin—. Esperemos que a nadie le dé por entrar por aquí.

—¡Qué más dará! —comenta Leire, que ya está más tranquila y ha recuperado su habitual tono jovial—. No podrían saber quién ha venido por aquí.

—También es verdad.

Ambas amigas abren la puerta que da al pasillo y miran a ambos lados.

—No hay moros en la costa —comenta Miren.

Ambas salen y se dirigen al jardín por la puerta del servicio. En pocos segundos, ya están las dos yendo y viniendo con platos, vasos y copas vacías. En las horas que le restan de trabajo, Miren no puede dejar de pensar en la escena que acaba de ver. Está deseando que su labor en esa boda se termine cuanto antes para poder hablar con Iñigo. Está segura de que esa información le interesará.

Para las siete de la tarde, y después de haber recogido las mesas y limpiado la vajilla, Leire llega con una gran noticia para ella: ya solo resta la parte del baile y, por tanto, también la de la barra libre. Es decir, que ya no hacen falta tantos camareros y han eximido a muchos del trabajo, entre ellos a Miren, que podrá irse de allí en cuanto lo desee.

—Vaya, pues es un alivio, la verdad —reconoce la joven—. Por cierto, ¿hasta qué hora te quedarás tú?

—Nada, no mucho más. A las nueve cierran el chiringuito.

—¿Y eso?

—Los novios, bueno, los recién casados y los invitados se van a otra parte. O al menos los más jóvenes. Han alquilado una sala en el Centro para seguir allí la fiesta. Pero bueno, que aquí ya no quedará nadie. Recogeremos y punto.

—¿Te quedarás después mucho más?

—¡Qué va! Si la mayor parte ya la hemos ido recogiendo durante la tarde.

La recogida es bastante rápida; antes de las diez habremos terminado, si todo va bien. Bueno, habremos terminado de meter todo en el edificio, quiero decir. Mañana vendré a la mañana con mi tía y algunos otros para subir las cosas a las furgonetas.

—¿Y por qué no lo hacéis hoy después de las diez?

—¿Y estar aquí hasta la una o más? De eso nada; la empresa no quiere pagar horas nocturnas... —y la joven se ríe a carcajadas—. Prefiere que vengamos mañana a la mañana y en un par de horas esto estará como ayer.

Miren se despide alegremente de su amiga y le promete que hablarán pronto, pero que ahora prefiere irse porque está cansada.

En cuanto sale de los terrenos del palacio, baja por el estrecho y zigzagueante camino de asfalto. Entonces, saca su móvil del bolsillo y llama a Iñigo Irigoyen. Este descuelga al cuarto tono.

—¿Qué hay, Miren?

—Iñigo, necesito hablar contigo, es urgente.

El aludido tarda unos segundos en responder.

—Estoy ocupado ahora.

—Es urgente —le recalca, una vez más.

Tarda otros dos segundos más en responder.

—Está bien. ¿Puede esperar un par de horas?

—Supongo.

—Quedamos en mi casa. ¿Entre las nueve y media y las diez?

—Está bien.

—Te mandaré la ubicación —añade el inspector antes de colgar, sin despedirse.

Como tiene tiempo de sobra, Miren prefiere darse un paseo para tranquilizarse, aunque tiene claro lo que va a pedirle al detective. Lo que no

tiene tan claro es cómo va a decírselo. Un rato después, cuando considera que ha afinado su estrategia lo suficiente, se dirige a la parada del autobús y coge el primero que pasa. Cuando llega al portal de casa de sus padres, se da cuenta de que, de tan atribulada que tiene la cabeza, se ha olvidado la bicicleta en Ondarreta.

—Ya iré a buscarla otro día —se dice a sí misma, mientras sube las escaleras, aunque no puede evitar sentirse algo idiota.

XII

29 de julio de 1889

Joxe Mari y yo pensamos que quizá deberíamos casarnos el año que viene, o quizá el siguiente. Me da mucha pena que llegue el día de mi regreso a Madrid, pero sé que todo va a ir a mejor.

Hoy escribo porque ha ocurrido algo extraño. La Reina me ha pedido, a la mañana, que le prepare un vestido negro. Es un vestido muy simple que siempre está en el fondo de un baúl. Lo he sacado, se lo he limpiado y alisado lo mejor que he podido. Por la tarde, se lo he puesto y ajustado, y ella me ha pedido que la acompañe. Íbamos solas ella y yo, más un par de guardias.

Hemos llegado a la ladera del monte Urgull y, para mi extrañeza, no habíamos llegado a la cima cuando la Reina le ha pedido al cochero que se detuviera, y que haría los últimos metros hasta el castillo, o fuerte, a pie. Los guardias se han puesto a caminar detrás de nosotras, pero la Reina les ha ordenado quedarse allí y montar guardia. Les ha ordenado guardar el secreto y que, si alguien preguntase, dirían que la habían acompañado hasta la cima. Ellos lo han jurado por su honor y la Reina y yo hemos seguido solas.

Pensaba que iríamos hacia el castillo, pero a medio camino ha girado a la derecha. Un hombre elegante pero sobriamente ataviado la estaba esperando al lado de un árbol. Su cara me era conocida. Hace un rato me ha venido a la mente, de sopetón, por qué me sonaba aquel individuo: es un rico hombre de negocios de un país europeo, creo, pero no recuerdo cuál. Si era ese hombre, estuvo en el Palacio de Ayete el año pasado.

El hombre se ha postrado ante la Reina, muy gallardo, y ella le ha extendido una mano. Ella se ha dado la vuelta y me ha ordenado que me quedara allí. Ambos han desaparecido tras un recodo del bosque. La Reina ha reaparecido por el mismo camino, sola, un buen rato después, quizá una hora. Llevaba un paquete envuelto en papel debajo del brazo. He llegado rápido hasta su altura y he cogido el paquete. Era algo suave, por lo que he pensado que sería algún tipo de prenda.

Al llegar a casa y abrir el paquete, he descubierto que era un vestido blanco y azul. La Reina me ha pedido que lo escondiera en el armario, al fondo, y que no le hablara a nadie de él.

17

Son más de las ocho cuando Miren cruza el umbral de la puerta de su casa. Sus padres están en el sofá, en el caso del padre viendo la tele, y leyendo un libro en el caso de la madre.

—¿Qué tal ha ido la boda? —pregunta su padre, sin levantar los ojos del televisor.

—Bien. Bueno, mucho curro.

—Tienes la cena en la mesa, *maitia* —le dice su madre, con cariño.

—Sí, gracias, pero la voy a meter al frigo, que..., que he quedado con unos amigos para cenar.

—¿De verdad? —pregunta su madre, levantando la vista del libro, y con expresión alegre—. ¿Con Leire y las demás?

—Eh... No. Con otros de la uni, pero Leire no puede. —Miren considera al momento que es mejor no involucrar a personas que su madre conozca, por si se encuentran con ella en los próximos días.

—Vale, bien, bien, me alegro. Tienes que hacer cosas para distraerte. Es lo que la doctora Herrasti nos recomendó.

—Sí, claro, ama. Voy a prepararme.

Y tras meter la cena en la nevera, sin apenas mirarla, se encierra en su habitación. Y es en ese momento, con tiempo ya para pensar en todo con calma, cuando le sobreviene un acceso de angustia, hasta el punto de preguntarse si realmente está haciendo lo correcto, si no estará dejándose llevar por una corazonada. Al fin y al cabo, una foto tomada más de dos décadas atrás y un gorila frente a una puerta no constituyen pruebas fehacientes de que en ese lugar pueda estar pasando algo, por mucho que en su fuero interno sea eso lo que desee.

Y lo desea por dos razones, se le ocurren en ese momento: la primera, y menos importante, para «no quedar mal» ante el inspector Irigoyen, y poder seguir ganándose su confianza y mostrándose útil ante él, y que se dé cuenta de que tiene olfato para esos menesteres. Pero la segunda razón es la que tiene

más peso: encontrar «alguna pista» sobre el paradero de Fran Casanueva o, al menos, sobre su amigo, el tal Carlos Satrústegui, y que pueda caer en manos de la Justicia.

A eso de las nueve y pocos minutos, su móvil vibra. Es un mensaje del inspector Irigoyen, enviándole, sin añadir ninguna palabra o saludo, una ubicación: la de su casa. O al menos, eso entiende ella. Según comprueba, el domicilio actual de Iñigo se encuentra en el Paseo de Hériz, por la zona de Benta Berri. «Cerca de su puesto de trabajo; no me esperaba otra cosa de él», reflexiona la joven.

Elige vestirse con la ropa más cómoda y oscura que encuentra, «Por si acaso; vamos a hacer las cosas bien», piensa Miren. Se enfunda sus pantalones tipo *leggins* negros y una sudadera gris oscura. Tras ponerse la chaqueta, pasa por la sala para despedirse de sus padres y sale de casa en dirección a la parada del autobús.

Cuando Miren baja las escaleras y sale a la calle, la poca luz que quedaba en el ambiente se ha disipado y ahora todo son sombras proyectadas por las farolas y los faros de los coches que transitan por las calles de la Avenida Madrid. Camina deprisa hasta el autobús, pese a saber que tiene tiempo de sobra para prepararse y hasta para cenar, aunque sospecha que no se le abrirá el apetito por lo menos hasta haber cumplido la misión que tienen entre manos, para bien o para mal.

Mientras espera sentada en la parada, intenta deducir si el detective hará caso a su petición. Tiene muchas dudas, tratándose de un hombre tan recto como él, y eso a pesar de su juventud. Pero, según cree adivinar, en el fondo puede que aún mantenga la esencia de ese espíritu de rebeldía más propio de las almas juveniles. O eso espera ella.

A los veinte minutos de subirse al autobús, Miren ya está caminando por la zona donde vive el detective. Le llega una ráfaga de viento frío que le hace tiritar un poco y abrocharse la chaqueta, mientras se arrepiente de no haber llevado una prenda más gruesa; un abrigo, quizá, o alguna otra más propia de esas fechas, pero al instante se percata de que no le conviene llevar ropa que le limite los movimientos.

Saca el móvil del bolsillo y le escribe un mensaje por WhatsApp al detective, indicándole que ya está por la zona. A los pocos segundos, cerca de su posición, ve una figura salir de un portal cercano. Al levantar la vista,

comprueba que se trata de Iñigo quien, aguantando la puerta con la mano derecha, le hace señas a Miren con la izquierda para que se acerque.

Ambos suben, sin mediar palabra, hasta el segundo piso, y entran por la puerta que el inspector ha dejado abierta. Miren le sigue por el pasillo hasta una puerta que da a la sala. Iñigo le indica que tome asiento en el sofá.

—Y bien. ¿Qué era eso tan importante que tenías que contarme? —Como de costumbre, el detective opta por no andarse con rodeos.

Miren hace un esfuerzo por que sus palabras suenen seguras y convincentes, empleando para ello un tono firme.

—A ver... Tengo unas novedades importantes —comienza, y el inspector agudiza la mirada—. Hoy he estado trabajando en una boda.

—Ya. ¿No será en la Torre Satrústegui?

Miren se queda estupefacta.

—No, no me malinterpretes —añade rápido el chico—. No te he estado espiando. Pero ya te voy conociendo. Imagino que querrás que vayamos allí, ¿no?

Miren no puede creer que sea tan fácil.

—Pues sí.

—¿Y qué has visto, pues?

—Había algo en el sótano —comenta con mucha seguridad—. Un hombre con mala pinta, haciendo guardia frente a una puerta.

Iñigo hace una pausa.

—¿Y si en esa puerta se guardaran los regalos?

—¿Los regalos?

—De la boda, digo. A lo tonto, los regalos pueden sumar muchos miles de euros. Y sobre todo tratándose de una boda con gente de clase alta. No estaría de más contratar a alguien para vigilar.

—Yo no...

—No lo habías pensado, ¿no? —pregunta Iñigo, sin mostrar ninguna emoción.

—No lo creo. ¿Y por qué guardarían los regalos en un sótano? Encima, en un segundo nivel hacia abajo. Sería ridículo.

—¿Tú crees?

Miren siente que sus palabras han perdido la confianza del principio, y sabe que Iñigo ha percibido claramente su zozobra.

—Sí, eso creo. Para eso ya hay salas en el nivel principal del palacio. Yo creo que es otra cosa, y quiero ir a comprobarlo.

—¿Quieres ir o quieres que vayamos?

—Bueno, me sentiría más segura si vinieras, claro. He aprendido a no hacer las cosas sola. No al menos las cosas tan peligrosas.

—Bien. —El detective se queda pensando un momento—. Pero ¿no seguirán los invitados en la celebración?

—No, no. Leire, mi compañera, me ha dicho que se iban antes de las diez, a seguir la fiesta a otra parte, así que a estas horas deberían estar yéndose.

—OK. Pero se te olvida un detalle: hace días, durante nuestra conversación, te dije que sin una orden de registro estaríamos incurriendo en un delito. Y lo sabes.

—Siempre que nos pillen.

—Claro. Mira. Estos días no he estado parado. Ni siquiera en eso que me dijiste sobre la foto y la Torre Satrústegui. He indagado por mi cuenta y... estoy dispuesto a ir. Pero —añade rápidamente al ver que Miren está a punto de hablar— lo haremos a mi manera.

—Desde luego.

—¿Sabrías cómo llegar a ese sitio? ¿A esa puerta del sótano?

—Sí, sí, estoy segura. No es ningún laberinto. En cuanto encuentre la salita con la puerta, lo demás es más fácil.

—¿Y cómo pretendes que entremos al edificio?

—Forzando una puerta lateral. He tenido todo el día para fijarme en esos detalles.

—Está claro que cuando algo se te mete en la cabeza... —niega con la cabeza—. En fin. Lo haremos. Pero quiero que entiendas que, en esta profesión, aunque suene descorazonador, no obtienes ni un acierto de cada diez intentos.

—Lo sé. No me vendré abajo.

—Yo lo decía más bien porque a veces hay que recoger cable. ¿Sabes? Y volver a comenzar, una y otra vez, sin desfallecer. —Hace una pausa—. Está bien, voy a prepararme, cojo mis cosas y vamos para allá.

—Ah, pero ¿lo vamos a hacer ya mismo?

—¿Para qué vamos a esperar?

—Sí, sí, claro. Pensaba que me pedirías hacerlo más tarde. De madrugada.

—Espérame un minuto.

Iñigo Irigoyen se levanta de su asiento y se marcha de la sala. Ahora que está sola, Miren se lleva una mano al pecho. No puede evitar sentir mucha ansiedad ante lo que están a punto de hacer. Puede que el detective esté acostumbrado a misiones así, pero ella no, desde luego. No obstante, se repite a sí misma que debe mantener la serenidad y, sobre todo, que él no la note excesivamente nerviosa. Aprovecha que se ha quedado sola para observar bien el lugar. «El sofá no pega con el resto de la decoración», sopesa, «Es más moderno». Hay varios libros de aspecto añejo en una estantería cercana.

A los diez minutos regresa Iñigo, con una mochila negra y, ambos, sin mediar palabra, se dirigen a la entrada de la casa. Antes de salir, Miren hace algo que, generalmente, realiza al entrar a una vivienda, pero que, con los nervios, no había hecho hasta ese momento: echar un vistazo al lugar. Lo cierto es que la decoración es escasa, el mobiliario, casi inexistente, y el que hay tiene aspecto avejentado. Parece obvio que el chico lleva poco tiempo

viviendo ahí, y que la decoración no le interesa en absoluto. Tampoco hay marcos con fotos ni nada que le indique si ahí solo vive Iñigo o comparte piso con alguien más. La verdad es que, en ese momento, le interesa más bien poco.

Bajan en el ascensor y llegan directamente al garaje. Allí, Iñigo le señala una moto y se dirigen a ella. El inspector saca un casco del baúl, uno integral, y se lo entrega a su compañera, que se lo pone sin decir nada. Después, él hace lo propio con otro casco que tiene guardado en la cavidad bajo el asiento. Además, se coloca una chupa negra de cuero que tenía guardada en el cofre trasero, e introduce ahí la mochila que porta.

Se suben a la moto y el detective saca un pequeño mando a distancia de su bolsillo, acciona un botón y la puerta del garaje, pintada con rayas verticales rojas y blancas, empieza a abrirse.

El trayecto en moto es breve, pero algo incómodo para Miren, quien, sentada casi a horcajadas tras la ancha espalda de su compañero, no sabe muy bien qué debe hacer. Opta por agarrarle la cintura con las yemas de los dedos, intentando mantener la menor superficie de contacto posible.

El chico aparca finalmente la moto en la zona del paseo de Ondarreta, no muy lejos de la comisaría de Policía en la que trabaja, y de la que, calcula Miren, no les separarán más de cien o ciento cincuenta metros, y nada más que dos calles.

Pero su destino queda justo en el lado contrario. En unos minutos, llegan al comienzo del camino de asfalto con varias curvas e inician el ascenso, en silencio y casi en completa oscuridad, a esas horas. No obstante, no encienden ninguna linterna, y eso que Miren sospecha que su compañero ha metido varias en la mochila. Cuando aún queda un pequeño trecho por recorrer, el hombre levanta una mano, indicando a la joven que se detenga. Desde ese punto, el follaje de alrededor impide ver el palacio.

—Ya estamos cerca, ¿verdad? —le susurra el inspector.

—Sí, solo queda una curva más.

—Pues vamos.

Y en vez de seguir adelante, el detective abandona el camino de asfalto y

se interna en la zona de hierba. A los pocos metros, se encuentran con una alambrada, que Miren recuerda que es de color verde, por lo que ha podido ver esa misma mañana, aunque con la luz reinante bien podría ser de cualquier otro color.

—Este árbol parece seguro —comenta Iñigo, señalando un tronco cercano —. ¿Te has fijado? Esa rama tan ancha llega hasta el otro lado de la alambrada.

Y mientras asegura eso, con su mano va trazando un camino en el aire. Miren sigue su mano con la mirada y se percata de que tiene razón.

—Pensaba que cortaríamos la alambrada con una cizalla —le dice la joven.

—Mejor no dejar pruebas. Y espero que se te dé bien subir a los árboles. Tenemos que ser muy sigilosos.

Sin dejarle tiempo para responder, Iñigo Irigoyen se ajusta bien la mochila a los hombros y al pecho e inicia la subida. Por suerte, la primera rama está bastante cerca del suelo, por lo que Miren no tiene ningún problema en subir allí. Para cuando está arriba, su compañero ya está encaramado en una rama más alta, y se sienta en la misma, con una pierna colgada a cada uno de sus lados. Miren se yergue encima de su rama, tambaleándose y agarrándose al tronco, y mira a su compañero. En ese momento, el detective, que tiene una posición más elevada, acaba de sacar unos prismáticos de su mochila, y observa todo con detenimiento.

—Parece que tenías razón —comenta el chico, en voz muy baja—. No parece haber nadie. No hay luces encendidas, y el jardín está todo recogido.

—Ya te lo dije —responde ella—. ¿Tenemos vía libre?

—Eso parece. Vamos.

Y tras devolver los prismáticos a la mochila, Iñigo repta con agilidad por la ancha rama, avanzando lentamente, pero con mucha seguridad. De hecho, Miren se queda gratamente sorprendida al comprobar el poco ruido que genera el chico, tanto a la hora de subirse al árbol, como al avanzar por la rama. Debe reconocer, se dice a sí misma, que el chico no solo tiene buena percha, sino que también posee un físico funcional, con agilidad y flexibilidad

probadas.

Además, y eso la sorprende aún más, Miren juraría que el detective está disfrutando de ese momento, mucho más que en cualquier otra situación en la que haya coincidido con él, que generalmente se ha circunscrito al despacho del inspector en la comisaría, donde siempre suele mostrar ese aire serio, desapasionado, algo altivo y hasta desconfiado. Pero en esa situación, parece otro.

En pocos segundos, Iñigo supera la altura de la verja que circunvala la parcela de la casa y se dispone a dejarse caer al otro lado. La altura no supone un gran problema para que el joven la salve. De hecho, se deja descolgar por la rama, con suma suavidad, hasta quedar con los brazos extendidos. Después, sencillamente se suelta y se deja caer sobre la hierba, que parece mullida. Apenas genera un ligero ruido. Una vez incorporado, apremia a Miren con gestos para que se dé prisa e imite sus movimientos.

Miren resopla y niega con la cabeza, aunque tan ligeramente que el chico no es capaz de verlo. Y, rezongando, se sube a la siguiente rama. En la maniobra, sin querer, ha pegado una patada a una rama aledaña más estrecha, levantando con ello un frufrú de hojas y ramitas. Además, el movimiento de ramas que ha generado podría haber sido fácilmente percibido por cualquiera que estuviera vigilando. Maldiciendo entre dientes, Miren avanza por la misma rama que su compañero segundos antes, pero de manera mucho más torpe. Pese a todo, en pocos segundos también deja atrás la alambrada y llega a la altura de Iñigo, que la espera abajo haciéndole señas para que vaya despacio y con cuidado.

—Ahora, déjate descolgar, ¿Sí? Yo te agarro de las piernas —comenta el inspector, que se pone justo debajo.

Miren suelta un gruñido de disconformidad, y esta vez sí que la ha tenido que oír, pero no le importa. Apoyando el vientre sobre la rama, descuelga las piernas hacia el suelo agarrándose con los brazos a la rama. Su idea es ir dejándose caer centímetro a centímetro, pero no está segura de si sus brazos aguantarán el balanceo de la parte inferior de su cuerpo.

Como siente que su postura ya es bastante humillante de por sí, ofreciéndole las posaderas al de abajo, Miren se descuelga con más velocidad de lo que debería. En el momento en que las caderas también quedan colgando, su cuerpo se columpia más de lo esperado y sus manos se resbalan de la rama. Miren ahoga un grito justo antes de que nazca de su garganta.

Pero Iñigo ha estado rápido y ha sido hábil, pues consigue sostener el cuerpo de la joven justo antes de que sus pies toquen el suelo, evitando gran parte del impacto que habría sufrido de lo contrario. Al poner sus pies en el suelo, la chica casi pierde el equilibrio, pero el hombre la agarra de un brazo con una inusitada fuerza y evita que caiga al suelo.

—No ha sido tan difícil, ¿no? —le susurra, teniendo su boca más cerca de la oreja de Miren que nunca hasta ese momento.

La joven se zafa de sus brazos con una algo sobreactuada reacción de ofensa y señala a la casa.

—Sé por dónde entrar —afirma ella.

—Espera. Será mejor que sigamos bordeando la alambrada al amparo de los árboles. Nos acercaremos a la casa por la zona que quede más en sombra.

Y así lo hacen. Durante varios minutos caminan en silencio, lentamente, midiendo a cada paso el ruido que pueden generar. Por suerte, no parece haber vigilantes en el exterior, ni tampoco ningún perro guardián.

Una de las fachadas laterales del palacio queda en penumbra, pues un par de grandes árboles llegan casi hasta la misma pared. Iñigo, que lidera la marcha, hace un alto al llegar a la altura del primero de esos árboles. Tras cerciorarse ambos de que no hay nadie cerca, avanzan más rápido que antes hasta pegar la espalda contra la fachada del edificio.

A partir de ese momento, es Miren quien abre camino y el inspector quien la sigue. Por si acaso, y como por instinto, la joven prefiere agacharse cada vez que pasan bajo una de las ventanas de la fachada, y eso que quedan a una altura considerable del suelo. Finalmente, encuentra la pequeña entrada lateral que esperaba y la fuerza, con ayuda de Iñigo, que también parece saber bastante de esos menesteres.

Una vez dentro, avanzan con lentitud palpándolo todo, por miedo a tropezarse. Sin decir nada, saben que no es el momento de encender ninguna linterna, por lo que siguen adelante con la escasa luz nocturna que entra a través de los ventanales. Caminan por los pasillos con extrema precaución. De hecho, Miren tiene el terror reflejado en el rostro: está segura de que en cualquier momento va a aparecer alguien por algún rincón, que dará la voz de alarma.

Por fortuna, no ocurre tal cosa, y ambos avanzan a tientas un poco más. En cierto momento, Miren se detiene e Iñigo, que marcha detrás, se acerca a ella para susurrarle una pregunta:

—¿Por qué te detienes?

—No estoy segura de dónde estamos... —admite la joven.

—Pero...

Miren le interrumpe.

—De día es mucho más sencillo. Sin luz no sé muy bien por dónde voy.

—Pues piensa. Y si no, nos largamos y punto. No vamos a empezar a abrir puertas sin ton ni son.

Miren no está dispuesta a darse por vencida. Hace un esfuerzo por ubicarse hasta que le duele la cabeza. Intenta recordar los sitios por los que pasó con su amiga por la mañana.

Pasan unos segundos y Miren, en vez de seguir adelante, vuelve sobre sus pasos y sobrepasa a Iñigo, que suelta un breve resoplido de disgusto cuando ve el proceder de la joven.

Pero Miren ha sabido dar con la clave. Su corazonada era cierta: estaban yendo por el pasillo equivocado. Una vez están en el correcto, la joven avanza

más segura, contando las puertas que quedan a su izquierda hasta dar con la deseada.

Ella abre la puerta con una parsimonia exagerada, pero ello no evita que produzca algunos sonidos metálicos. Iñigo, a su espalda, resopla con fuerza a cada ruido de la puerta, lleno de frustración.

Entran dentro de la pequeña estancia y el detective cierra con sumo cuidado la puerta tras él. Ahí dentro, al fin, pueden respirar hondo y hasta descansar un poco para sacudirse los nervios de encima. Después, Iñigo se quita su mochila de encima y de ella saca dos linternas. Enciende la suya y le ofrece la otra a su compañera.

Miren, con la linterna encendida, busca por las paredes la puerta que esa misma mañana abrió con la ganzúa. Esta vez espera no necesitarla. Y, efectivamente, así es. No hay necesidad de forzar la puerta. Nadie ha vuelto a abrirla desde que ella lo hiciera acompañada por Leire esa mañana. Si no, estaría de nuevo cerrada. «¿Verdad?», se pregunta en su fuero interno.

Bajan las escaleras hasta la siguiente pequeña estancia, en el sótano. Allí está el armario bajo con cajones, o cómoda y, claro está, también la puerta que hay detrás. En cuanto Miren se la señala, ambos dejan las linternas sobre otro mueble, para iluminar la zona de la pared que les interesa, y apartan el armario con cuidado. En esa zona de la casa, el suelo de madera cruje bastante, pero esperan que no haya nadie cerca para oírlo.

Ya con la puerta liberada, Iñigo, que es el que queda más cerca, la abre muy despacio y, para sorpresa de ambos, una tenue luz les da la bienvenida. El siguiente tramo de escaleras que se abre a sus pies no está iluminado, no así el pasillo de abajo, desde el que sube esa blanquecina iluminación, producto de las lámparas fluorescentes que Miren observó esa mañana. Por lo tanto, lo primero que hacen es apagar y guardar sus linternas.

Antes de seguir descendiendo, Iñigo vuelve a meter la mano en su mochila, saca una pistola eléctrica del tipo TASER y le hace un gesto a la joven para que no siga bajando las escaleras. Miren abre bien los ojos al ver el arma, puesto que llevaba tiempo sin ver una de esas; concretamente, desde sus tiempos de prácticas en la Ertzaintza. Además, ese tipo de arma, si no recuerda mal, no está autorizada en la policía autonómica vasca, pero en la armería había algún ejemplo de esas pistolas.

Al acabar de bajar ese tramo de escalones, Iñigo, con el arma a la altura de sus hombros, sale al pasillo con un rápido movimiento y gira a toda velocidad a los dos lados. No hay nadie, por lo que le hace un gesto con los dedos corazón e índice a Miren, para que se acerque.

Al llegar a su altura, Miren le susurra:

—Ten cuidado. Esta mañana he visto al guardia por allí, al otro lado de ese pasillo. —Y señala la esquina del mismo, a su lado derecho.

El detective asiente en silencio y se adelanta unos pasos. Hace un alto antes de girar la esquina y, por la elevación de su caja torácica, Miren entiende que acaba de tomar una buena bocanada de aire.

Y entonces, con el arma lista, pega un rápido brinco e irrumpe como un rayo en la otra parte del pasillo.

Miren, desde su perspectiva, no es capaz de ver qué está ocurriendo allí, hasta que escucha el sonido de un gatillo accionándose y, después, un sofocado grito y un golpe.

Sin esperar la señal del inspector, Miren corre hacia el pasillo y se topa con la siguiente escena: a unos seis u ocho metros del inspector, en la zona del pasillo que recordaba, hay un hombre en el suelo. Un hombre de gran tamaño enfundado en un traje negro. El hombre ha caído de medio lado y la corbata, de color granate, se ha posado sobre uno de sus brazos, extendido en el suelo.

—¿Puedo acercarme? —le pregunta la joven al inspector.

—Adelante. Está inconsciente.

—Creía que esas armas daban calambres solo para incapacitar muscularmente.

—Digamos que esta es un poco más potente —comenta con voz neutra, sin dejar de mirar el cuerpo inerte—. Tranquila, no es letal —añade, presuponiendo la preocupación de su compañera.

Al acercarse, Miren observa un par de detalles que de lejos no había comprobado. Para empezar, el hombre del suelo es completamente calvo, o mejor dicho, lleva la cabeza rapada. Pero, según recuerda, el guarda de la mañana tenía pelo, negro y corto, por lo que debe tratarse de un compañero.

Además, junto al cuerpo del suelo hay una pistola, cerca de su exánime mano derecha.

Iñigo se adelanta entonces, se agacha y le toma el pulso. Después, saca unas esposas de su mochila, pone al hombre totalmente de cara al suelo, coge sus manos y se las esposa a la altura de los riñones. Al final, recoge la pistola y la guarda en su mochila.

—No es el mismo de esta mañana —le informa Miren.

—Era de esperar —dice él, mientras se levanta—. Y según parece, estos tíos no son de los que se andan con tonterías —comenta, señalando su mochila, pero refiriéndose a la pistola en su interior—. Sea lo que sea lo que custodian, está claro que tiene que ser algo muy importante para *alguien*.

Miren, que también estaba en cuclillas para examinar al hombre inconsciente, que tiene un tatuaje en una mejilla, no aguanta más la curiosidad y se levanta como un resorte, para alargar la mano y llevarla a la manilla de la puerta metálica que el hombre estaba guardando. La puerta es de un color verde oscuro, con manchas de óxido, y tiene pinta de llevar ahí mucho tiempo.

Al asir la manilla y accionarla, comprueba que la puerta no se abre. Intenta empujarla con su hombro, pero no consigue moverla ni un ápice.

—Toma, prueba con esto —dice la voz del detective tras ella.

Miren se gira y observa al chico con una llave en la mano.

—La tenía en uno de los bolsillos de la americana —indica.

Miren mete la llave en la cerradura, pero tarda varios segundos en abrirla. Al final, lo consigue y empuja la pesada puerta con el hombro. Al entrar, pega un grito.

Lo que ante ella se presenta es una pequeña estancia, casi vacía y sin luz. Pero lo que en realidad le ha hecho gritar es que, en la semioscuridad del lugar, ha visto una figura humana tumbada en el suelo.

La luz del pasillo no llega a iluminar la cara de la persona que está en el suelo, por lo que Miren le pide a Iñigo una de las linternas. Este se la da al instante y la chica la enciende mientras se acerca a la persona del suelo. Al apuntarle en la cara con la linterna, comprueba con estupor que se trata de un

hombre que ella conoce: Fran Casanueva.

XIII

15 de agosto de 1889

La Reina ha decidido alargar su estancia en la ciudad pese a los ruegos de los ministros del Gobierno, que la requieren en la capital. Pero la Reina es bien testaruda, de ideas fijas. Estaremos hasta mediados de septiembre. No hace falta decir que me llena de alegría. Y creo que al resto del servicio también. Aquí todos estamos mucho más a gusto que en la capital del reino, donde todo es más apremiante y desagradable.

* * *

7 de septiembre de 1889

Hoy he visto las primeras regatas de mi vida. Ha ganado la trainera de la ciudad, esa que llaman Donostiarra, así que la gente estaba como loca de contenta. La Reina se lo ha pasado en grande y ha aplaudido con ganas, y yo también, aunque hubiera preferido que ganara el equipo de San Pedro, que es una cercana población pesquera. No sé por qué, pero me han gustado más, quizá por aquello de que son de un pueblecito muy pequeño, y eso me recuerda al mío. De todos modos, la semana que viene se decidirá quién se lleva la bandera, en la segunda jornada de regatas. Espero que los que me gustan puedan remontar. Ojalá podamos volver el domingo que viene y disfrutar de este ambiente, aunque sea de lejos. De repente, me han entrado ganas de estar ahí, en las calles de la Parte Vieja, entre esas gentes tan humildes; gentes como yo pero que no sirven a ningún aristócrata u hombre poderoso. Me hubiera encantado ser una más entre ellos y poder estar bailando y cantando, sin importarme nada más que reír y pasarlo bien. Pero no creo que pueda hacerlo nunca. Mi lugar está junto a mi señora, a todas horas.

Antes de llegar al coche que nos debía llevar al Palacio, un hombre ha venido a saludar. Creo que era un conde que visitó una vez a la Reina en Madrid. He visto cómo le entregaba un pequeño trozo de papel doblado a la Reina, cuando nadie más miraba. Ella lo ha leído, ha sonreído de forma enigmática, casi complacida, y se lo ha devuelto. «Ha sido una buena regata, sí señor», me ha dicho unos segundos después, al ver mi cara de asombro, mientras nos sentábamos en el coche.

18

Las parpadeantes luces azules llevan un buen rato reflejándose en todas partes. Las luces empiezan a hacer mella en Miren, especialmente después de haber estado tanto tiempo en lugares poco o nada iluminados. Llega un momento en el que tiene que cerrar los ojos.

Hará solo uno o dos minutos desde que la ambulancia cerrara sus puertas y se marchara de los jardines de la Torre Satrústegui con su antiguo profesor, todavía inconsciente, dentro de la misma.

Justo antes de subirle allí, Miren, que iba detrás de la camilla, esperó a que los sanitarios subieran esta última a la parte trasera de la ambulancia, y después puso un pie en esta última para subir, pero justo en ese momento una mano le rodeó el brazo con fuerza. Al darse la vuelta, comprobó que se trataba del detective Iñigo Irigoyen.

—Tú no puedes ir, Miren —le dijo, tajante, justo cuando un agente de la Ertzaintza, que a Miren no le sonaba de nada, subía a la ambulancia en su lugar. Tras ello, Miren solo recuerda haber gritado para que la dejaran subir, y ver acercarse a varios agentes más.

Después de ver salir a la ambulancia de la parcela, Miren se acercó a las escaleras de acceso a la entrada principal del palacete para sentarse en ellas.

Lleva un rato contemplándolo todo desde allí. Además de las innumerables patrullas de la Ertzaintza que lo ocupan todo, e inundan con su luz azul hasta el último rincón, la joven lleva un buen rato observando un trajín de idas y venidas de los policías, tanto por los jardines como por el interior del palacio.

Y allí sentada, en esas escaleras, todavía en *shock*, sin poder digerir todo lo vivido en tan poco tiempo, acceden a su mente las imágenes de lo ocurrido, como escenas sueltas e incoherentes de un sueño, o de una pesadilla.

Recuerda haberse acercado a ese cuerpo inmóvil en el suelo y comprobar que se trataba de Fran. En un primer momento le costó reconocerlo, pues llevaba una barba bastante poblada, cuando Miren siempre le había visto afeitado o con una barba poco cuidada de varios días. Su pelo también estaba enmarañado y su cara parecía más delgada, más «chupada», piensa, «con las

mejillas metidas hacia adentro».

Recuerda haber gritado su nombre y haberse agachado como un rayo para comprobar su pulso, que sintió que era bastante débil. Después, con la ayuda del inspector, se acuerda de haberlo incorporado hasta apoyar su espalda contra la pared más cercana. Iñigo intentó entonces que volviera en sí zarandeándolo de los hombros y abofeteándole las mejillas. Ya que no respondía, el detective se levantó y sacó su móvil del bolsillo, mientras Miren seguía intentando despertar a Fran llamándolo por su nombre.

—Joder, aquí no hay cobertura —recuerda haber oído quejarse al detective.

Entonces, este le dijo que no se moviera de ahí, que debía salir para dar la voz de alarma. Antes de irse, eso sí, buscó el interruptor de la luz y lo accionó.

Y entonces Miren se quedó sola en ese lugar. La luz fluorescente de la sala le hizo cerciorarse de que, efectivamente, el profesor estaba más flaco de lo que recordaba, y eso que siempre le ha parecido bastante delgado.

En el tiempo que se quedó con él, siguió intentando sacarle de la inconsciencia, pero no hubo manera. Miren desistió y aprovechó para echar un vistazo alrededor.

Se encontraba en una pequeña sala alargada, aparentemente un almacén, o al menos, eso le pareció, pues delante de la pared del fondo vio varias barricas de vino. Por lo demás, solo había un improvisado lecho en la pared opuesta a aquella en la que habían apoyado la espalda de Fran, compuesto por varias mantas dobladas y apiladas. También había un cuenco metálico tirado en el suelo que, por su tamaño, a Miren le recordó uno de los que se usan para dar de comer y beber a los perros. Asimismo, le pareció ver restos de comida en el suelo, entre la suciedad reinante.

A los pocos minutos, Miren escuchó ruidos de pisadas que se acercaban a toda velocidad por el pasillo. Iñigo irrumpió como un huracán en la estancia y Miren, al volver la cara, vio cómo un par de agentes de policía pasaban a levantar del suelo del pasillo al hombretón trajeado que seguía allí tumbado, esposado y ya semiinconsciente, pues sí que llegó a escuchar algún gemido emitido por el hombre. Pero no pudo cerciorarse de ese punto, pues justo entonces entraron un par de sanitarios a la sala y le pidieron a Miren que se apartara. Después de observar superficialmente al profesor, ambos sanitarios,

un chico y una chica, con la ayuda de Iñigo, pasaron a levantar el cuerpo del profesor y a llevarlo en volandas, pues los sanitarios se habían dejado la camilla en el piso principal, según comprobó ella un minuto después, ya que siguió de cerca a ese extraño y variopinto grupo hasta la ambulancia. Después, sin saber adónde ir, acabó por sentarse en las escaleras de la entrada, donde sigue en ese momento.

—Bueno, pues ya se han llevado al vigilante, o lo que fuera el tipo ese —dice una voz, escaleras abajo, la cual logra sacar a Miren de su ensimismamiento, con un respingo.

—¿Eh? Ah, sí. Bien —responde Miren con desgana, y sin mirar al detective.

—¿No quieres saber lo que ha dicho? —pregunta él, mientras se sienta en el mismo escalón en el que está la joven.

—Sí, claro —responde, con un repentino interés tan diáfano que el detective suelta una carcajada irónica.

—Da lo mismo, porque se ha negado a declarar. De todas formas, algo me dice que ese tipo no sabía nada de nada. Investigaremos de quién se trata, claro. En cuanto llegue a la comisaría me pondré a ello, pero ya me conozco ese perfil. Y se negará a hablar, seguro. Dudo que se atreva a dar el nombre de la persona que lo contrató. Puede que ni lo sepa. De hecho, el tipo parece de Europa del Este. A lo mejor hasta aduce no entender bien el idioma y... ¡Miren! ¿Me estás escuchando?

La verdad es que la joven había desconectado hacía tiempo.

—No, lo siento. De verdad, es que no estoy...

—¿No te encuentras bien? Es lógico. ¡Anda que yo también...! —exclama Iñigo—. Me he dejado llevar por todo este jaleo. Estarás agotada, y preocupada, supongo.

—Pues sí.

El detective se levanta del escalón.

—Vamos, te llevo a casa a descansar. Tengo la moto donde la hemos dejado antes. Luego ya volveré aquí.

—No, de verdad. No hace falta.

—Insisto.

—Pero ¿no tienen que interrogarme?

—De momento no hace falta, porque ya respondo yo por ti. Obviamente te llamarán, o te llamaremos, mejor dicho, pero eso ya mañana. O incluso el lunes, si te descuidas. No te preocupes, me encargaré de que tengas tiempo para descansar.

—Vale, bien. Pero no hace falta que me lleves a casa. Me iré dando un paseo.

—¿A estas horas? De eso nada.

—Pero prefiero que te quedes aquí. Eres el que lleva el caso. ¿Y si encuentran alguna pista importante?

—No se te escapa una. Está bien. Pero entonces mandaré a uno de los agentes que te lleven en un coche patrulla. Y a eso no me puedes decir no.

Miren se ve obligada a aceptar. Se sube a uno de los coches patrulla y, en unos minutos, el agente que la ha acercado a casa ya ha dado la vuelta y se aleja; de vuelta a Igeldo, supone ella.

XIV

10 de junio de 1890

Al fin acaba mi estancia en Madrid. Tengo muchas ganas de ir a San Sebastián. Por desgracia, Joxe Mari me ha escrito hoy. Su padre ha enfermado hace escasas fechas y parece grave, aunque no sabemos cuánto. Lo más seguro, por tanto, es que cancelemos la boda. No negaré que me he llevado un chasco, pero hay cosas más importantes. Además, a mí lo que más me apetece es estar con Joxe Mari, estemos casados o no.

En cuanto a la vida en palacio, no soy capaz de acostumbrarme a esto. Este Palacio Real es enorme, un auténtico laberinto, y viene más gente de lo normal a hablar con la Reina.

Cada vez confía más en mí, creo, y me cuenta casi cualquier detalle de su vida privada e incluso íntima. De hecho, a veces hasta me habla de política, aunque en esas ocasiones me cuesta seguir el hilo de la conversación, porque me pierdo con tanto nombre y cargo. Cuando viene un ministro o un embajador, por ejemplo, después suele pasarse un buen rato paseando por su habitación, reflexionando y analizando la reunión que haya tenido, hablando más para ella que para mí. Pero algunas veces, después de una reunión, no dice nada. En cambio, se queda sentada o camina en silencio. En ocasiones, yo me atrevo a preguntar, dado nuestro nivel de confianza, pero nunca me responde.

Pero bueno, lo importante es que vuelvo. Vuelvo a mi tierra.

19

Esa mañana de domingo Miren se levanta tarde de la cama. De todos modos, con la agitación apenas ha sido capaz de dormir, a ratos, y ninguno de estos superará las dos horas seguidas. Sus padres hace rato que están despiertos, pero ninguno ha hecho ademán de entrar en su cuarto, ni siquiera de tocarle en la puerta, cosa que su padre solía hacer a menudo cuando ella era una adolescente.

Son más de las doce del mediodía y la luz se cuela en la habitación por las pequeñas hendiduras que quedan entre los intersticios de la persiana, que tiene ya suficientes años como para haberla cambiado tiempo atrás.

Nada más levantarse, sube la persiana y una oleada de luz irrumpe en la habitación, dándole de lleno en la cara y obligando a la joven a cerrar los ojos. Un par de segundos después, ya habituada a la nueva iluminación, abre los ojos y observa la calle. Lo que observa es el típico trajín de un domingo a esas horas. Miren sospecha que muchas de esas personas que ve por la ventana estarán a punto de cumplir con una de las tradiciones favoritas de muchos, los domingos antes de la hora de la comida: ir a un bar a tomarse el vermú.

La joven no puede evitar sonreír al imaginarse una de esas escenas tan «costumbristas y casi hasta adorables», piensa. Pero de repente otro pensamiento le ronda la mente y hace que la sonrisa desaparezca de un plumazo. Aparta su vista de la ventana y se sienta en la silla frente al escritorio. Esa vocecita de su cabeza le está diciendo que deje de imaginar escenas costumbristas, pues lo que está haciendo es intentar huir de su realidad. Y no es momento para evadirse. Francisco Casanueva, antiguo profesor universitario, fue hallado la noche anterior. Y por ella misma. Las imágenes le llegan a su cabeza como diapositivas, o como si fueran las vivencias de otra chica distinta, tal vez la protagonista de una película.

Pero no es así. Es Fran el que está de nuevo allí, entre ellos, y Miren empieza a pensar en la cantidad de preguntas que quiere hacerle, aunque antes de ello, claro, quiere saber cuál es su estado de salud. Entonces, busca su teléfono móvil con la mirada y lo ve en el mismo sitio donde lo dejó antes de irse a la cama: sobre la mesilla, sobre un par de informes desordenados. Durante la noche, no ha hecho sino mirar el móvil por si Iñigo Irigoyen le escribía alguna novedad, pero no recibió ninguna.

Miren coge el móvil y, como se esperaba, sigue sin tener ningún mensaje del detective, por lo que opta por llamarle. La primera vez que le llama, este no descuelga el teléfono. La joven vuelve a intentarlo unos diez minutos después y, esta vez sí, una voz le responde al otro lado.

—Miren, dime —la voz del detective suena bastante ronca, más de lo habitual en él.

—Iñigo, oye, ¿se sabe algo?

—¿De qué?

—¿De qué va a ser? —pregunta con un punto de exasperación.

—Tendrás que ser más concreta.

Miren suelta un resoplido. Hay ocasiones en que la impertinente retórica del inspector le saca de quicio.

—¡Sobre Fran!

—No sé gran cosa. Está en el hospital.

—¿Cómo está?

—No debería contarte estas cosas, pero en fin... —Hace una pausa—. Su vida no corre peligro. Le están haciendo pruebas, pero no está mal, dentro de lo que cabe.

—¿Sigue inconsciente?

—No, no. Bueno, se despertó horas después, pero debía de estar tan débil que vuelve a estar dormido. O sedado, no sé muy bien. Pero, en cualquier caso, no está despierto. Estoy esperando a que los médicos me den el OK para pasar a interrogarle, claro.

—Oh, bien...

El detective hace una pausa.

—Supongo que eso es lo que quieres.

—¿Qué?

—Que le interroguemos.

—Sí, claro... Oye, Iñigo. ¿Podemos quedar un rato? Necesito hacerte preguntas.

—Ahora no. Pero a las cuatro estaré libre. Acércate si quieres a la zona del hospital. Pero no entres. Quédate fuera. Mira, conozco un restaurante cercano, que además también tiene unas mesas de bar. Podemos quedar ahí a esa hora, si te parece bi...

—¡Allí estaré! —le interrumpe Miren.

Aunque no se lo esperaba, un rato después acaba comiendo con fruición. Su estómago pedía comida a gritos después de tenerle a régimen desde el día anterior, pero está segura de que otra razón de su repentino apetito tiene que ver con la ansiedad. Y piensa que tampoco puede olvidar que su madre tiene buena mano para la cocina, especialmente para ese más que sabroso pollo asado que se podía oler desde su habitación.

Cuando dan las cuatro, Miren ya está sentada en una mesa del bar-restaurante en el que se ha citado con Iñigo Irigoyen. Se han colocado en un rincón, lejos de la entrada, para evitar miradas indiscretas y tener que dar explicaciones después.

—¿Sigue sin estar despierto? —pregunta Miren, sin haber tocado aún su café con leche.

—No. No hay novedad —responde Iñigo, tras consultar su móvil una vez más—. Pero vamos, que es cosas de unas horas.

—Está bien. Supongo que es algo bueno.

—Pues sí. Por cierto, con todo este lío, no he tenido oportunidad para darte las gracias por lo de ayer.

—¿Las gracias?

—Bueno, acabamos de dar un paso de gigante en la investigación, y ya pensaba que no saldría nunca de este atolladero, de este bloqueo, sin encontrar casi pruebas. Pero ahora, con Casanueva en nuestro poder, acabamos de llegar a un punto clave.

—Eso espero, sí.

—Y si no hubiera sido por ti, yo no habría ido a la Torre Satrústegui. ¿Quién se iba a imaginar que le tendrían retenido allí? A veces la respuesta más fácil es la verdadera, sin tener que andarnos con tantos...

—¿Se sabe algo de Carlos Satrústegui?

—No, no. Pero hemos emitido una orden de busca y captura.

—¿Hasta ahora no estaba puesta?

—No, ¿por qué? —pregunta extrañado el inspector.

—Pero en la prensa salió que...

—La prensa se hizo eco de un rumor que... Bueno, a estas alturas, no será un secreto para ti que hay ocasiones en las que la Policía, o incluso detectives como yo, extienden rumores en la prensa para, digamos, agitar un poco los asuntos que están parados y suelen tender a enturbiarse.

—¿Fuiste tú?

—¿Quién? ¿El que soltó la bomba de Carlos Satrústegui en los medios? No, no. Yo no estaba aquí por entonces, pero lo habría hecho, sin ningún miramiento. Ese hombre estaba desaparecido, pero no buscado. No había indicios. Pero ahora sí los hay. Gracias a ti —añade, justo cuando levanta la taza de su café, señalando con esta a la joven frente a él, y acompañando el gesto con un movimiento de la cabeza, en señal de respeto.

—Sí, bueno, ya te dije que era una corazonada. Pero al final ha salido bien.

—No te falta olfato, Miren de Pedro. Y el numerito de infiltrarte en la boda... Realmente impresionante.

—No es para tanto...

—Tenías una corazonada y la seguiste hasta el final. Y en contra de mi consejo. La verdad, sí, me tienes impresionado. Y, además, cuando nos embarcamos en nuestra pequeña aventura por la noche, no te viniste abajo en ningún momento. Te comportaste de forma muy valiente y profesional. Te

felicito.

Miren agradece los halagos en su fuero interno, pero prefiere que no se le note.

—Por cierto, después de encontrar a Fran, ¿volviste muy rápido o solo fue impresión mía?

—No, no. Es cierto que llegué rápido. Tenía a varios agentes desplegados en las inmediaciones del palacio, preparados para actuar, por si tus sospechas eran ciertas. Y mira, resulta que lo eran.

—Si lo hiciste, es que confiabas en mí, ¿no?

Iñigo pone una expresión suspicaz.

—Me fío de tu criterio, podríamos decir. Y desde ayer, más todavía.

—¿Y ahora qué?

—Supongo que tener a Casanueva nos dará muchas pistas.

—¿Del paradero de Carlos?

—Y de otros muchos más, claro. Ahora no se podrán negar...

—¿Quiénes?

—Mis superiores, claro. Me han llegado habladurías sobre que no están contentos con mi presencia, y no hace falta ser un lince para verlo. Están deseando que la investigación se quede en nada, y me vuelva para Madrid, o adonde sea, menos aquí.

—Ya...

—Pero ahora se tendrán que tragar sus palabras.

—¿Crees que Fran sabrá cosas? ¡Pero si estaba secuestrado!

—¿Ah, sí? ¿Desde cuándo? ¿Y por qué? Son muchas las preguntas que estoy deseando hacerle, en cuanto pueda hablar.

—¡Yo también!

—¿Cómo dices? —Iñigo tuerce el gesto.

—Que yo también quiero hablar con él.

—Oh, me temo que tú no puedes.

—Pensaba que me habías citado para...

—Para que me digas qué preguntas te gustaría hacerle. Yo se las haré por ti.

Miren niega con la cabeza.

—Me gustaría hacerlas en persona. A ver, Iñigo, ya sé que no estoy oficialmente en el caso. Pero seguro que tú...

—No, no pienso hacer nada. —Y da un sorbo a su taza.

—¿Cómo?

—Que no voy a firmar una autorización para que le veas.

—¿Por qué no?

—Creo que no te conviene.

—¿Ah, sí? ¿Es eso o tienes miedo de que te pillen y te aparten del caso por negligencia?

—También hay algo de eso, supongo. Ya me estoy arriesgando bastante, ¿no te parece? Incluso estar aquí tomando un café contigo ya es un peligro para mí. Hasta hace un rato lo habían pasado por alto, ya que lo de Casanueva era más importante, pero hace un par de horas me ha llegado un mensaje de un superior. No lo especificaba en el mensaje, pero estoy seguro de que quiere hablar conmigo para preguntarme qué demonios hacías tú ahí conmigo.

—Pero...

—Y bueno. Eso quizás pueda hasta justificarlo. Pero ¿dejarte entrar en la habitación de Casanueva, con la de agentes que hay alrededor? ¿Y encima darte yo el permiso? Ni lo sueñes, vamos —sentencia, y da otro sorbo al café, casi poniendo cara de haber soltado una locura por la boca.

—No me puedes prohibir que vaya, y lo sabes —Miren le desafía con la mirada, furiosa, pero conteniendo un estallido de ira.

—Eso es cierto, sí. Pero tampoco te lo voy a servir en bandeja. Y, además, te costará convencer a los agentes que están vigilando a Casanueva para que te dejen entrar a visitarle. Digo yo.

Miren se echa atrás en la silla y hace un ademán de levantarse, pero Iñigo le coge un brazo, con mucha suavidad.

—No te lo tomes a mal, Miren, pero a veces hay que ceder un poco. Digamos que hay que dar un paso atrás para impulsarte más fuerte. No te estoy diciendo que no vayas a hablar con ese hombre. Quizá podrás hacerlo dentro de un tiempo prudencial. Pero de momento es mejor que lo dejes pasar, ¿vale? Sigamos nosotros por nuestro lado, ¿eh?, ¿qué opinas?

Las palabras del detective, por la expresión de su rostro, le parecen sinceras a Miren, pero eso no quiere decir que esté de acuerdo.

—Está bien. Ya lo pensaré —le responde, y se levanta para irse.

XV

12 de junio de 1890

¡Ya estamos aquí! Por fin vuelvo a respirar este aire que tanto me gusta. Estoy muy alegre, y también me alegra saber que casi todo sigue igual, menos por lo de mi futuro suegro, claro. Por lo demás, Joxe Mari, aunque preocupado, está igual que siempre. Hoy he visto a mi familia también, que se han acercado a la ciudad a verme.

Y sobre la Reina, qué decir. Pensaba que este cambio de aires le sentaría bien. Y así ha sido, sin duda, al menos en parte. Porque en cuanto ha puesto un pie aquí, ya ha empezado a enviar mensajeros aquí y allá, en vez de esperar, qué sé yo, hasta mañana para ponerse a ello.

* * *

17 de agosto de 1890

El padre de Joxe Mari está mejor, gracias a Dios. Parece que saldrá de esta. Pero ya no hay tiempo para casarnos. Joxe Mari y yo no dudamos de nuestro amor, así que no nos importa esperar al verano que viene. Para nosotros, es como si ya fuéramos marido y mujer.

Llevo varias semanas sin poder escribir nada porque la vida social de la Reina está increíblemente activa. No hace más que tener reuniones y más reuniones. Y como de costumbre, depende de quién la visite, se me permite o no estar presente, y después, o se explaya conmigo hasta altas horas de la madrugada o se mantiene en el más absoluto mutismo.

20

Mientras se dirige a la parada de autobuses, en la carretera que desciende de la ciudad hospitalaria hasta el barrio de Amara, se siente menos frustrada de lo que creía. En el momento ha sentido un gran acceso de ira, pero a los pocos segundos de salir del bar ya se le había pasado. Al fin y al cabo, era consciente de que muy difícilmente el inspector iba a darle ninguna facilidad. Contaba con ello.

Subida ya en el autobús de la línea 28, se pone los auriculares y escucha una canción de su grupo preferido: La Oreja de Van Gogh. Precisamente, la canción *El 28*, sobre esa misma línea de autobús en la que va montada. Mientras la escucha, intenta imaginarse a su antiguo profesor, y cómo estará realmente. Mira a su izquierda y apoya la cabeza en la ventana. En ese momento, el bus está pasando justo por un lateral del Estadio de Anoeta. Necesita tener un plan, y cuanto antes. De lo que está segura es de que ella va a conseguir entrar en esa habitación, como sea.

Pocos segundos después, el autobús llega a la Avenida Madrid. La joven se baja del mismo y camina hasta su casa. Se da de margen hasta el día siguiente, lunes, a medianoche, para trazar un plan y, sobre todo, armarse de valor para llevarlo a cabo. De no ser así, se promete no intentarlo nunca y conformarse con ver a Fran cuando salga del hospital, tal y como Iñigo le había sugerido un rato antes. Bueno, piensa Miren, «eso si pudiera ver a Fran alguna vez». De hecho, y visto y vivido lo visto y vivido, tiene muchas dudas al respecto.

A la mañana siguiente, y tras darle muchas vueltas, decide salir de casa e ir al hospital. Se da un paseo por el interior, sin rumbo fijo, y camina por todos los pasillos que encuentra. Cuando lleva casi una hora dando vueltas, observa una cosa que le llama la atención. En uno de los pasillos, ve que hay un agente de la Ertzaintza sentado en una silla, la más cercana a una habitación. En ese momento solo hay un par de personas más vestidas de calle en ese pasillo, más un enfermero y una mujer vestida con un uniforme sanitario color salmón, y cuya función exacta Miren desconoce.

Tras un instante de zozobra, observa que el agente parece estar despistado, con la mirada fija en algún indeterminado punto de la pared. Por tanto, la joven se arma de valor y camina con disimulo y mirando hacia la pared opuesta para que su mirada no se cruce con la del agente. En el último

momento, justo al sobrepasar su altura, echa un rápido vistazo a su derecha y regresa a su posición inicial, mirando a la otra pared, como si buscara una habitación de ese lado del pasillo. Le ha dado tiempo a ver la habitación que, está segura, es la que el agente vigila, pues es la que le queda más cerca: la 3570. «Bueno, ya tengo un dato. Algo es algo», reflexiona.

Poco después, bajando unas escaleras, escucha una voz femenina tras ella:

—¡Miren!

La aludida se da la vuelta y, justo al comienzo de las escaleras, observa a una chica joven vestida con un uniforme de enfermera y que la saluda agitando el brazo con vehemencia.

Todavía confusa, Miren sube las escaleras mientras la otra chica hace lo propio bajando. Se encuentran a mitad del tramo y la joven se percata de quién es la enfermera.

—¡Ah, Saioa! —exclama Miren, sin demasiado entusiasmo—. ¡Cuánto tiempo!

—¡Pues imagínate! Desde el insti... —afirma la enfermera, con un tono de voz lleno de alegría.

Saioa Oiartzun era una compañera de clase durante los años de Bachillerato, recuerda la joven, pero con la que nunca tuvo mucha relación. Le caía bien, pero se sentaban en zonas opuestas de la clase y como Miren nunca fue muy sociable, apenas intercambiaron tres o cuatro frases.

Durante su conversación, Saioa habla mucho más que Miren. A esta última, sin embargo, se le ocurre una idea.

—Oye, Saioa... Una cosa —le comenta Miren, intentando poner cara de curiosa—. Ya sabes que estuve a punto de estudiar Enfermería... —«Dios, espero que se lo crea», piensa, «o que al menos disimule y haga como que se acuerda»—. Y ya que estoy aquí, joe, me encantaría ver vuestra sala. Ya sabes, para ver cómo es el lugar donde pasaría mis descansos si al final me hubiera hecho enfermera.

Saioa frunce ligeramente el ceño, aunque sigue pareciendo alegre y animada.

—Ya sabes —insiste Miren, sonriendo tan ampliamente como es capaz—. Para ver si es como aparece en las series tipo *Anatomía de Grey*. ¡Me haría tanta ilusión! —exclama, juntando las palmas de las manos para darle más énfasis a sus palabras.

—¡Ay, Miren! —su antigua compañera parece algo incómoda—. En realidad, solo pueden entrar sanitarios, aunque... Teniendo en cuenta que es domingo por la mañana y hay menos gente, quizá podría colarte un momento. En fin, no creo que pregunte nadie, pero si alguien lo hace, podemos decir que vas a empezar las prácticas de la uni y que querías visitar las instalaciones.

—¡Qué buena idea, Saioa! Será solo un momento, te lo prometo.

Saioa recupera la sonrisa y guía a Miren a través de un pasillo hasta llegar a una puerta. Antes de entrar, mira a ambos lados del pasillo. Como no parece haber nadie, sobre todo ningún superior, Saioa abre la puerta y echa un vistazo dentro.

—¡Qué bien, no hay nadie! —exclama, tranquila.

Entran, y la joven enfermera le explica muy rápidamente cómo es esa sala donde, según le cuenta entre risas, cuchichean sobre los amoríos del personal sanitario.

—¡Una locura, no te lo puedes ni imaginar!

Miren le acompaña con las risas, algo forzadas, y mira alrededor. Encuentra lo que busca.

—¿Qué es ese cubo de ahí? —pregunta Miren, con exagerado interés.

—Ah, es el cubo de la ropa sucia, sin más —le responde, como de pasada.

En ese momento, entra un hombre de unos cuarenta, ataviado con un uniforme azul eléctrico.

—¡Hola, Saioa! —saluda, y se queda mirando, extrañado, a la recién llegada.

—¿Qué tal, Unai? Mira, esta es Miren. Está estudiando Enfermería. Va a hacer las prácticas aquí.

El rostro del hombre adquiere una expresión cómica.

—¡Uy! ¿Ya sabes dónde te metes? —le pregunta, entre risas.

La joven sabe que su momento ha llegado. En la corta conversación que viene después, aprovecha un instante en el que los dos sanitarios están despistados para acercarse al cubo y ponerse de espaldas a él. Cuando lo ve claro, mete la mano allí, coge la primera prenda que puede y la guarda en la pequeña mochila que lleva. Después, una vez Unai se ha marchado, Miren le dice a su antigua compañera que debe irse, pero antes de salir, sobre una mesa ve una acreditación con un nombre, la coge sin que Saioa se dé cuenta y se la guarda en el bolsillo de la chaqueta. «Supongo que alguien la habrá puesto en la mesa para que su dueño o dueña, al que se le habrá caído, la encuentre al entrar aquí», concluye Miren. «Pues durante unas horas la usaré yo».

Ya en el pasillo, la joven le da las gracias con vehemencia a su antigua compañera por la «visita guiada». Saioa le responde que no es nada, pero Miren intuye, por la expresión facial de la enfermera, que ahora que están fuera de peligro respira aliviada.

«Sé que la he puesto en un brete, pobre; podría haberle caído una buena bronca si nos pilla un jefe», reflexiona cuando de nuevo camina sola. «Solo espero que merezca la pena el riesgo».

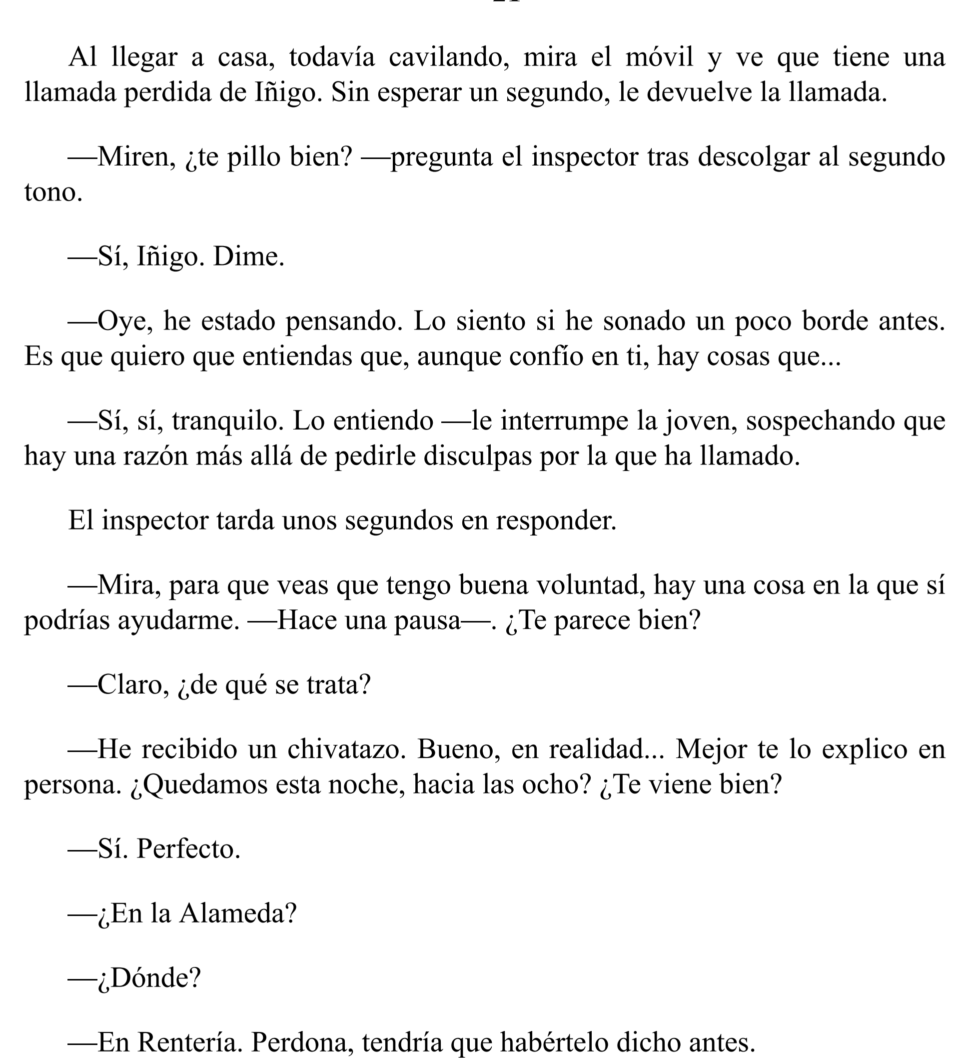
XVI

23 de agosto de 1890

No me considero una mujer curiosa, pero estoy empezando a sospechar de ciertas reuniones de mi señora. Después de ellas suele comportarse de forma tan errática... Hoy hemos vuelto a ir a Urgull, y de nuevo hemos hecho el numerito de realizar a pie el último tramo para, después de mirar a ambos lados, desviarnos del camino. A los pocos metros, ha desaparecido para volver un par de horas después. Pero lo más raro es que antes de salir del palacio me ha pedido que le ponga aquel vestido blanco y azul que llevaba tanto tiempo en el armario que ya me había olvidado de su existencia. Después de ponérselo, me ha pedido que le pusiera un gabán por encima. Le he dicho que hacía mucho calor para llevar una prenda de invierno, pero me ha gritado que hiciera lo que me ordenaba. Son pocas las veces que me grita; solo cuando algo le pone muy nerviosa. Yo he hecho lo que me ha pedido y no he vuelto a abrir la boca.

Al volver a casa, estaba muy rara. Se ha puesto a despotricar contra los hombres. Que si son unos «salvajes», unos «bárbaros» y cosas así. «Hombres, hombres», no dejaba de repetir, con profunda rabia, mientras paseaba por la habitación. «Están fuera de sí, no saben controlar sus instintos...».

Creo que la siguiente vez que venga alguno de esos hombres que la hace estar después tan azorada, me voy a quedar tras la puerta a escuchar. He llegado a pensar que son sus amantes, pero no me parece propio de una reina viuda, y menos de alguien como ella. Aunque nunca se sabe.



21

Al llegar a casa, todavía cavilando, mira el móvil y ve que tiene una llamada perdida de Iñigo. Sin esperar un segundo, le devuelve la llamada.

—Miren, ¿te pillo bien? —pregunta el inspector tras descolgar al segundo tono.

—Sí, Iñigo. Dime.

—Oye, he estado pensando. Lo siento si he sonado un poco borde antes. Es que quiero que entiendas que, aunque confío en ti, hay cosas que...

—Sí, sí, tranquilo. Lo entiendo —le interrumpe la joven, sospechando que hay una razón más allá de pedirle disculpas por la que ha llamado.

El inspector tarda unos segundos en responder.

—Mira, para que veas que tengo buena voluntad, hay una cosa en la que sí podrías ayudarme. —Hace una pausa—. ¿Te parece bien?

—Claro, ¿de qué se trata?

—He recibido un chivatazo. Bueno, en realidad... Mejor te lo explico en persona. ¿Quedamos esta noche, hacia las ocho? ¿Te viene bien?

—Sí. Perfecto.

—¿En la Alameda?

—¿Dónde?

—En Rentería. Perdona, tendría que habértelo dicho antes.

—Ah, vale, genial.

Miren pasa el resto del día intentando adivinar para qué necesitará el inspector su ayuda. «Bueno, lo que está claro es que, de momento, voy a tener que posponer lo del hospital...», se dice, aunque no le da muchas más vueltas a ese otro tema, pues tiene un objetivo inminente que ocupa su mente.

Una hora antes de la cita, la joven se acerca a la parada de topo más

cercana, la que queda frente al Estadio de Anoeta y, unos minutos después, ya se encuentra caminando por las calles de Rentería.

Un rato antes de la hora convenida ya está en la Alameda, que está abarrotada de gente a esa hora de la tarde. Tras un rápido vistazo, distingue a Iñigo entre la multitud, con la espalda apoyada en el tronco de un árbol y recorriendo con la mirada a la gente que pasa frente a él.

—Ah, hola, Miren —saluda en cuanto la ve acercarse—. Te iba a proponer venir conmigo en moto, pero es que antes quería hacer unas comprobaciones.

—Sí, no hay problema. ¿A qué hemos venido?

—¿Recuerdas al tipo que vigilaba la celda en la que estaba Casanueva?

—¿El gorila aquel? Sí.

—Pues al final resulta que cantó lo que sabía.

—¡Qué bien! —la joven se alegra de veras.

—Lo malo es que tampoco sabía mucho. Pero me dio una dirección. De la persona con la que habló. Y esa persona vive por aquí.

—¿En Rentería?

—¿Te extraña?

—No sé, pensaba que sería alguien de pasta, que viviría en alguna villa, o en alguna zona más... pija.

—No te equivoques, Miren. Si mi teoría es cierta, esa persona que buscamos tiene más dinero de lo que quiere aparentar, aun sin ser rico. Pero vive aquí, entre gente de clase obrera, para pasar desapercibido.

—Ah, ya... —No lo entiende del todo, pero tampoco le quiere dar más vueltas en un momento así.

—Tú no te preocupes, no creo que sea peligroso. Si no, no te pediría venir, y habría traído refuerzos.

—No estoy nerviosa.

—Me lo imaginaba, sí. Te preguntarás qué nos vamos a encontrar. En realidad, es un viejo conocido de la Policía. Un tipejo que suele trabajar solo. No debería darnos problemas, al fin y al cabo, solo vamos a hablar.

Avanzan hacia el interior del casco viejo de la localidad, callejeando por zonas cada vez menos transitadas y más oscuras, durante unos diez o quince minutos. En cierto momento, Iñigo alza una mano.

—Es aquí. En este portal. —Y da unos pasos hasta un portal de aspecto desvencijado, mirando a los lados. Saca una especie de ganzúa de un bolsillo y en menos tiempo de lo que la joven imaginaba, es capaz de abrir la puerta.

El detective le hace un gesto con una mano para guardar silencio, mientras con la otra le pide que se acerque. Entran en un estrecho portal y empiezan a subir las escaleras en silencio. Miren se fija en que estas últimas, de madera, tienen aspecto de ser muy viejas, y están torcidas. Aunque no han hablado de ello, ninguno decide encender la luz de la escalera, así que avanzan casi a tientas, y muy despacio. La joven tiene dudas sobre si la luz funcionaría, y está tentada de darle al interruptor para comprobarlo, pero prefiere seguir justo detrás de la figura de su compañero, que va iluminando el camino con una pequeña linterna.

—Es aquí —susurra a su compañera al llegar a una puerta del último piso, que está incluso en peor estado que la propia escalera.

Iñigo pega un par de golpes secos a la puerta y pega la oreja a la madera.

—¿Hola? —pregunta con voz grave. No obtiene respuesta. Vuelve a hacer la pregunta, en un tono más elevado, pero con el mismo resultado.

—¿Qué hacemos? —pregunta Miren.

Pero en vez de responder, el inspector saca de nuevo la ganzúa. Esta vez le cuesta más tiempo abrir la puerta.

Da un paso al interior y acciona un interruptor, pero la luz del pequeño recibidor no se enciende, así que eleva la linterna a la altura de los hombros, para iluminar mejor la estancia. Antes de seguir adelante, se da la vuelta y, con un gesto de la mano, le pide a Miren que se quede dónde está. A regañadientes, ella accede con un leve asentimiento.

La joven espera un minuto en la puerta, sin escuchar nada, y con la

tentación de entrar rondando por su cabeza. Pero se mantiene en el rellano. De repente, escucha un golpe y un grito. Al instante, Miren entra al pasillo, pero alguien llega más rápido y se abalanza sobre ella, lanzándola atrás hasta dar con la espalda en la pared. Con la escasa luz que llega hasta su posición, observa cómo un hombre más alto y musculoso que ella se agacha, la agarra de los hombros y la incorpora de un brusco tirón. Le mira a los ojos y, por un breve instante, ella siente que la reconoce. Pero tras una fracción de segundo, el hombre, con los ojos inyectados en sangre, se aparta de ella y sale corriendo por las escaleras.

Un par de segundos después, todavía con el corazón a mil, Miren avanza a tientas hacia una luz que ve al fondo. Entra en una habitación y va hacia el origen de la luz, que es la linterna encendida de Iñigo. La levanta y mira alrededor. Justo en ese momento, ve cómo, cerca de la cama, con una mano apoyada sobre la colcha, el inspector se está incorporando. Con la otra mano está tocándose la cabeza. La joven se acerca a él y comprueba que el chico tiene una brecha en el lado izquierdo de su cabeza. Sangra profusamente.

—No te preocupes, no es nada —le asegura el inspector, con un gruñido y, apartándose de la vista de su compañera, coge su móvil para pedir ayuda y dar el aviso sobre el hombre huido.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Miren en cuanto Iñigo cuelga el teléfono.

—El hijo de puta estaba escondido detrás de la puerta. Cuando le he escuchado moverse ya era demasiado tarde. Me ha dado con esa botella, creo. —Y señala una botella de cristal que hay en un rincón de la habitación—. Pero ha cometido un error. Hasta ahora no teníamos nada en su contra, pero él mismo se ha delatado. Esperemos que la Ertzaintza lo trinque rápido para poder interrogarle. Esta actitud tan sospechosa me hace pensar que sabe cosas que quiere esconder. ¿No te parece?

—Pues supongo que sí. ¿No deberíamos ir al hospital?

XVII

29 de agosto de 1890

Los días que nos quedan en la ciudad se pueden contar con los dedos de una mano, y ya estamos haciendo los preparativos para marcharnos de nuevo hasta el verano que viene. No tengo mucho tiempo, con tantas tareas, ni para pasar ratos con Joxe Mari, y la señora Steiner está más impertinente que nunca. No deja de gritar órdenes a toda la casa.

Por ejemplo, cuando estaba sacudiendo el polvo de unas mantas, ha llegado la señora Steiner y me ha abordado en el pasillo. Me ha preguntado por una tacita de plata de Su Majestad; un recuerdo de no sé qué. He ido a buscarlo y he pasado junto al salón que usa mi señora para las reuniones. La puerta estaba mal cerrada. Me he acercado con la intención de cerrarla, nada más, pero mientras me acercaba me han llegado voces del interior. Una de las voces era de la Reina, y por su tono parecía algo incómoda, incluso soliviantada. La otra voz pertenecía a un hombre, que parecía mucho más relajado, hasta divertido. Al llegar a la altura de la puerta, que es de doble hoja, he podido distinguir parte de lo que decían.

«¡Estás loco!», he oído que decía mi señora. «Entrar aquí así, sin avisar...», se quejaba. Entonces el hombre ha soltado una carcajada. Las peores sospechas han acudido a mi mente. Me he dado cuenta de que efectivamente podía ser un amante. La curiosidad ha podido conmigo y he acercado un ojo a la rendija que quedaba entre ambas puertas. Mi señora quedaba dentro de mi campo visual, justo delante. Estaba sentada en el sillón que le suele gustar, el que queda más cerca de la chimenea, pese a estar apagada, claro. Pero el hombre con el que hablaba quedaba fuera de mi visión, aunque por la posición de la Reina, que miraba hacia arriba, he adivinado que el individuo ese estaba de pie, seguramente apoyado en el sillón que queda enfrente.

«No deberías estar aquí», decía mi señora. Tras reírse, el hombre ha preguntado: «¿Por qué?». Y ella ha dicho algo así como que un «asesino» no debería estar en una casa decente como esa. Yo no me lo creía. ¿De verdad había dicho asesino? ¿Qué debía hacer yo? ¿Pedir ayuda? ¿Estaría mi señora en problemas? Pero él ha vuelto a reír y ha dicho que no parecía haberle importado eso hasta el momento. Pero ella ha dicho que no ahí, no en palacio. Después la Reina ha guardado silencio, hasta añadir algo que, como ha

pronunciado tan bajo, no he podido entenderlo, pero él ha dicho: «Da lo mismo, vos exigisteis hacerlo y ya está hecho». Ella se ha quedado con la mirada gacha, pero cuando parecía que no diría nada más ha dicho, con un tono más firme de lo que pensaba: «Pues yo soy la Reina y exijo que se me informe antes de todos los detalles, sobre todo si implica el...».

Pero se ha callado antes de acabar la frase, y yo casi pego un grito, porque en ese mismo momento se ha oído un ruido muy fuerte, como de vajilla cayendo al suelo y haciéndose añicos. Creo que el ruido venía del comedor, que queda bastante lejos. A los pocos segundos he oído la voz de la señora Steiner, que me ha llegado apagada. No sé qué estaría diciendo, pero probablemente le estaría reprendiendo a gritos a alguna doncella por su torpeza. «¿Qué ha sido eso?», ha preguntado el hombre de la sala y, para mi horror, he escuchado pasos hacia la puerta. El corazón casi se me sale del pecho. He mirado a todos lados, buscando una vía de escape, mi salvación, pero en el pasillo no hay ningún lugar cercano donde esconderme, así que he hecho lo único que podía hacer. Coger aire y llamar a la puerta antes de que llegara el hombre.

Al tercer toque la puerta se ha abierto de par en par, y me he encontrado de frente con un señor de unos cuarenta años, alto, de poblado bigote y una mirada extraña, como si desprendiera agresividad. No le he reconocido. Juraría que nunca había estado en este palacio antes, aunque cómo saberlo con certeza.

El hombre me ha mirado de arriba abajo, con dureza y desconfianza, y me ha preguntado, con voz ronca: «¿Qué haces aquí?». No he sabido qué responder, no me salían las palabras. La situación me ha impactado tanto... Por suerte, la Reina ha podido verme y le ha explicado de quién se trataba. El hombre parece que se ha relajado un poco, aunque me ha preguntado: «¿Qué haces aquí?». He esperado que mi señora respondiera algo a esa impertinencia, ya que yo no tengo por qué rendir cuentas ante ese individuo. Solo ante mi señora. Pero la Reina no ha dicho nada, así que esta vez sí que no me ha quedado más remedio que hablar. Le he dicho que venía a ver si Su Majestad necesitaba algo. Pero me ha temblado la voz, y estoy segura, por la mirada que ha puesto, de que el hombre ha sospechado algo. La Reina me ha dicho, no con dulzura como otras veces, sino con dureza y tensión en su voz, que no y que podía retirarme, y eso he hecho, a toda prisa, además, y sin mirar atrás, aunque estoy segura de que el indeseable ese no ha dejado de mirarme.

Aún tengo los nervios a flor de piel, aquí tumbada en mi cama, mientras

escribo. Aránzazu duerme al lado. He estado tentada de contarle lo sucedido, pero no he podido. Prefiero que no lo sepa nadie, así lo olvidaré más fácil. Aunque no entiendo por qué toda una reina tiene que tener tratos, casi de igual a igual, con un hombre de tan baja ralea como esa.

Además, pronto nos vamos a Madrid y no creo que vuelva a ver a ese malvado.

22

Unos días después, ya un poco olvidado el extraño incidente de Rentería, Miren vuelve sus pensamientos hacia el hospital, donde imagina que seguirá ingresado Fran. La joven repasa de nuevo por la mañana, por enésima vez, el plan que ha desarrollado. Por desgracia, el uniforme que cogió de la ropa sucia le queda un poco grande, así que lo ajustó la noche anterior con unos imperdibles y alfileres lo mejor que pudo. Además, le puso la acreditación, que tenía un imperdible incorporado, en la zona del pecho del uniforme.

—Eneritz Elosegi —lee en alto el nombre de la acreditación—. Espero que nadie se fije en la chapita esta. Y menos la auténtica Eneritz. Sería una situación graciosa —reflexiona, aunque al instante se da cuenta de que no tendría ninguna gracia.

Hacia las dos del mediodía, la joven entra por la puerta principal del hospital. Pero esta vez sabe adónde debe dirigirse directamente. Antes de llegar al pasillo que le interesa, se mete en un baño y se cambia de ropa. Se coloca el uniforme lo mejor que puede, ensaya ante el espejo una expresión de encontrarse hastiada, atareada y cansada de trabajar, y sale del baño caminando rápido, como si llegara ya tarde a alguna tarea.

Llega a la habitación 3570 y va directamente a accionar la manilla, pero en cuanto va a abrir la puerta, una voz le obliga a detenerse.

—Disculpe, enfermera —le dice el agente de al lado, sin levantarse de la silla—. ¿Tiene autorización para entrar?

—¿Yo? —pregunta, con voz inocente—. Mire, en realidad este paciente no me tocaría, pero mi jefa me ha pedido que venga yo porque mi compañera, la que tendría que estar aquí, se encuentra un poco mal, y... Pero vamos, que si quiere voy a hablar con ella y que venga a hablar con usted.

El agente se queda pensativo, parece sopesar la situación. Miren centra toda su atención y energía en que el hombre no se ponga picajoso, casi como si fuera una telépata.

—No es necesario. Pase —le dice al fin, y vuelve a mirar adelante.

La joven le hace una amable inclinación de cabeza y entra a toda prisa, por si el agente cambiara de idea. Una vez dentro, cierra la puerta tras ella.

La habitación está medio en penumbras. Hay un pequeño pasillo con la puerta del servicio a su derecha. Al fondo, la habitación se ensancha y deja lugar para dos camas. Contra la pared de enfrente de las camas hay un armario blanco, cerrado. Miren se adelanta unos pasos y se acerca a la zona más amplia de la habitación. De las dos camas, solo una está ocupada, la que queda más al fondo, a menos de metro y medio de la ventana, que tiene la persiana medio bajada, y desde la que entra muy poca luz. Miren está tentada de encender la lámpara, pero no quiere molestar al paciente que duerme.

No obstante, no sabe en qué momento puede entrar el agente que monta guardia, o una enfermera de verdad, o cualquier otra persona, por lo que tiene que darse prisa y despertar al paciente.

—Fran. Fran —susurra, acercándose a la persona que está bajo las mantas.

Apenas puede verle porque desde su posición solo ve el embozo de la sábana tapando su cara. La oscuridad tampoco ayuda.

Miren alarga la mano y se da cuenta de que está temblando. Hace un esfuerzo por mejorar su pulso, aunque sea desde la rabia, y retira suavemente la sábana.

El rostro que ve sobre la almohada le hace tambalearse un poco. Sin duda se trata de Fran pero, incluso con los ojos cerrados y en penumbra, sus marcas son más que visibles. Durante la noche en la Torre Satrústegui, entre tanta excitación, llegó a vislumbrar su estado físico, pero no en toda su dimensión.

Sus ojos parecen hundidos, y tienen un color amoratado, especialmente el izquierdo. Las ojeras son pronunciadas. Sus pómulos parecen más salidos que nunca, pero se da cuenta de que es porque las mejillas están hundidas, creando un surco a cada lado. La mandíbula también está más marcada. Por si fuera poco, tiene algunas marcas en la piel del rostro que Miren no recuerda haberle visto antes. Y aunque no puede ver su cuerpo bajo las sábanas, por los recuerdos del sábado que llegan a su mente, sabe que estará muy flaco, bastante más de lo normal.

—Fran —insiste, con la voz un poco más fuerte, pero todavía con miedo.

Entonces, el profesor se agita ligeramente, y su boca empieza a moverse. Tras varios segundos, sus ojos se abren, lentamente, como si le costara mucho trabajo realizar dicha acción.

Miren se queda quieta en su lugar, sin atreverse ni a respirar. Los ojos del profesor, tras hacer un breve recorrido por el techo de la habitación, bajan la mirada y esta última se topa con la de la impactada joven. El hombre entorna los ojos; es evidente que está intentando reconocer a quien le mira, y tarda varios segundos en responder. Su ojo izquierdo no se abre del todo, pues el párpado superior parece estar inflamado.

—¿Miren? —acierta a preguntar con un hilo de voz, muy ronco.

—Sí, soy yo. ¿Qué, qué tal estás, Fran?

—¿Por qué has venido? ¿Y cómo? ¿Te han dejado entrar?

—Más o menos. ¿Estás bien, entonces?

—Más o menos.

—Ya... Oye, Fran, no quiero molestarte, de verdad, pero he venido hasta aquí porque... Bueno.

—¿Por qué?

Miren, que estaba mirando al suelo, un poco intimidada por la situación y sintiéndose algo culpable. De repente siente una oleada de ira. «¿Cómo puede preguntarme eso? ¿Es que no lo sabe de verdad?». Pero al elevar la mirada, observa que los ojos de Fran reflejan dos cosas: dolor e inocencia. Y no le hace falta escuchar más para saber que la pregunta es de verdad.

—¿No lo sabes? —pregunta ella, con mucha suavidad.

—No, la verdad —habla más despacio de lo habitual—. Y nadie me dice nada. Han venido varios policías a verme. A interrogarme, más bien.

—¿Y qué les has dicho?

—¿Qué les voy a decir? Pues que no sé casi nada de lo que he hecho últimamente. Lo veo todo tan borroso... Tengo una sensación curiosa, pero creo que conocida. Es como cuando te despiertas de una pesadilla especialmente intensa. Pero cuando te sientas en la cama e intentas recordar ese mal sueño, no te viene nada.

—¿No sabes nada desde que te secuestraron?

—Lo del secuestro me lo han contado hace solo unas horas. El primero de los polis que me visitó me lo dijo, de hecho. Yo solo recuerdo que, aquel día, cuando salía de casa, alguien me estaba esperando para llevarme.

—¿Quién?

—No lo sé, pero lo que sé seguro es que alguien se me acercó por detrás. Quise darme la vuelta y... Y ya está. No recuerdo nada más.

—¿Seguro?

Fran alza las cejas; un gesto que Miren conoce bien.

—¿Acaso lo dudas? ¿Para qué iba a querer mentirte?

—Ya, es que...

—¿Qué?

A Miren se le ocurren una infinidad de preguntas que formularle:

«¿A quién le estabas hablando la noche del 19, justo cuando entraste? ¿Quién era? ¿Era tu amigo Carlos? ¿Estás con él? ¿Quién te secuestró? ¿O es que lo fingiste? ¿Es algún otro plan para saliros todos de rositas? ¿Dónde está el asesino de mi hermana, dónde está Pablo Abarrategi?».

Fran siente la indecisión de Miren.

—En serio. Pregúntame lo que sea.

—No puedo. ¿Para qué? Si no recuerdas nada.

—Pues haré un esfuerzo.

Una voz le habla desde dentro de su cabeza.

«No le digas nada. No muestres las cartas. Aún no».

—No es nada. No quiero preocuparte. Es que tengo tantas dudas... Pensaba que, si tú estuvieras bien, quizá podrías... Ya sabes.

El profesor asiente levemente.

—Claro, y espero que pueda, en breve.

—Solo quería ver que estabas bien.

—¿El agente de la puerta no te ha dicho nada?

—No, no. Bueno, no podía pasar. Pero ya me conoces, no me iba a quedar de brazos cruzados sin saber de ti.

Fran sonríe un poco. Y esa sonrisa es como una punzada de culpabilidad para ella, por dudar de él.

—Te lo agradezco de veras —dice el hombre—. Pero sabes que no tenías que hacerlo. Aquí el ambiente es muy raro. Y yo sé que no estoy bien. Espero poder estar pronto en casa.

—Claro, yo... debería irme. Que te mejores. Yo... Ya hablaremos.

—Sí. Te diría que me mantuvieras al corriente de todo, pero no tengo móvil. Les he pedido que me dupliquen la tarjeta y que alguien vaya a coger un móvil viejo de mi casa, pero me dicen que todavía es mejor que no tenga uno... No lo entiendo. ¿Por qué no? Es todo tan raro...

—Ya. Te entiendo. Bueno, Fran, creo que ahora sí ya es hora de irme, no quiero que me pillen aquí.

—Claro, claro. Vete tranquila.

Miren se da la vuelta, mordiéndose el labio inferior literalmente para no hacer la pregunta que brota por salir de su garganta. Pero se conoce y sabe que no aguantará mucho. Solo le da tiempo a dar un par de pasos cuando, de golpe, se detiene y se vuelve a girar.

—¿A quién conocías, Fran?

La pregunta descoloca al hombre, que pierde la sonrisa tranquila que tenía dibujada.

—¿Qué?

—El 19, por la noche. Te escuché hablar con alguien.

—Yo... Lo siento, Miren. —Hace una pausa—. No lo recuerdo.

—Ya. Bueno, si te acuerdas...

—...te lo diré, claro —le interrumpe el profesor, asintiendo con firmeza.

Miren hace una leve inclinación de cabeza y, esta vez sí, se va del todo. Al llegar a la puerta, la abre ligeramente y mira a ambos lados. Cuando mira a la izquierda, ve que el agente que está haciendo la guardia no está ahí sentado, sino que está regresando por el pasillo a su puesto con un café en su mano y bostezando. En ese momento, estará todavía a unos diez o doce metros. Miren sale rápidamente y cierra la puerta, dándole la espalda al agente. La joven se marcha en el sentido contrario al del hombre, caminando rápido, pero sin correr. Entra en el baño más cercano y se quita el uniforme. Antes de salir del aseo, deja la acreditación de la tal Eneritz Elosegi sobre el lavabo.

Cuando llega a casa, todavía tiene el miedo en el cuerpo, y eso que ya ha pasado un buen rato desde su precipitada salida del hospital. Sentada en la silla de su habitación, nota que todavía está temblando, descompuesta. Su madre toca la puerta y entra.

—¿Estás bien, hija?

—Sí, sí. No te preocupes.

—No hace falta que me cuentes nada. Pero toma. —Le alarga un plato pequeño con una taza sobre él—. En cuanto has entrado, aunque has corrido al cuarto, te he visto nerviosa, así que te he preparado una tila. Está caliente, así que espera un poco antes de tomarla.

—Gracias, ama —le dice Miren.

Siente que está a punto de echarse a llorar, pero se contiene a tiempo y, tras coger el plato que su madre le extiende, se da rápido la vuelta con la excusa de que la bebida está caliente, para dejar el plato sobre el escritorio, aunque la realidad es que no quiere que su madre la vea tan afectada. No desea preocuparla por nada.

Cuando su madre se va, y siente que ya no hay peligro de que vuelva a entrar, Miren se tumba boca abajo en la cama y descarga todo el llanto que lleva horas acumulando. Lágrimas de rabia, pero también de impotencia y de dudas.

Por mucho que quisiera engañarse, no estaba tranquila, no había ido tranquila al hospital, pero de verdad que pensaba haberse encontrado a un Fran distinto, a un Fran que le confesara la verdad, algo así como:

«Sí, yo estaba enterado de todo, y seguí las reglas de su plan, del plan maquiavélico que fue creado por Pablo Abarrategi para ganarse el favor de los demás. Y yo era parte del plan».

«Sí», piensa Miren, «con eso habría bastado». Incluso le habría perdonado, si luego hubiera añadido: «Pero me arrepentí cuando te conocí. Intenté ayudarte, pero me dio miedo contarte la verdad. Creí que te podría ayudar si seguía cooperando con ellos, pero, al mismo tiempo, trabajaba contigo para desenmascararles. Pero mis hermanos de la sociedad me descubrieron y me secuestraron por ello, para castigarme».

«Sí, quizá con eso habría bastado», reflexiona. «Pero ¿cómo perdonarle? ¿Cómo perdonar a una persona que aun conociendo al asesino de mi hermana se lo hubiese callado? No, no podría perdonarle, pero al menos tendría algo bueno, algo por lo que replantearme las cosas. Y la verdad es que eso es lo que esperaba. Pero después de lo que he visto en el hospital... ¿Y si es cierto? ¿Y si Fran no sabía nada de todo esto y es una víctima como yo? Al fin y al cabo, ha sufrido mucho estas semanas, demasiado para que todo sea un paripé», razona, para darse ánimos. «Sí, eso tiene que ser. Me dejé llevar por la ira. Debería haber esperado antes de juzgarle».

«Pero entonces, ¿por qué me ha dicho que no recordaba con quién habló en aquella sala, cuando yo estaba atada en aquel altar? Se supone que tiene amnesia desde el secuestro, y eso ocurrió días antes. ¿Y si sigue el juego, y esta es la segunda parte? ¿Adónde me querría llevar?».

XVIII

26 de junio de 1891

Esta vez sí, me caso. En dos semanas. La Reina no solo me ha dado un permiso especial de ¡dos días!, sino que me ha deseado suerte en mi matrimonio. Joxe Mari ha querido que el enlace sea en mi pueblo. ¡Estoy tan contenta! Y voy a volver a ver a mi familia. La última vez que los vi fue en septiembre del año pasado. Seguro que el pequeño Miguelito estará ya muy grande, por no hablar de Antxon o de Mari Coro... ¡Los echo tanto de menos! Odio estar perdiéndome su crecimiento. Lo bueno es que ahora podré tener yo mis propios hijos, y nadie podrá separarme de ellos.

* * *

19 de julio de 1891

Otra vez hemos estado en el monte Urgull. No he podido escuchar nada de lo que allí haya ocurrido, claro, aunque lo he intentado. Esta vez he dado unos pasos por el camino, hasta el recodo, y he mirado lo que había más allá, pero solo he visto más camino y más árboles. He avanzado un poco más, pero no he encontrado nada sospechoso, así que me he dado la vuelta. Un rato largo después ha aparecido la Reina, con ese vestido blanco y azul, y un gesto de triunfo reflejado en el rostro.

Pero en esta ocasión ha ocurrido un acontecimiento especial, por vez primera: esta vez me ha hablado de lo que pasa allí. Y no porque yo le haya preguntado, sino porque parecía tan contenta que se le ha soltado la lengua.

Me ha dicho que por fin «ha metido en vereda» a «algunos de esos». No sé de quién hablaba. También me ha dicho que se ha ganado el respeto de todos como su «Bella Easo». Eso último lo ha repetido varias veces, aunque no sé lo que significa. Lo único que me he atrevido a preguntar es quién estaba allí presente. Antes de decirme nada, me ha remarcado que soy una confidente y una doncella muy discreta, y que merezco saber más, aunque no esté obligada, como reina, a contarme nada, por supuesto. Pero por lo visto, primero mi tía y ahora yo, somos especiales para ella.

Me ha contado que ahí se reúnen hombres muy poderosos, y no solo nobles, también políticos y hombres de negocios. La mayoría son de esta

tierra, sobre todo de la ciudad, pero también hay cada vez un mayor número de extranjeros, gracias a sus gestiones personales. Por lo visto, allí se deciden muchas «cuestiones vitales», pero no ha concretado más.

Sí me ha dicho que está logrando cambiar un «asunto» para la supervivencia de esas reuniones. Y no ha contado nada más, pese a que le he hecho un par de preguntas. Creo que, una vez se ha calmado un poco, se ha dado cuenta de que estaba hablando más de la cuenta. Y yo he preferido no insistir.

23

Al día siguiente, Miren se despierta con ganas de vomitar, al igual que el resto de la noche. Mira el móvil y tiene dos llamadas perdidas, ambas de su amiga Leire.

Aunque no tiene ganas, sabe que le vendrá bien hablar con alguien que la entienda, por lo que se obliga a devolverle la llamada.

—¡Miren! ¿Qué tal estás?

—Bueno, más o menos. O sea, bien. ¿Y tú?

—Bien, bien. ¡Oye, que me dejaste en ascuas, tía! Que no me respondiste ayer al mensaje.

—¿El qué?

—De WhatsApp. ¿Es que no lo has visto?

—Pues no...

—Oye. ¿Estás bien de verdad?

—Sí, oye, ¿qué decías en el mensaje?

—Te preguntaba por lo de la boda. Si al final hubo suerte y conseguiste lo que querías. ¿Descubriste qué hacía el gorila aquel en el sótano ese tan raro?

—Pues... Creo que sí.

—¡Ay, qué emocionante! ¿Quedamos y me lo cuentas?

—¿Te importa si vienes a casa? Estoy destrozada. No me apetece ni quitarme el pijama, como para querer salir a la calle.

—No digas más. Ahora mismo voy para allá.

En menos de veinte minutos, su mejor amiga ya está metida en su habitación, sentada en la cama con las piernas cruzadas al estilo indio. Aunque al principio es reticente a contar la verdad, y le es difícil a causa de la batería de preguntas que su amiga le dispara, al final, entre el dolor de cabeza

y que necesita desesperadamente compartir sus secretos con alguien de confianza, le acaba confesando todo lo vivido desde que el sábado a eso de las siete de la tarde se despidieran ambas en la boda de la Torre Satrústegui.

—¡¡No jodas!! ¿Será broma, no?

—No.

—¿Te colaste en la habitación de Fran, y con un poli en la puerta? ¡Tú los tienes cuadrados, guapa!

—Necesitaba respuestas, me daba igual el riesgo.

—¿Y las conseguiste? ¿Las respuestas?

—Ojalá. Me fui con más dudas que nunca. Fran estaba taciturno, y despistado...

—Pues como siempre —resopla Leire.

—No. Quiero decir más de lo normal. Mucho más.

—¿Quieres decir que estás segura de que está compinchado?

—¡No! Bueno, no lo sé.

—O sea, que ¿crees que el secuestro se lo inventó también? ¿No te parece un poco exagerado todo?

—Ya, eso pienso. Que lo veo ya un poco demasiado elaborado todo. Y las heridas de Fran son reales. Pero en esa Sociedad son capaces de eso y mucho más por esconder la verdad y engañar a todo el mundo. Créeme. Los conozco bien.

—Tía, te voy a ser sincera. No es que Fran sea santo de mi devoción, me parece un tipo aburrido y tal, pero de ahí a ser un maníaco homicida que lleva el juego a esos extremos... La verdad, no me lo creo.

—Tú no te has cruzado con esa gente.

—Ni quiero. Pero, hombre, ¿no confías en Fran, ni un poquito?

—Quiero confiar en él.

—¿Qué te dice la intuición?

—Que fue sincero. En lo que me dijo, en su dolor y tal. Incluso en lo de su amnesia. Los médicos son los que lo dicen, o sea, que tiene que ser verdad. Pero me sigue mintiendo. Por lo menos en una cosa.

Y entonces, Miren le cuenta la última parte de la conversación con el antiguo profesor de ambas.

—Ya. Eso sí que es más raro —reconoce Leire—. Mentirte después de todo lo que ha pasado. Y a ti, siendo tan especial para él...

—Te repito que nunca fuimos nada... —dice Miren, con hastío.

—¡Ya lo sé! Pero sí que eras, o eres, mejor dicho, superespecial para él. ¿O me vas a decir que no?

—Ya, ya lo sé. O eso creía yo.

—Espera un poco, tía. Hazme caso. Espera un poco más antes de juzgar a Fran.

—Tienes razón.

—Cambiando de tema. ¿El tal Iñigo ese es guapo?

—¡Leire!

—Oye, es que tanto hablar de ese chico, y no me cuentas nada de él. ¿Tienes alguna foto suya?

—No.

—¿No tiene redes sociales?

—Obviamente, no.

—¿Y la foto del WhatsApp?

Miren tiene que tomarse una pausa para pensar.

—Pues ni me he fijado, la verdad.

—Venga, saca el móvil. Vamos a comprobarlo.

Efectivamente, en la foto de perfil de esa aplicación aparece el detective de medio lado, con la Sagrada Familia de Barcelona de fondo. Leire coge el teléfono para ver mejor la foto.

—Pena que no se pueda ampliar la imagen. Pero... —Se acerca el móvil a los ojos hasta que la pantalla casi toca su nariz—. ¡Uff, vaya chicarrón! ¿No? Es muy guapo. Y tiene pinta de tener cuerpazo...

—Sí, supongo.

—Vamos, un empotrador de los buenos... —dice, guiñándole un ojo.

—¡Leire!

—Pues mira, lo que te voy a decir te sonará machista pero me da igual, porque es verdad. Una buena aventura con este empotrador sexy te vendría de perlas para tu autoestima.

—¡Sí, vamos! Para eso estoy yo ahora... —comenta Miren con ironía.

—¿Y por qué no?

—¡Porque no!

—Pues para mí, chica. Encantada estaría de conocerle.

—Pero ¿y qué pasa con Iker?

—¿Ese? Si ya casi ni quedamos —Leire suelta una risotada.

—¿No ha cuajado la cosa?

—Bah, nunca fue algo serio. Y no me cambies de tema, que te conozco. Y oye, quizá conocer un chico no, pero salir de fiesta sí que te vendría de lujo, ¿o no?

—Eso sí. Pero no tengo ganas. De momento, no...

—En algún momento tendrás que retomar tu vida, Miren... ¿Es que no te apetece ser una chica normal?

—Normal, ¿yo? Ojalá... Sabes que soy una tía rara. Muchos me consideran un bicho raro.

—¡Hasta yo! —exclama, y se ríe a carcajadas.

—¡Lo digo en serio, idiota! Además, tú me conoces de siempre y ya sabes cómo soy. Pero el resto...

—¡Al resto que le den! Tú responde a mi pregunta: ¿no te apetece ser una chica normal? ¿Y que tu mayor problema sea quedarte sin curro o que tu novio te deje? Y no que un maníaco te quiera violar. O matar...

—¡Pues claro que sí! Y así será, supongo... Algún día. Cuando esto acabe. Todavía hay por ahí, en la calle, una gente que tiene que pagar por lo que ha hecho.

Leire suspira.

—Miren, no soy una experta, ni psicóloga ni nada, pero soy tu amiga, y anda, hazme caso alguna vez. Creo que tienes que alejarte un poco de esto. ¿No dices que ese Iñigo, además de sexy, también es un profesional competente? Pues déjale que avance en su investigación. Es su trabajo, y no está tan implicado emocionalmente como tú.

—Ya, ¿y?

—Pues que esta investigación, tú me lo has dicho alguna vez, se puede demorar años. ¡Años! ¿Cuándo vas a luchar por una vida digna y sin demasiados sobresaltos? ¿Cuándo, cuando tengas cuarenta y pico años y te des por vencida?

—Ya...

—Tienes veinticuatro años. Disfruta un poco de la vida, que pasa muy rápido. Y deja al tal Iñigo y los suyos, que son los que cobran por esto, que sigan adelante. Tú empieza a construirte una vida tranquila, que falta te hace, Miren. Sufriste mucho cuando a tu hermana... Bueno, eso. No dejes que destrocen tu vida también.

A Miren a veces le sorprende lo certera que puede ser su amiga cuando se pone seria. No lo tiene en cuenta porque casi siempre está riéndose y bromeando. Y quizá esa sea la cuestión: que siempre intenta estar alegre menos cuando realmente hace falta estar seria. Y por ello sabe disfrutar más de la vida que ella. Miren entiende que le vendría bien pegarse a su amiga un poco más durante una temporada, aunque sabe que, con el rabillo del ojo, siempre estará mirando lo que es el eje central de su vida, que dejará de serlo algún día, espera, cuando se haga, al fin, justicia.

XIX

25 de julio de 1891

Hoy hemos estado en el Palacio de Arbaizenea. Creía que sería un acto más para agasajar a la Reina por parte de la corte. Y en parte lo ha sido, hasta que la Reina y varios de los presentes se han ausentado un buen rato. ¿Y por qué lo sé? Porque me ha tocado a mí hacer guardia frente a una puerta, junto a un par de guardias uniformados que no decían palabra. Ha sido muy incómodo. Y al rato, han salido todos de esa estancia y han vuelto al salón principal como si nada. De hecho, la Reina llevaba una sonrisa de oreja a oreja.

* * *

20 de agosto de 1891

Está siendo un verano más movido de lo que pensaba. La Reina está acudiendo a más actos que nunca, en este palacio o en otros de la ciudad. Y siempre se repite lo mismo. En cierto momento, se ausenta una parte de los invitados y regresan más tarde. Y, por cierto, en uno de esos actos me he topado con el individuo ese que casi me pilla aquí, en el Palacio de Ayete, el año pasado. Tenía el pelo más largo, pero estoy segura de que era él, con esa mirada agresiva y esa sonrisa que me pone los pelos de punta. He bajado la mirada cuando ha pasado por mi lado. Creo que no me ha reconocido. Mejor.

* * *

4 de septiembre de 1891

Se acerca la fecha de mi desdichada partida a la capital del reino. Pero esta va a ser la partida más dulce hasta la fecha. La Reina me ha dicho que, ya que estoy casada, va a proponer a Joxe Mari convertirse en jardinero real, ya que «ha quedado demostrado su buen hacer con la flora». De este modo, ya no estaremos separados nunca más. Podremos tener nuestra propia habitación, y podremos criar a nuestros propios hijos. Me da igual que pasemos los siguientes nueve meses en Madrid. Ya no estaré sola.

24

Como primera medida, Miren decide no escribir a Iñigo Irigoyen en todo lo que resta de semana. Tal vez sea cierto que poner un poco de tierra, y tiempo, de por medio le vendrá bien para mejorar su ánimo.

Esa semana queda varias veces por la tarde con Leire y las demás, que, aun siendo también amigas de Miren, lleva tiempo sin estar con ellas. En cuanto la ven aparecer por primera vez, la acosan a preguntas, y Leire, de forma diligente, le ayuda a responderlas y a cambiar de tema lo antes posible. Una vez se dan por satisfechas en su «puesta al día», las chicas se sientan en una terraza de la Calle Zabaleta para pasar a hablar de cosas más mundanas: salud, trabajo, parejas sentimentales, famosos, cotilleos varios y un sinfín de temas por los que van saltando sin ningún orden lógico. Aunque al principio estaba segura de que se aburriría, esa especie de «vuelta a la normalidad» llena a Miren de un sentimiento de tranquilidad y casi hasta de felicidad.

La semana está siendo más satisfactoria de lo esperado, e incluso aprovecha para estar más con sus padres. El jueves a la tarde, además, se van los tres a dar un paseo bordeando el río. Miren no recuerda la última vez que los tres dieron un paseo juntos, pero probablemente han pasado ya varios años. Mientras contemplan cómo unos piragüistas remontan el río Urumea, la mayoría de ellos unos chavales que no llegarán a la mayoría de edad, a Miren le viene a la mente la convicción de que esos últimos días puede que sean los que menos ha pensado en su problema en mucho tiempo. Y no es que no le dé vueltas al tema, especialmente a lo de Fran y al fondo de todo ello, pero está contenta de que ya no suponga un peso tan insoportable para ella, y sea algo que está ahí, siempre, pero que es más llevadero.

Llega el viernes y una llamada corta en seco la racha que llevaba. Está en su habitación, descansando, a eso de las tres y cuarto de la tarde, poco después de terminar de comer, cuando Iñigo Irigoyen le llama al móvil.

—Miren, ¿podríamos hablar un rato? Si te viene bien.

—Pues... —Por primera vez, y sin que sirva de precedente, quedar con Irigoyen le da más pereza que nerviosismo—. Está bien. ¿En tu casa?

—Si puedes, sí. ¿Hacia las cuatro y media te viene bien?

—Allí estaré.

Miren escribe un mensaje al grupo de WhatsApp que comparte con su grupo de amigas para comunicarles que esa tarde, seguramente, no podrá sumarse al plan, pero que les irá «avisando, con lo que sea». Después, intenta seguir descansando, o incluso echarse una pequeña siesta de diez o quince minutos, pero le es absolutamente imposible. La llamada del detective la ha activado y ahora no hace más que moverse en la cama. Por tanto, decide levantarse, rezongando, e irse a la ducha, aunque aún le quede tiempo de sobra para la reunión.

A la hora convenida está en el portal del detective. Sin llamar al timbre, le escribe un mensaje comunicándole que ya se encuentra ahí. A los pocos segundos, escucha que el telefonillo automático es descolgado, y acto seguido escucha el clásico sonido que indica que la puerta ha quedado abierta.

Miren entra en la vivienda de Iñigo, quien está esperando en el vestíbulo. La invita a pasar y esta vez el detective la lleva a una habitación que tiene una mesa larga contra la pared del fondo, a modo de escritorio, llena de papeles y ficheros, y que tiene un par de sillas. Él se sienta en una e indica a Miren que se siente en la otra.

—Bueno, Miren, ¿qué tal va la semana?

A la joven le extraña que le pregunte algo así, y de forma tan cordial. No parece propio de alguien que se precia por ir siempre al grano.

—Bien, supongo. Sin novedad.

—¿No, eh? —pregunta, lanzándole una mirada dura.

—¿Qué quieres de...?

Pero antes de que Miren pueda acabar su pregunta, el detective le da la vuelta a un folio que hay sobre la mesa, cerca de su posición, y se lo entrega a la joven.

El folio contiene impresa una fotografía en blanco y negro que ocupa la mitad superior de la hoja. La calidad de la imagen es muy mala, y por los números blancos que contiene en los márgenes, indicando fecha y hora, Miren acierta al instante que se trata de un fotograma de una cámara de seguridad. Pese a la pésima calidad de la fotografía, Miren se identifica a sí misma, justo

a punto de salir por las puertas principales del Hospital Donostia. Sin decir nada, e intentando aguantar la frustración que siente, vuelve a colocar el folio sobre la mesa.

—Ya sabes qué día se sacó esa foto —le dice Iñigo.

—Y tú ya sabes lo que significa. No sé a qué viene este paripé.

—¡Ah! ¿Que encima te haces tú la ofendida?

—¿Acaso te prometí que no iría a verle?

—Desde luego que no.

—¿Por qué has esperado toda la semana para decirme que lo sabías?

—Porque no lo sabía, sencillamente. Esta captura de la cámara de seguridad me ha llegado esta mañana.

—¿De quién?

—No lo voy a decir. Pero hay gente que se dedica a revisar las cámaras de seguridad.

—¡Menudo aburrimiento! —exclama Miren, que lo piensa de verdad.

—¿Por qué fuiste, Miren?

—Ya sabes por qué. Necesitaba respuestas.

—¿Tú eres consciente de que podrías haber puesto en juego toda nuestra investigación?

—¿Nuestra? Pensaba que era solo tuya. Del gran detective.

—No me vengas con tonterías. Ya sabes de lo que hablo. Podrías haberlo mandado todo a la mierda.

—¿Cómo?

—Dándole más información de la debida. ¿Acaso sabes si mantiene contacto con ya sabes quién?

—Ni idea. Pero creo que no.

—Crees. Ya... ¿Te parece suficiente?

—No.

—Entonces, ¿por qué dejas que tus ganas de respuestas te nublen la mente? Parece mentira. Tú has estudiado para esto. Lo que has hecho ha sido un movimiento muy poco inteligente. Y lo sabes.

Miren se queda pensativa. Sabe que está en lo cierto, y, sin embargo, no es capaz de arrepentirse. Sabe que lo volvería a hacer, aunque el inspector la dejara fuera de la investigación para siempre.

—Pues, chico, lo siento. No pensé en las consecuencias —en realidad, no lo dice de corazón, pero como la frustración que siente es real, espera que él piense que es por su debate interno sobre su error, y no por el hecho de haber sido pillada.

—Está claro que no pensaste en las consecuencias, no... —Hace una pausa —. Pero no te voy a engañar, Miren. Sé que tu caso es especial, tienes demasiado de ti misma en este caso, para lo bueno y, como en esta situación, también para lo malo. En fin. —Hace otra pausa—. Pero debo aceptarte que no ha sido algo inesperado. Me lo esperaba y puede que yo hubiera hecho lo mismo, no lo sé.

—Bueno. Gracias por reconocerlo.

—Al menos quiero pensar que el riesgo mereció la pena. En el fondo, aunque me joda, puede que hasta nos venga bien. ¿Qué te dijo?

—Poca cosa, en realidad. —Hace una pausa—. Que está amnésico.

—¿Nada más? Eso mismo nos dice a nosotros... Puede que sea verdad, vete a saber. O tal vez también te ha mentido a ti.

—No lo creo.

—Ya, yo tampoco, en realidad. En eso tiene razón, al parecer. Los médicos ya lo han corroborado, ya lo sabes. Y es verdad que, cuando lo encontramos, tenía restos de drogas en su cuerpo.

—Fran no se droga —salta Miren.

—Ya lo sé. O eso consta en su historial. Pero había sustancias químicas en su cuerpo, y bastante complejas, además. La forense cree que sus secuestradores, o *supuestos* secuestradores, mejor dicho, que eso también está por ver...

—¡Pero...! —intenta discutirle.

—No me interrumpas, por favor. Solo intento no cerrar posibles líneas de investigación. No te lo tomes como una ofensa. Pero sea como sea, parece ser que esos componentes químicos pueden haberle provocado la amnesia. Sea quien sea quien se los haya administrado, sabía lo que hacía. ¿Hasta aquí estás de acuerdo?

—Sí.

—Bien. Y aunque hayan conseguido que pierda la memoria, yo sigo sin fiarme. Y tú tampoco deberías fiarte a pies juntillas.

—Ya lo sé.

—¿No te dijo nada más?

—Nada importante. —Él la mira como escudriñando si dice la verdad—. No te miento —añade.

Iñigo parece complacido.

—Está bien. Te creo. Y creo que deberíamos confiar más el uno en el otro, con todo lo que está pasando. Mira. Hay algo que puedes hacer.

—¿El qué?

—Yo no confío en Casanueva. Y está claro que él no me va a decir nada. Pero confía en ti. Puede que te acabe contando alguna cosa importante.

—No sé si...

—Si es así, ¿puedo contar contigo? ¿Me lo contarás a mí después?

Miren titubea un instante.

—Imagino que sí.

Iñigo suspira.

—Espero que así lo hicieras. Por el bien de todos. También del tuyo. Ya sabes que cualquier detalle, por nimio que sea, podría hacer cambiar el rumbo de...

—Ya, ya lo sé.

—En fin, debes saber que, pese a mis ruegos, cuando a Casanueva le den el alta médica, lo cual será, como parece, en pocos días, mis jefes le van a dejar en libertad. Yo, obviamente, voy a elevar un informe y una petición para que, al menos, le tengan bajo vigilancia. Pero, sinceramente, no creo que me vayan a hacer mucho caso.

—Ajá... —Miren se alegra en su fuero interno, pero no deja translucir emoción alguna a su cara.

—Oficialmente —continúa el inspector—, Casanueva es una víctima de secuestro; otra víctima más de ese extraño grupo, logia o lo que sea.

—Y puede que sea así.

—¿De veras lo crees? —Iñigo fija la mirada en ella.

—No lo sé.

—Yo desde luego no me fío. Y tú tampoco deberías, si me aceptas el consejo. Si por mí fuera le mandaría a la cárcel hasta que hable pero, en fin, yo no hago las normas, y entiendo que no hay pruebas sólidas contra él. De momento...

—¿Y entonces?

—Supongo que, tarde o temprano, Casanueva querrá contactar contigo. Házmelo saber cuando sea así, y decidiremos qué hacer después; qué estrategia seguir.

—Está bien.

—Sé que no será fácil para ti. Pese a todo, le tienes estima. Ha sido tu

profesor y habéis vivido cosas muy fuertes juntos; de esas que crean vínculo. Pero ahora tú estás en esta investigación, y él no. Debes elegir, Miren, ya lo sabes. Nada de lo que tú y yo hablamos puede salir de aquí. Ha de quedar entre tú y yo. Solo así podrás salir de dudas. Y te lo digo de verdad, ojalá ese hombre sea inocente. No tengo ningún deseo especial de que sea culpable de nada. Pero hasta entonces...

—Sí, ya lo sé. No te preocupes.

Miren hace un ademán de levantarse, pero sigue sentada. El inspector la mira con visible confusión. La joven acaba de tener una idea, algo que le apetece mucho hacer, como hacía mucho tiempo que no le ocurría.

—Oye, una cosa.

—Dime.

—¿No crees que, si puede saber más de lo que dice, cuando salga del hospital, antes de verme a mí, querrá hacer otra cosa?

—¿El qué?

—Borrar pruebas, quizá. ¿Y antes de que eso pase, no crees que es hora de hacer una visita a esos túneles?

—¿Estás de broma?

—En absoluto. Llevo tiempo queriendo hacerlo. Y creo que es el momento. Me siento más fuerte, más segura, para volver allí.

—¿Y eso?

—Digamos que he tenido una buena semana, en general.

—Me alegro, pero me temo que no va a ser posible.

—¿Por qué no? Fíate de mí. Una vez te salió bien.

—Ya lo sé. Pero me temo que es imposible. Quizá no sepas que aquellas personas, al salir, hicieron detonar unas cargas que...

—Sí, ya lo sé. Taponaron muchos túneles para poder escapar y ocultar

pruebas. ¿Y? Se puede cavar.

—Me temo que no. Se hizo al principio, pero ya no se van a hacer más prospecciones.

—¿Por qué no?

—Es demasiado peligroso, según dicen los expertos. Las galerías pueden colapsarse en cualquier momento. Dicen que es casi un milagro que no se haya venido todo abajo, pudiendo afectar a la estructura de los edificios de la Parte Vieja, además. Lo cual podría haber sido una catástrofe. En fin. No podemos pedir que vayan trabajadores ahí abajo.

—Pero tú y yo sí podemos ir, si quieres.

—E iría. Pero ¿qué pretendes, que nos pongamos a cavar?

—No hace falta. Seguro que hay otras entradas secretas.

—No lo sé, yo no llegué a estar ahí abajo.

—Pero yo sí. Dos veces. Aquello era un laberinto, pero tiene muchas entradas y salidas.

—¿Qué es lo que pretendes alcanzar esta vez, Miren?

—No lo sé. Quiero seguir indagando un poco más. Aquellas horas que pasé corriendo por ese lugar... Recuerdo haberme topado con muchas puertas que no se abrían. Puede que detrás de ellas haya algo interesante.

—¿Como un registro con los nombres de los miembros, por ejemplo?

—O incluso de las víctimas de todos estos años. ¿Piensas de verdad que no van a tener ninguna pista ahí abajo?

—Puede ser, claro. Pero no sé.

—Solo te pido que echemos un vistazo. Nada más.

—En fin. Está bien. No te creí en lo de la Torre Satrústegui, así que te lo debo, por mucho que odie que vayas por tu cuenta, como con lo de Fran.

—Te lo agradezco —dice Miren de corazón.

—¿Y por dónde pretendes que entremos?

—Pues no lo sé. Pero conozco varias entradas.

—Sí, sí. Lo sé. Me leí el informe. Altamente confidencial, claro. Tú nos diste muchas pistas. Y también Casanueva, debo reconocer, por la razón que fuera. ¿Por dónde crees que entraron los operarios a trabajar, si no? Pero aquellas entradas, las de varias sociedades gastronómicas, y alguna más, todas fueron investigadas. Y en todos los casos pasó lo mismo. Forzaron la entrada, o incluso picaron donde hiciera falta, pero a los pocos metros el túnel aparecía bloqueado. Y ahí entraron varios ingenieros... En fin. En resumidas cuentas, aquello no debía seguir adelante. Como te he dicho, el riesgo era excesivo.

—¿Y no había ninguna que se salvara?

—No.

—¿Y la de la Iglesia de San Vicente? —pregunta Miren, a la desesperada.

—Hum, esa no me suena que apareciera en el informe de las prospecciones.

—Perfecto.

—¿Cómo?

—Que es la entrada perfecta, entonces.

—A lo mejor también se investigó por ahí. No me conozco el informe de memoria.

—¿Investigaste tú por las entradas secretas?

—No.

—¿Y quién hizo esas investigaciones?

Iñigo hace una pausa y pone un gesto perspicaz.

—Ya veo por dónde vas. Yo soy el primero que sabe que aquí hay gato encerrado. Que hay gente que hace menos de lo debido deliberadamente.

—Pues ya está. Te pido que vayamos a esa entrada. Puede que todavía se

pueda bajar desde ahí.

Iñigo necesita unos segundos para tomar una decisión. Miren prefiere quedarse en silencio, sabe que ya ha hecho todo lo posible. Si sigue insistiendo, puede que provoque el efecto contrario al que desea.

—Bueno —dice el inspector, al fin—, está bien. Tengo que hacer unas llamadas antes de que vayamos allí.

—¿Podría ser esta tarde?

—No, no. No me van a dejar cerrar las puertas así como así solo para que tú y yo podamos fisgonear. Tendremos que ir por la noche.

—Genial.

Miren regresa a su casa muy animada. No recuerda que debería escribir a sus amigas hasta que pasa un buen rato desde su llegada. Por tanto, coge el teléfono móvil y escribe en el grupo que su «recado» se ha retrasado y no le dará tiempo a ir. Que ya se verán ese mismo fin de semana. Está tentada de escribirle a Leire un mensaje privado, contándole la verdad. Pero cree que hacerlo en ese momento, cuando cualquiera de las otras amigas podría verlo, no es lo más recomendable. Por lo que, aunque se siente mal por tener que ocultarle cosas, prefiere no escribirle nada. Ya tendrá ocasión para contarle todo con pelos y señales.

Por otro lado, sus padres no están en casa, y Miren se permite echar a volar su imaginación. Siente cierta excitación por volver a ese lugar que tanto ha temido durante tanto tiempo. Pero ahora vuelve más fuerte, sin miedo a lo que pueda encontrarse. Pensándolo fríamente, es consciente de que se siente envalentonada porque sabe a ciencia cierta, o casi, que no se va a encontrar con absolutamente nadie.

Miren intenta visualizar mentalmente, mediante los recuerdos que aún le quedan, aquella entrada de San Vicente: esa especie de puerta antigua de madera enclavada en la propia pared, casi como si formara parte de ella. Intenta recordar la bajada a los túneles desde allí, aunque ella hiciera el camino inverso. Para su decepción, se da cuenta de que apenas recuerda nada de ese lugar. Es decir, ve imágenes, pero como fotografías sueltas. Desde luego, nada suficientemente nítido como para trazar un mapa mental de la zona. Sí recuerda haber subido escaleras, varios tramos de ellas, pero poco

más. Por tanto, llega a la conclusión de que de nada sirve montarse películas sin acordarse casi de nada. Y, además, siendo optimistas, solo restan unas horas hasta que Iñigo Irigoyen y ella vuelvan a estar juntos. Cuando ambos bajen a las profundidades, la joven está segura de que, *in situ*, le asaltarán muchos más recuerdos, y podrá orientarse mejor.

Está llegando la hora de salir de casa y la joven, al mirar por la ventana, comprueba que llueve. Por mucho que sea algo muy habitual en su ciudad, le molesta profundamente. Suspira, abre el armario y coge un chubasquero, el más discreto que encuentra tras rastrear entre las perchas. Después, lo deja sobre el respaldo de la silla de su habitación, preparado para que, cuando en un rato vaya a salir, no se le olvide.

Va a la cocina a cenar. Sus padres ya están sentados, discutiendo sobre alguna nimiedad, pero sin gritarse ni faltarse al respeto. Se trata simplemente de esa forma de comunicarse que a menudo tienen las parejas que llevan muchos años casados, a fuerza de la costumbre, como si se pasaran todo el tiempo discutiendo, pero sin hacerlo de verdad. De hecho, no ha pasado ni un segundo desde que sus padres hayan dado por finalizada la discusión para volver a tratarse como si nada hubiera pasado. Ese tipo de comportamientos siempre han sorprendido bastante a Miren, aunque también lo admira, a su modo. Por lo menos, en el matrimonio que forman sus padres no parece haber reproches serios, solo las ganas de discutir por cualquier tontería. Mientras observa eso, Miren se pregunta si algún día llegará a estar tanto tiempo emparejada con alguien como para tratarse así mutuamente.

Por lo demás, la cena transcurre con tranquilidad. Sus padres le preguntan qué tal le van las cosas, y su hija responde: «Sin demasiada novedad», una frase que bien le vale para todo.

Nada más terminar de cenar, Miren les dice que, aprovechando que es viernes por la noche, ha quedado un rato para dar una vuelta con unas amigas. Tras ello, se despide de sus padres. En cuanto cierra la puerta de la cocina, tras ella, sus padres vuelven a elevar el tono, en ese caso, según infiere, por algo relacionado con un grifo que gotea o algo así.

La joven va a su cuarto y coge el chubasquero. Se lo pone y distribuye las pocas pertenencias que desea llevar con ella (cartera, un paquete de *kleenex*, el teléfono móvil) en el interior de los bolsillos de esa prenda. Antes de salir por la puerta principal de la vivienda, coge un paraguas corto y negro del paragüero que hay junto a la puerta.

En cuanto sale a la calle, el chaparrón que está cayendo le obliga a desplegar el paraguas, y camina bajo la lluvia hasta la parada del autobús. Mira el reloj y ve que son las diez menos veinte minutos de la noche. Es decir, que tiene tiempo de sobra. A su lado, en la parada, observa a un grupo de chavales de unos veinte años, que no dejan de reírse a carcajadas y de lanzarse pullas, y con pinta de estar a punto de irse de fiesta. A tenor del movimiento en las calles, se nota que la primavera está a la vuelta de la esquina y que la gente tiene ganas de salir más a la calle por la noche.

XX

19 de julio de 1893

Son casi las dos de la madrugada, pero necesito escribir lo que ha ocurrido hoy antes de que me coja el sueño.

Tras salir ayer de Madrid, el tren real ha llegado a San Sebastián esta mañana, a eso de las diez. Hemos bajado de allí y han recibido a la Reina varias compañías de soldados: los Regimientos de Valencia y no recuerdo de dónde más estaban esperando en la Estación del Norte, además de las numerosas autoridades, claro. La estación estaba más hermosa que nunca. Había un montón de flores por todo el lugar. Según nos han contado, las bandas de música llevaban desde primera hora anunciando en las calles el acontecimiento más esperado, es decir, la inauguración, al fin, de ese sueño de María Cristina, Reina Regente de España: el fabuloso Palacio de Miramar.

La comitiva real, después de la bienvenida, ha seguido hasta el Puente de Santa Catalina, donde estaban esperando las bandas de música, que nos han escoltado hasta el flamante palacio. Según me contó la Reina hace unos días, se supone que iba a haber soldados a ambos lados de la calle hasta llegar a Miramar, pero ella se negó a que eso tuviera lugar. Y yo me alegro de que en vez de soldados hubiera músicos y ciudadanos anónimos y curiosos que nos miraban al pasar y gritaban y saludaban. Ha sido muy emocionante. Al final, hemos llegado al paseo de la Concha y al mirar a lo lejos, he visto ese palacio por primera vez, y me he tenido que detener y todo, en el sitio, de la emoción.

No voy a negar que echaré de menos no volver al Palacio de Ayete, pues después de tanto tiempo, le había tomado mucho cariño. Además, es un lugar tan hermoso... Casi un paraíso terrenal. Pero hay que recordar que estábamos yendo a un sitio igual de paradisíaco, y que, además, tiene unas vistas incomparables al marco de la bahía.

Tras bordear la bahía, hemos llegado al palacio, y en ese momento se ha escuchado una salva de cañonazos que me ha erizado el vello de la piel. Las salvas provenían de dos navíos que estaban fondeados en la propia bahía: el cañonero Tajo y el crucero Conde de Venadito. Pero las salvas de honor se han disparado desde la Batería de las Damas, en el monte Urgull, según me ha explicado después la propia Reina.

Además, había una compañía de miqueletes frente al Palacio de Miramar, que han dado la bienvenida a la comitiva.

Una vez que hemos llegado a la nueva residencia real de verano, y gracias a que solo soy una doncella, he podido escabullirme mientras la Reina saludaba y hablaba con las autoridades y me he acercado a la zona del jardín que da al mar. El día era soleado, y mirando a la bahía desde allí, con tanta luz, he sentido que estaba contemplando un precioso cuadro.

Miramar es simplemente espectacular. El edificio es más grande que el de Ayete, pero es que, además, su arquitectura me ha parecido muy original y más bonita, aún si cabe. Como Ayete, también está rodeada de unos jardines enormes y espectaculares, donde a buen seguro daremos largos paseos. Y la playa está tan cerca que se podría tirar una piedra desde una ventana del palacio y caería al agua. Me encanta este lugar, y a la Reina más, que está encantada y muy orgullosa de su idea.

Para redondear la velada, a la tarde-noche, se ha celebrado un convite en el salón principal del nuevo palacio. Para tal evento, se ha contratado a los mejores cocineros. ¡La comida estaba riquísima! Y eso que al servicio solo nos han dado las sobras, como siempre. Así que no me quiero ni imaginar cómo estarían esas elaboraciones recién hechas. Después de la cena, los músicos han pasado a tocar canciones más animadas y los aristócratas y demás gente importante han salido a bailar. Yo estaba cerca de Su Majestad, que lo contemplaba todo con una expresión de felicidad y orgullo como pocas veces le he visto. Incluso ella ha salido a bailar un par de veces, con un duque que es primo suyo.

Yo me he sentido dentro de uno de esos cuentos de hadas. Y hoy, para variar, no ha habido reuniones secretas de esas. Todo era felicidad.

25

Baja del autobús en el Boulevard cuando son las diez menos cinco y, como la lluvia ha dado una pequeña tregua, cierra el paraguas nada más bajar del vehículo, tras haberlo abierto por inercia. Echa un vistazo alrededor, imaginando que Iñigo Irigoyen puede encontrarse ya merodeando por el lugar. Tal y como ella le ha escrito nada más subir al bus, estaría por la zona del Boulevard más cercana al río, no lejos del mercado de La Bretxa. No obstante, no ve al chico por ninguna parte, así que opta por resguardarse bajo uno de los grandes árboles de esa calle, un majestuoso plátano de sombra. Después, le envía su ubicación al detective mediante esa herramienta de WhatsApp.

A los pocos minutos llega el inspector, caminando enfundado en un abrigo oscuro y con un gran paraguas abierto sobre él, pues la lluvia ha vuelto a hacer su aparición.

—Hola, Miren —saluda al llegar a la altura de esta.

—Hola. ¿Vamos?

—Tú mandas.

Y tras ese lacónico saludo, ambos enfilan la Calle Narrica, cruzándose con bastantes parejas y grupos de amigos, casi todos compuestos por gente joven. Antes de llegar al final de esa vía, que muere en la perpendicular Calle 31 de Agosto, se encuentra la entrada de la Iglesia de San Vicente.

—¿Seguro que no hay nadie a estas horas? —pregunta Miren, para cerciorarse.

—No es que no haya nadie. He pedido que haya alguien para abrirnos.

—Pero ¿eso es seguro? —la joven siente al instante que es una mala idea.

—Miren, no podemos estar colándonos en todas partes. Lo de la Torre Satrústegui tenía un pase, puesto que se trataba de que nadie advirtiera nuestra presencia. Pero no hemos venido aquí a buscar a ningún sospechoso, ¿verdad?

—No, claro.

Puede que en eso tenga razón, pero a Miren no le hace ninguna gracia que

nadie más sepa que están husmeando por esa zona, sea lo que sea que vayan a encontrar. Eso si encuentran algo. Lo cierto es que en la Torre Satrústegui tenía una corazonada, e incluso una pista: la fotografía de aquella señora de Loiola, la abuela de Fran. Pero en este caso, no está segura de si realmente espera encontrar algo, o es más un propósito personal, una forma de vencer, en parte, sus miedos.

Sea como fuere, al llegar a la puerta de la verja exterior, se la encuentran entreabierta, lo cual no debería suceder, al menos por los horarios que aparecen en un pequeño cartel de metal justo al lado de la puerta, integrado en la verja de metal. Iñigo empuja la puerta con suavidad y, una vez han entrado los dos, la cierra tras de sí.

Después, avanzan unos metros más hasta el pórtico, que da entrada a la parte trasera del templo. Al llegar allí, cierran los paraguas y esperan. Iñigo se adelanta y toca la puerta, con firmeza, tres veces. Se quedan esperando unos segundos, que se prolongan más de un minuto, hasta que, con un tintineo de llaves y un posterior chasquido metálico, la puerta se abre. Al instante, a Miren le llega una vaharada de ese olor tan característico de las iglesias, a incienso y al barniz de la madera, o más concretamente, a olíbano.

En el umbral de la puerta, bajo el dintel, aparece un sacerdote, de eso está segura Miren, pues ese hombre viste una sotana bajo el abrigo gris que porta, desabrochado.

El hombre que los mira con gesto interrogativo no tendrá menos de setenta años, es bastante voluminoso y parece moverse con dificultad. Iñigo se adelanta para darle la mano, y Miren observa que, pese a ser un hombre ancho, es algo más bajo que el inspector, por lo que no cree que supere el metro ochenta.

—Buenas noches, padre —saluda Iñigo.

—Buenas noches, jóvenes —responde el cura, con voz grave y una inclinación de cabeza.

—Espero que le avisaran de nuestra llegada.

—Sí, sí. No es problema. El mismo obispo me llamó esta tarde. Pasen, pasen, señor y señora inspectores. O señorita, quizá.

—Llámeme Miren —dice con un tono quizá algo más brusco de lo debido.

—Ella es mi ayudante. Está todavía aprendiendo —le cuenta Iñigo al párroco, señalando a la joven con una mano.

—Savia nueva, sí, ya veo. Bien, bien...

—Esperamos no causarle muchas molestias. Hemos preferido venir de noche para hacer más sencillo nuestro trabajo.

—Es lógico. Y no se preocupen, no me causan ninguna molestia. Acompáñenme, por favor —les indica, y comienza a caminar renqueante y con parsimonia.

El sacerdote los acompaña a la zona donde empiezan los bancos corridos de la iglesia, que está casi por entero en penumbras. Apenas hay unos pocos focos de luz, insuficientes para iluminar un lugar tan espacioso. No obstante, Miren prefiere no sacar su linterna todavía. No hasta que ese hombre se vaya. «Si es que se va», piensa. «Espero que no le dé por acompañarnos».

—El obispo no me ha especificado a objeto de qué nos dignan con su presencia —comenta el sacerdote en cuanto se detiene, justo detrás de la última fila de bancos corridos, la más lejana al altar. El tono que ha empleado es amable pero imperativo.

—Es un asunto policial —responde el detective sin darle ninguna trascendencia a sus palabras.

—Nada grave, espero.

—Oh, no, no. No parece, al menos. Intentamos reconstruir un posible itinerario, nada más.

—Perfecto. Pues no les molesto más. Si no les importa, me retiraré a la sacristía a descansar. —Y les señala una zona indeterminada a un lado del altar mayor—. Tengo esta pierna recién operada, ¿saben? —Y se da unas suaves palmadas en su pierna derecha—. Y me temo que no puedo estar de pie mucho tiempo.

—No faltaba más. Vaya a descansar.

—Gracias, jóvenes. Y si no les importa, cerraré con llave la puerta, aunque no creo que se nos cuele nadie, pero por si acaso...

—Claro, claro. Oiga, no le importa que miremos también arriba, ¿verdad? —Y el detective señala a la zona del coro.

—Por favor, claro que no. Descuide. Pueden ustedes mirar en cualquier lugar que deseen. Cualquier cosa que necesiten, no duden en llamar a la puerta de la sacristía. Y si necesitan revisarla, también, por supuesto.

—No creo que haga falta, pero gracias.

—Sea pues. Me quedo al servicio de ustedes mientras estén aquí.

—Se lo agradecemos —dice Iñigo e inclina la cabeza en señal de agradecimiento.

—Sí —añade Miren, sin demasiada convicción.

Mientras el cura camina hacia la entrada trasera para cerrarla con llave y después dirigirse a la sacristía, al otro lado de la iglesia, Miren y el inspector hacen tiempo y se ponen a buscar entre los bancos, haciendo como que se susurran, de vez en cuando, el uno al otro. El tiempo que se demora el sacerdote en recorrer esa distancia, con su cojera, es tan dilatado que la joven empieza a desesperarse. Por suerte, un sonido de una puerta cerrándose les indica que el párroco ya se ha encerrado en la sacristía.

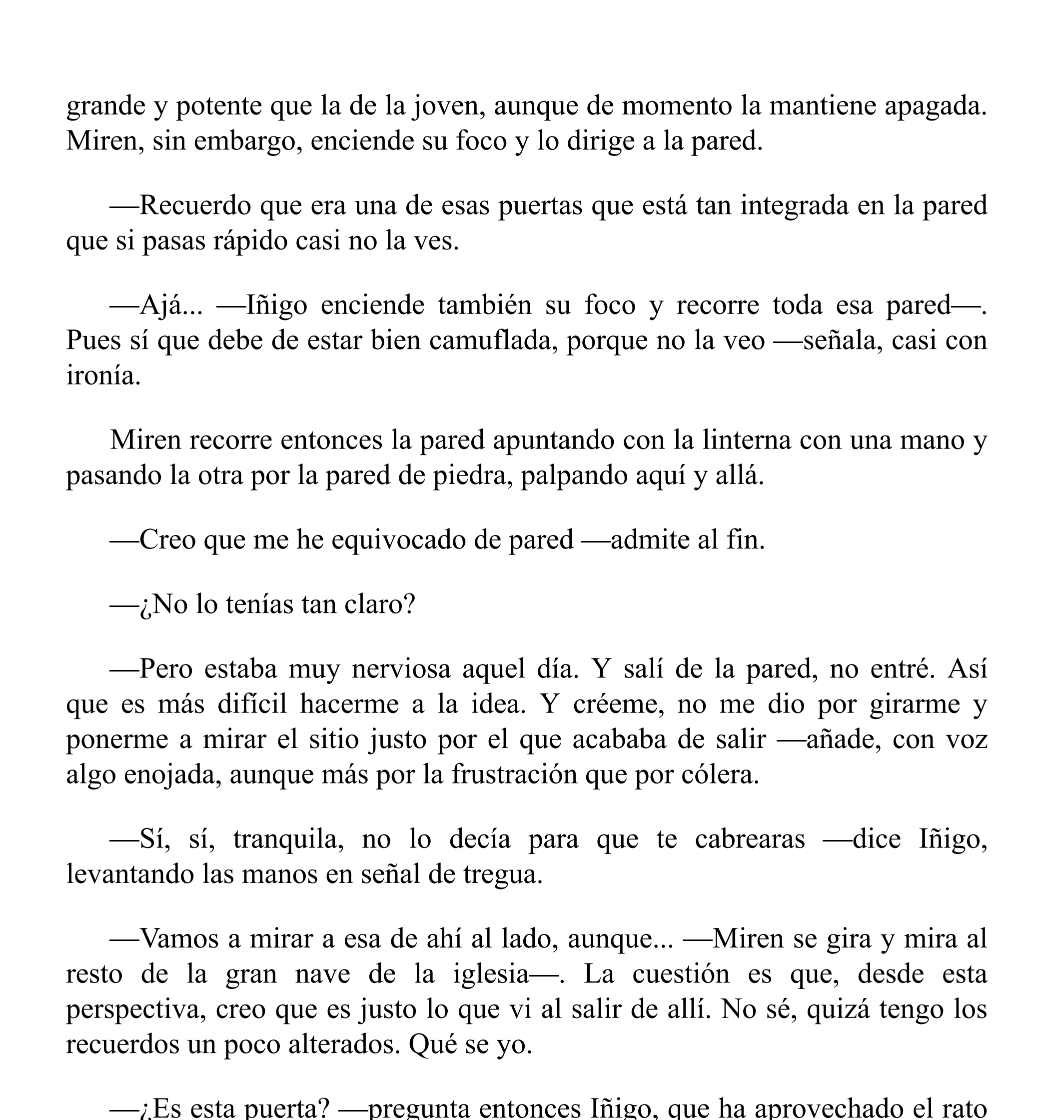
Una vez escuchado ese sonido, Iñigo mira fijamente a la joven y le hace una señal con los ojos que claramente quiere decir que tienen vía libre para empezar con la misión que les ha llevado hasta allí. Ella no pierde un instante y se dirige directamente al lugar donde recuerda perfectamente que está la puerta por la que, en aquella ocasión, salió a la iglesia en la que se encuentran.

Llegan a la pared que contiene la puerta, pero a primera vista, no la ve.

—¿Ocurre algo? —pregunta el detective, al ver la cara de sorpresa de su compañera.

—No, nada. Pero es que no se ve nada —responde ella, y saca de un bolsillo de su chubasquero una pequeña linterna.

Iñigo se quita la mochila de los hombros y saca una linterna bastante más



grande y potente que la de la joven, aunque de momento la mantiene apagada. Miren, sin embargo, enciende su foco y lo dirige a la pared.

—Recuerdo que era una de esas puertas que está tan integrada en la pared que si pasas rápido casi no la ves.

—Ajá... —Iñigo enciende también su foco y recorre toda esa pared—. Pues sí que debe de estar bien camuflada, porque no la veo —señala, casi con ironía.

Miren recorre entonces la pared apuntando con la linterna con una mano y pasando la otra por la pared de piedra, palpando aquí y allá.

—Creo que me he equivocado de pared —admite al fin.

—¿No lo tenías tan claro?

—Pero estaba muy nerviosa aquel día. Y salí de la pared, no entré. Así que es más difícil hacerme a la idea. Y créeme, no me dio por girarme y ponerme a mirar el sitio justo por el que acababa de salir —añade, con voz algo enojada, aunque más por la frustración que por cólera.

—Sí, sí, tranquila, no lo decía para que te cabrearas —dice Iñigo, levantando las manos en señal de tregua.

—Vamos a mirar a esa de ahí al lado, aunque... —Miren se gira y mira al resto de la gran nave de la iglesia—. La cuestión es que, desde esta perspectiva, creo que es justo lo que vi al salir de allí. No sé, quizá tengo los recuerdos un poco alterados. Qué se yo.

—¿Es esta puerta? —pregunta entonces Iñigo, que ha aprovechado el rato que Miren estaba haciendo cálculos visuales con sus recuerdos para mirar más allá.

—¡Sí! —exclama Miren sin girarse, quizá en un tono más alto de lo debido, pues retumba por toda la nave.

Y se da la vuelta, muy animada, y va corriendo a la altura de Iñigo, que está a varios metros, apuntando con el foco de la linterna a la pared.

—Espera —dice ella.



—¿Qué?

La puerta que ve Miren es de madera oscura, pero la que ella recuerda era de un color muy similar al de la pared. Además, se da la vuelta y la perspectiva de la iglesia que observa no le suena.

—Creo que no es esta puerta, ¿eh?

—¿Seguro?

—Segurísima.

—Bueno, vamos a ver qué hay detrás.

El inspector abre la puerta y ve que, al otro lado, hay unas escaleras de caracol que suben.

—Ah, pues no creo que sea esto, ¿no? —admite el chico.

—¡Ya te he dicho que no! La puerta tiene que estar por la zona que hemos mirado antes.

—¡Pero si ahí no hay nada!

—Pues vamos a mirar otra vez...

En esa ocasión, hacen un registro más amplio, recorriendo más metros. Pasan los minutos así, recorriendo con las linternas y las manos las mismas paredes una y otra vez.

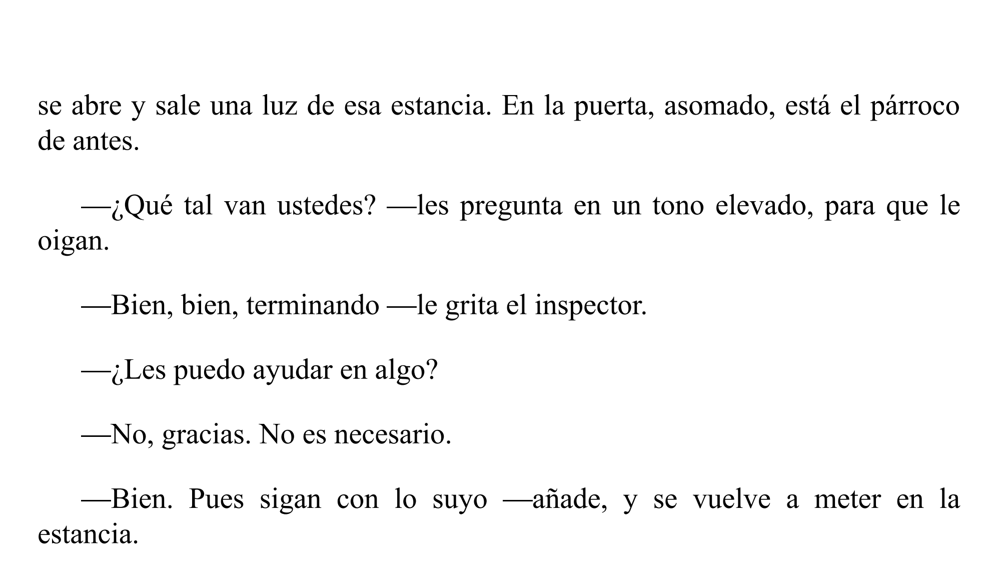
—¡No puede ser! —exclama Miren, derrotada, sentándose en el banco más cercano—. Pero si yo salí de ahí. —Señala una zona de la pared con el dedo índice.

Iñigo Irigoyen no dice nada, pero se acerca y echa un último vistazo a la parte que señala su compañera; hasta le da unos golpecitos con los nudillos de su mano derecha.

—Esto es piedra, Miren. Aquí no hay nada.

—Pero...

En ese momento, escuchan un crujido de madera. La puerta de la sacristía



se abre y sale una luz de esa estancia. En la puerta, asomado, está el párroco de antes.

—¿Qué tal van ustedes? —les pregunta en un tono elevado, para que le oigan.

—Bien, bien, terminando —le grita el inspector.

—¿Les puedo ayudar en algo?

—No, gracias. No es necesario.

—Bien. Pues sigan con lo suyo —añade, y se vuelve a meter en la estancia.

Al cerrar la puerta, pierden esa fuente de luz y a Miren la iglesia le parece incluso más oscura de lo que era antes de que el sacerdote abriera la puerta.

—Nos tenemos que ir, Miren —comenta Iñigo, desde su posición, de pie frente a la pared—. Aquí no vamos a encontrar nada más.

La joven tarda unos segundos en responder. Su frustración está llevándola al límite, pero no quiere ponerse a gritar. Sabe que siente una fuerte desesperación, pero prefiere morderse la lengua. Ya se desahogará cuando llegue a casa.

—Sí, tienes razón. Vámonos.

Y sin decir nada más, se levanta del banco y se dirige a la salida.

—Espera. Tendremos que avisar al hombre este de que nos vamos —se percata Iñigo.

—Hazlo tú, por favor —le pide ella, y sigue su camino hacia la calle.

XXI

2 de agosto de 1893

Hoy ha vuelto a producirse otra reunión, de esas que llamo secretas, en el palacio. Y además, nunca había visto a tantos hombres al mismo tiempo en una de estas reuniones. Serían más de una docena. Como no podría ser de otro modo, yo me he tenido que quedar fuera. Pero esta vez, y me da igual quedar como una chismosa, he pegado mi oreja a las puertas de roble. Por desgracia, son tan anchas que he podido entender más bien poco.

Pero me ha parecido que estaban decidiendo cosas sobre políticos. Me ha parecido oír a la Reina quejarse de Cánovas. Creo que es un ministro importante o algo así, que llegó a ser presidente y se supone que lo volverá a ser en poco tiempo. Más de una vez he oído a Su Majestad quejarse amargamente de ese hombre. No tienen buena relación. Pero lo que me ha parecido oír no me lo puedo creer aún. Me parece que la Reina no solo se quejaba de ese hombre y despotricaba sobre él, sino que la palabra asesinato, podría jurarlo, se ha pronunciado. Quiero creer que he escuchado mal.

Pero también diré una cosa más: no sé quién es esa gente con la que se reúne Su Majestad, pero no me gusta. Me dan bastante miedo, por mucho que, cuando entran y salen, me saludan con sonrisas y se levantan el sombrero. El individuo de la mirada agresiva no está, o yo al menos no le he vuelto a ver, pero hay otros con aspecto aún peor.

Además, no la llaman Su Majestad, ni mi Reina, ni mi señora, ni siquiera María Cristina. Esos hombres la llaman Bella Easo. ¿Qué significa eso?

26

Al salir de la iglesia, Miren respira todo el aire que puede, como si dentro el ambiente fuera irrespirable, y eso que no estaba especialmente cargado o viciado. No contenta con ello, prefiere abandonar también el espacio que queda dentro de la cancela. Se sienta en la parte exterior del pretil sobre el que se levanta la verja de metal, de no más de dos metros y medio de altura. En cuanto toma asiento siente la humedad en sus nalgas, pero no le importa. Mojarse las posaderas es lo que menos le preocupa en ese momento. Por más vueltas que le dé, es incapaz de encontrar una explicación a lo que acaba de ocurrir. Se siente impotente y realmente estúpida.

A los pocos minutos de haberse sentado allí, escucha a su espalda el sonido de una puerta que se abre. Unos segundos después, por el rabillo del ojo, observa cómo el inspector sale por la puerta metálica de la cancela. No se sienta junto a ella, pero se queda de brazos cruzados, de pie junto a la joven, mirando en dirección contraria a lo que ella mira, es decir, a la fachada de la Iglesia de San Vicente.

—Le he dicho al cura que te has encontrado un poco mareada y que por eso te has ido tan rápido. Y sin despedirte ni dar las gracias.

—Me da igual —responde, ofuscada, sin levantar la vista.

—Ya veo. ¿Se puede saber qué te pasa?

Esta vez sí, le observa fijamente y le lanza una mirada dura, casi con odio.

—¿Cómo que qué me pasa...?

—Antes de que...

—Es obvio lo que me pasa —le interrumpe Miren—. Te juro que esa puerta estaba ahí. Bueno, que no tengo por qué jurarte nada. Yo sé que estaba ahí y que ahora no está. Punto.

—¿Y no puede haber sido un error? No hemos llegado a mirar en la pared opuesta...

—Ni falta que hace. Sé dónde estaba la puerta. Más o menos.

—Más o menos, tú lo has dicho.

—Pero sé que era allí. Por esa zona. Cuando me caí de rodillas, en ese sitio, levanté la cabeza y recuerdo perfectamente que la salida trasera quedaba a mi derecha, y el altar a la izquierda.

—¿Seguro?

Miren necesita un instante para pensar, para recordar. Pero aunque por una fracción de segundo duda de sí misma, se rehace al instante.

—Estoy segura al cien por cien. Fue hace solo unos meses, no hace treinta años.

—Está bien, está bien. Como digas. Pero ahí no había nada —añade, volviendo a fijar la vista en el vetusto edificio.

La joven empieza a pensar que el chico no la cree, que incluso la está empezando a tomar por una loca. «Puede que ahora mismo se esté arrepintiendo por haber confiado en mí hasta ahora», reflexiona. Por lo tanto, prefiere volver a un tono más conciliador.

—Mira, no sé lo que ha pasado, pero conociendo a esa gente, es capaz de cualquier cosa.

—Lo investigaré yo también, Miren, es lo único que te puedo decir —el inspector también recupera un tono más comedido, más dialogante—. Pero también sé, porque me ha pasado otras veces, que hay varias explicaciones posibles, y que no podemos descartar la que te voy a sugerir. Y no quiero que te lo tomes a mal.

—A ver... —Miren suelta un quejido entre dientes.

—Estoy seguro de que si le preguntase por lo que ha pasado a alguno de los psiquiatras forenses con los que he trabajado en Madrid, me dirían algo así como que, tras un fuerte trauma, hay veces en las que la mente, de alguna manera, trastoca los recuerdos reales, los transforma.

—No es mi caso —responde Miren, con seguridad—. Yo sé lo que vi.

—No te digo que no, y no estoy insinuando que te lo hayas inventado. Ya te conozco lo suficiente para saber que eres muy sincera.

—¿Entonces?

—¿Y si tu mente ha alterado algún recuerdo? Como si fuera el recuerdo de un sueño. Ya sabes. A veces, en sueños, viajamos a sitios que conocemos, pero de repente vemos algo que no es como es. ¿Sabes lo que te quiero decir? De repente, en mitad del sueño, te das cuenta de que hay algo que no encaja, y entonces te despiertas, porque es como si la mente te estuviera alertando de que estás soñando.

—Sí, conozco esa sensación.

—A veces es una persona que ya ha muerto pero está ahí en el sueño. O gente que es casi imposible unir en un mismo sitio, pero en el sueño están todos y se conocen entre ellos. Pero a veces también puede ser algo más, como si estás soñando que paseas por Nueva York, pero te topas de frente con la Torre Eiffel, y te saltan las alarmas. ¿Por qué el sueño la ha puesto ahí? ¿Es algún tipo de fallo de nuestra mente arquitecta al idear los escenarios de los sueños?

—Pues no lo sé, y me parece interesante, no te digo que no. —No le parece el momento para reflexionar sobre esas cosas pero no quiere parecer descortés—. Pero lo mío no es un sueño, es un recuerdo real.

—Lo que quiero que entiendas es que el mecanismo que crea escenarios oníricos no es tan diferente del que los vuelve a crear cada vez que queremos invocar un recuerdo real. Y por eso, cada vez que lo queremos recordar hay cositas que se van cambiando cada vez. Eso me explicó un amigo mío psiquiatra. Y puede ser que a ti te haya pasado algo así. Sobre todo debido al trauma que tienes. Quizá algún recuerdo se te ha alterado.

—O pueden haber levantado un muro donde antes había una puerta.

Iñigo se calla lo que ha estado a punto de decir y hace una pequeña pausa antes de proseguir:

—No te digo que no. También podría ser —añade con cierta condescendencia, que Miren percibe—. Investigaré si alguien sabe o ha visto algún tipo de obra aquí, en esta iglesia, estas últimas semanas. O algún movimiento que pudiera ocultar una obra encubierta.

Miren suelta una carcajada breve y amarga.

—¡Sí, como que te vas a enterar! Está claro que no sabes con quién te enfrentas. Esa gente fue capaz de aprovechar la reconstrucción de la ciudad, en el siglo XIX, después de las guerras napoleónicas, para crear un entramado de túneles bajo la ciudad sin que nadie ajeno a su organización se enterase. ¿Crees que no serían capaces de tapiar una puerta y que no se note?

—Pero vamos a ver, Miren. Las puertas no aparecen y desaparecen porque sí. Y menos en un sitio tan concurrido como este, que no es precisamente una cabaña en el monte. Alguien ha tenido que darse cuenta de que hay una puerta que falta. ¿No crees?

—Me imagino.

—¿Sabes por qué he tardado tanto en venir ahora?

—No lo sé. Te estaría dando la chapa ese cura, me imagino.

—Pues no. Le he preguntado si en esa pared había una puerta, y se la he señalado perfectamente para que no hubiera duda de a cuál me estaba refiriendo.

Miren se pone tensa.

—¿Y qué te ha dicho?

Iñigo Irigoyen mira fijamente a la joven a los ojos.

—Que nunca ha habido una puerta allí...

Miren se queda sin habla. Tarda unos segundos en reaccionar y, cuando lo hace, no habla desde la ira, sino desde la incomprensión, con lentitud y un tono bajo y sosegado.

—Es imposible. ¡Claro que había una puerta! Yo salí de alguna parte. Eso es evidente.

—¿Seguro que era esta iglesia y no la de Santa María?

La joven le mira con ironía, pero el chico insiste:

—¿Qué? Yo de pequeño las solía confundir.

—Solo lo diré una vez. Estoy segura de que era esta iglesia.

—Está bien. Pues ya me dirás.

—Ese cura miente —afirma, con odio.

El inspector, tras ver la reacción de Miren, continúa:

—El sacerdote me ha dicho que no le suena que hubiera una puerta allí, y eso que conoce bien la iglesia, según me ha dicho. Le he preguntado si se ha podido tapiar alguna puerta alguna vez. Me ha dicho que sí, y que también se han abierto puertas en otros puntos. Al fin y al cabo, es una iglesia muy vieja y se han hecho un montón de virguerías en su historia.

—Lo que tú quieras, Iñigo. Si no lo quieres ver, no es mi problema.

—Pero ¿qué quieres que vea? No te ofendas, Miren, pero necesito más certezas que tu palabra. Todo apunta a que en esto puedes estar equivocada. Y no quiero que pienses que no te entiendo. Al contrario, entiendo que creas en tu versión. Pero ponte en mi lugar. ¿Tú me creerías si yo te contara esto?

—No lo sé. Si confiara en ti, seguramente sí.

Iñigo hace una pausa.

—Pues te equivocarías. No se pueden dar esas cosas por hecho solo porque confíes en alguien. Deberías saberlo ya. Y yo ya te he dicho que puede haber una explicación plausible a eso; al recuerdo que tienes de este lugar, que puede haberse alterado...

—Iñigo —Miren le interrumpe, sin gritar pero con la mirada severa—. Ya está. No quiero hablar más del tema.

—Como veas. Y, de todas formas, tampoco me parece tan grave. Ya te dije que lo más probable es que, aun encontrando una entrada al complejo de túneles, a los pocos metros estuviera la galería derrumbada.

—Sí, sí. Tienes razón.

Miren se levanta y le dedica una sonrisa forzada a Iñigo, quien, por su expresión, es evidente que no se ha creído su sinceridad. Pero no añade nada más, y ambos enfilan de nuevo la Calle Narrica, pero en dirección inversa:

hacia el Boulevard. Cuando no han llegado a completar ni la mitad de la longitud de la calle, comienza a chispear. Miren se dispone a abrir el paraguas pero se da cuenta de que no lo tiene encima. Suelta un bufido de frustración. Se lo ha debido de dejar olvidado en el interior de San Vicente, seguramente en el banco en el que se sentó tras no dar crédito a lo que veía.

Iñigo Irigoyen abre su paraguas y, como es muy amplio, da un paso a su izquierda para acercarse más a Miren, y poder protegerla de la lluvia.

—No hace falta, gracias —le dice ella, sin mirarle.

—¿Te has olvidado el paraguas allí? —pregunta, con sorna.

De reojo, Miren observa cómo se le dibuja una sonrisa divertida en el rostro; uno de esos raros acontecimientos en él, que a ella le conste. «Lo cierto es que», reflexiona, con cierta rabia, «cuando sonríe es realmente guapo. Debería sonreír más a menudo».

—¿Quieres que volvamos allí? —pregunta él, siguiendo con la broma, pues sabe de antemano cuál va a ser su respuesta.

—Creo que no voy a querer volver allí en la vida.

Por la breve carcajada, está claro que Iñigo está intentando relajar la tensión del ambiente, y eso Miren, en el fondo, lo agradece, pero pese a ello no acompaña la breve carcajada de Iñigo con la suya. Ella sigue ofuscada y confusa a partes iguales.

Ambos se quedan en silencio hasta que llegan al final de la calle, que sale al Boulevard.

—¿Quieres que te acerque a casa?

—No, no, gracias. Tengo autobuses de sobra.

—¿Seguro?

—Sí, sí —responde Miren, echando a andar hacia la parada del autobús, saliendo de la protección del paraguas hacia la lluvia. Antes de marcharse definitivamente, se gira para despedirse—. Ya hablaremos, Iñigo. Y gracias por haber venido.

—No es nada. De verdad... —añade el inspector, algo confuso por la impetuosa espantada de la joven.

Pese a que la lluvia en ese momento es bastante copiosa, Miren no hace ningún esfuerzo por correr al abrigo de alguno de los plátanos de sombra de la alameda, bajo los que un nutrido grupo de personas se resguarda de la lluvia. Varias de esas personas echan miradas de soslayo y confusión hacia Miren cuando esta pasa por delante de ellos, a varios metros, bajo la lluvia y sin paraguas, pero sin ninguna prisa por evitar mojarse. Ella observa esas miradas con el rabillo del ojo, pero le son indiferentes. De hecho, no le importa mojarse. No es la primera vez que le da por pasear bajo la lluvia sin paraguas. Esa sensación de sentir el agua cayendo por su pelo y resbalando después hasta los pies le gusta, y le ayuda a pensar, o incluso a animarse cuando las cosas no van bien. Además, el chubasquero que lleva ayudará a conservar la ropa de debajo seca durante más tiempo, por lo que no tiene miedo de cogerse un resfriado, aunque es probable que le ocurra. No le importa.

Se dirige a la parada del autobús y espera de pie a que este llegue. En ese momento, ya quieta bajo la marquesina, empieza a sentir el frío y la humedad que calan hasta los huesos. Por suerte, el autobús llega en menos de diez minutos y en su interior el ambiente es bastante más benigno.

Llega a casa y sus padres están en la sala, con la luz apagada pero la televisión encendida, a tenor de esas parpadeantes y cambiantes luces que le llegan hasta el vestíbulo a través del cristal ahumado de la puerta, que separa el pasillo de la sala.

Pese a estar chorreando agua y querer llegar al baño lo antes posible, abre la puerta con cuidado para saludar a sus padres, tragando saliva para la más que probable bronca que le va a caer por parte de su madre cuando la vea así: «¿Pero cómo se te ocurre llegar de esta guisa? ¡Estás calada! ¿Es que no te has acordado de llevar paraguas? ¿Que lo has perdido? Pero ¿dónde tienes la cabeza?», y cosas así espera oír, cosa que, por otra parte, ya estaba habituada a escuchar durante su adolescencia. Al fin y al cabo, entre su gusto por pasear, en ocasiones, mojándose bajo la lluvia y su singular habilidad para perder paraguas, en ocasiones su madre acababa desesperada con ella.

Cuando Miren mete medio cuerpo, con sigilo, en la sala, observa que sus dos padres están dormidos, y por los ruidos que hacen, bastante profundamente, además. La joven sonríe levemente y piensa que, al menos, ha tenido un golpe de suerte, que no es poca cosa para el día que lleva.

Por tanto, tiene vía libre para ir al baño. Una vez dentro, cierra el pestillo, por si acaso, y se va desnudando, dejando toda la ropa mojada sobre el bidé. Lo cierto es que, con o sin chubasquero, «habría llegado con la ropa igual de calada», piensa mientras se va quitando capas de ropa y comprueba que tiene mojada hasta la ropa interior.

«Si hay algo más placentero que pasear bajo la lluvia», reflexiona, «es darse una duchita caliente justo al llegar a casa». Así pues, se mete en la bañera y disfruta de una larga y reparadora ducha caliente.

Después de muchos minutos, sale al fin del baño y se dirige a su habitación enfundada en una toalla, y habiendo dejado la ropa mojada directamente en el interior del tambor de la lavadora.

Al llegar a su habitación mira el móvil, que durante su viaje en autobús ni siquiera había sacado del bolsillo. Pese a tener un poco húmeda la pantalla, no parece haber sufrido ningún desperfecto. Seca el dispositivo con una punta de la toalla y se pone a revisar sus mensajes. Tiene uno de Leire, proponiéndole un plan para ese mismo domingo.

—¡Me apunto! —le escribe sin dudarlo, y con sinceras ganas de ir con su amiga y desconectar de todo.

XXII

29 de agosto de 1894

El verano llega a su fin. No sé si hago bien o mal, pero he preferido no estar pendiente de ese «secreto» de Su Majestad y disfrutar todo lo posible de mi estancia en mi querida ciudad. No sé en qué estará metida, ni quiero saberlo. Como decía mi madre: «Ver, oír y callar, recias cosas son de obrar».

* * *

10 de julio de 1895

Debería estar en San Sebastián, pero la Reina ha decidido que no vaya a causa de esta cosita que está creciendo en mis entrañas. Me da mucha pena, pero no está siendo un embarazo fácil y sé que es lo mejor. Además, Joxe Mari está aquí, así que siempre siento como si una parte de nuestra tierra estuviera aquí conmigo. El año que viene volveré allí, ¡y lo haré con nueva compañía, además!

* * *

25 de junio de 1896

Pues ya estoy otra vez en San Sebastián. Y sola. Bueno, no está bien decir eso. Joxe Mari está conmigo. Pero habría sido tan bonito que la niña hubiera estado aquí... Mi pobre niña, que no pudo ver la luz del sol. Joxe Mari quiere que lo volvamos a intentar. Cree que es la mejor manera de que supere esta pena tan grande de una vez por todas. Pero yo siempre le digo lo mismo, que no estoy preparada. Quizá los aires del Norte me curen el alma. ¡Ojalá!

27

Pasa el fin de semana, que ha sido verdaderamente entretenido y hasta divertido para Miren, y llega el miércoles de la semana siguiente sin ninguna novedad que resaltar, salvo que ha enviado varios currículos, pues tiene ganas de reincorporarse cuanto antes al mercado laboral, y no solo por el dinero, claro, pese a su maltrecha economía. Necesita mantener la mente entretenida y poder agotar al cuerpo con alguna actividad nueva. También sopesa apuntarse al Gudafit, un gimnasio que han abierto recientemente en el barrio de Gros y al que acude Leire, quien se lo ha recomendado, puesto que, según ella: «Está muy chulo y es superbarato para lo que tiene. Merece la pena, tía».

Esa noche del miércoles, después de cenar con sus padres, mira el móvil y ve que en algún momento durante la cena ha recibido una llamada de un número que no conoce. No ha escuchado la llamada porque Miren tiene la costumbre de llevar el móvil en el modo vibración, y además lo había dejado sobre la mesa de la sala. La joven sopesa si devolverle la llamada a ese número o no. Generalmente, en ese tipo de casos no suele hacerlo, puesto que muchas veces suelen ser llamadas de teleoperadores intentando que te cambies de compañía telefónica por alguna oferta que no viene al caso. Pero ese número empieza por seis, y aunque eso no signifique que no sea una llamada de publicidad de alguna multinacional, se fía más, por lo que, sin mucha curiosidad, llama a ese número.

Después de seis tonos, contesta una voz masculina, con tono bajo y apagado:

—¿Miren?

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Soy yo. Fran.

A Miren casi se le cae el dispositivo de la mano del tembleque repentino que le sobreviene. Se rehace al instante y contesta, cogiendo el móvil con la mano derecha y agarrándose a su vez la muñeca derecha con la mano izquierda.

—Fran. ¡Qué sorpresa! ¿Desde qué número me llamas?

—Oh, es que me han recomendado que cambie de número. Al menos por

el momento.

La voz del profesor suena un poco más potente cuanto más habla. Miren imagina que debía llevar horas sin hablar para que la voz le sonara así. «Quizá le he pillado durmiendo», piensa.

—¿Y eso?

—Por seguridad. Ya les he dicho que no creo que quien me secuestró vuelva a por mí, pero... No me han hecho caso. Ah, y que tengo que extremar precauciones.

—¿Cómo cuáles?

—Por ejemplo, cambiar de casa, puesto que me secuestraron en mi casa. Como a ti en la tuya en enero, ¿verdad?

—Eso es. Pero ya dejé el piso. Ahora vivo con mis padres. Otra vez.

—Ah, qué bien. ¿También te lo recomendaron los polis?

—Bueno. La verdad es que no.

Miren podría contarles las verdaderas razones de haberse ido de allí, pero no lo considera interesante para contar por teléfono. Quizá en otro momento, en alguna conversación más distendida, «si se diera el caso».

—Da igual. Estarás más segura con ellos.

—Ya...

«¡Qué perra le ha dado a este con la seguridad!», piensa ella. Aunque le viene a la mente un pensamiento que podría explicar ese exceso de celo, tan poco propio en él: a ella la secuestraron una vez, en su casa, la tarde del 19 de enero. Pero a Fran le han secuestrado ya dos veces, y la segunda, además, sufrió varias semanas de encierro, con las consecuencias que ella misma presenció en la Torre Satrústegui y luego en el hospital, sin contar las secuelas en su salud mental. «Bueno, eso si sus secuestros son reales...».

—¿Miren?

—¿El qué, dime?

—Te preguntaba que qué tal estás.

—Ah. —Quizá había oído la pregunta, pero no la había escuchado—. Bueno, bien. Tirando. ¿Y tú?

—No sé. Mejor, creo.

—Por cierto, no me has dicho donde vives ahora.

—En casa de mi abuela. Me han recomendado que no diga dónde es.

«Vaya, pues yo sí lo sé»; piensa ella.

—Ah, qué bien. ¿Entonces estás bien?

—No sé. Es todo un poco raro.

—Ya te acostumbrarás.

—Miren, ya sé que quizá sea una locura, y que no debería meterte en un embolado así.

Miren se pone tensa.

—¿De qué se trata?

—Es que me gustaría que charláramos. Entiendo que no quieras, ¿eh? Después de todo esto. Y puede que tampoco fuera seguro para ti...

—Iré —le interrumpe ella.

—¿De verdad?

—Pues claro.

—Es que además de todo, para qué te voy a mentir, me aburro bastante. Mi abuela está encantada con que viva con ella, pero la pobre se pasa casi todo el tiempo dormitando o viendo la tele. Y necesito hablar con alguien en quien confíe.

—Claro, claro.

—Además... Bueno, prefiero contártelo en persona.

—¿El qué? Perdona. No he dicho nada. —Escucha una ligera risa al otro lado del auricular—. Como quieras. ¿Cuándo te viene bien?

—Yo tengo libre todo el tiempo del mundo. ¿Cuándo te viene bien a ti?

—¿Mañana a la mañana?

—Claro. ¿A las diez? Te invito a desayunar. Tenemos jardín y todo, no te creas —añade en tono jocoso, con una risita nerviosa.

Miren abre la boca para decir «ya», pero se contiene a tiempo. En momentos como ese, se alegra de estar hablando por teléfono.

—¡Qué bien! Pues ya me has convencido. Hasta mañana.

En cuanto cuelga el teléfono, a Miren le vienen a la mente las palabras que el detective Irigoyen pronunciara unos días atrás sobre qué hacer cuando Fran contactara con ella: «Házmelo saber cuando así sea y decidiremos qué hacer después». Esas palabras resuenan en su cabeza, con la voz grave del inspector.

Sin embargo, no tiene ninguna intención de escribirle al detective con esa información, y menos después de lo que pasó en San Vicente. En un primer momento comprendió su postura, pues reconoció al instante que su versión era muy difícil de sostener. No obstante, está segura de que Fran Casanueva sí que la habría creído, y la hubiera apoyado del todo. «Claro, también es cierto que Fran estuvo conmigo desde el principio, y vivió casi todo a mi lado», piensa Miren, y por tanto «él mejor que nadie sabría entenderme y sabría ver más allá de las apariencias, hasta entender desde el primer momento que en todo ello hay un trasfondo muy oscuro».

Además, reflexiona Miren, «si se lo cuento a Iñigo, no solo sería una traición a Fran, es que además sé perfectamente lo que diría: "Intenta sonsacarle esto y lo otro, pero que no se note, tú ve acercándote al tema poco a poco"», la voz del detective vuelve a resonar en su cabeza, aunque ahora sean frases creadas por la imaginación de Miren. «Y por supuesto, también me dirá: "Y luego cuéntamelo todo con detalle"».

Toma la decisión al instante: no le contará nada a Iñigo. No, al menos, hasta después de su visita a la casa de la abuela de Fran. Y después, «depende de lo que me diga, sabré si merece la pena contárselo a Iñigo o no», concluye.

Cuando empieza a hacer planes sobre qué transporte coger para ir a esa

casa a la mañana siguiente, y a qué hora salir de la suya, se da cuenta de que, que ella recuerde, Fran en ningún momento le ha explicado dónde está su nueva vivienda. «Si llego a aparecer ahí mañana, así sin más, a Fran le da algo», piensa. Aunque, evidentemente, en algún momento tendrá que contárselo, entre otras cosas porque su abuela también la conoce. De todas formas, no está segura de si aquella amable anciana la recordaría. «Bueno, se lo contaré todo de todas formas».

Al día siguiente, a eso de las nueve de la mañana, Miren envía un mensaje de voz a Fran para pedirle la dirección de su nueva casa. Tras pedirle perdón por su «despiste», el profesor le envía la dirección por escrito. «Se ve que no le gusta la herramienta de ubicación real», piensa ella.

Sale a la hora que a la noche anterior ya había previsto, y a los veinte minutos de caminata, no especialmente intensa, ya está a muy pocos metros de la casa de la abuela de su antiguo profesor, en la Ciudad Jardín del barrio de Loiola.

Miren llega directamente hasta la casa sin mirar la dirección en el móvil y llama al timbre. Todavía no han dado las diez. Fran descuelga el telefonillo y la puerta se abre automáticamente. Al subir los peldaños del pórtico, el hombre le abre la puerta, pero no llega a salir al porche de piedra.

—¡Pasa, pasa! —le invita, con una sonrisa.

Para su alegría, observa que Fran tiene mucha mejor cara que la última vez que le vio, durante aquella visita de extranjis y *express* en el hospital. Sus ojos ya no parecen tan hundidos y, aunque sigue algo más flaco que cuando le conoció, la sensación ya no es tan extrema. Además, su cara refleja una alegría genuina. Lo que sí que sigue llevando mal cuidado es el pelo: enredado y más largo que nunca, está pidiendo un corte a gritos, piensa Miren.

—¿Qué tal estás, Fran? —pregunta ella, tras separarse del abrazo.

—Bien, mejor.

—Oye, hay una cosa que tengo que decirte antes de nada...

Fran no le deja terminar de hablar.

—Pero ven, no te quedes en la puerta —la apremia, mientras empuja la puerta para cerrarla.

—Está bien.

Por suerte para Miren, ambos se dirigen a la cocina, que está al otro lado de la sala, donde Miren imagina que estará sentada la anciana, en el mismo sitio donde se sentó al poco de conocerla: justo enfrente del televisor. Para confirmar sus sospechas, Miren escucha la televisión de fondo, y teniendo en cuenta que Fran no es nada fan de ese aparato (salvo que haya cambiado mucho en los últimos tiempos, cosa que duda), se imagina que sin duda quien está viendo la televisión es su abuela.

Entran a una cocina de aspecto muy antiguo y avejentado, y ella se percata de que la primera vez que estuvo en esa casa no llegó a entrar en la cocina. Ambos se sientan en sendas sillas junto a una mesa de comedor bastante amplia. De hecho, la estancia entera es sumamente espaciosa. «Creo recordar que antes las cocinas se solían idear más grandes», piensa Miren mientras toma asiento.

—Si no te importa, desayunaremos aquí, ¿vale? —le propone el profesor.

—Claro —responde Miren, mientras mira la mesa, que ya tiene la vajilla y los cubiertos preparados.

—Es que mi abuela está en la sala. Pero no tengas miedo. Es un amor, ¿eh? —sonríe—. Te la presentaré más tarde. Pero prefiero que, de momento, nos quedemos aquí para que nos pongamos al día tú y yo. Ya habrá tiempo para presentaciones.

—Por supuesto.

En un par de minutos, Fran prepara la mesa y un copioso desayuno. Mete un par de gruesas tostadas en la tostadora, saca varias cosas de la nevera y lleva a la mesa algunos alimentos que estaban colocados sobre una de las encimeras. Ante Miren hay, para elegir: zumo de naranja recién exprimido y otro de melocotón, de bote, café y leche caliente, cacao en polvo, tostadas todavía sin tostar, mermeladas de varios sabores, mantequilla, frutas variadas, galletas de diferentes sabores y más cosas.

Cuando por fin Fran se sienta, Miren empieza a preguntar:

—¿Cuándo te han dado el alta?

—Hace un par de días. Pero no te he llamado antes porque no tenía tu

número. Bueno, ni tampoco el mío. Un ertzaina me trajo un móvil nuevo, con tarjeta prepago, ayer por la tarde. Por suerte, me acordé de tu número.

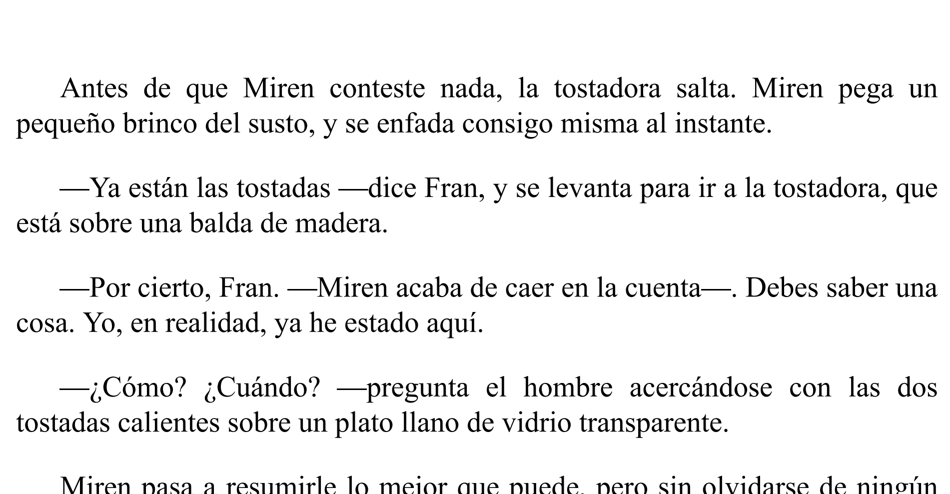
A veces a Miren se le olvida la increíble memoria que tiene ese hombre. Por lo menos a la hora de recordar cifras, fechas y cosas así. Con lo cual, piensa, «es paradójico que sufra de amnesia».

—Ah, qué bien. Pero también tendrías mi número apuntado en tu agenda aquella, ¿no? La que estaba llena de direcciones y números de teléfono.

—Qué va —Fran niega con la cabeza—. Me temo que es imposible. La Policía me ha dicho que cuando me secuestraron... En fin, también entraron en mi casa y me robaron bastantes cosas personales: el ordenador, cuadernos, agendas, ficheros... En fin, que no me queda casi nada. He perdido incluso un montón de cosas de la universidad.

—Ya lo siento...

—Bah, este tipo de situaciones te hacen valorar más tu vida que cualquier cosa material que puedas tener. Estoy vivo, que no es poco.



Antes de que Miren conteste nada, la tostadora salta. Miren pega un pequeño brinco del susto, y se enfada consigo misma al instante.

—Ya están las tostadas —dice Fran, y se levanta para ir a la tostadora, que está sobre una balda de madera.

—Por cierto, Fran. —Miren acaba de caer en la cuenta—. Debes saber una cosa. Yo, en realidad, ya he estado aquí.

—¿Cómo? ¿Cuándo? —pregunta el hombre acercándose con las dos tostadas calientes sobre un plato llano de vidrio transparente.

Miren pasa a resumirle lo mejor que puede, pero sin olvidarse de ningún detalle, su visita a esa casa tiempo atrás. Lo que sí hace deliberadamente es pasar por alto la figura del detective Iñigo Irigoyen, y omite la parte de la conversación en la que habla con el inspector de las sospechas sobre Fran.

Cuando acaba su relato, Fran tiene cara de sorprendido, pero no parece molesto, aunque sí un poco confuso, quizá.

—Vaya. Bueno, pues mira, algo bueno. Así ya no tengo que presentarte a mi abuela —comenta, para intentar quitarle hierro.

—Siento no habértelo contado antes. Es que ayer por teléfono, no sé, no me pareció el momento. Y en el hospital ni te cuento...

—Tranquila, Miren, no pasa nada. Lo entiendo —dice, y le da un generoso mordisco a una tostada con mantequilla y mermelada de frambuesa. Pone un gesto de haber disfrutado ese trozo como si de un manjar se tratase.

—Has recuperado el apetito, veo... —dice ella.

Fran asiente y deja la tostada sobre el plato.

—Y no es lo único que he recuperado.

Durante un par de segundos Miren no entiende la respuesta hasta que cae en la cuenta:

—¡La memoria! ¿Has recuperado la memoria?

—Bueno, no exactamente. Pero he empezado a recordar algunas cosas. El zulo en el que estaba, por ejemplo. Pero son como chispazos. No sé cómo explicarlo. No son imágenes coherentes y...

—Da igual. Pero la has recuperado.

—En parte, pero sí.

—¿Se lo has contado a alguien?

—No. Quería contártelo a ti primero.

—¿Se lo contarás a la Policía?

—Lo estoy dudando. No digo que haya gente válida dentro, como tu amigo el detective, pero no me fío un pelo.

—No me extraña. ¿Y recuerdas alguna cara? ¿O a alguno de tus captores?

—Pero de forma borrosa. Ahora, en alguno de esos momentos de lucidez en los que empiezo a recordar cosas, de repente veo a una mujer. Pero de piedra.

Miren tarda un segundo en responder.

—¿Una escultura?

—Sí, creo.

—¿De quién?

—La cuestión es que creo haberla visto antes. En alguna parte.

—¿Tienes ordenador? Vamos a buscarlo.

—No. Ya te dije que lo he perdido.

—Pues voy a por el mío a casa. Vivo en Amara, o sea, que voy y vengo en nada.

—¡Espera, Miren! No tenemos ninguna prisa.

Miren se relaja un poco en el asiento. Es verdad, y «tampoco es cuestión

de poner nervioso a Fran, y menos llevando tan poco tiempo en casa», reflexiona. Todavía seguirá débil, piensa. Por ello, esconde su emoción y pasa a hablar de otros temas, de muchos, durante un desayuno que se alarga más de lo habitual. Después, pasan a la sala y Fran le presenta a su abuela. Al principio, tal y como Miren sospechaba, la mujer no la reconoce, pero la trata con mucha amabilidad. No obstante, al sentarse ambos con ella en la sala y ponerse a charlar, la mujer acaba recordando quién es.

—¡Ah! ¡Niña! ¿Qué tal fue la fiesta de mi nieto?

—¿Qué fiesta? —pregunta Fran a su abuela.

—¡La fiesta, Fran! —le dice Miren, dándole un codazo—. Fue muy bien, Carmen. —La mujer se da por satisfecha y Miren aprovecha para susurrar a Fran en el oído—. Luego te lo explico, que se me ha olvidado contarte esa parte.

XXIII

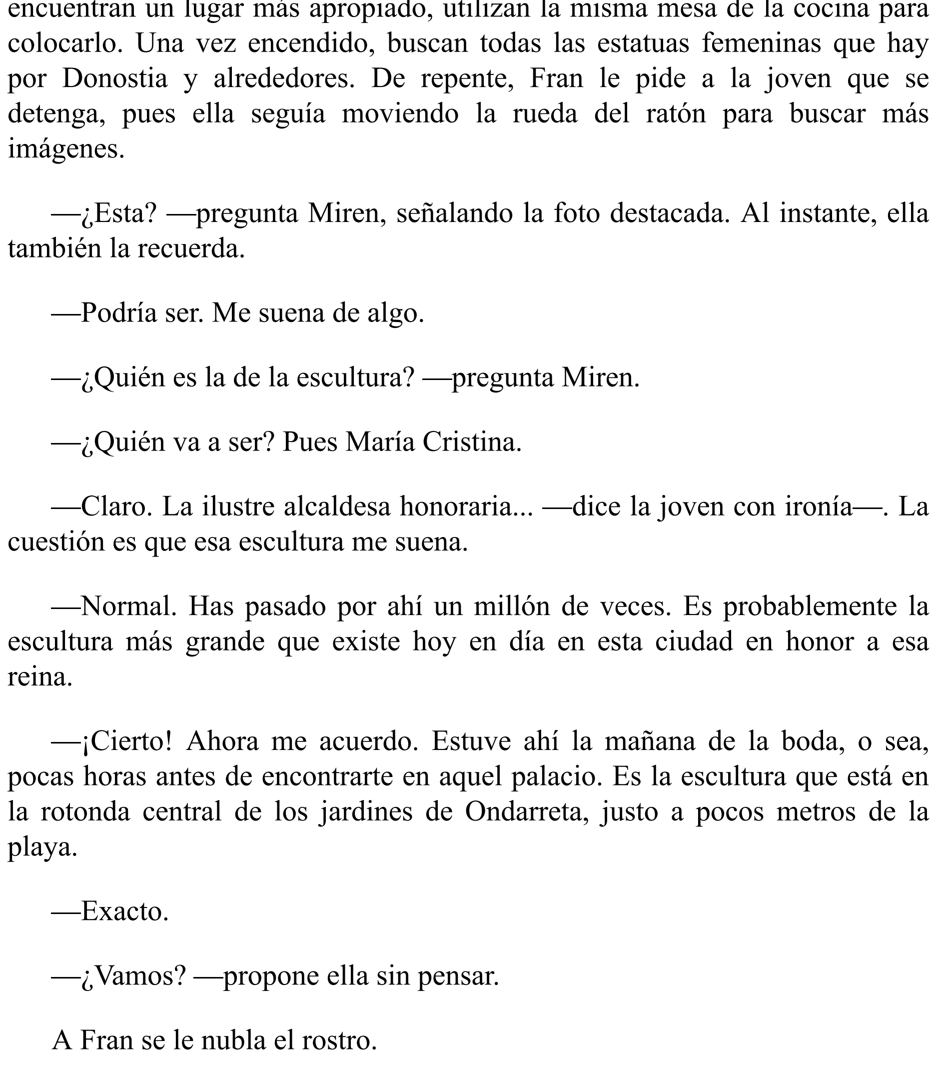
24 de agosto de 1897

La Reina hoy me ha vuelto a contar más cosas de esas reuniones, de esa Sociedad o lo que sea de la que es presidenta, o algo así. Aunque la Reina dice que ella, simplemente, es la Bella Easo. Yo no sé lo que significa eso, pero asiento sin más. Cuanto más sé de ese grupo, menos me gusta. Hoy me ha contado algo de unas sociedades gastronómicas que usan para captaciones y para tapar no sé qué cosas. Agradezco la confianza que la Reina deposita en mí como su confidente, pero la verdad es que le pediría no saber más.

Aunque no sé casi nada, en realidad, pero sí conozco lo suficiente para entender que son hombres muy poderosos que son capaces de cualquier cosa por ganar más poder. Y cuando digo cualquier cosa digo incluso matar. Todavía recuerdo cómo festejaron el día en que asesinaron a Cánovas del Castillo. Se les oía las risas a través de las gruesas puertas de roble. Y lo más raro es que se felicitaban por ello.

Lo único que conozco lo sé por las palabras, a veces incoherentes, que escucho a través de la puerta. Bueno, y también por lo poco que me cuenta la Reina, cosa que solo hace cuando está especialmente animada, enfadada o excitada. Creo que esos hombres le agradecen a la Reina varias cosas, según he podido deducir por lo que la Reina me ha dicho hoy. Pero, sobre todo, le agradecen que fuera capaz de poner orden y de elegir «un día» para su... En ese momento, se ha callado y solo ha dicho: «para sus cosas». No sé qué serán esas cosas, pero seguro que nada bueno.

Todo esto me repugna. Ojalá pudiera salir del servicio, pero ahora que vuelvo a estar embarazada, no creo que sea un bueno momento. Sobre eso, el médico me dice que este embarazo parece más sólido que el primero, y espera que llegue a buen puerto. ¡Dios lo quiera!



28

Esa misma tarde, tras una visita *express* a sus padres, Miren regresa a casa de la abuela de Fran, pero esta vez acompañada de su ordenador. Como no encuentran un lugar más apropiado, utilizan la misma mesa de la cocina para colocarlo. Una vez encendido, buscan todas las estatuas femeninas que hay por Donostia y alrededores. De repente, Fran le pide a la joven que se detenga, pues ella seguía moviendo la rueda del ratón para buscar más imágenes.

—¿Esta? —pregunta Miren, señalando la foto destacada. Al instante, ella también la recuerda.

—Podría ser. Me suena de algo.

—¿Quién es la de la escultura? —pregunta Miren.

—¿Quién va a ser? Pues María Cristina.

—Claro. La ilustre alcaldesa honoraria... —dice la joven con ironía—. La cuestión es que esa escultura me suena.

—Normal. Has pasado por ahí un millón de veces. Es probablemente la escultura más grande que existe hoy en día en esta ciudad en honor a esa reina.

—¡Cierto! Ahora me acuerdo. Estuve ahí la mañana de la boda, o sea, pocas horas antes de encontrarte en aquel palacio. Es la escultura que está en la rotonda central de los jardines de Ondarreta, justo a pocos metros de la playa.

—Exacto.

—¿Vamos? —propone ella sin pensar.

A Fran se le nubla el rostro.

—No estoy seguro, Miren. Se supone que no debería salir, o eso me dijeron.

—Pero ¿te han obligado a quedarte encerrado en casa?

—No, que yo sepa.

—¿Y los médicos qué dicen?

—Que podría empezar a dar paseos cortos.

—Bueno, pues eso vamos a hacer.

—Madre mía, Miren. Tú siempre con la misma energía.

La joven se siente un poco culpable por empujarle de ese modo.

—Bueno. No hace falta que vayamos hoy. La estatua no va a moverse del sitio...

—¡No es eso! Sí me apetece ir. ¡Una novedad, al fin! Sabía que sería buena idea llamarte. Lo único, ¿qué es lo que esperas encontrar ahí?

—No lo sé. Pero eres tú el que vio esa imagen en tu cabeza. Tiene que ser por algo. Quizá al llegar allí se desbloqueen otros recuerdos tuyos. Unos más nítidos.

—Está bien —acepta, sin convicción—. Eso podría ser.

Por tanto, y sin pensárselo mucho, se preparan (especialmente Fran, que estaba vestido con ropa holgada de estar por casa) y salen a la calle. Parece que al profesor le sienta bien el aire de la calle, o eso cree Miren, que no pierde ojo mientras caminan, pero intentando que este no se dé cuenta de su excesiva atención en él.

En realidad, lo único que siente diferente en él es su forma de caminar. Aparte de un ligero renqueo casi imperceptible, Fran anda más despacio de lo normal, cuando, según ella recuerda, siempre tuvo un paso vivo, pese a su aire de vagar siempre despistado y como en las nubes.

Llegan a la parada del autobús y esperan al de la línea 26. Después, se bajan en el mismo Boulevard y se adelantan caminando hasta la parada de los autobuses que llevan a la zona Oeste de la ciudad. Al principio, ella siente el ligero temor de Fran a estar entre la gente, pero en ningún momento comparte esa sensación de incomodidad con su antigua alumna, aunque esta así lo percibe.

El primer autobús que llega a la parada es, como era de esperar, el de la línea 5 que, en poco más de cinco minutos, les deja a unas pocas decenas de metros de la playa de Ondarreta. Todo el trayecto lo han hecho en silencio, pero ahora que se están acercando a los jardines sienten que pueden volver a cambiar impresiones.

—Hacía tiempo que no venía por aquí —comenta Fran, justo cuando doblan la esquina del último edificio antes de llegar a los jardines frente al mar y, por tanto, el que está en primera línea de playa.

De repente, el profesor se detiene en seco. Está mirando hacia arriba, a un lugar indeterminado del monte Igeldo. Miren, sin decir nada, sigue con la mirada el lugar que está mirando y deduce que, sin ningún género de dudas, lo que sus ojos contemplan con temor es el palacio de los Satrústegui.

—Es curioso pensar que, sin saberlo, estaba tan cerca de aquí —comenta Fran con voz queda.

—Nunca te lo he preguntado, pero ¿dónde creías que te encontrabas cuando estabas secuestrado?

—No lo recuerdo bien, pero ahora que lo pienso... No lo sé, pero seguro que pensaba que en algún lugar lejano. Ni por asomo que tendría esas vistas. O bueno, las habría tenido si en vez de en ese sótano húmedo hubiera estado en la *suite* mayor.

Fran retira la mirada de ese lugar que le da escalofríos y siguen caminando, ya dentro de los jardines hasta que, en un par de minutos, llegan paseando hasta la estatua de María Cristina, la que, tal y como Miren recuerda, observa impertérrita el mar y la bahía, con una expresión enigmática.

Después de observar durante más de un cuarto de hora, en silencio, la propia estatua de la reina, el pedestal sobre el que está subida, la inscripción de la misma e incluso la posición de las flores y plantas que rodean la escultura, la joven mira a su antiguo profesor, que sigue con la cara contraída por el esfuerzo mental y la concentración.

—¿Te ha venido ya algo? —pregunta, con timidez, la joven.

—Me temo que no. Nada de lo que hay aquí me dice absolutamente nada.

Y de verdad que, aunque soy más bien pesimista, creía que esto despertaría mis recuerdos, pero no.

—Bueno, ya que estamos aquí... —dice Miren.

—Ya que estamos aquí, ¿qué? —pregunta él, con la mente todavía en otra parte.

Sin responderle con palabras, la joven mira a los lados. No hay nadie alrededor en ese momento. Lo cierto es que el viento que sopla es bastante desapacible, especialmente en esa zona tan expuesta a los elementos. Por si fuera poco, el cielo está gris y, aunque en ese momento no llueve, todo parece indicar que en cualquier momento caerá un buen chaparrón. Y esa, probablemente, ha sido la causa por la que a esas horas de la tarde (no son más de las seis) haya tan poca gente paseando por esa zona. Por ello, cerciorada de que están a salvo de miradas indiscretas, Miren eleva un pie sobre la baja verja decorativa que rodea la rotonda y lo posa sobre la hierba del parterre.

—Pero Miren, ¿qué vas a hacer? —pregunta el profesor, nervioso.

—Será solo un momento —le intenta calmar Miren.

Los siguientes cinco minutos, Miren se los pasa palpando y tocando todas las partes del pedestal, buscando algún resquicio, algún cambio abrupto en la piedra. Algo. A su vez, Fran se queda fuera de la hierba, mirando a todos lados como un poseso por si se acercara alguien, especialmente algún policía. No obstante, pasado ese tiempo, Miren desiste y salta la baja verja blanca hasta caer de pie sobre las piedritas del camino, al lado de un aliviado Fran.

—Había que intentarlo —dice la joven—, aunque tenía pocas esperanzas de encontrar nada.

—Pues nada, habrá que irse.

Pese a los ruegos de Miren, Fran no le deja que lo acompañe hasta casa, y le pide que se baje del autobús en el barrio de Amara, que a él no le pasará nada por esperar «dos o tres paradas más», más el corto trayecto caminando a casa desde la parada del bus, ya en Loiola. A cambio, ella le exige que le escriba un mensaje en cuanto llegue a casa. Y así lo hace un rato después, dando Miren por terminada su aventura, una auténtica «tontería» en su

opinión, simple e infructuosa desde casi el momento en que fue ideada por ella. No obstante, le ha gustado volver a compartir tiempo con su antiguo profesor.

Desde ese momento, que serán las siete y media, Miren se dedica a pensar en otros asuntos y, como está animada, le apetece ayudar a su madre a doblar la ropa.

—Vamos a hacer algo especial hoy para cenar —le pide a su madre.

—¿Por qué razón? —le pregunta la mujer, aunque parece maravillada con la idea.

—Porque sí. Porque me apetece.

—¡Qué gran razón, hija! —exclama su madre, entre risas, y se ponen manos a la obra.

Deciden que, en honor a los tres, prepararán un menú a la altura de esa familia. El primer plato será el favorito de la madre: patatas a la riojana. De segundo, pollo asado con patatas panaderas, que es el favorito del padre. Y de postre, torrijas caramelizadas, el postre favorito de Miren, a quien, solo de pensarlo, se le hace la boca agua. Para poder preparar la cena, claro, deben bajar al supermercado, pues les faltan algunos ingredientes. Sin ir más lejos, un pollo entero.

Tras cenar copiosamente, los tres integrantes de la familia se sientan en el sofá para reposar la comida y deciden poner una serie estadounidense de médicos que suelen ver sus padres. Miren no la ha visto nunca, pero no le cuesta seguir la trama principal. Básicamente, consiste en los amoríos y desamores de sus protagonistas.

Son ya las once y media y Miren está a punto de quedarse dormida. En el sofá que queda frente a la televisión, que es donde están sentados sus padres, ambos duermen ya. De repente, su móvil vibra en su bolsillo. Saliendo de su sopor y, con un sonoro bostezo, coge su teléfono y mira la pantalla. Es un mensaje de Fran, que dice: «Perdona, ya sé que es tarde, pero ¿puedo hablar contigo un momento? Si no, ya hablaremos mañana».

Miren, cuyo sopor ha desaparecido al instante, se levanta y se dirige a su habitación, nerviosa. Llama al nuevo número de su amigo y este coge al

primer tono.

—¡Qué bien que sigas despierta!

—¿Qué pasa?

—Que creo que antes me he equivocado.

—¿Cómo? —Su mente sigue algo abotargada, y es consciente de ello.

—Que hemos ido a la escultura equivocada. Es verdad que la estatua de la reina María Cristina más famosa de esta ciudad está en los jardines de Ondarreta, pero hay otra escultura más. Es más pequeña y mucho menos conocida, pero me ha venido a la mente.

—¿Cuál?

—Está muy cerca de tu casa.

El profesor, entre jadeos, le concede un momento para que lo adivine.

—Fran, es tarde para pensar. No caigo. Dime dónde está.

—En el parque Araba.

—¿Qué? ¿En serio?

—Sí, en la parte del parque que es conocida como la plaza del Centenario, cerca de donde empieza el cruce de las calles Urbieta y Prim, pero como si fueras hacia el río.

—¡Buf! No me suena.

—Parece estar casi escondida en el interior de una arboleda. Pero en cuanto llegues te sonará, seguro.

—Está bien. ¿Cuándo quieres que vayamos?

—Yo estoy yendo ya. —Ahora Miren entiende el porqué de los jadeos.

—¿Sin mí?

—No sabía si estarías despierta. Si no, pensaba volver mañana contigo. Ya

sé que te parecerá impulsivo, pero es que no podía quedarme en casa.

—Yo tampoco podría. ¿Por qué zona vas?

—Entrando a Amara por la bajada de Riberas paralela al río.

—Perfecto. Yo me preparo y bajo. ¿Quedamos en la parte trasera del Hotel Amara Plaza?

—Te espero ahí.

Miren cuelga y se pone un chándal. Precavida, lleva por si acaso la linterna, una navaja suiza y otros utensilios que tiene siempre preparados en uno de los cajones de su escritorio para posibles contingencias como esa. Antes de salir a la calle, entra en la sala y despierta a su madre para decirle que va a bajar a dar un paseo.

—Bueno, como quieras. Pero ten cuidado —le dice esta, antes de volver a cerrar los ojos.

XXIV

27 de agosto de 1897

Hoy ha venido a visitar a la Reina un obispo. No es que yo sea la chica más devota de la casa, pero no voy a negar que me he alegrado un poco. Normalmente, la Reina prefiere ir ella misma ante el obispo a confesarse, y yo la acompaño, claro, pero hoy ha venido el obispo en persona. He pensado que debía de tratarse de algo diferente. Quizá la Reina quería confesar muchas cosas a la vez; tal vez lo que hacen esos amigos suyos. Tenía tanta curiosidad que me he quedado escuchando tras la puerta. Sé que está mal, y no me siento orgullosa por ello, pero es que lo he hecho sin pensar.

Al principio han hablado de cosas mundanas, pero de repente, el mismo obispo se ha puesto a preguntarle cosas sobre esa Sociedad y, lo que es peor, ha empezado a llamarla «mi Bella Easo». ¡Casi me caigo del susto! ¿Cómo es posible que hasta la propia Iglesia tome parte en esas actividades? Por una vez, he preferido irme de allí antes de escuchar más. Necesito poder seguir mirando a la cara a mi querida señora sin recriminarle nada. Yo le justifico todo, porque sé que se encuentra entre la espada y la pared, pero cada vez me cuesta más trabajo, porque a veces pienso que sí tiene alternativa, y que sigue adelante con esto porque realmente está de acuerdo.

29

A los pocos minutos, ambos ya caminan juntos bordeando el río Urumea por el Paseo Bizkaia hacia el centro de la ciudad. En cinco minutos ya han llegado a las inmediaciones del parque Araba, que es un rectángulo verde en el corazón de la ciudad, lleno de árboles y zonas de juegos para los más pequeños, justo en la zona en la que termina el Centro y empieza el barrio de Amara. Miren recuerda haber pasado muchas tardes, de niña, jugando en los toboganes y columpios.

Pero Fran no se detiene allí, sino que continúa recto hasta llegar a una zona en la que el paseo se ensancha para crear una especie de rotonda. Esa zona, aún conectada con el parque, parece pertenecer a otro lugar.

En el centro de esa rotonda se levanta un bajo pretil que circunda (creando una circunferencia perfecta) un conjunto escultórico en su interior, que se posa sobre un parterre de hierba. Miren observa, frente a ella, una especie de muro con diferentes símbolos y esculturas.

—Esos cuatro escudos de armas representan los cuatro territorios de Hegoalde: Gipuzkoa, Álava, Bizkaia y Navarra —explica Fran, como adivinando el pensamiento de su compañera.

Ella asiente y repara en que, en la zona central, medio en sombras, se erige una extraña fuente, de la que no emana agua. Es un rostro pétreo, mitad humano y mitad bestia, o eso cree distinguir.

—Eso me parece muy bien —dice al fin, refiriéndose a los escudos de armas—. Pero ¿no decías que había una escultura de la reina? —pregunta Miren.

—Sí, pero está al otro lado.

Ambos dan la vuelta al conjunto escultórico y se topan de frente con una estatua de mujer que domina el lugar.

—¡Es la reina María Cristina! —exclama Miren, alegre de ver de nuevo a esa «vieja amiga».

—Ya te lo había dicho.

—No me lo puedo creer —reflexiona, más para ella—. Mira que he pasado veces por aquí y nunca me había fijado en que era la reina.

—Yo tampoco me había acordado hasta hace un rato, cuando me ha venido esta imagen a la mente.

La estatua queda en lo alto de un tramo de escalones y, tras ella, hay un trono de piedra. Unos metros más allá, en sendos lados de la estatua, se levantan otras dos figuras femeninas, sedentes. Los frisos que unen esas tres estatuas contienen imágenes que a Miren le recuerdan a los obeliscos egipcios que ha visto en fotografías, esos que cuentan historias mediante relieves.

—Bien, ¿y qué hacemos ahora? —pregunta ella.

—No lo sé muy bien, pero tengo algo que creo que puede ayudar. —Fran saca un pequeño objeto de un bolsillo de la chaqueta.

—¿Qué es eso? —pregunta Miren, y se acerca un paso para ver qué es.

A primera vista le recuerda a una especie de joya, con la forma de una cruz de seis aspas. Tendrá unos siete u ocho centímetros de largo, y la mitad de ancho. Está compuesta de mármol bien labrado, con multitud de filigranas talladas, y tiene algunas gemas encastadas en sus esquinas.

—No sé lo que es, pero alguien quería que estuviera en mi poder —dice el profesor mirando fijamente a la estatua de la reina—. Aunque hasta hoy no me he dado cuenta de para qué podría servir.

—Fran, no estoy entendiendo nada —admite ella.

—Porque es algo que no te había contado. Hasta ahora. Y espero que me perdones por no haberlo hecho antes, pero es que me tenía confundido. —Toma aire y empieza su relato—. Antes de salir del hospital, la Ertzaintza me devolvió mis objetos personales. O bueno, lo que encontraron en la Torre Satrústegui, aquella noche, en una sala contigua a la celda donde estuve secuestrado, según me contaron. Faltaba mi móvil, pero sí estaban mi cartera, las llaves de casa, las del coche y alguna cosa más. En un principio no presté mayor atención, porque parecía estar todo. Llegué a casa de mi abuela y me puse a revisar los objetos. La cartera parecía contener todos los documentos, tal y como la tenía, las llaves también estaban... así que me quedé más tranquilo. Pero hace unos días, al volver a casa de hacer la compra, saqué mis

llaves y me puse a buscar la de casa de mi abuela. No sé si sabes que siempre he sido de llevar un buen manojo de llaves encima. —Y saca del bolsillo el montón, unido por varios llaveros. Miren asiente—. Mi familia siempre me decía que llevaba demasiadas llaves encima, y es cierto. La cuestión es que, que yo recuerde, tenían que estar ahí las llaves de mi casa y del garaje, de casa de mi abuela, de la casa del pueblo, de mi despacho, de un pequeño almacén que es propiedad de mi familia y alguna más. Pero la que cogí por casualidad al sacar el manojo del bolsillo, frente a la puerta de casa, no me sonaba de nada. Revisé las demás, por si acaso, pero llegué a la conclusión de que, no es que me faltaran llaves, es que me sobraba una. Supongo que lo pasé por alto cuando revisé mis cosas al salir del hospital. No era más que una llave pequeñita, como de un buzón. Pero por más que me rebanara los sesos, no recordaba de dónde podría ser. Hasta se me ocurrió que tendría que ver con mi amnesia, hasta que vi que tenía una pequeña inscripción.

—¿Qué ponía?

—Un número. El 45.

—¿Qué significa?

—No lo supe entonces. Estuve un buen rato dándole vueltas, hasta que entendí que tenía que ser la llave de alguna taquilla. Así que me fui a los lugares que tienen taquillas públicas. Primero a la estación de autobuses, pero no encajaba. Luego a la de tren. La del Norte. Tampoco. Así que me puse a mirar en las estafetas de Correos. Y ahí sí, en una de ellas, la llave entraba en la cerradura de la taquilla número 45. La abrí y vi que estaba vacía, salvo por este objeto.

Miren está impresionada.

—Pero ¿quién puso la llave entre tus cosas?

—No lo sé. Uno de los secuestradores, imagino, o alguien que estuviera allí. Pero esa persona ha resultado ser una aliada, ¿no? —Miren pone cara de no tenerlo tan claro. A veces llega a odiar la credulidad de su profesor—. Porque este objeto tan curioso —Fran lo hace rebotar sobre la palma de su mano— estoy seguro de que sirve para accionar un mecanismo. Y creo que ese mecanismo está por aquí.

Un pensamiento oscuro asalta a la joven.

—No me cabe duda, pero ¿cómo sabes que ese alguien te ha querido ayudar? ¿Y si es una trampa?

—¿Para qué? ¿Para atraerme aquí? Miren, te recuerdo que estaba secuestrado. Podrían haberme matado sin más. Pero alguien me quiso dar esta llave para que encontrara este objeto. Estoy seguro de que es un aliado.

—Eso es cierto, sí. —Miren tiene que aceptar la superioridad del argumento de su antiguo profesor, aunque sigue sin entender por qué no se lo había dicho antes. «¡Anda que no ha tenido opciones!»—. ¿Y sabes cómo funciona?

—Ni idea. Pero vamos a buscar alguna hendidura en la escultura.

Ambos empiezan a buscar con las linternas. Primero en la propia estatua, y después por el resto del conjunto escultórico. No dejan ni un centímetro cuadrado sin palpar, pero no encuentran nada.

—Tal vez esté al otro lado —aventura Miren.

Dan la vuelta al conjunto y se ponen a palpar todo el muro del otro lado, cada uno empezando por una de las esquinas. A los pocos minutos, se juntan en la parte central, justo delante de la fuente con rostro medio humano que no echa agua. Esa búsqueda resulta ser igual de infructuosa que la del otro lado.

—¿Y ahora qué? —pregunta Miren, que empieza a impacientarse, al ver que se les acaban las ideas—. Quizá ese objeto no sea para este lugar. ¿Por qué no probamos en los jardines de Ondarreta? Podrías haberme contado lo de esa cosa allí.

—¿Acaso encontraste allí una hendidura?

Miren piensa unos segundos.

—La verdad es que no.

—Sin embargo, este lugar tiene algo especial, es como si aquí sí hubiera algo que...

Fran se queda callado, mirando fijamente la fuente. Su antigua alumna mira al mismo punto a su vez y, en un segundo, ambos se giran al unísono hasta que sus miradas, llenas de alegría, se encuentran. Sin decir nada, Fran

alarga el brazo derecho e inserta el objeto en el interior de la boca de la fuente, que coincide, como es obvio, con la propia boca de la cabeza escultórica. Acto seguido, el profesor prueba diferentes posiciones con el objeto.

Al principio no ocurre nada, pero a los pocos segundos, suena un ligero «clic» y la llave, como atraída por un potente imán, se suelta de la mano de Fran y es absorbida por la boca. Un segundo después, vuelve a expulsarla, dejando solo la mitad a la vista. El profesor recoge el objeto y lo devuelve a su bolsillo. Al mismo tiempo, escuchan un crujido al otro lado del conjunto escultórico.

Ambos corren hacia el otro lado y llegan a tiempo de ver cómo la estatua de María Cristina, casi como si viajara sobre raíles, avanza hacia el frente. Se desliza durante unos veinte segundos, con lentitud, hasta que se queda quieta. Fran y Miren se acercan corriendo.

—¡No me lo puedo creer! —exclama Miren, excitada y temerosa—. ¡Una entrada secreta!

En efecto, ante ellos se abre una abertura en el suelo, justo sobre el lugar en el que, un momento antes, estaba posada la estatua de la reina.

—Otra entrada más, sí —dice Fran, no menos excitado—. Y seguro que no es la única.

—De lo que estoy segura es de que esta no la encontraron los polis en sus investigaciones, de lo cual me alegro.

—¿Vamos adentro? —pregunta el profesor señalando al suelo.

La joven, sin responder, adelanta un paso, pero, antes de meter un pie en el agujero, algo en su interior la detiene. Echa el pie atrás y retrocede un paso.

—Me encantaría bajar, pero no te voy a engañar, me da un poco de miedo —y suelta una risita nerviosa. La visión de esa boca oscura que se adentra en el subsuelo le ha provocado una impresión mayor de lo que esperaba.

—Pero esta vez sabemos que no habrá nadie dentro —intenta tranquilizarla el hombre.

—Y aun así me da un no sé qué...

—¿Quieres que entre yo solo?

—De eso nada.

Miren se adelanta de nuevo y saca la linterna de su bolsillo. Apunta al hueco y ve que hay una escalera de piedra.

—En fin, vamos allá —dice, armándose de valor—. Espero que esta entrada no se cierre una vez que estemos en el interior.

—Déjame ver —dice Fran, sacando su linterna a su vez. Se pone de rodillas y mete medio cuerpo en el hueco. Dirige el foco de luz a las paredes de la entrada, y observa por todas partes—. Sí, lo que me imaginaba.

—¿Qué has visto?

—Hay una manilla dentro —explica, y vuelve a ponerse en pie—. Esta puerta sí que se puede abrir desde dentro, creo. No como la del Cementerio de los Ingleses.

—Ni me lo recuerdes —pide Miren, y pone el primer pie en la escalera.

Para meter el cuerpo entero tiene que sentarse primero en el escalón que queda a la altura de la calle, pues esa entrada es muy angosta.

Una vez que tiene el cuerpo dentro, baja las escaleras muy despacio, con el haz de luz dirigido hacia abajo. Fran entra a continuación.

—Espera, Miren, le voy a dar al mecanismo.

Y antes de que pueda decir nada, el profesor toca algo y la entrada se cierra justo sobre su cabeza.

—¡Pero, Fran! ¿Estás loco? —exclama ella, a gritos.

—Cualquier transeúnte podría pasar. No quiero que vean esto abierto y puedan alertar a la Policía.

Miren necesita pensarlo dos veces antes de dar por válido el razonamiento de su amigo.

—Está bien, vamos.

Bajan las restantes escaleras y llegan a una serie de escalones bastante más amplios. Las paredes de alrededor también están más distanciadas. Bajan los últimos peldaños y ante ellos se abre una estancia bastante amplia, con las paredes de piedra. Está vacía.

—No hay duda de que esto formaba parte de ese entramado de túneles, ¿no crees? —comenta Fran, mientras apunta con la linterna al techo, que estará a más de cuatro metros sobre él.

—Desde luego que no. ¿Para qué crees que usarían esta sala?

—Ni idea. Vamos a buscar a ver si hay más galerías por algún lado.

Miren camina hacia su derecha y Fran lo hace en el sentido opuesto. La joven se acerca a la pared y, con ayuda de la linterna, va buscando alguna puerta, una manilla o quizá una oquedad. Pero por más que palpe la fría pared, no hay ninguna abertura suficientemente grande como para llamarle la atención. Tras un par de minutos, hace un alto para descansar, se da la vuelta y enfoca la linterna hacia su amigo. A primera vista le parece que ha desaparecido, y el corazón le da un vuelco al sentirse sola de nuevo, en esa suerte de cripta. Mueve el haz de luz a todos los rincones y está a punto de gritar cuando ve una figura moverse por el suelo, a varios metros de su posición. Pero un movimiento de mano le hace ver que se trata de Fran, que está saliendo, agazapado, de alguna abertura.

—¡Falsa alarma! —exclama este, en un tono casi divertido, poniéndose en pie y sacudiéndose el polvo de las rodillas—. No es más que un desagüe.

La joven ahoga un comentario represivo antes de pronunciarlo. Al fin y al cabo, piensa, Fran no ha hecho nada malo. «Es que este sitio me da escalofríos, nada más, y por eso estoy tan susceptible», se intenta calmar, y vuelve a su tarea.

Se da la vuelta y vuelve a buscar por las paredes, hasta que encuentra una abertura, de unos pocos centímetros de alto y ancho.

—¡Aquí! —grita Fran.

Miren se da la vuelta y corre hacia su compañero. Casi se tropieza por el camino.

—¿Qué pasa?

—Mira, aquí hay un pasillo.

La joven comprueba con su linterna que es cierto. Una galería de un metro y medio, más o menos, de ancho, por un par de metros de alto, nace ante ellos. Se meten en ella sin pensar, caminando lentamente, con miedo de hallar alguna trampa.

No habrán caminado ni veinte metros cuando la galería termina abruptamente.

—¡No puede ser! —exclama ella—. Nos habremos saltado algún camino a los lados del pasillo.

—Lo dudo. ¿No lo ves, Miren? Esta pared frente a nosotros no es recta. Es la propia galería derrumbada.

—¡Joder con los hermanos de la Sociedad! También pasaron por aquí —se queja amargamente, y le propina un puntapié a la pared frente a ella, casi con la esperanza de que se derrumbe. Pero se queda como está.

—Hum... Pues no lo sé.

—¿Qué pasa?

—No soy un experto, pero diría que esta pared no se ha formado hace solo unas semanas. ¿No lo ves? Toca la piedra, Miren. —Ella así lo hace—. Creo que esta galería se derrumbó bastante antes. Hace mucho tiempo, quizá.

Miren se lleva una mano a la cabeza.

—Y tal vez por eso dejaran de usar esta entrada.

—Tiene sentido. Por desgracia, no hay nada interesante aquí abajo.

—Hemos hecho un registro muy superficial. ¿Y si volvemos mañana?

—Está bien, Miren. Pero ahora, salgamos de aquí.

Ambos vuelven sobre sus pasos y llegan a la ancha sala del principio. Buscan las escaleras y suben, con cuidado, por ellas. Al llegar a la cima, Fran, que va el primero, acciona el mecanismo, empuja y, para la tranquilidad de Miren, la puerta cede y se va abriendo lentamente.

—Al menos este lugar no será nuestra cripta —señala Fran, en broma, aunque su voz suena un poco nerviosa.

Tras salir de ahí, con algunos problemas, Fran le alarga una mano a su antigua alumna y le ayuda a volver a la superficie.

Después, ambos se dan la vuelta y empujan la estatua de la reina para volver a ponerla en su lugar. Con muy poquito esfuerzo, solo con el primer empujón, suena un «clac» y el mecanismo de la entrada se acciona solo. A los pocos segundos, la estatua ha sellado la entrada secreta. Viendo ese estático conjunto escultórico, nadie que no conozca lo que hay ahí abajo se lo podría imaginar.

—Interesante, ¿no? —pregunta Fran, sonriendo.

Pero una voz grave a su espalda contesta antes que ella.

—Pues parece interesante, sí.

XXV

6 de octubre de 1900

Estoy embarazada, una vez más. Espero no perder al niño esta vez. No creo que pudiera aguantar un tercer aborto. Sería demasiado doloroso, para mí y para Joxe Mari, que está deseando que seamos tres en la familia.

La Reina ya sabe que vuelvo a estar encinta, y como las dos primeras veces, me ha liberado de parte de mis quehaceres hasta que dé a luz. Lo único que me pide es que siga siendo su confidente. Ahora, las tareas más pesadas las realiza una doncella joven llamada Magda. Pero la Reina me ha dicho que no se fía de ella, que le parece una «mosquita muerta», y que puede haber sido enviada con otros motivos además de para servirla. Le he preguntado por qué cree eso, y me ha contestado que le consta que hay espías por doquier, incluso dentro del palacio, enviados por gente que querría verla exiliada. Creo que está un poco paranoica, aunque no dudo que tenga muchos enemigos, dentro y fuera del palacio. Sobre todo, después de estos últimos años, con lo de la guerra y todo eso.

A veces me dice que ojalá estuviéramos en San Sebastián, puesto que ahí se siente mucho más cómoda y segura que en la capital. Me ha dicho que allá cuenta con muchos más aliados que le hacen llegar todo lo que pasa. «Si un espía entrase en San Sebastián para espiarme», me ha llegado a decir, «yo sería la primera en saberlo».

30

Los dos amigos se dan la vuelta y Miren se encuentra de frente con Iñigo Irigoyen. Y el inspector no está solo. Tiene tras él a tres uniformados agentes de la Ertzaintza.

Miren se queda tan de piedra como la estatua a su espalda. No sabe qué decir.

—Buenas noches, agentes —dice Fran, con candidez disimulada.

—¿Qué hacíais ahí abajo? —pregunta Iñigo por saludo, mirando a la chica, con el ceño fruncido y los labios muy prietos.

Pero es Fran el que se adelanta y contesta.

—Nos hemos encontrado un agujero ahí y hemos decidido inspeccionar.

Miren conoce al inspector lo suficiente como para adivinar que está haciendo visibles esfuerzos para no perder los papeles.

—¿Inspeccionar?

—¿Acaso es ilegal?

—Podría ser, depende de lo que estuvieran ustedes haciendo ahí —responde Iñigo con dureza.

—Ya se lo he dicho: inspeccionar. De todos modos, no hemos encontrado nada interesante.

—¿Y pueden abrirla? —pregunta uno de los agentes, de un tamaño considerable, que no había intervenido hasta el momento—. Para inspeccionar, ya me entiende.

—Pues me temo que no —responde Fran sin perder el tono inocente—, porque nos la hemos encontrado abierta, pero puede probar usted a abrirla, señor agente.

Antes de hacerlo, el agente mira al inspector, que accede con un leve asentimiento de cabeza. El agente que ha hablado se adelanta, acompañado

por el compañero que le queda más cerca. Intentan mover la escultura, pero les es imposible.

—Miren de Pedro, ¿viene un momento, por favor? —pregunta el inspector, sin mirar a la joven.

—No tienes por qué ir, Miren —le susurra Fran.

—No te preocupes —le tranquiliza, y se adelanta hasta la posición del inspector, que se aparta del grupo mientras los agentes siguen intentando abrir la entrada y Fran está cerca del tercero de los ertzainas, que no le quita ojo.

Cuando no hay riesgo de ser escuchados, el detective toma la palabra, con tono inexpresivo:

—¿Es cierto que no hay nada?

—Es cierto, sí. Yo misma he estado ahí.

—¿No me estarás mintiendo? —pregunta Iñigo, entrecerrando los ojos y con una mueca de desconfianza en los labios.

Miren intenta encajar el golpe bajo lo mejor posible y responde como si no hubiera escuchado nada.

—No te estoy mintiendo. Hay una estancia grande y vacía, y una galería, pero a pocos metros está derrumbada.

—Pues justo lo que te dije, pero tú erre que erre con querer seguir.

Aprovechando que le nota un matiz de desenfado en la voz, Miren intenta tomar la vía del arrepentimiento, aunque sea fingido.

—Lo siento, Iñigo. Lo siento de verdad. Tendría que haberte avisado de que Fran me llamó y me pidió venir aquí, pero es que...

—¿Él sabe cómo se abre ese sitio? —regresa su tono duro.

Miren tarda un par de segundos en responder. «Iñigo no ha visto nada...».

—Sí —se lo piensa otro instante—, pero no me ha dicho cómo lo sabe. Se ha adelantado y ha tocado no sé qué. No he podido verlo bien. De todos

modos, ya te he dicho que abajo no había nada...

—Está bien. Mañana hablaremos —dice, con evidente cara de enfado, pero sin dejar que transluzca en sus palabras, y se empieza a alejar para regresar con el grupo.

—Oye, Iñigo...

—¡Ahora no! —exclama el detective sin darse la vuelta para mirarle, pero a continuación baja de nuevo la voz—. Y delante de los agentes llámame señor inspector, si no quieres que nos investiguen también a nosotros —le susurra, secamente.

—Como quieras, Iñigo.

Esta vez, el aludido vuelve a dar unos pasos hacia la joven y eleva algo el tono, aunque no lo suficiente para ser escuchado por los demás.

—¡Eres una irresponsable! ¿Cómo se te ocurre venir con él? Ya veo lo que significa esta investigación para ti.

—¡Pues mucho! —se defiende la joven, aunque se siente desarmada.

—¡Y una mierda! Ya no me creo nada de ti. ¡Y evidentemente, esto se ha terminado! —El detective se da la vuelta y avanza a pasos largos.

Miren siente un repentino mareo y nota cómo la cara le arde. Está al borde de las lágrimas, pero se contiene y avanza, tambaleante, hasta los demás. Cuando llega a la fuente, los dos agentes ya han desistido.

—Inspector Irigoyen, ¿llamamos a los Bomberos para que abran esto? —pregunta uno de los agentes.

—No será necesario —responde el detective.

—¿Nos llevamos detenidas a estas dos personas? —pregunta el tercero de los agentes.

—No, dejadles ir. No han cometido ningún delito. Solo estaban fisgando. —Y mira a los dos «fisgones» con evidente desprecio—. Podéis marcharos, pero no deberíais meteros en lugares que pertenecen al municipio sin consentimiento expreso.

—Como diga, señor inspector —dice Fran con impostada amabilidad, y ambos se alejan de allí, dejando a los agentes merodeando por la zona con sus linternas, buscando alguna otra pista.

Por el camino, Miren y Fran no intercambian palabra hasta que se despiden en el portal de la joven. Después, él continúa el camino hasta su casa.

XXVI

13 de abril de 1901

¡Mi hijo ha nacido sano! Mi queridísimo y hermoso Iñaki. Así hemos decidido llamarle Joxe Mari y yo, en honor a mi fallecido suegro. Dios quiera que crezca sano y lejos de toda enfermedad.

Ahora sí que creo que sería un buen momento para dejar el servicio, pero cada vez que se lo planteo, Joxe Mari me dice que me he vuelto loca. Que dónde vamos a estar mejor que ahí, me dice. Además, él es el tercer hijo de su familia, así que apenas le ha quedado nada de la herencia de su padre, excepto unas tierras demasiado pequeñas para poder vivir de ellas.

Pero si Joxe Mari supiera lo que yo, seguro que cambiaría de opinión. Nos trasladaríamos a cualquier lugar, para trabajar de lo que fuera, no me cabe duda. Pero no le voy a contar nada. De momento, no. Y no solo porque se lo prometí a la Reina, sino porque no quiero arriesgarme a que mi esposo pudiera meterse en un lío. Es suficiente con que lo sepa yo.

31

Al día siguiente, temprano, tal y como esperaba, recibe un escueto mensaje de Iñigo, en el que pone: «¿Puedes venir a la comisaría esta mañana?».

«¡Qué extraño!», piensa Miren, «pensaba que no querría que volviera allí». Por lo demás, le ha dado igual que le haya mandado el mensaje antes de las nueve de la mañana, pues no ha pegado ojo en toda la noche, porque se la ha pasado tumbada en la cama, boca arriba, mirando al techo en la penumbra.

Como no tiene nada mejor que hacer, al recibir el mensaje le responde que irá a media mañana. Después pasa a prepararse, pero se lo toma con calma; tampoco tiene una especial prisa por llegar rápido.

Desayuna, se ducha, hace de tripas corazón y sale a la calle. En menos de media hora, y serán las diez y cuarto para entonces, llega a la comisaría y avanza hasta la recepción. En cuanto llega, se da cuenta de que, con los nervios, se le ha olvidado avisar a su amiga Mertxe de que estaba yendo, pero cree que ya es tarde para avisarle, así que echará de menos su apoyo moral. «Bueno, en parte me lo tengo merecido», piensa. «Y no porque me arrepienta de haber ido con Fran a ese lugar ayer a la noche, sino porque no me acordé de las palabras de Iñigo». De hecho, en ese momento acude a su mente el recuerdo del detective cuando le explicó que iba a pedir que Fran estuviera vigilado todo el tiempo. Así pues, no le hace falta que Iñigo le aclare cómo supo que estaban en el parque Araba; ella ya ha atado los cabos por su lado.

Probablemente, piensa, ese vigilante ya avisó a Iñigo de las visitas que ella misma realizó a casa de la abuela de Fran. Pero, conociendo al inspector, está segura de que este le dijo que esperase, que observase si salían a alguna parte. Miren ya ha aprendido con creces que el detective no es de los que hacen las cosas de forma impulsiva, sino que espera a la mejor oportunidad. En realidad, reflexiona mientras espera, detrás de una señora que está en el mostrador, a que llegue su turno, envidia esa sangre fría y paciencia que le caracterizan. Por tanto, entiende que el agente encargado de la vigilancia sencillamente mantuvo al inspector al corriente de cualquier movimiento. Y cuando por la noche Miren salió con Fran, entonces sí que pasaría un aviso, e Iñigo, que seguramente se esperaba un movimiento así, se puso en marcha y, junto con los demás agentes, les siguió la pista de cerca, pero sin dejarse ver. Y finalmente, al verlos entrar en la fuente, solo tuvieron que esperar fuera a

que regresaran.

—¿Sí? —pregunta la mujer que hay tras el mostrador, una agente de pelo corto de unos treinta y cinco años.

—Tengo una cita con el inspector Irigoyen.

—Ajá... —La mujer busca en algún papel que Miren no puede ver porque tiene el mostrador entre ambas—. Miren de Pedro, ¿verdad?

—Así es.

Tras prestarle el DNI y seguir las indicaciones de la mujer, que por otra parte ya conoce de sobra, Miren llega hasta la puerta del inspector. Su despacho sigue sin tener su nombre puesto en el letrero de la puerta. En fin, supone Miren, «al fin y al cabo, se supone que su estancia aquí es temporal».

Pega unos toques a la puerta y la voz del inspector, desde dentro, le indica que pase. Miren traga saliva, respira fuerte una última vez para intentar calmar los nervios y abre la puerta. Según observa el detective sigue escribiendo algo en su ordenador, pasa a sentarse en la silla frente a la mesa.

—En fin, Miren. Gracias por venir —comienza Iñigo, más tranquilo que la noche anterior, pero al que le cuesta que le salgan las palabras.

«Algo es algo», piensa ella.

—No es nada —responde.

—¿Fue bien ayer?

«Ya empezamos con la ironía, mal asunto».

—Sé que debería pedirte perdón...

—¿Pero? —le interrumpe Iñigo.

—Pero no me siento culpable por haber pasado un rato con un viejo amigo.

—Con un viejo amigo sobre el que te dije, expresamente, que no estuvieras. No mientras no se aclarase todo esto.

—Tú no me puedes prohibir estar con él.

—Es obvio. Puedes estar con quien quieras, aunque entenderás que, después de lo de ayer, estoy muy decepcionado contigo. Pensaba que serías más inteligente.

—¿Por qué? ¿Porque tendría que haber corrido a contártelo todo? ¿Desde que él me llamó?

—Lo habría considerado un gesto de confianza por tu parte.

—Ya, pues surgió así.

Iñigo hace una pausa.

—Ya te lo dije una vez, así que siento que me repito, pero ¿tú eres consciente del peligro al que te exponías? ¡Si hasta te metiste en una especie de cripta con él! ¡Y si hubiera habido alguien más ahí abajo!

—Pero no había nadie. Fran no me traicionó, si era lo que sospechabas.

—Sigue siendo un sospechoso, al menos para mí. Y creía que para ti también. Mira, me da igual lo que pienses, está claro que has intentado jugar a dos bandas y no te ha salido bien. Has tenido que elegir bando y ya has elegido. Creía que confiabas en mí.

—Y lo hago.

—No lo suficiente para confiar en algo tan importante como esto. ¿No te das cuenta de que me has estado puenteando? Me has boicoteado. Al menos espero que nadie de arriba se entere, o me apartarán del caso muy rápido. Es lo que quieren, estoy seguro.

—¿Eso es lo único que te importa?

—Ya sabes que no. Pero el caso es muy importante para mí.

—¿Por?

—Me juego mi prestigio y buena parte de mi carrera. Si esto me sale bien podré aspirar a más. Si no, me quedaré en la nada.

—Si tú lo dices...

Iñigo resopla. La ironía de Miren le saca de sus casillas, y ella percibe que está haciendo esfuerzos por mantener la compostura.

—Estoy demasiado cabreado contigo. Aunque ayer te hablé de malos modos, y te pido perdón por ello, en el fondo sigo pensando lo mismo. Es obvio que después de esto, sintiéndolo mucho, no puedo fiarme más de ti. Quedas fuera de todo esto.

—¿Que lo sientes mucho? —Miren se siente con fuerzas para contraatacar. Al fin y al cabo, ya no tiene nada que perder—. Ya lo dudo.

—Pues lo digo de verdad.

—En fin, si esto es todo. Adiós, Iñigo. Que tengas suerte.

—Lo mismo te digo. Que tengas suerte con Casanueva —remarca mucho el apellido, con desdén—. Espero que no os pase nada. Ya te habrás dado cuenta de que no podré seguir protegiéndote. Si te metes en la boca del lobo será bajo tu cuenta y riesgo.

—Contaba con ello —dice Miren, y se levanta de golpe.

—¡Espera! —Iñigo rebusca en unos papeles—. Se me ha olvidado enseñarte esto.

Miren vuelve a sentarse y coge una carpeta marrón que le tiende, con mirada dura, Iñigo. La joven la abre y observa los papeles. Es un informe. Pese a su extensión, Miren lo lee con avidez, y a cada párrafo que lee se siente más y más rota. El inspector espera pacientemente a que acabe de leerlo.

—Ya has visto lo que es —le dice cuando Miren, con los ojos casi llorosos, deja el informe sobre la mesa—. Un informe de hace casi quince años en el que se detalla el paso de Casanueva por la Ertzaintza, cómo colaboró y por qué lo dejó. Ya tienes ahí todo. Obviamente, es confidencial. De hecho, es lo último confidencial que te voy a enseñar. Pero creo que merecía la pena correr el riesgo de enseñártelo, aunque ya no trabajemos juntos.

—Yo... No puedo creerlo.

—¿El qué? ¿Que fue un error de Fran? ¿Que la pista falsa que dio a la Policía para que aquel delincuente se largase de rositas fue fruto de un error humano? ¿Precisamente de un tío, que según pone en el informe al comienzo, era muy *brillante* en lo suyo? Me temo que no, Miren. Y si el caso no fue a más y sencillamente se le permitió largarse por la puerta de atrás y seguir con su trabajo de profesor, fue porque toda aquella investigación era confidencial y de haber salido a la luz pública, habría sido un escándalo. Bueno, por eso y porque aquellos agentes con los que colaboraba sacaron la cara por él. Si hubiera estado yo en aquel tiempo, ya te digo que no le hubiera dejado irse tan fácilmente. Habría ido a por él.

Miren hace una pausa.

—¿Desde cuándo sabes esto?

—Desde poco después de llegar aquí. Fue uno de los primeros informes que leí.

—¿Y no me has dicho nada en todo este tiempo?

—Tenía que comprobar si eras del todo fiable, incluso sin conocer esta información. Y ayer supe la respuesta.

Miren se levanta, con el labio superior temblándole. Sabe que él se ha dado cuenta, pero le da igual.

—Tú tampoco eres mejor que yo. Has jugado conmigo —le espeta con furia y asco.

—No podía arriesgarme. Lo siento si eso es lo que piensas. No era mi intención.

Pese a la dura mirada de Iñigo, Miren cree intuir que está diciendo la verdad. No puede seguir ahí, así que se da la vuelta y sale del despacho dando un portazo.

XXVII

2 de junio de 1902

Hace un par de semanas que mi Reina Regente ya ha pasado a ser Reina Madre. Para mí ha sido muy extraño ver a Alfonsino convertido al fin en rey. En rey de pleno derecho, quiero decir, justo el día de su decimosexto cumpleaños. Yo sigo pensando que es demasiado joven para esos menesteres. No sé, lo veo tan niño, tan inmaduro. Y, además, me consta, tras tantos años siendo la sombra de mi señora, que ser el monarca no es nada fácil. Pero bueno, por otro lado, no puedo negar que también me alegré de ver a Alfonso coronado. Porque eso significa que la Reina ya no tendrá tantos quehaceres, y que por fin podrá ser más feliz y estar más tranquila. Me haría a mí tan feliz ver al fin a la Reina pudiendo vivir sin mayores problemas... Se lo merece. Han sido muchos años de regente. Ya está bien de tanto bregar, sobre todo con esa gente indeseable que me pone los pelos de punta. Ojalá este verano que está a punto de comenzar, y que pasaremos en San Sebastián, por supuesto, sea por fin un verano como Dios manda, y que el mayor problema sea ayudar a mi señora a elegir el traje de baño para ir a la playa.

32

Cuando Miren llega a casa ve que tiene un mensaje de Fran, proponiéndole desayunar al día siguiente. Ella le responde que no se encuentra bien, que necesita unos días para descansar, y que cuando esté mejor ya le avisará ella. Su antiguo profesor le desea una pronta recuperación, le envía ánimos y le dice que esperará su llamada. Pero Miren sabe que, por el momento, no va a haber ninguna llamada. No obstante, no ha sido insincera con él. Realmente se siente mal, muy baja de ánimos y autoestima, así que decide que, durante unos días, se quedará en casa, leyendo en su habitación. No desea ver a nadie.

Pasan los días y Leire le escribe para saber de ella: «¡Qué poco te dejas ver!», le dice. Miren siente que tal vez es hora de hablar con alguien y contarle su situación. Por tanto, cierto día, cuando ha pasado justo una semana desde la escena del parque Araba, Miren invita a Leire a pasar la tarde con ella, con el único ruego de que sea lejos del bullicio de la ciudad, pues no quiere ver a nadie. Leire le propone entonces ir al Fuerte de San Marcos, pues esos días hace bastante frío, pero no está prevista la lluvia, y en esas fechas, principios de abril, no cree que haya mucha gente en esos caminos, a diferencia del verano, cuando suelen estar bastante concurridos.

—¡Joder, vaya panorama! —le confiesa su amiga, una vez que Miren ha terminado de contar sus novedades.

—Ya ves.

—¿Y qué vas a hacer?

—Si te digo la verdad, no lo sé. Lo que tengo claro es que no me puedo fiar de ninguno de los dos.

—Miren, ya sé que te digo siempre lo mismo. Pero, visto lo visto... ¡Joder! Nadie puede decir que no lo hayas intentado. Te conozco desde niña. Yo estaba ahí cuando le pasó eso a tu hermana. Pero ¿no es hora de cambiar? ¿De dejar eso a un lado y seguir con tu vida?

—No hasta que los asesinos de mi hermana aparezcan.

—Pero sin Fran y, sobre todo, sin ese inspector... ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. De momento nada porque no tengo por dónde tirar. Pero llegará el día. Y entonces volveré. E iré a por ellos, sobre todo a por ese Pablo Abarrategi, el que capturó a mi hermana. Todos son unos asesinos, y todos son culpables de lo de Ane, pero él más que nadie. Es pensar en eso, es imaginármelo ahí disfrutando de la vida cuando mi hermana sufrió todo aquello y se me abren las carnes.

—Lo sé... Te entiendo y te apoyo. Es todo lo que te puedo decir.

—Y ya es más de lo que te pido, Leire.

—Bueno, por supuesto que, para lo que necesites, yo estaré, ¿eh? No seré tan inteligente como el *profe*, pero al menos te puedo cubrir las espaldas.

—¡Leire!

—¿Qué? ¡No estoy bromeando! Si descubres alguna pista, déjame que vaya contigo.

—Bueno, ya veremos. De todas formas, no sé si llegará esa oportunidad algún día, ahora que estoy fuera de la investigación oficial.

—¿Y hasta entonces?

—Pues viviré un poco, supongo.

—Eso ya me gusta más.

XXVIII

19 de julio de 1902

Pues es obvio que me equivoqué al pensar eso. Las reuniones «secretas» continúan, tanto en Miramar como en otros palacios. Y en lo que va de verano ya hemos ido un par de veces al Monte Urgull. La última vez ha sido hoy mismo. Pero ya me estoy hartando. No entiendo por qué la Reina María Cristina tiene que seguir hablando con esa gente. ¿No se supone que el rey es Alfonso? Y si tan importantes son esas reuniones y él no puede asistir, pues que mande a su mujer, la reina Victoria Eugenia. Pero no. Sigue siendo mi señora. Y sigue yendo con ese vestido blanco y azul. Hoy me he atrevido a ir más lejos que nunca. He buscado el lugar donde mi señora se encuentra con las demás personas. Como sabía que tenía tiempo hasta que regresara ella, he caminado por los alrededores, buscando algún claro del bosque donde se hubieran reunido, o la entrada a alguna parte. Pero no he visto nada, así que me he vuelto a la zona de siempre, hasta su llegada.

Este misterio me tiene loca. Pero no voy a preguntar nada. Sé cuál es mi lugar en esta historia, y sé lo que puedo perder si hablo demasiado. Y tengo un hijo precioso al que cuidar.

33

Llega el verano para Miren. Gracias a Leire, ha conseguido que la tía de su amiga la contrate más a menudo para las bodas y banquetes. Ese dinero extra le viene de perlas. Casualmente, no le toca volver a ninguna boda en la Torre Satrústegui, aunque opina que tampoco le importaría ir. Por lo demás, y ya que en Donostia las horas de sol están muy cotizadas, aprovecha los días soleados para ir a la playa con Leire y las demás. Varias de sus amigas están trabajando en la heladería Boulevard, y consigue que la contraten de refuerzo para los fines de semana, para los días con más aglomeraciones y, si así lo desea, también para la Semana Grande. También empieza a salir de fiesta de vez en cuando. Generalmente casi como si fuera una rutina. Cuando sus amigas cierran la heladería por la noche, las acompaña al bar Juantxo a comerse un rico bocadillo, y después, sin descanso, a los bares a bailar y a beber sin medida. Es decir, a hacer lo que la mayor parte de las chicas de su edad hacen.

Llega el 15 de julio y, esa mañana, al mirar en su móvil, le aparece la alerta de una noticia escrita en una pequeña publicación local:

ARCHIVADA LA CAUSA POR LOS EXTRAÑOS SUCESOS DE LA TAMBORRADA

A Miren, que estaba lavándose los dientes, siente que se le parase el corazón de golpe. No sabía absolutamente nada de aquello, de cómo marchaba la investigación. Cosa lógica, entiende Miren, una vez que Iñigo Iri

goyen la apartara del caso unos meses atrás. Lo que se le hace más extraño es que un juez haya archivado esa causa tan rápido. «No sé, digo yo que podrían haberme preguntado algo, siendo yo la víctima de aquello», piensa, con sarcasmo. Ya que la noticia no ofrece más que vaguedades e informaciones ya conocidas, Miren siente curiosidad por saber algo más.

Se pasa media mañana buscando en los principales medios de comunicación, tanto regionales como estatales. Pero no encuentra nada. Entonces, se cambia la camiseta del pijama por una blusa de manga corta, y se pone unos pantalones vaqueros cortos. Baja al quiosco más cercano y compra un ejemplar de *El Diario Guipuzcoano*. Por más que busque, no encuentra ni una sola reseña sobre el tema.

Por otro lado, y pese a haber perdido el contacto con Irigoyen, Miren ha seguido recibiendo información, de forma periódica, por su «filtradora de noticias» preferida: Mertxe, con la cual también ha quedado alguna tarde para dar una vuelta o tomar algo. Por desgracia, sobre su caso, lo único que le ha contado hasta la fecha es que, por más que pregunte, nadie parece saber nada.

La joven no sabe si su veterana excompañera estará trabajando en ese momento, así que le envía un escueto mensaje para que la llame «en cuanto pueda». A eso de las once y media de la mañana, Miren ve que tiene una llamada entrante.

—¡Mertxe!

—Hola, *maitia*, ¡qué tal? Me llamas para hablar por lo del juicio, ¿no? O lo que sea que haya sido eso, ya me entiendes.

—No me lo puedo creer...

—Yo tampoco. Es un asco. No soy yo la única que está indignada aquí. He estado hablando con algunos compis sobre el tema. ¡Qué chusco todo! Es alucinante que cierren el caso por falta de pruebas. ¡Si no han pasado ni seis meses! Y me consta que tu antiguo amigo, el detective ese, seguía muy metido en el tema.

—¿Cómo está él?

—Ah, ni idea, no me he cruzado con él, pero según me han dicho, debe de andar rabioso perdido. No me extraña, ha sido un mazazo para el chaval. Obviamente, me imagino que se largará de aquí. Su trabajo no tiene ya ningún sentido.

—Entiendo.

—Yo he ido a hablar con mi jefe. Le he dicho que esto me parece una vergüenza. Y fíjate, con lo estirado que es ese tipo, ya le conoces, siempre tan bien queda, tan pelota con sus superiores, pues me ha reconocido que es una pantomima. Que nunca se ha hecho nada realmente por llegar al fondo de esto. Eso sí, me ha dicho que era una opinión personal, y que, por favor, quedase entre nosotros. Es bastante cobardica. ¡Qué le vamos a hacer!

—Ya... En fin.

—¡Ay, lo siento por ti, Mirentxu! Pero bueno, hemos hablado muchas veces de esto y sabíamos que sería casi imposible demostrar nada. Pero qué sé yo, al menos podría haber habido un juicio. Porque sentar a gente tan importante en el banquillo, aunque al final se fueran de rositas, que sería lo más probable, sería un escándalo, ya por el hecho de estar ahí en un juicio y tener que decir: «Señoría, yo no hice nada, yo estaba ahí por casualidad». Pero qué va, chica, ni siquiera nos quedamos con eso. ¡Cobardes y corruptos! Eso es lo que son estos de los que estoy rodeada, este hatajo de cobardes y corruptos. No hay nada más. ¡Así cómo vamos a mejorar!

—Bueno, Mertxe, no me voy a cabrear por eso. Bastante impotencia siento ya.

—Pero, hija, ¡me da tanta pena! Es que se han hecho tan mal las cosas... Bueno, se comenta que hay una cosa que debió de hacer rabiar especialmente al inspector Iñigo Irigoyen.

—¿El qué? —Ese punto sí logra despertar su curiosidad.

—Pues que el inspector logró unos audios bastante potentes. Era la declaración de un tipo al que detuvieron en... no recuerdo. En Rentería, creo, gracias precisamente a Irigoyen.

—Me suena la historia —dice la joven, sin querer entrar en detalles.

—Pues el individuo dio algunos nombres muy jugosos, metió a gente importante en el ajo.

—¿Y qué pasó?

—Pues que los audios eran una prueba importante y a última hora, nadie se explica todavía por qué, el juez decidió no incluirlos en el juicio.

—¿Y eso?

—A saber. Creo que se argumentó algo de defecto de forma o no sé qué. Pero nadie se lo cree. E Irigoyen explotó contra los jefes. En fin, que todo son chapuzas y embustes. Todo para que los de arriba se vayan de rositas. Así que me temo que se aleja la posibilidad de encontrar a los culpables de lo que te hicieron.

—Me da igual eso. Yo lo que quiero es que paguen por lo que le hicieron a

Ane. Y a las demás chicas también.

—Ojalá, Mirentxu, ojalá...

Tras colgar, Miren se pregunta si debería buscar a Iñigo Irigoyen. «Quizá lo haga», piensa, «Pero todavía no. Tal vez en unas semanas, cuando todo esté más frío».

XXIX

19 de octubre de 1904

Hace dos días murió la infanta María de las Mercedes. La Reina está muy triste. Nunca la había visto tan deprimida. Los próximos meses guardaremos luto por su hija, tanto la Reina Madre como todo el servicio.

* * *

31 de julio de 1905

Hoy la Reina me ha dicho que, en vez de ir a Urgull, íbamos a ir a otro lugar. Por lo visto, quería visitar con «esas personas» un nuevo lugar de reunión. Le he preguntado por qué no podrían seguir reuniéndose en Urgull, como hasta ahora. Y me ha dicho que no era tal cosa. Que, aunque Urgull seguiría siendo el lugar principal, habían decidido, para alejar sospechas, crear un nuevo lugar para sus... cosas pero, al igual que hacen con las sociedades gastronómicas, darle una apariencia de lugar inocente y tranquilo. Me ha comentado también que aún no habían decidido qué apariencia le iban a dar, pero que tenía que ser algo lúdico. «¿Quizá un casino? », he preguntado. Pero ha negado con la cabeza. «Tiene que ser algo que proporcione diversión a toda la familia. En un casino pueden tejerse tramas malévolas, eso todo el mundo lo sabe, pero nadie sospecharía de un lugar más candoroso». Así me lo ha dicho, mientras miraba al paisaje, como sumida en sus ensoñaciones. Me ha entrado una arcada de pensar en qué tipo de gente podría reunirse allí mientras, al mismo tiempo, un montón de niños y sus familias se lo pasan bien, ajenos a todo. También he estado tentada de preguntarle a qué se refería con eso de que «nadie sospecharía», y por qué eso podría importarle. Pero ya estoy acostumbrada a quedarme sin esa información. Me da igual. Si quieren construir ese nuevo lugar, por mí estupendo.

Pero llega septiembre y Miren no ha coincidido aún con Iñigo. Tampoco sabe nada de Fran. Ni siquiera sabe si siguen en la ciudad. Como ninguno de esos dos hombres son precisamente dados a socializar ni a dejarse ver, tampoco se ha cruzado con ellos en ningún momento, ni en la calle ni en ningún otro sitio. También es cierto que Miren, por si acaso, no se ha acercado nunca a la zona donde sabe que vive cada uno de ellos, es decir, ni por el Paseo de Hériz ni por la Ciudad Jardín de Loiola. Lo que sí ha sufrido alguna vez es uno de esos microinfartos, como los llaman algunos. La primera vez fue en la Parte Vieja, la tarde de un soleado domingo de agosto. Caminaba por la Calle Puerto cuando, a lo lejos, entre las gentes que bebían y reían le pareció ver al inspector, casi a la altura de Portaletas. Se detuvo de golpe y su amiga Ainara, que marchaba tras ella sin mirar adelante, se tropezó con Miren.

—¡Ay! ¿Qué pasa, tía? ¿Por qué te paras? —le preguntó, mirando hacia adelante, por si estaba ocurriendo algo grave.

Pero con el golpe, Miren también se trastabilló levemente y perdió la pista a quien había creído ver. Al levantar la vista y buscar al hombre de antes, no lo vio, así que estuvo buena parte de la tarde dándole vueltas a si realmente se trataba de Iñigo Irigoyen. Llegó a la conclusión de que, a esas horas en un lugar tan concurrido, lo más probable es que fuera un chico que se le diera un aire, y que su propia mente le había jugado una mala pasada, haciéndole ver lo que no era.

Otro día, una mañana, al bajar a comprar un par de cosas al supermercado más cercano, iba caminando por la Avenida Isabel II cuando, cruzando un paso de cebra a unos treinta metros, le pareció ver a Fran Casanueva. En ese momento, aceleró el paso, sin pensar bien lo que hacía, para cerciorarse, y esta vez sí que pudo ver a ese hombre alejarse hacia el otro lado de la Avenida Carlos I. No era Fran, sino un hombre que se le parecía vagamente.

Pero es en septiembre cuando ocurre algo que la despierta de su sueño veraniego y la realidad se encarga de colocarla en su lugar, como Miren de Pedro. El destino le recuerda lo que le pasó. La mañana del 16 de ese mes recibe una llamada de un número fijo de la provincia. Descuelga y le habla una voz femenina, que se presenta como una secretaria del Ayuntamiento de San Sebastián. Por lo visto, el alcalde en persona está deseando hablar con

ella. La joven accede a que le pasen con ese hombre, todavía sin creérselo del todo.

—¿Miren de Pedro? —pregunta una voz melosa que, efectivamente, le suena como la del alcalde.

—Soy yo.

—¿Qué tal te encuentras?

—¿Yo? Bueno, bien.

—Entiendo lo duro que es para ti esta situación. Pero la Justicia a veces tiene sus propios, eh, tiempos y hay que aceptar sus decisiones, aunque no estemos de acuerdo.

—Ya... —Miren no sabe qué responder ante semejante demagogia barata y manida.

—Pero hay que confiar en la Justicia. Puede que no se hayan encontrado pruebas, pero estoy seguro, eh, de que tarde o temprano se conseguirán, y todo el peso de la ley caerá sobre tus agresores, fueran quienes fueran. Tenemos unas fuerzas y cuerpos de seguridad muy eficientes y, eh, confiables; no me cabe duda de que están haciendo todo lo que pueden.

«Este demagogo insulso no tiene ni idea de todo lo que sé de este tema», piensa, casi sonriendo al responder con un escueto:

—Claro, claro, sé que hacen una gran labor.

—Desde luego que la hacen.

—Tanto los jueces como la Policía, claro —añade la joven.

—Y entre tú y yo, acéptame este consejo, por favor. No debes tener miedo de salir a la calle. Donostia es una ciudad segura. Quien te hizo eso no volverá a hacerlo.

—No tengo miedo, no te preocupes.

El alcalde hace una pausa. Después, su voz impostada y suave vuelve a sonar desde el auricular:

—Miren, el motivo de mi llamada es que, eh, ahora que ha pasado el verano y que, por desgracia, se han sucedido algunas agresiones machistas, especialmente durante nuestras fiestas de Semana Grande, eh, desde el Ayuntamiento hemos aprobado una moción para haceros un homenaje, a todas las, eh, víctimas de este año, y eso te incluye. Os hemos seleccionado a algunas de vosotras como representantes del resto de las mujeres que han podido sufrir, eh, agresiones sexuales de diversa índole.

—Ya.

—Será un acto discreto en la propia casa consistorial. Si hace buen tiempo quizá lo hagamos fuera, en Alderdi Eder, en presencia de las fuerzas políticas con representación en la ciudad y algunos medios de comunicación. A las víctimas se os entregarán, eh, ramos de flores y después se darán algunos discursos, entre ellos el mío. Bueno, ya sabes, no tengo más remedio —añade de forma distendida, como intentando dar a entender que no le apetece nada —. Y también hablarán algunos expertos y expertas en violencia machista. Pero, eh, todo el protagonismo será para vosotras, claro. Nos gustaría que varias de vosotras también hablarais en el acto, y habíamos pensado que tú podrías ser una de ellas. Será algo breve, claro, y si no se te ocurre nada, dinos y te ayudaremos a escribir unas palabras.

—Ajá...

—Será el 29 de este mes.

—Ya. —Miren hace una pausa, como si realmente se lo estuviera pensando—. ¿Sabe qué? ¡Me importan un carajo sus flores y sus palabras! No pienso ir a esa pantomima. ¡Y no me llamen más!

Miren cuelga con la mano derecha temblando. «¡Asco de políticos!», piensa mientras lanza el móvil a la cama con cara de asco, casi como si la carcasa del móvil estuviera envenenada.

XXX

3 de agosto de 1906

Todavía estoy que me tiembla todo el cuerpo. Estaba esta mañana yo en la habitación de mi señora, sola, canturreando mientras ordenaba en el armario los vestidos de la Reina. Es cierto que ella tiene una estancia entera para su ropa, al que llamamos vestidor, pero gusta de tener más a mano las prendas que viste más a menudo. Pues bien, estaba yo frente al armario abierto cuando he escuchado un fuerte crujido de la madera del suelo, a mi espalda. Me he dado la vuelta, asustada, y he visto que, junto a la ventana abierta, estaba el individuo aquel, el asesino ese que estuvo conversando con mi señora en el palacio tiempo atrás. Estaba de pie, con una mano todavía apoyada en el alféizar de la ventana, con el pelo enmarañado, y una sonrisa dibujada en su cruel rostro. Parecía encontrar divertida la escena. He pegado un grito y he dado un paso atrás, con la mala fortuna de que me he tropezado con el armario y me he caído dentro, quedándome sentada entre los vestidos. El hombre ha soltado una risotada y me ha dicho, con desprecio: «No te asustes, doncella, no tengo intención de hacerte nada. Aquí no, al menos. Aunque si te pillo en algún otro lado, ahí ya no prometo nada...», y se ha pasado la lengua por los labios, de forma muy libidinosa. Me han entrado ganas de tirarle algo a la cabeza, aunque sé que, si lo hubiera hecho, podría haberme matado allí mismo por ello, así que me he levantado y le he hecho frente, pero desde la distancia. «¿Qué haces aquí?», le he preguntado. «He venido porque, cuando la Reina llama, su fiel siervo acude», y ha hecho una ligera inclinación burlesca, a modo de reverencia. «No me lo creo», le he respondido. La verdad es que una cosa es que el tipejo se cuele por la ventana, y otra muy distinta que la propia Reina mande llamarle. «Créete lo que quieras, pero ve a decirle que estoy aquí, listo para el encargo que quiera encomendarme. Ya me entiendes», y ha guiñado un ojo, de forma macabra. Pero no ha hecho falta que fuera a llamarla, porque en ese momento se ha abierto la puerta y ha entrado la Reina. Al ver al asesino ese se ha puesto muy tensa y ha cerrado la puerta a toda prisa. «Al fin estás aquí», ha dicho, y en ese momento se ha percatado de que yo estaba allí, pero ni se ha inmutado. «Pilar, puedes retirarte. Y ya sabes, no hables de esto con nadie». Intentando que no se me notara, pero con un profundo desagrado que me bullía por dentro, he hecho una reverencia y he salido de allí.

Al principio me he alejado un poco por el pasillo, sin ganas de escuchar nada, pero algo dentro de mí ha sido más fuerte, así que me he metido en la

estancia aledaña, que es donde está el vestidor, y he ido a la puerta que separa el vestidor de la habitación. He pegado la oreja y he aguardado, en silencio. Las pocas sospechas que me quedaban se han confirmado. En ese momento, mi señora estaba encomendándole una tarea. Por lo visto, uno de los hermanos Ibarretxea, que, si no recuerdo mal, son unos poderosos empresarios de la metalurgia, le había contado a un amigo suyo de la existencia de la Sociedad. Además, siempre según ese amigo, el tal Ibarretxea estaría planteándose contar a la opinión pública la existencia de la Sociedad. Yo me he preguntado cómo se habrían enterado de eso, y cómo habrían sacado la información del amigo ese, pero prefiero no pensarlo. La Reina ha dicho algo así como: «Ya sabes lo que hay que hacer».

En fin, no necesito ser una vidente para saber que, dentro de unos días, los periódicos hablarán de un famoso empresario misteriosamente hallado muerto.

35

Llega diciembre y a Miren se le acaba el contrato de dependienta en una tienda de ropa, donde la contrataron gracias a que la encargada de esa tienda, que está en el Centro de Donostia, era una amiga de una amiga suya, y la primera le recomendó para ese puesto de trabajo. Por desgracia, el contrato, que empezó a finales de octubre, expiraba a mediados del último mes del año, pues se trataba de una sustitución por una baja por maternidad de la titular del puesto de empleo.

A finales de diciembre le contratan en una tienda de calzados como refuerzo para la campaña de Navidad. Además, sigue trabajando con Leire, de forma esporádica, en bodas y otros eventos para la empresa de la que es encargada la tía de su amiga.

Cuando le expira el contrato de la tienda de calzados, el día 10 de enero, Miren regresa a casa de trabajar, derrengada. Aunque sabe que debería haberse puesto a buscar otras ofertas de empleo antes, tal y como esperaba de ella misma, que se conoce bien, cuando llega el día de su marcha de la tienda de zapatos no ha buscado nada. En realidad, cree que después de «la tralla de la Navidad», en la que ha descansado lo justo (solo los días 25 de diciembre, 1 y 6 de enero), y no ha parado de trabajar como una posesa, no le vendrá mal tomarse unos días para descansar. Además, es dolorosamente consciente de que algo se avecina, y tiene que estar descansada.

Al fin y al cabo, en unos días se cumplirá el primer aniversario de los hechos en los que Miren se vio tristemente implicada, y sabe que se producirá algo. Le da igual lo que diga el alcalde, le da lo mismo que la causa fuera archivada por la Justicia en verano. Está absolutamente segura de que, aunque se hubiera producido un juicio, la Sociedad de La Bella Easo seguiría actuando, como todos los años desde hace más de un siglo.

Ese mismo día 10, por la tarde, recibe un mensaje de un número que no tiene guardado en la agenda del móvil: «Miren, soy Fran. Necesito hablar contigo, por favor».

Al leer eso, se queda unos segundos bloqueada. Su primera reacción es no contestar. Obviar ese mensaje y punto. No obstante, tras pensarlo un poco, siente que tal vez haya llegado el momento de tener una charla largamente pospuesta con su antiguo profesor. Por ello, le escribe un mensaje informándole de que irá ella a verle a la casa de su abuela esa misma tarde. «Cuanto antes me quite este problema de encima, mejor. Además, debo reconocer que estos meses no ha hecho nada por contactar conmigo, y es un gesto que debo tener en cuenta también para darle una oportunidad», reflexiona la joven, con el móvil todavía entre las manos.

Esa misma tarde se presenta en casa de la abuela de Fran y llama al telefonillo. Su profesor le abre la puerta y ella entra hasta el porche. Sin necesidad de tocar la puerta, Fran la abre y la joven puede observarle bien. Su aspecto la impresiona de nuevo. No es tan malo como el que vio en el

hospital, pero vuelve a estar, en su opinión, «muy dejado». La barba desaliñada, el pelo alborotado y profundas ojeras dibujadas en su rostro. Su expresión, además, es la de una persona que lleva el sufrimiento impreso en la cara. Además, bajo la camiseta gris desteñida y los pantalones de pana anchos, Miren adivina que vuelve a estar muy flaco.

Fran le indica, con gestos, que avance hasta la sala.

—Gracias por venir, Miren.

Ella no sabe qué contestar, así que le dedica una ligera sonrisa y avanza hacia el sofá. Su abuela no está en la sala, y la televisión está apagada.

—¿Dónde está tu abuela? —pregunta ella, sentándose, mientras él hace lo propio en el otro sofá, en la esquina que queda más cerca de donde está Miren.

—En la cama.

—¿A estas horas?

—Sí, bueno... Está bastante apagada desde que hace un par de meses tuve que subirla a Urgencias.

—¡Vaya! ¿Es grave?

—Un ictus. —Miren se lleva una mano a la boca—. Pero está bien, dentro de lo que cabe. Y a ver, ya sé que es normal. Es la edad. Mi abuela siempre ha tenido una salud de hierro, pero los años no perdonan. Estuvo una semana ingresada pero después le dieron el alta. Los médicos me han dicho que no creen que mejore mucho, pero que es mejor que siga en su casa. Desde que bajó, apenas come, y pasa muchas horas en la cama, agotada. En fin... —la tristeza que refleja el rostro del profesor la enternece, pero al instante se da cuenta de que no debe bajar la guardia o acabará creyendo todo lo que le cuente.

—Joe, pues ya lo siento, de verdad. —Le posa una mano sobre la rodilla de Fran, pero la retira al segundo—. Es una gran mujer. Yo le tengo aprecio.

—Lo sé. Ella a ti también. Me ha preguntado varias veces por ti estos meses. —Miren siente una punzada de dolor en el pecho—. Siempre le digo lo mismo: que estás muy liada con los estudios.

—Vaya, lo siento Fran. Debería haberte escrito estos meses.

—Tranquila, no quiero que pienses que te estoy culpando. Seguro que has tenido tus razones.

—La verdad es que sí. Necesitaba alejarme de todo esto. De toda investigación y...

—Ya. ¿Y te va bien?

—Bueno, diría yo que sí, dentro de lo que cabe.

—¿Y eres feliz?

—¿Cómo?

—No lo estoy diciendo con ironía. Lo pregunto en serio. Espero que así sea, además.

—Oh, pues bueno. Ya me conoces. Feliz del todo es difícil viniendo de mí. Pero bueno, la verdad es que no me puedo quejar. Sigo de curro en curro, pero algunos fines de semana trabajo en temas de celebraciones, bodas y así, y estoy bastante a gusto. Suelen ser al aire libre, además. Por lo demás, sigo saltando de curro precario en curro precario.

—¿Y con tu familia?

—Esa es la parte más positiva. He vuelto a llevarme bien con mis padres. Disfruto de su compañía, y espero que ellos de la mía también.

—¿Reñís menos?

—Bueno —y se ríe un poco—. Diría yo que sí. Seguimos discutiendo a veces, pero por tonterías... Me siento muy unida a ellos. Y con mis amigas también he recuperado relación. Sobre todo, con Leire, ¿te acuerdas de ella?

—Pues claro que sí. Era una alumna que siempre me cayó muy bien, aunque no atendiera mucho en mis clases. ¿Qué tal está?

—Bien, bueno. Tan loca como siempre. —Ambos se ríen—. Así que bueno, resumiendo, por ese lado también estoy más tranquila; me siento más arropada, y no sé, más feliz, supongo.

—Qué bien, me alegro por ti.

—Ya... Pero supongo que querrás saber por qué te dejé de escribir.

—Imagino que no era solo para intentar olvidar lo que te pasó. O has cambiado mucho estos últimos meses o no diría que es un comportamiento habitual en ti.

—Pues no, no lo es. Lo que pasa es que, después de lo de la cripta aquella que encontramos... En fin. Al día siguiente estuve con el inspector. Ya te conté que durante un tiempo colaboré con él.

—Sí, lo recuerdo bien.

—Pues fui a verle al despacho y me dijo que después de eso, me expulsaba de la investigación.

—¿E hiciste un trato con él? ¿Te mantendría a su lado si cortabas toda relación conmigo?

—¡Oh, no!

—Tranquila. Me fastidiaría que fuera eso, no te voy a engañar. Pero lo entendería.

—¡No, no fue eso! ¿Cómo se te ocurre pensarlo? ¿Crees que yo permitiría algo así?

—Imagino que no.

—Pues eso. Fue otra cosa. Antes de irme, me enseñó un documento. Era un informe sobre... Sobre ti.

—¿Sobre mí?

—Sí, sobre por qué dejaste de colaborar con la Ertzaintza hace tantos años.

Fran baja la mirada.

—Entiendo.

—Y entonces comprendí por qué no debía confiar más en ti. No solo por

lo que hiciste, aunque me parece horrible, sino también porque me mentiste. Me dijiste que te negaste a seguir investigando algo grave, pero no era cierto, y no es la primera mentira que me dices. ¿Entiendes por qué no quería verte? Solo he accedido a venir por... —Se muerde la lengua—. Porque han pasado muchos meses y ya me veo preparada para escuchar tu versión. Si es que tienes una...

Fran se queda acurrucado, casi hecho un guiñapo. Necesita unos segundos para digerir toda esa información.

—Está bien. Te lo contaré todo. Y no pretendo que me creas a pies juntillas, pero solo te pido que me escuches.

—Adelante, pues.

—Sobre lo que pasó hace quince años... Te lo contaré. Seguro que lo que leíste en ese informe era cierto, pero debes saber que te conté la verdad. Me negué a seguir investigando porque el hombre al que querían cargar todo el muerto, literalmente, era un pobre diablo. En realidad, el asesino, estoy seguro, era un tipejo importante, un hijo de un empresario corrupto, de un..., para resumirlo, de un auténtico mafioso. El pobre diablo del que te hablo había colaborado en ese asesinato; sin su ayuda el auténtico asesino no podría haberlo hecho. Pero el chico del que te hablo no sabía que su ayuda había servido para matar a alguien. Cuando se enteró, vino a mí para contármelo todo. No fue directamente a la Policía porque no se fiaba de ellos. Por desgracia, esa gente poderosa se enteró de sus intenciones de irse de la lengua, y le amenazaron con matarlo a él y a su familia si hablaba. De hecho, le dijeron que la única forma de que su familia no muriera, y salvajemente, además, era que él confesara ser el único culpable del crimen. Él, por tanto, esa vez sí llamó a la Policía para contarlo, pero no les dio su ubicación. Por suerte, yo le encontré antes. El chico estaba desesperado. Volví adonde mis superiores ertzainas y les conté lo que había investigado, aunque no les dije que hubiera hablado en persona con aquel chico, sino solo por teléfono. Entonces, me ordenaron seguir la pista de ese chico hasta encontrarle y, asimismo, me obligaron a que cortara de raíz toda investigación sobre el hijo del empresario mafioso. Me negué a ambas cosas, claro, y supe que me iban a apartar del caso. Pero antes de que eso ocurriera, redacté un nuevo informe, con pistas falsas, que sustituyese al anterior, y lo hice pasar por el viejo, que destruí. Luego le ayudé al muchacho a escapar, pues sabía que, de caer en manos de la Policía, iría directamente a la cárcel, y allí encerrado, antes incluso de poder defenderse en un juicio, moriría en extrañas circunstancias,

en una muerte que harían pasar bien por algo accidental, bien a causa de una pelea con otros reclusos o incluso la harían pasar por un suicidio. Yo estaba seguro de ello, de que el mafioso movería sus hilos dentro de la cárcel. El chico también lo sabía. Así que le ayudé a escapar. Sí, Miren, así fue. Puedes creerme o no, pero te estoy diciendo la verdad. Y como ves, nunca te conté esta historia, pero tampoco te mentí. Lo que hice fue ocultarte esta historia. Y sobre lo que pasó después de mi marcha de la Ertzaintza, eso supongo que ya lo sabrás.

—Sí, lo sé. Y en eso te creo.

—Te lo agradezco. Además, para que veas que no miento, te recuerdo que yo sigo teniendo algunos buenos amigos dentro del cuerpo. Mis contactos, ya sabes. Ellos nos salvaron de una buena el año pasado.

—Lo sé.

—Ellos eran, y todavía son, los agentes que estuvieron más cerca de mí durante aquella investigación, y que saben la verdad. Se opusieron a la versión oficial y me secundaron. De nada sirvió, claro, pero para mí fue un gran gesto, ya que se exponían también a algún castigo, como una sanción o incluso algo peor, como un despido fulgurante. Por suerte, eso no pasó y siguieron trabajando en el Cuerpo.

Miren hace un alto.

—Vale, está bien. Esa historia concuerda, y, además, es coherente con la personalidad del Fran que conozco. Pero entonces respóndeme a esto: el 19 de enero, en aquel sitio horrible, ¿quién te dijo «Qué haces tú aquí ahora»?

Fran pega un brinco tan fuerte que casi se levanta del sitio.

—¡Cómo! ¿Lo escuchaste?

Miren sí que se levanta del todo, furiosa.

—¡Entonces es cierto! No fue ninguna alucinación.

—Es cierto que me lo dijeron. Pero ¿por qué nunca me lo contaste?

Miren recupera la calma, pero prefiere seguir de pie, lista para correr, si hiciera falta.

—Escapaste, o sea, te secuestraron. Y luego pues... No sé, nunca encontré el momento. Supongo que necesitaba saber más de ti para saber si eras de fiar. Porque no me fiaba. Ni me fío aún, en realidad.

—Ya, a mí me pasaría igual.

—No me vengas con paternalismos baratos. ¿Quién te preguntó eso?

—Un..., un viejo amigo.

—¿Carlos?

Fran abre mucho los ojos, sorprendido.

—¿Cómo conoces a...?

—¡Respóndeme o me largo de aquí!

—Exacto, sí. Era Carlos Satrústegui el que estaba ahí.

—¿Tú sabías que era miembro de la Sociedad de La Bella Easo?

—Sí...

A Miren le entran ganas de golpearle en la cara.

—¡Cabrón! ¡Y no me lo dijiste!

—Pero... ¡Qué te iba a decir!

—¡Que tu amigo era parte de esa organización!

—¿Para qué?

—Para que supiera a qué atenerme. Como, por ejemplo, si no estabais también conchabados.

—¿Qué? Pero si hace tiempo que no sé de él.

—Ya, claro... Vi las fotos en el álbum de tu abuela. Erais muy amigos.

—Exacto. Lo éramos. Pero hace años que perdimos la relación.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué te dijo *ahora*?

Fran necesita un momento para ordenar sus ideas. Miren, inconscientemente, echa miradas rápidas a la puerta de la sala, calculando cuánto tiempo le costaría salir de esa casa.

—Porque ya había estado allí.

—¿Có-cómo? —Miren da un paso hacia la puerta.

—¡No, por favor! ¡Espera! No es lo que piensas.

—¿Entonces?

—Fui allí un día antes. A los túneles. Bueno, no llegué a entrar. Quería avisar a Carlos, para que no estuviera allí la noche del 19. Pensé que la Ertzaintza detendría a todos, pero no quería que también cayera Carlos.

—¡Entonces siempre has sabido todo!

—No, todo no.

—¿Y eres miembro de la Sociedad?

—¡Claro que no! ¡Miren, por favor!

—Aunque dijeras la verdad. Sí que mantuviste la relación con Carlos.

—De forma intermitente. Te lo explicaré.

—Buf, no sé si quiero oír más mentiras. —Hace el gesto de irse.

—¡No! ¡Por favor! Quédate. Solo para escuchar esto. Y después tú decides si creerme o no. Pero este es el último secreto que tengo, Miren. Nadie más sabe esto excepto Carlos y yo. Pero me temo que, por primera vez, tendré que romper una promesa. Ojalá sirva para que me creas. Y después, si quieres, vete para siempre, pero al menos llévate esta explicación contigo.

Miren vuelve a sentarse, arrepintiéndose al instante por hacerlo.

—Está bien. Te escucho.

Fran toma aire y mira hacia un lado, haciendo memoria.

—Veamos. Siento tener que remontarme tan atrás, pero es necesario para que lo entiendas, así que abusaré de tu tiempo un poco más. —Observa a Miren hasta que ella asiente levemente, pero sin mirarle a los ojos—. Cuando yo era pequeño era un niño muy tímido, muy retraído y solitario. Fui así durante muchos años hasta que conocí a Carlos, siendo ambos adolescentes. Tendríamos... yo trece años y él catorce. En un primer momento, nadie habría dado un duro porque dos personas de orígenes y personalidades tan diferentes pudieran conectar tan bien. Pero así fue. Nos hicimos muy amigos. Éramos más hermanos que amigos, en realidad. Íbamos a todos lados juntos... En fin, no insistiré más en ello. Ya te haces una idea. Con los años nuestros caminos se separaron un poco, pero seguíamos siendo los mejores amigos. Y entonces, tendría yo unos veinte años, me empezó a hablar de un grupo, o así lo llamó él. Un grupo secreto de gente muy poderosa.

—¡La Sociedad de La Bella Easo! —salta Miren—. ¡Pero se supone que tú no sabías nada de ella!

—Nunca la llamó por su nombre. Se supone que era secreto. Y tanto que debía serlo, para que alguien tan charlatán como Carlos no me lo dijera ni se le escapara nunca ante mí. No me llegó a contar todas las barbaridades que descubrí, años después, estando ya contigo. No obstante, las cosas que me contó sobre ellos ya me pusieron los pelos de punta. Esa gente funcionaba como una especie de mafia enorme y muy bien organizada. Se vigilaban entre ellos para que nadie se atreviera a sacar la patita, o se encargaban de volver a metérsela de maneras muy taxativas. También se supone que se encargaban de encumbrar o de destruir social y económicamente a quien se propusieran. Y me dio hasta varios ejemplos de gente a la que arruinaron con sus prácticas subrepticias y maquiavélicas. Pues bien, Carlos me dijo que ya estaba a punto de ser un miembro de pleno derecho. O bueno, quizá no entre los grandes, pero que tarde o temprano le postularían para ello. Y me propuso que yo también le acompañara, porque incluso alguien de mi procedencia social podría entrar, pues lo que me faltaba de posición económica y de origen familiar, lo suplía con mi intelecto, y me aseguró que esas personas sabían valorar la inteligencia tanto o más que el patrimonio, pues todo conduce a lo mismo si se sabe llevar bien, es decir: al poder.

—Dirías que no, ¿verdad?

—Bueno..., al principio dije que sí.

—¡¿Qué?! —Miren se indigna incluso un poco más.

—Tenía veinte años, Miren, y confiaba en mi amigo más que en nadie. Si él me aseguraba que era algo bueno, yo debía seguirle, aunque fuera hasta saber un poco más. También me picaba la curiosidad. Un día, al final, me convenció y me llevó a un lugar de Urgull, cerca del Castillo de la Mota. De repente, un tipo salió de dentro. Era un embajador, o eso me dijo. Me dio muy mala espina, y en cuanto me contó un poco lo que hacían... me di cuenta de que no era lo mío. Así que, en cuanto el tipo se largó, discutí con mi amigo, cosa que nunca había hecho, y durante varias semanas dejamos de hablarnos. Cuando volvimos a hacerlo, nos reconciliamos, pero a cambio, acordamos no hablar más del tema. Y me hizo prometer que le guardaría el secreto. Yo lo último que le dije a ese respecto fue que debía abandonar ese grupo tan rápido como pudiera. Pero ya era tarde; Carlos estaba muy convencido. Pese a nuestra reconciliación, lo cierto es que siempre había algo flotando en el ambiente cuando estábamos juntos, una especie de desconfianza mutua. Es como si nuestra confianza sin fisuras, hasta el momento, ya no lo fuera. Nuestra relación, era obvio, acabaría por morir, con el paso del tiempo. Ambos nos dimos cuenta de ello, aunque durante meses luchamos para que no fuera así. Pasaron los años y perdimos definitivamente el contacto. Hasta que, muchos años después, tendría yo unos cuarenta, o sea, que fue hace tres o cuatro años, apareció Carlos de repente, en mi casa, y me pidió que le acogiera. Le pregunté qué le pasaba y me dijo que no podía decírmelo, pero que estaba huyendo. Era 20 de enero...

—¡Oh, Dios! Era uno de los...

—No lo sé. Rezo porque no fuera así. ¿Quién sabe? Carlos tenía la habilidad de meterse en problemas a todas horas. Además, yo por aquel entonces ignoraba lo que tú y yo ahora sabemos sobre esa Sociedad. La cuestión es que le pregunté si estaba relacionado con ese grupo, y me dijo que quizá. Le pedí que saliera de ese grupo, y me dijo que no era tan fácil. Y aquí llega lo más gordo. Cuando empezamos a investigar, años después, tú y yo, caí casi desde el principio en que esa organización podía ser la misma de la que Carlos huía. Quise contactar con él, pero no lo logré. Hasta unos días antes del 19 de enero del año pasado. Fui al lugar donde nos encontramos con el embajador ese, años atrás, porque me acordé de que, hace mucho tiempo, Carlos me dijo que, si quería buscarle, fuera a ese lugar. Así que fui al lugar y unas horas después apareció Carlos. Me metió por la entrada secreta y estuvimos hablando en una cámara. Me dijo que lleva tiempo intentando desenmascarar a su gente, pero que no sabe cómo hacerlo sin que lo liquiden a él por el camino. Me dio algunas claves para ayudarnos, a ti y a mí, y me juró

que él no participaría en esos ritos tan brutales, nunca más. Y me hizo prometer, una vez más, no contarlo. Y también me pidió que ni se me ocurriera entrar allí, que era demasiado peligroso. Yo pensaba que no me encontraría a Carlos ahí, aquella noche, pero como ahora sabes, sí que me lo encontré, y me hizo esa pregunta, porque supongo que no se esperaba verme allí cuando hacía solo unos días ya habíamos estado no muy lejos de ese lugar. De todas formas, al verme se escapó, porque había policías por todos lados. Y al parecer, logró escapar, junto a la mayor parte de sus hermanos. —Hace una pausa—. Y ahora ya lo sabes todo.

Ella sigue sin fiarse del todo, aunque las palabras de su antiguo profesor parecen sinceras. En cualquier caso, no tiene mucha más opción.

—Todo no. ¿Quién te secuestró después de que me visitaras en el hospital? ¿Fue Carlos?

—¿Qué? Eso no lo sé.

—Pero te encontramos en el palacio de su familia.

—Carlos lleva años siendo una oveja negra en la familia, por lo que no sé si le dejarían entrar en esa propiedad. Así que pudo ser él, o puede que no. Yo desde luego no recuerdo haberle visto en mi celda. Claro que no he recuperado toda la memoria de aquellos días.

Miren toma aire. Es el momento de que las cartas queden boca arriba.

—Pues ahora necesito tu ayuda.

—Siempre la tienes —responde él, con extrañeza.

—Me jode tener que pedírtelo a ti, pero... En fin. Se acerca un nuevo 20 de enero, y estoy segura de que volverá a pasar lo de todos los años.

—Yo también lo temo. Por eso te he llamado. Quería hablar contigo sobre ello.

—Está bien. Tú ya te has sincerado, o eso creo, pero me temo que yo tampoco he sido del todo sincera contigo.

—¿Qué quieres decir?

—La noche en que encontramos la entrada secreta de la fuente del parque Araba. Bueno, más bien la noche que tú encontraste esa entrada y que, por cierto, todavía no me has dicho cómo.

—Porque no lo sé, Miren. Es así.

—Está bien. La cuestión es que, esa noche, encontré algo ahí, en un hueco de una de las paredes.

—¿Cuándo?

—Cuando cada uno se puso a investigar por un lado distinto.

—Entiendo. ¿Y qué encontraste?

—Encontré un libro. Un diario, o unas memorias más bien, no sé cómo llamarlo.

—¿De quién?

—De una sirvienta de la reina María Cristina.

—Es increíble...

—He aprendido mucho sobre el origen de la Sociedad de La Bella Easo gracias a esa mujer, que murió, claro está, hace muchos años.

—Pero no me lo contaste...

—No me fiaba de ti.

—No puedo culparte por ello. Y si ahora me lo cuentas, ¿es porque ya confías en mí?

—No lo sé. Quizás. O tal vez porque estoy desesperada y necesito ayuda con esto. No puedo hacer lo que quiero yo sola, y tú has demostrado con creces valer para estas cosas.

—¿Y qué es lo que quieres que hagamos?

—Detenerles, claro. Antes de que hagan nada otra vez.

—Me temo, Miren, que los de la Sociedad no van a ser tan idiotas para

repetir viejos patrones.

—¿No crees que seguirán con sus actividades?

—Eso sí, pero los túneles, por primera vez en más de un siglo, no los pueden usar, así que supongo que Urgull tampoco lo pisarán. Si pretendías que nos escondiésemos tras unos arbustos a esperar...

—No era esa mi intención. No sé dónde atacarán, pero creo saber dónde se reunirán.

—¿Qué? ¿Cómo sabrías tú algo así?

—He encontrado la pista aquí.

Miren saca con sumo cuidado un libro de su mochila y se lo da. A Fran se le ilumina la cara, maravillado, al coger ese ejemplar con aspecto antiguo entre sus manos.

—Es lo que encontraste en la cripta bajo la plaza del Centenario, ¿verdad?

—Exacto. Pero ¿y esa pista de la que hablas? ¿Cómo sería posible? ¡Si han pasado ya más de cien años!

—Por eso quiero que leamos juntos la última entrada del libro.

Miren se sienta a la izquierda de Fran, cerca de él, para que ambos puedan leer esa última parte del diario de Pilar Sarasola, la sirvienta de la reina María Cristina.

XXXI

9 de agosto de 1907

Hoy he visitado un lugar que no conocía antes. Lo llaman parque de atracciones. Bueno, en realidad sí conocía este lugar, pero la última vez que estuve era solo una explanada. Al fin he salido de dudas sobre qué decidieron al final.

Pese al oscuro secreto que sé que esconde, debo reconocer que es un lugar maravilloso, y me encantaría poder traer algún día a mi Iñaki conmigo. ¡Jugaría y disfrutaría tanto aquí! Pero dudo que eso pase jamás. Este parque es solo para gente pudiente. Y, aun así, podría haber sido un día bonito. Por alguna razón que desconozco, la Reina se iba a reunir con esos hombres en aquel lugar. He llegado allí con Su Majestad y, en vez de disfrutar de esas atracciones, hemos ido directamente, y de forma muy discreta, a una especie de sótano. Pero yo no he podido bajar. No me lo han permitido, como de costumbre. Estoy harta ya. Harta de no saber hasta dónde puede llegar la maldad de esa gente. ¿Pero y mi gentil Reina? ¿Por qué sigue ahí con ellos? Una vez me dijo que, con o sin ella, ese tipo de organizaciones seguirían existiendo, pero que, gracias a ella, se ha conseguido bajar el número de víctimas. Ya no sé qué creer.

Lo cierto es que he esperado un rato prudencial y me he dado la vuelta. Al ser un lugar nuevo, quizá podría encontrar otra entrada, lejos de esos guardas que protegían la entrada por la que había ido la Reina.

Y así lo he conseguido. Había un pequeño ventanuco al otro lado. Me he descolgado por ahí y me he encontrado en un pasillo. He seguido adelante y he llegado a una sala aledaña en la que estaban todos. O eso imagino, porque las voces se escuchaban muy cerca. Podía oírlo todo y con mucha más claridad que en Miramar.

Han estado un buen rato allí, más de dos horas, en la reunión. Han hablado de tantas cosas... Es terrible. Las cosas que estaban debatiendo, sobre si debían hacerse o no asesinatos. Parece que a nadie le importaba lo más mínimo. Las vidas humanas no les interesan, salvo las suyas, está claro. En varios momentos he escuchado pasos de botas, de guardias que estaban patrullando por alrededor. Cada vez que eso ocurría me escondía detrás de un baúl, en un rincón.

Pero lo peor estaba por llegar. De repente, alguien ha dicho algo de que estaban de celebración y que, aunque no tocaba por las fechas, ese año se haría una excepción, siempre que a la «Bella Easo» le pareciera bien. No he oído la respuesta, pero debo decir con pena que estoy segura de que mi señora ha debido de inclinar la cabeza o ha dado su aprobación de algún modo, porque han seguido hablando. Y entonces, se me ha helado la sangre. Ha sido en el momento en que uno de esos hombres ha dicho que la sorpresa aguardaba en una estancia aledaña, y que tenía la sangre muy fresca. Ha habido risas y murmullos de aprobación. Un escalofrío me ha hecho temblar. Aun sin saber a lo que se refería, he podido imaginármelo. Así que me he alejado de mi refugio, el baúl, y he avanzado a tientas por el pasillo poco iluminado, buscando alguna puerta, y con mucho miedo por si en algún momento volvía a escuchar el sonido de las botas.

Por suerte, he encontrado varias puertas antes de oír nada. Todas las estancias estaban vacías salvo una. Me he encontrado en un cuartucho pequeño, poco menos que una alacena. Dios mío, ¡había una chica encadenada! Una chica joven, muy joven, una adolescente. Estaba sin sentido. He intentado reanimarla, pero estaba como ida. Después he intentado soltarla de sus ligaduras, pero ¿cómo iba a cortar una cadena?

Estaba pensando en qué hacer cuando, de repente, he sentido una mano que me apretaba la boca y un brazo que me levantaba de la cintura. No podía gritar. Un hombre me ha llevado en volandas y he visto que otros dos iban con él. Me han metido en algún lugar y me han tirado al suelo. He levantado el rostro y he descubierto que estaba en una estancia enorme. A mi alrededor se agolpaban decenas de hombres y al frente, sentada en un sencillo trono, estaba la Reina, con su vestido blanco y azul.

Me he sentido morir. He mirado alrededor y he identificado muchos rostros, que me miraban perplejos. Muchas de esas personas habían pasado por Miramar, e incluso, hace muchos años, por el Palacio de Ayete. He podido identificar a ministros, condes, generales del Ejército, al alcalde en persona, a duques y otros nobles, empresarios, y a muchas otras personas más cuyas caras no me sonaban de nada. Pero sobre todo he mirado a mi señora, que estaba pálida.

Tras un silencio, uno de los hombres ha dicho a voz en grito que era una intrusa y que debían matarme allí mismo. Me he sentido como en una pesadilla. Quería despertarme y volver con mi Iñaki y Joxe Mari. Me han entrado ganas de llorar, pero ni siquiera podía por el miedo.

Por suerte, la Reina se ha levantado y ha intercedido por mí. Pero a cambio, me ha hecho prometer un montón de cosas horribles. Creo que esos hombres no se han fiado en ningún momento. Los mismos guardias que me habían llevado me han sacado de allí y me han custodiado hasta que se ha disuelto la reunión, varias horas después. Yo no hacía sino llorar y temblar de pavor, además de acordarme de la chica encadenada y preguntarme por su destino, seguramente funesto. Y esos guardias me pegaban patadas cada cierto tiempo y me gritaban que me callase.

La Reina ha salido y con malos modos me ha ordenado que la acompañara. Hemos subido al coche y no hemos hablado en todo el viaje. «Me temo que ya no puedo fiarme de ti», ha dicho, con frialdad y sin mirarme, nada más llegar a la puerta del Palacio de Miramar. «Recoge tus cosas y márchate», ha dicho después, y se ha dirigido a la puerta principal. «Esperad, Majestad, por favor», le he implorado. «¿Qué será de mí, y de mi familia?».

«No debes preocuparte por ello; ya has visto que te hemos perdonado la vida. Da gracias por ello», ha añadido al final, pero en su rostro, aun sin mirarme, no he notado ninguna convicción.

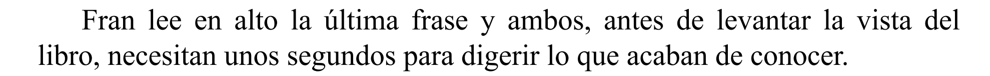
Y aquí estoy, con Joxe Mari, que también ha sido fulminantemente despedido, y con Iñaki, ajeno a todo. He tomado una decisión, y me da igual lo que diga mi marido. Le he contado parte de lo que sé, y no da crédito. Le he exigido que guarde el secreto, por su seguridad y, sobre todo, la de nuestro hijo.

En cuanto lleguemos al pueblo, le voy a implorar que pida ayuda a alguno de sus hermanos, y que se refugie en algún baserri o incluso en alguna borda, pero lo más alejado posible del mundo. Y que se lleve al niño con él. Le voy a pedir que no vuelvan a la civilización hasta que las cosas se calmen. Y le daré este diario mío en cuanto acabe de escribir estas líneas, para que lo esconda donde él entienda que estará más seguro, para que no caiga en malas manos.

Y yo, por mi lado, me iré adonde sea. Pediré ayuda a mis padres, sé que ellos me acogerán. Pero no me quedaré en su casa. No quiero que sufran por mi culpa. He pensado en irme lejos, al extranjero, aunque algo me dice que ellos me encontrarán, vaya adonde vaya. Que Dios me proteja. Así que he llegado a la conclusión de que de nada sirve huir, y menos aún para alejarme de lo que más quiero en el mundo, que es mi familia. Por lo que solo me queda hacer una cosa. Mientras escuchaba lo que decían en aquella sala,

alguien comentó algo sobre los preparativos para la víspera del día grande. Otra chica va a sufrir, y mucho. Y después de ella, otras más.

Sé que es arriesgado, pero no me queda otra opción. Me quedaré escondida estos meses, sin llamar la atención. Y cuando llegue ese día, saldré e intentaré ayudar a la chica que hayan capturado, para sacarla de donde esté, es decir, lo que no he podido hacer hoy. Será mi último servicio en este mundo.



36

Fran lee en alto la última frase y ambos, antes de levantar la vista del libro, necesitan unos segundos para digerir lo que acaban de conocer.

—¿Crees que Pilar lo logró? —pregunta Miren, imaginándose la respuesta.

—No lo creo. Seguro que hizo lo que pudo, pero no creo que consiguiera salvar a nadie. Y su historia, por el contrario, se perdió la noche del 19 de ese año. Y eso si no la atraparon antes.

—Ha pasado más de un siglo; no creo que nadie recuerde a esta valiente mujer —dice ella y, sin saber por qué, le entra una sensación de profunda tristeza.

Al fin y al cabo, al leer sus memorias perdidas, Miren se da cuenta de que probablemente sea de las pocas personas que ha leído ese manuscrito, y tras varios meses leyendo y releyendo sus palabras (y reflexionando sobre ellas) la joven tiene la impresión de que Pilar era casi como una amiga.

—Pues no. Es triste pero esta mujer es una de los millones de personas que han muerto y no tienen a nadie que las recuerde. En fin. Vamos a lo importante. Esta persona habla de un parque de atracciones —recuerda Fran.

—Cierto. ¿Ves cómo había una pista?

—Y menuda pista, además. No sabemos dónde pretenden acechar a su presa, pero sabemos dónde piensan reunirse, y eso es mucho más importante si queremos sorprenderles de una vez por todas con las manos en la masa.

—¿Estás seguro de que se reunirán allí?

—Por algo construyeron ese lugar —concluye Fran—. La misma reina María Cristina se lo dijo a Pilar. O eso dejó por escrito. Así que, si los túneles están cegados, lo más probable es que esta vez se reúnan allí.

—Yo también lo creo.

—Conozco esa mirada. ¿Qué te propones hacer?

—¿Tú qué harías?

—Ambos sabemos que no podemos hacerlo solos. Mira lo que pasó el año pasado. Necesitamos ayuda.

—Nadie nos creerá, Fran.

—Hay alguien que quizá sí quisiera escucharnos —apunta el profesor, mirándole a los ojos.

—¿Quién?

—Tu amigo el inspector.

—¿Iñigo Irigoyen? Ni siquiera sé si está en la ciudad —dice Miren, más para sí.

—¿Por qué no?

—¿No lo sabías? Le retiraron del caso. Mejor dicho, es que ya no hay caso. Y no sé qué es de él.

—Pues su ayuda nos habría venido de perlas.

—Lo sé, y no pienso alertar a la Policía de nuestras sospechas. —De eso Miren está segura—. Ya sabemos lo que pasaría si esa información llegara a malos oídos. Y seguro que acabaría pasando. Cambiarían el lugar de reunión, nadie iría al parque de atracciones de Igeldo y tú y yo quedaríamos como unos mentirosos. Hasta podrían enjuiciarnos por falso testimonio o algo así.

—Es probable. Así que esta información tiene que quedar en secreto. Y de ahí la importancia de contar con gente de confianza.

—Tendremos que hacerlo a la vieja usanza, pero esta vez seremos nosotros los cazadores, sin nadie que nos esté espiando como Pablo Abarrategi la última vez, que nos usó como unas marionetas en su maléfico juego.

—Pues habrá que planearlo bien.

Esa misma noche, ya en su habitación, después de haber pasado el resto de la tarde con Fran y con su abuela, Miren piensa en si debería poner al

corriente de su asunto a Iñigo Irigoyen. Al fin y al cabo, ha sido idea del propio Fran, que parece fiarse de la profesionalidad del joven inspector. «Y yo también me fío», piensa ella, «pero me da un no sé qué llamarle».

Se mete en la cama sin haber tomado una decisión, pero como no hace sino dar vueltas en la cama, acaba, desesperada, por incorporarse y escribirle a Iñigo un escueto mensaje: «¿Qué tal va todo? ¿Sigues en la ciudad? Me gustaría hablar contigo, por favor». Después de escribir ese mensaje, puede al fin conciliar el sueño.

A la mañana siguiente, mira el móvil y, según comprueba por el doble *tick* azul de WhatsApp, el detective ha leído el mensaje, pero no le ha respondido. Ella, en el fondo, es lo que se esperaba que hiciera, así que no le da más vueltas.

37

Los siguientes días, Miren y Fran se reúnen casi todas las tardes en casa de la abuela de este último. La anciana se alegra de veras cada vez que ve aparecer a la joven.

Ambos saben que, antes de nada, tienen que intentar buscar en el propio parque de Atracciones algún lugar que les parezca sospechoso. Por ello, el día 13 y el 16 van al Parque de Igeldo y a los alrededores, y van apuntando todo lo que les parece que podría encajar en su búsqueda. Después, ya en casa de la abuela de Fran, sacan sus apuntes y hallazgos y debaten sobre ellos.

Llega el día 18 y ambos están ante el plano del parque desplegado sobre la mesa de la cocina con un montón de apuntes a lápiz sobre el mismo, además de rayas, flechas y otros símbolos. En algo están de acuerdo: siguen sin tener ninguna pista fiable.

—Mañana es el gran día, Miren —le dice él—. Por suerte el parque estará abierto también, aunque sea víspera de festivo, ya que es jueves.

Su idea es entrar por la mañana y seguir buscando, pero ahora solo por las zonas que han destacado en el plano como posibles vías de comunicación, de entrada y salida; zonas discretas y semiescondidas susceptibles de ser usadas como tal. El plan es vigilar esos accesos todo el día por si hubiera movimiento y, por la tarde-noche, cuando el parque cierre sus puertas, se quedarán escondidos en algún lugar, hasta que los guardias se vayan. Entonces, Fran y Miren saldrán de su escondite y esperarán, entre las sombras y en silencio, la llegada de los miembros de la Sociedad; quizá para entonces, alguno de ellos, llevando con él una chica joven. Y entonces Fran llamará a sus contactos en la Ertzaintza para poder pillarlos in fraganti.

Para ello, los días previos, Fran ha avisado a sus antiguos compañeros para que se mantengan alerta, como el año anterior. No obstante, esta vez no les informa de dónde estará, pero sí que será dentro de los límites de la ciudad.

Llega el 19 de enero y Miren amanece bastante nerviosa, pero con una sensación extraña, como de *déjà vu*, por las sensaciones, pero sin la emoción del anterior. No quiere llevarse un susto ni una decepción como las del año pasado, así que intenta ser más comedida. Durante la mañana prepara todo en

una mochila y revisa el plan una y mil veces. Ni siquiera así se da por satisfecha.

Después de comer con sus padres, traga saliva y les dice, como de pasada, que ha quedado con Leire, y que se quedará a dormir en su casa, aunque les «confiesa» que no sabe a qué hora llegarán para dormir. Sus padres se miran al instante con el terror reflejado en la mirada. Pero saben cómo de testaruda es su hija, así que no insisten mucho en pedirle que se quede en casa. Eso sí, le hacen prometer que tendrá cuidado y que se mantendrá «pegada» al móvil por si tiene que pedir ayuda. Asimismo, le aseguran que ellos dos estarán pendientes del teléfono toda la noche.

Así pues, y todavía con cierto sentimiento de culpabilidad, para las tres y media de la tarde la joven está en la parada, pero en vez de ir hacia el barrio de Loiola, como en los días anteriores, coge un autobús que la lleva al Centro. Desde allí, hace transbordo y llega al barrio de El Antiguo.

Camina bordeando la playa de Ondarreta y enfila el paseo que lleva al Peine del Viento. Pero pocos metros después de ese giro hacia la derecha, cruza la calle y llega a la paralela. Ahí vuelve a girar a la derecha hasta llegar a un pequeño edificio de piedra arenisca con aspecto y formas de ser antiguo, el cual de pequeña le encantaba, y donde se ha citado con el profesor. Se trata del Edificio del Funicular.

Frente a su entrada principal se agolpa una fila de personas, aunque por esas fechas, y con el frío de enero que no invita a estar en la calle, no hay tanta gente como durante esos soleados días de verano cuando, siendo ella una niña, recuerda tener que hacer una cola larguísima, acompañada por sus padres y su hermana mayor. Miren solía esperar en la fila con aire enfurruñado pero, eso sí, en cuanto les tocaba el turno, se subía al funicular con mucha emoción, pues lo adoraba.

En ese momento, mirando a la fachada de ese edificio, se le agolpan un montón de recuerdos de infancia y también la convicción de que lleva por lo menos doce o trece años sin ir por allí.

—¡Hola, Miren! —el saludo de Fran saca a la joven de su ensimismamiento al instante.

—¡Ah, hola, Fran! ¿Todo bien? —le pregunta mientras el profesor recorre los últimos metros hasta llegar a ella.

—Bueno, nervioso, claro. Pero todo listo.

—Bien. Yo también. ¿Vamos adentro?

—Sí, pero, antes... Miren, ha venido alguien más.

—¿Qué? ¿Quién? —pregunta, intrigada.

Pero Fran no responde, sencillamente mira adelante y hace un leve gesto con la cabeza en dirección al interior del edificio. El que se acerca caminando es nada menos que Iñigo Irigoyen.

—Pero ¿qué? —pregunta Miren, confusa, sin saber bien a cuál de los dos dirigir la palabra.

—Hola, Miren —saluda el inspector, con rostro serio, mirándola a ella.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta la joven, con mala cara.

—Él me llamó —dice, apuntando con un movimiento de cabeza a Fran.

—¿Tú?

—Sí, Miren —responde el profesor—. Ya sabes que necesitábamos a alguien más. Le llamé y le expliqué todo. Al final, le convencí para que viniera.

—¿Entonces por qué no respondiste a mi mensaje?

El inspector se encoge de hombros.

—Cuando lo leí, hace unos días, seguía enfadado contigo, así que no quise responderte. Pero al final tu profesor consiguió convencerme ayer. Quizá no debí haber cogido esa llamada; no suelo responder a los números desconocidos. Ya no, al menos.

—Pero estás aquí, y te lo agradezco —dice Fran.

—¿Y tú? —pregunta el inspector a Miren.

—Yo no te lo voy a agradecer.

—Ya. Decía si te alegras de que haya venido.

—No lo sé, te lo diré más adelante. Todavía estoy un poco confusa.

—Vamos —urge Iñigo, señalando adentro—. El funicular está a punto de salir.

Los tres entran entonces al amplio *hall* del edificio. Pasan por delante de las ventanillas donde se compran las entradas y se suben al transporte. Ya dentro, eligen un asiento todo lo alejado posible de los demás viajeros.

—Iñigo, ¿qué es de ti? —pregunta Miren en cuanto se sientan, pues su curiosidad es más fuerte que su enfado. Además, sabe que cuanto antes normalicen relaciones, mejor que mejor—. Me dijeron que ya no trabajas en la Ertzaintza.

El inspector suelta un sonoro bufido.

—¡Claro que no! Era de esperar. Ya te dije que estaban deseando que me fuera de allí. Era demasiado incómodo para ellos. Metí las narices donde no querían que lo hiciera, e hice demasiadas preguntas. Creo que me contrataron para dar el pego. Pensaban que siendo tan joven e inexperto podrían moldearme con facilidad, pero no fue así.

—Ya veo.

—Así que, contra mi criterio, pero a requerimiento de la fiscal, mis superiores enviaron todo lo que teníamos investigado hasta ese momento, que no era mucho; poco más que conjeturas.

—¿Y sobre esos audios?

—¿Ah, te enteraste? Pues eso, esos audios eran una prueba importante, porque además conseguí demostrar que lo que se decía en ellos concordaba con la realidad, y se podía contrastar. Pero los echaron atrás justo antes del juicio. Yo me quejé, y exigí que me devolvieran los audios, para seguir investigando. Pero me dijeron que se habían perdido.

—¿Cómo?

—Un supuesto problema en la cadena de custodia. Desaparecieron misteriosamente. Y por supuesto, la investigación oficial se cerró con una única conclusión: que no fue culpa de nadie.

—¿Y no fuiste a hablar otra vez con aquel tipo?

—Lo intenté. Para entonces ya le habían soltado en libertad bajo fianza. Y cuando fui a buscarle, ya no le encontré. Otro desaparecido más. Muerto o huido, lo ignoro. Pero vamos, lo peor fue que los de arriba no nos dieron tiempo para investigar nada; era obvio que querían cerrar el caso como fuera, sin saber la de leyes que se han podido saltar por el camino. En un país normal, se podría encausar a ese juez y a esa fiscal por prevaricación, pero en este país, ya se sabe... —Hace una pausa, justo cuando el aparato se pone en marcha y empieza a moverse con lentitud—. En fin, como era de esperar, cerraron el caso por falta de pruebas. Por tanto, mi presencia allí no tenía ya ningún sentido, y eso que hice lo que pude por convencer a mis superiores para que no cerraran la investigación policial. Pero no me hicieron caso. Y me pusieron de patitas en la calle.

—¿Y de qué has trabajado hasta ahora? —pregunta la joven.

—Bah. —Iñigo mira por el amplio ventanal lateral, justo cuando el vagón está saliendo del edificio y empiezan a ver árboles—. Me tuve que meter en una agencia de detectives privados. No hago más que seguir a maridos y esposas adúlteras, a trabajadores que fingen tener una baja médica y están como una rosa... Y, en fin, tonterías así.

—A mí me pareció verte una vez. Pero no serías tú.

—Sí que era yo. Fue en verano. En la Parte Vieja. Te vi de lejos y me intenté escabullir antes de que me vieras, pero ya veo que no lo conseguí.

—A medias. Me convencí de que sería otro. Que no te pegaba nada estar por ahí bebiendo unas cañas.

—Estaba trabajando. Siguiendo la pista a un hombre que se supone que no debía beber, pero que para entonces ya estaba bastante...

—¡Vaya!

—Es un asco de trabajo —sentencia Iñigo, y la joven intuye que no quiere hablar más del tema.

Se hace un silencio y los tres aprovechan para mirar por el ventanal del fondo, el que da a la bahía de La Concha. Como el funicular lleva ya un trecho ascendido, pueden empezar a contemplar y disfrutar de una de las

mejores vistas de toda la ciudad. Tras un minuto en silencio, contemplando el paisaje, Iñigo retoma la palabra.

—No obstante, Miren, debes saber que me he mantenido activo. Ya sabes en qué. He investigado por mi cuenta, he seguido avanzando. Pero claro, sin apenas medios y con poco tiempo, he ido mucho más despacio de lo esperado. Es muy frustrante. Y aunque no te lo creas, vengo aquí con muchas ganas. Para mí esto es como si ya fuera algo personal. No tanto como en tu caso, claro, pero así es como lo veo yo.

—Pues me alegra oírlo. De verdad —añade la joven, para dejar claro que sus palabras no contienen ni un ápice de ironía.

El viaje llega a su fin cuando el funicular entra en una especie de cabaña o construcción de madera. Allí se detiene y todos los pasajeros bajan. Poco después, ya caminando, llegan a la zona central del Parque de Atracciones de Igeldo. Deciden separarse para poder abarcar más terreno. Se citan frente a la caseta de las carreras de tortugas, en un par de horas. Fran buscará por la zona que da al interior del monte, es decir, en el aparcamiento y en atracciones como las barcas del estanque, la *Bocca della Verità*, el gran laberinto o los autos de choque. Por su parte, Iñigo irá hacia la zona alta, al torreón, a la casa del terror y a la zona de la montaña suiza. A Miren, por su parte, le toca investigar en la parte más baja, en la zona de las camas elásticas y el Cosmicar, entre otras atracciones.

La joven llega primero a la atracción del río misterioso. Lucha contra los recuerdos de infancia que intentan invadir e inundar su mente y se centra en buscar cualquier resquicio sospechoso. Cuando los feriantes no miran, se mete en varios pasillos traseros para husmear, que quedan ocultos a los usuarios de las atracciones. No ve nada extraño, así que se dirige a la zona de las camas elásticas y el tobogán, para meterse después en el paseo de la risa. «Si hay un lugar que me pega para encontrar algo extraño, es sin duda esta atracción». Sin embargo, no encuentra nada que la invite a sospechar. Nada fuera de lo común.

Un par de horas después, a las seis y media, se vuelven a juntar en el punto de reunión acordado. Miren saca de la mochila una botella de agua y un par de bolsas de frutos secos y se quedan los tres en silencio, compartiendo esa frugal comida, sentados en un banco, «como si de tres amigos se tratara», piensa ella, y casi le entran ganas de reír, por lo absurdo de la situación.

Mientras comen, comentan sus hallazgos. Lamentablemente, nadie parece haber encontrado nada reseñable.

—Está bien. ¿Damos una última vuelta y quedamos aquí para las ocho? —propone Miren—. Lo digo porque tenemos que pensar en encontrar un escondite para quedarnos hasta que llegue la noche.

—Por eso no te preocupes —señala Iñigo—. Se me ha olvidado comentártelo, pero a Fran ya se lo he dicho. —Miren cree que es la primera vez, que le conste, que llama a su profesor por su nombre y no por su apellido.

—¿El qué?

—Antes de venir, he hecho un par de llamadas. Puede que ya no trabaje en el Cuerpo, pero tengo mis truquitos. He conseguido un permiso especial para los tres. Podremos quedarnos por la noche aquí, por «causas de especial relevancia».

Al decir eso, saca de uno de los bolsillos de su chaqueta unas hojas dobladas por la mitad, y le entrega una a Fran y una a Miren.

—Si tenéis algún problema, solo tenéis que enseñar esto a quien os lo requiera —dice Iñigo—. Aunque no debería pasar. Ya he hablado con el encargado de la seguridad del Parque, y los vigilantes ya están avisados. Cuando llegue la hora de cerrar, darán una última vuelta por aquí para revisar que todo esté bien y se marcharán.

—¿Y qué crees que pasará después? —pregunta Miren.

—No lo sé —responde el detective—. Por lo visto, creéis que veremos a gente entrando y saliendo de alguna parte.

—Pero ¿qué crees tú?

—Que tenéis razón. Seguro que no habéis venido hasta aquí por casualidad.

—No, desde luego —dice Miren.

En ese momento siente que, para ser justa, debe contarle también a Iñigo su aventura en el subsuelo justo debajo de la fuente de la Plaza del Centenario, junto al Parque Araba.

Para su tranquilidad, Iñigo no parece ofenderse lo más mínimo al confesarle ella que le ocultó su hallazgo. Tampoco parece sorprendido al contarle que encontró algo.

—No te creí del todo cuando me dijiste que no había nada, pero ¿qué iba a hacer? —comenta, sin darle importancia—. Además, estaba muy ofuscado por lo tuyo.

—Ya...

—En fin, ¿y qué era eso que encontraste?

—Un libro. O una especie de diario, más bien. Una mujer que sirvió a la reina María Cristina.

—Ah, ¿y de quién se trataba?

—De una tal Pilar Sarasola.

Iñigo se levanta del sitio.

—¡Será broma!

—¿Qué? No es broma. ¿Por qué lo dices?

—Es el objeto que más he deseado encontrar en toda mi vida —dice con una ansiedad que Miren nunca había visto en él—. ¿Lo tienes aquí?

—Sí... Lo he traído por si acaso.

Confusa, Miren abre su mochila y extrae, con mucho cuidado, el libro de Pilar. Iñigo lo coge con avidez y lo abre.

—¡Sabía que era cierto, lo sabía!

—Iñigo, no entiendo nada. —La joven está casi asustada.

—Pilar Sarasola es mi bisabuela.

—¿Cómo?

—Es una historia familiar que me ha marcado siempre —dice, mientras, casi con lágrimas en los ojos, pasa las hojas.

Miren nunca le había visto tan emocionado.

—No lo entendéis, pero para mí esto es importantísimo —afirma el chico.

—Cuéntanoslo, entonces —le pide Fran.

—Como os he dicho, esta mujer —levanta el libro de su regazo para señalarlo, como si de su antepasada se tratara— era mi bisabuela. Lo sé porque, cuando yo era pequeño, pasaba mucho tiempo con mis abuelos, los padres de mi madre. Cuando mis padres trabajaban, yo me quedaba muchas horas con ellos, y me cuidaron mucho. Mi abuelo materno era muy mayor, porque no se casó hasta después de la guerra. Mi abuela era mucho más joven. —Hace una pausa, como rememorando algo—. Cuando era pequeño, mi abuelo tenía casi noventa años y sufría demencia senil, pero por aquel entonces aún era leve. Nadie le hacía caso, y me daba mucha pena; no entendía por qué mi padre siempre hablaba mal de él. A mí mi abuelo siempre me trataba con mucho cariño. Cuando yo tendría... ocho años, mi abuela murió de cáncer. Mi pobre abuelo cayó en una profunda depresión y su demencia empeoró. Yo me quedaba muchas horas con él. Como él me había cuidado siempre, yo sentía que, ahora que estaba enfermo, me tocaba cuidarlo a mí. Y entonces, yo tendría ya once o doce años cuando un día mi abuelo, que ya estaba muy mal, me contó la historia de su madre, Pilar, que fue asesinada por saber demasiado. Así lo dijo. Esa misma noche se lo conté a mis padres. ¡Pero mi padre me echó una bronca increíble! Me dijo que yo era un niño crédulo, que no debía creer en los cuentos de ese señor, que ya no regía y no sabía lo que decía. Pero yo sí que le creí. Las siguientes semanas yo siempre le preguntaba a mi abuelo por esa historia, pero casi siempre me decía que no se acordaba. Pero a veces le volvían los momentos de lucidez y seguía con la historia. Según me dijo, su padre, que se llamaba Joxe Mari, se lo llevó al extranjero cuando, siendo solo un niño, su madre murió. Según la versión oficial, la mujer se suicidó porque sufría de «depresión típica» de las mujeres. Mi bisabuelo no volvió a ser el mismo. Sacó adelante a su hijo como pudo. Años después, ya de vuelta en esta tierra, el padre de mi abuelo le contó, siendo ya mayor, que Pilar había sido una sirvienta de la reina, y que llegó a ser su confidente. Pero que acabó sabiendo demasiado y se la quitaron de en medio. «¿Por qué razón?», me dijo mi abuelo que le preguntó a su padre. Pero este apenas le dijo palabra, salvo que la verdad estaba en un libro; un libro con las memorias de su amada esposa que él mismo se había ocupado de esconder, en un sitio que ellos nunca se esperarían. «¿Quiénes son ellos, abuelo?», le pregunté yo. Me dijo que nunca lo supo del todo, pero que lo poco que le

contó su padre Joxe Mari es que trataba de una especie de organización de gente muy poderosa y muy peligrosa. Mi abuelo intentó investigar, pero nunca encontró nada. —Iñigo hace una pausa en su relato para dar un largo sorbo de agua. Ni Miren ni Fran saben qué decir—. Y eso es algo que le había provocado mucho dolor, una carga que le había perseguido siempre, el verse incapaz de encontrar quién mató a su cariñosa madre. Y yo le prometí a mi abuelo, pocas horas antes de morir, que encontraría a sus asesinos, costase lo que costase. Nadie más conocía esa promesa hasta ahora que os la he contado. Así que ya conocéis la razón por la que me hice detective y quise entrar en este caso. Y ahora que tengo este libro... Al fin sé quién lo hizo y por qué. Este es el testimonio que hace que toda la historia de mi abuelo sea real, que es lo que siempre he sabido, aunque mis padres no me creyeran.

Se queda mirando un rato el libro y, al final, se lo extiende a Miren.

—Toma. Es tuyo. Me alegro de que lo encontraras tú.

—No, no. Por favor. Esto te pertenece a ti, es de tu familia, de tu antepasada. Quédatelo, por favor —le ruega la joven.

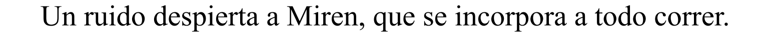
El inspector le agradece el gesto con la mirada y guarda el libro, con sumo cuidado, en un compartimento de su propia mochila.

Llega la hora de cierre del parque, y tras hablar con el encargado de seguridad, este se marcha y deja a los tres allí. Por consenso, y creyendo que será el mejor lugar para otear y escuchar cualquier ruido sospechoso, se esconden en lo alto del Torreón de Igeldo, que es una torre de piedra en la cima del monte, cerca del parque de atracciones. Escondidos en ese privilegiado lugar les llega, justo a las doce en punto de la noche, el sonido de los tambores y barriles que da inicio a la Tamborrada. No pueden evitar dejar lo que están haciendo para mirar hacia la Parte Vieja, que se ve perfectamente desde su posición, a lo lejos. Ya que los tres portan prismáticos, miran a través de ellos el movimiento que se intuye en la ciudad, ahí abajo. Un torrente continuo de gente no cesa de bailar y tocar los tambores y barriles por las abarrotadas calles. El sonido del jolgorio y la música llega hasta su posición. Después de unos segundos observando lo que ocurre a lo lejos, sin decir nada, vuelven a enfocar sus prismáticos en las zonas de acceso al parque de atracciones.

Pasan las horas y no escuchan nada, no ven nada, y empiezan a agitarse. Además, el cansancio empieza a hacer mella, y los cafés que toman

periódicamente del termo de Fran ya no hacen tanto efecto. Deciden echar pequeñas siestas por turnos. Se lo juegan al azar, y este quiere que sea Fran el encargado de hacer la primera guardia, de una hora y media.

38



Un ruido despierta a Miren, que se incorpora a todo correr.

—¿Qué pasa? —dice, con la boca pastosa, y dificultad para abrir los ojos.

—Nada, Miren, tranquila, no era más que una moto especialmente ruidosa por la carretera del faro —le dice Iñigo, que sigue sentado en su posición—. El viento ha traído el ruido hasta aquí.

—¿Qué hora es? —pregunta ella, incorporándose con dificultad. Ha dormido sobre la piedra, dentro de un fino saco de dormir que no le ha protegido lo suficiente del frío del relente. Le duelen bastante la espalda y el cuello, entiende que por la mala postura.

—Está a punto de amanecer —dice Fran, a su lado, incorporándose a su vez.

La joven mira al Este y ve que, en esa zona del cielo, empieza a formarse una cierta claridad.

—¿Nadie ha visto nada? —pregunta la joven.

—Absolutamente nada —responde Iñigo, sin mirarles, con la vista fija en la bahía. Fran también niega con la cabeza.

—¡Es imposible! ¿Qué se nos escapa?

—No lo sé —responde Iñigo—, pero deberíamos irnos moviendo. En diez minutos viene el jefe de seguridad. Me ha dicho que podemos usar el funicular para bajar.

—¿Hoy también? —pregunta Miren, extrañada.

—Según me dijo ayer, aunque hoy sea fiesta, van a mantener un mínimo de servicios del funicular, para la gente que quiera subir al mirador. Pero el parque estará cerrado. Así que podemos ir acercándonos allí.

Tras recoger sus cosas, bajan por las escaleras del Torreón y avanzan por el parque, que está todavía en penumbras, dándole un aspecto casi fantasmagórico.

Mientras caminan, el móvil de Iñigo suena. El inspector lee algo en la pantalla y se para en seco.

—¿Qué pasa?

—Han denunciado una desaparición. Por lo visto, unas chicas jóvenes acaban de ir a un puesto de la Ertzaintza a denunciar que su amiga no aparece. Les pedí a mis antiguos compañeros que me tuvieran al corriente por si se daba un aviso de ese estilo.

—Y parece que ha pasado —dice Fran.

Miren se ha quedado sin habla.

—Bueno, aún es pronto para adelantarnos a los acontecimientos, claro. La chica podría aparecer —apunta Iñigo.

—¡Sabéis que no! —exclama Miren, colérica—. Ya sabéis lo que ha pasado.

Nadie añade nada más hasta llegar a la edificación que hace las veces de parada del funicular. Este no está todavía allí, por lo que entienden que seguirá abajo, a punto de subir. No hay nadie más, aparte de ellos tres, en ese lugar.

—No es posible que no hayamos visto ni oído nada —comenta Fran.

—Sin embargo, ha debido de ser aquí, eso es seguro —dice Iñigo.

Miren no dice nada. Está absorta en sus pensamientos. Se le ocurre que quizá la sala en la que se han reunido los hermanos de la Sociedad de La Bella Easo y en la que estarán, a esa hora, cometiendo sus salvajadas, estará a mucha más profundidad de lo que creía. «Tal vez no se pueda entrar desde el Parque, aunque estén en algún sitio justo debajo de aquí», reflexiona. «Tal vez el acceso está en un sitio lejano, y luego llegan allí mediante algún túnel». No obstante, recuerda al instante que Pilar Sarasola en ningún momento hablaba de ningún túnel. Decía claramente que iban y se reunían en el propio parque. «Entonces, ¿qué hemos pasado por alto?», se pregunta, y le empieza a doler la cabeza por la frustración y la falta de sueño. Se lleva una mano a la cabeza y se masajea la frente, mientras escucha un ruido eléctrico que le indica que el funicular ya está en funcionamiento, acercándose a su posición.

Se quedan un rato así, en silencio, cuando de repente, Fran grita:

—¡Oh, Dios! ¡No me lo puedo creer!

—¿Qué pasa? —preguntan, al unísono, los otros dos.

—¡Mirad ahí abajo!

Miren gira tan rápido la cabeza que casi se le disloca el cuello. Está segura de que va a divisar a un montón de miembros de la Sociedad, enfundados en sus togas marrones, bajo sus capuchas, saliendo de algún agujero del monte. Sin embargo, mira a todos lados y no ve nada raro.

—¡No veo nada! ¿Dónde? —pregunta Miren, desesperada.

—¡Allí, en el funicular! —señala Fran, con una mano.

La joven mira justo debajo y advierte la roja figura del funicular acercándose lentamente, entre los árboles, pero no ve a nadie dentro, solo el conductor que acciona la palanca, y al que no distingue desde allí.

—¿El conductor? —pregunta Iñigo, adelantándose a lo que la propia Miren estaba a punto de formular.

—¡No, el cartel!

Miren observa el funicular y ve que, efectivamente, tiene un cartel en su parte inferior, justo debajo del ventanal. Es uno de esos clásicos carteles de publicidad, como en tantos otros autobuses u otros medios de locomoción. En el que lleva el funicular puede observarse una imagen colorida del propio transporte, con el siguiente lema sobreimpreso:

FUNICULAR DONOSTIARRA. ¡EN ACTIVO DESDE 1912!

—No lo entiendo, Fran —admite Miren.

—¡El diario de Pilar acaba en 1907! Pero este parque lo construyeron al mismo tiempo que el funicular, es decir: ¡en 1912!

—Entonces, todavía no existía este lugar... —comenta Miren, aunque sigue sin entender nada.

—¿Mi bisabuela mintió? —pregunta Iñigo, con el rictus serio.

—No. Ella dijo la verdad —explica Fran—. Por aquel entonces ya existía un parque de atracciones en San Sebastián, pero no en Igeldo. ¡Estaba en Martutene!

39

Iñigo llama por teléfono y le pide un favor a uno de sus excompañeros: que le acerquen un coche patrulla al edificio del funicular, por un motivo «muy urgente». A los dos minutos de bajarse del histórico transporte, ven a lo lejos el coche de la Ertzaintza acercándose. Fran y Miren se suben detrás y el inspector delante.

—¿Adónde os llevo, Iñigo? —le pregunta el agente, palmariamente un conocido del detective.

—¿Fran? —pregunta el detective, mirando atrás.

—Sí. Al apeadero de Martutene —dice el profesor, con calma.

Nada más arrancar, Miren le pregunta a su compañero, en voz baja:

—¿Conoces ese lugar?

—Más o menos. No queda muy lejos de casa de mi abuela. A unos dos kilómetros. De niño recuerdo haber ido paseando hasta allí, pero no supe que aquello albergó el primer parque de atracciones de Donostia hasta bastante después. Supongo que estará muy cambiado, pero... —añade, con la esperanza de que tal alteración no sea muy pronunciada.

El resto del viaje, de unos diez minutos, Miren y Fran lo emplean para indagar frenéticamente, en sus dispositivos móviles, toda la información sobre ese parque que puedan encontrar. Mientras tanto, Iñigo, que se ha fijado en la actividad de sus compañeros, se pasa todo el camino de charla con el conductor, tal vez con el objetivo de darles más privacidad a los otros dos para que sigan con sus pesquisas.

—¡Mira esto! —exclama Miren, en un susurro, a Fran.

El hombre mira la pantalla de la joven, que continúa:

—Aquí pone que unos operarios del parque, trabajando, se encontraron con unas grutas en esa zona.

—Pero Pilar no hablaba de ninguna gruta, sino de un sótano.

—Es cierto —reconoce ella, y siguen buscando más datos relevantes sobre el parque.

Poco después, llegan al apeadero y el coche patrulla se detiene. Se despiden del conductor dándole las gracias y ven que, en la cercana estación del tren de cercanías RENFE, hay varias personas esperando al tren. La mayor parte de ellas han girado su cuello y observan con extrañeza y curiosidad a los recién llegados, que acaban de bajar del coche de la Ertzaintza. Ajenos a las inquisitivas miradas, los tres inician con prisa la subida hacia el puente de piedra que lleva al otro lado de las vías del tren.

—Ese sitio, según he visto en las fotografías antiguas —dice Fran, entre jadeos, señalando el lugar donde empieza la cuesta—, fue en sus tiempos la entrada del parque, y esta que estamos subiendo, la vía de acceso al mismo.

—He mirado en Google Maps y solo nos queda hacer ese camino de ahí —señala Miren, extendiendo el brazo, cuando están a punto de pasar el puente.

Tras avanzar un poco más, bajo la escarpada ladera de la colina pegada a las vías, llegan a una bajada, a mano izquierda, que lleva a un vetusto edificio. Hay una verja metálica que impide el descenso a ese lugar, pero, como no es muy alta, los tres la salvan sin mayores problemas.

—Ese edificio de ahí es el Palacio de los Agustinos. En sus tiempos fue un monasterio, luego un instituto, y ahora está en ruinas —explica Fran.

—Vaya que si está en ruinas —comenta Iñigo echando un vistazo al enorme palacio.

Lo cierto es que el lugar es un auténtico despropósito de ventanas rotas, pintadas y *graffitis* por doquier, y tiene el aspecto de llevar abandonado mucho tiempo. No obstante, por la estética de los acabados y la propia forma del edificio, a Miren no le cabe duda de que en sus tiempos debió de ser una construcción digna de elogios.

—Este palacio —continúa Fran, ya habiendo recorrido casi toda la cuesta que conduce a los pies del edificio— se construyó sobre los cimientos del edificio Kursaal.

—¿Kursaal? —pregunta Iñigo, extrañado.

—Sí. El Kursaal moderno no es el primer edificio que lleva ese nombre en esta ciudad. El parque de atracciones de Martutene se llamaba así, y también era el nombre del edificio central, que albergaba la cafetería, entre otras cosas. Por las fotos que he visto, debía de ser muy bonito.

—No hay tiempo para eso —dice Iñigo con sequedad—. ¿Dónde puede estar la gente de la Sociedad?

—Pues abajo, en el sótano —comenta Fran.

—Pues quedaos aquí. Iré a echar un vistazo...

—¡De eso nada! —le corta Miren—. Hemos venido hasta aquí y no me voy a quedar esperando fuera.

—Puede haber gente peligrosa en ese sótano.

—Ya sé quiénes son. Y puede que haya una chica también con ellos.

—Estoy con Miren —añade Fran—. Podemos ayudar. Y será mejor que entremos cuanto antes.

Iñigo se encoge de hombros y suspira.

—Como queráis.

Es evidente que el detective no es partidario de esa decisión. No obstante, los tres se dirigen juntos hacia la entrada principal del edificio, para la que hay que subir unos escalones. La puerta está tapiada, pero ellos tres se las ingenian para entrar por una de las ventanas laterales, que está rota. Entran con cuidado de no cortarse con los cristales rotos que aún sobresalen del marco.

Una vez dentro, y aunque entra luz del día, esta es bastante escasa, por lo que los tres sacan sus linternas. El lugar parece un vertedero. Además, hay colchones en algunos rincones, y todo parece indicar que ahí ha llegado a pernoctar gente, probablemente indigentes. Sin embargo, en ese momento, no ven a nadie.

—Creo que deberíamos separarnos. Este lugar es enorme —comenta Iñigo.

Los otros dos se muestran de acuerdo.

—Quedamos aquí en diez minutos, salvo que alguien encuentre antes la bajada al sótano. Si es así, que pegue un silbido —añade el detective.

Miren comienza a caminar por un pasillo, pero solo se topa con escaleras que suben hacia los pisos superiores. No han pasado ni cinco minutos cuando escucha un silbido. La joven corre con cuidado de no tropezarse hacia la fuente del sonido y, a los pocos segundos, vuelve a escuchar el silbido. Dobla una esquina y se encuentra con Fran, en una sala llena de basura, como casi todas las demás. A los pocos segundos aparece también Iñigo, desde la otra esquina.

—¿Y bien? —pregunta el último en llegar.

Fran señala algo delante de él.

—Me da que esa era la bajada al sótano.

Frente a él hay un muro de ladrillos que tapia del todo una entrada. Según el letrero medio borrado que hay al lado, y que señala una flecha hacia abajo, parece ser que se trataba, efectivamente, del acceso al sótano.

—Bueno, puede ser que haya otras entradas —aventura Fran—. Podríamos seguir buscando.

—Algo me dice que estarán todas igual, pero no tenemos más remedio —dice Iñigo, dándose la vuelta.

—¡Esperad! —exclama Miren—. Se me ha ocurrido una cosa. Fran, ¿te acuerdas de las grutas?

—¿Qué grutas? —pregunta el inspector, que no ha escuchado una palabra de la conversación en el coche.

Fran se queda pensativo.

—Podría ser, sí —acepta—. ¡Vamos!

Por el camino, le explican a Iñigo el lugar al que van, que no debería estar lejos. Salen del edificio por la misma ventana rota por la que entraron, y corren hacia el lugar del que vinieron. Antes de subir la cuesta que conduce de vuelta al camino principal, Fran les indica que deben girar a la derecha, pues la entrada debería estar debajo del camino principal, que está elevado y

soportado por unos arcos de piedra.

Unos metros más allá encuentran un sendero de subida entre los árboles, en el bosquecillo que queda entre el camino elevado y las vías del tren. Pasan por una verja verde que tiene la puerta abierta y llegan a una especie de poblado de tres o cuatro chabolas, construidas con materiales de desechos. Observan alrededor pero no ven a nadie. Fran mira arriba y les señala los arcos de piedra que tienen delante de ellos, de unos ocho a diez metros de altura.

—Debajo de uno de esos tiene que estar la entrada a las grutas.

Como son pocos arcos, no se separan, y los tres van mirando de uno en uno. Todos los arcos terminan abruptamente con la pared del monte de frente, excepto uno que, tras cruzar el ancho de la carretera superior, avanza más allá. Llegan hasta allí, a los pies de la ladera escarpada y ven que lo que debería ser la entrada está taponada con escombros, salvo por una zona, de menos de un metro de ancho, que tiene unos sacos de tierra apilados.

—Diría que es por aquí —señala Iñigo, con un matiz de ironía.

Entre los tres, tardan un par de minutos en liberar la entrada de los sacos y ven que, efectivamente, allí detrás se inicia una cueva. Encienden las linternas y avanzan. Los techos de la gruta son altos, y poseen algunas formaciones curiosas, como estalactitas y estalagmitas.

Y entonces, frente a ellos, se topan con la apertura de una galería, manifiestamente creada por la mano del hombre.

—¿Creéis que...? —pregunta Miren.

—Creo que voy a llamar a mis excompañeros antes de entrar. Me dan igual las consecuencias —asegura Iñigo.

El inspector sale un momento de la gruta y vuelve un minuto después.

—Ya les he avisado. Les he explicado bien cómo llegar aquí. Supongo que tardarán unos minutos en llegar. Hasta entonces, voto por entrar, en silencio. Y recordad, no os hagáis los héroes. Si escuchamos algo, esperamos a que lleguen los refuerzos.

Fran y Miren asienten y avanzan con las linternas en ristre. La galería

parece bastante larga, pues no pueden vislumbrar el fondo. Giran un par de veces y llegan a una puerta de madera, con aspecto de llevar ahí mucho tiempo. Iñigo les hace un gesto de silencio con el dedo índice. Al mismo tiempo, saca un arma corta de debajo de la chaqueta. Acciona la manilla de la puerta y la empuja con el hombro. Una vez abierta, entra de golpe con la pistola a la altura de los hombros y la linterna sobre el arma.

Se encuentran con una estancia enorme, con las paredes ornamentadas de forma lujosa, sobrecargada, mezcla de varios estilos. Se trata de un sótano, sin ningún género de duda. Hay varias grandes lámparas de araña que cuelgan del techo. Están apagadas, pero sus innumerables cristales parecen brillar cada vez que un haz de luz de las linternas pasa a través de ellos. Hay telas rojas colgadas frente a las paredes, y mesas y sillas de madera muy hermosas. Observan que hay varios objetos tirados por el suelo, entre ellos manteles, vasos y platos, como si mucha gente se hubiera marchado de allí de forma precipitada. Todo está revuelto, pero no encuentran a nadie.

Tras hacer un rápido análisis del mobiliario, los tres compañeros dirigen la luz de las linternas al suelo y a las paredes, y encuentran algunos rastros de sangre.

De repente, a Miren se le corta la respiración. En la pared de enfrente hay una enorme pintada hecha con pintura roja. O al menos espera que sea pintura. Mientras la lee, solo puede pensar en cuál de sus compañeros la ha traicionado, pues pone:

LLEGAS TARDE, MIREN

Agradecimientos

Son muchas las personas a las que quiero dar las gracias, por dos motivos:

El primero es por la ayuda recibida en la concepción de este segundo libro. El segundo es por la recepción del primero. Agradezco de veras los mensajes de ánimo y felicitación recibidos durante estos meses por tanta y tanta gente. Me emocionó mucho leerlos, así como ver fotos de tantas personas con el libro recién comprado en sus manos. Es un sueño cumplido. Ojalá se cumplan más.

Por tanto, esta vez, temo que me dejaré muchos nombres en el tintero, cosa que siento.

Mi querida familia: Lourdes, Antonio, Yune y Ander. Eric, Aitziber y mi sobri. A la familia de Jon: Itzi, Saioa, Olatz, Iñaki(s) e Imanol. Abuelos, Jesús y Dori. Tíos, Arantxa, Julio y primos. Tíos Javier, Alejandro, Ángel, tías y primos. Bea, Marimar, Arita y familia. Menchu, Mari, Pedro y familia. Y a tantos amigos, siempre bienvenidos: Julen(s), Naiara, Igone, hermanas Mónica y Lorena, Marian, Eneko y familia, Shandra y familia, Unai, Usua y familia, Ane, Aitor y familia (¡cuántas familias!), compis Pyly y Leire, Aitziber, compis Laura, María y Reyes, compi Aitor, Idoia y un larguísimo etcétera.

A todos ellos, una vez más, gracias por la ayuda recibida.

Eskerrik asko bihotz-bihotzez!!